GABRIELA MARGALL

La Dama de los Espejos

Mariquita Sánchez, una vida apasionada

Lectulandia

Una noche de 1801, María Josepha Petrona de Todos los Santos, iba a casarse con Diego del Arco. El hombre había sido elegido cuidadosamente por sus padres, los Sánchez de Velazco. Pero ella se rehusó. Apeló al Virrey para evitar un matrimonio que iba en contra de su voluntad y lo logró. Tenía apenas catorce años.

Mariquita Sánchez se convirtió entonces en heroína de su propia historia y guía férrea de su propio corazón. Mariquita traspasó los límites impuestos por la época. Amó los libros, amó la política, amó los salones de su casa donde recibió a intelectuales, poetas, militares, patriotas. Amó a un hombre, Martín Thompson, con quien recorrió el difícil camino de la Revolución de Mayo. Cuando la felicidad le dio la espalda, amó más todavía con locura, por error y a destiempo. Crio a sus hijos, escribió bellísimas cartas, trató como amigos a los protagonistas de su tiempo. Fue una dama francesa en Buenos Aires. Fue la más porteña de todas las damas del Río de la Plata. Fue una de las mujeres más ricas de la ciudad y fue la rebelde que mendigó un hogar en Montevideo en los años del rosismo.

Mariquita Sánchez vive en las páginas de La dama de los espejos. Del modo en que solo una escritora como Gabriela Margall podía lograr: con el pulso de la época narrado magistralmente con detalles y matices. Muy lejos de la imagen canónica de la dama que prestó su casa para que se entonaran las estrofas del Himno Nacional, aquí vive una mujer que se entregó a la extraordinaria aventura de elegir su destino.

Lectulandia

Gabriela Margall

La dama de los espejos

Mariquita Sánchez, una vida apasionada

ePub r1.0
Titivillus 10.07.15

Gabriela Margall, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera Parte

La niña iba a su casa, que ahora dirían una cárcel, salía a misa, a ver a sus conocidas cada dos o tres meses, atender su casa, coser todo el día. En estos tiempos no era preciso divertirse; muy pocos casamientos se hacían por inclinación y estos eran a disgusto de los padres. Las pobres hijas tenían que pasar por mil pesares, contrariar a sus padres o renunciar a su inclinación. (…) ¿Amor?, palabra escandalosa en una joven, el amor se perseguía, el amor era mirado como depravación.

Mariquita Sánchez, Recuerdos del Buenos Aires Virreinal.

Plácida y bonita

En la orgullosa Buenos Aires,
primeros días de agosto de 1801.

El espejo era chiquito. El marco de madera oscura y labrada que lo rodeaba, en cambio, era enorme. Apenas había lugar en el espejo para su carita. Tenía que moverse para llegar a ver las pestañas largas y negras, las cejas gruesas, los ojos redondos y oscuros, los labios rojos, las mejillas blancas apenas sonrosadas. El cabello dividido al medio, prolijo, largo hasta la cintura.

«Ah, qué linda era la niña Mariquita» decía la orgullosa Buenos Aires. Ella podía escuchar los susurros que danzaban ansiosos por el patio. Viento frío y húmedo de invierno que traía voces vanidosas de una ciudad que la tenía como a uno de sus bienes más preciados.

Ella sabía que linda no era. Pero el espejo no le devolvía facciones desagradables tampoco. Era graciosa en sus maneras, era delicada, era obediente, hablaba con naturalidad. Era la suma de las cualidades que se esperaba en una niña y, por eso, a todos les parecía bonita.

La querían, además, como se quiere a un tesoro que se admira y se deja quietito en un lugar, listo para ser contemplado en cuanto se les diera la gana. La hija de los Sánchez de Velazco —y Trillo— era una parte más de la ciudad. Era como el Fuerte, el Cabildo, las iglesias, las calles embarradas y el río plateado que traía noticias del viejo mundo.

El día había empezado hermoso y plácido, tal como cualquier otro día de ese año de 1801 en la hermosa y plácida ciudad de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata. Era un día plácido y hermoso, no porque el clima estuviese lindo —de hecho, era agosto y hacía un frío húmedo y gélido que transformaba el aire de la ciudad en una especie de agua espesa, turbia y helada— sino porque era un día muy parecido al día anterior y los habitantes de la ciudad sabían que el día siguiente iba a ser igual. Los días iguales unos a otros eran, en conclusión, los días más bonitos y plácidos.

Su madre, doña Magdalena, la esperaba en el patio. La niña, María Josepha Petrona de Todos los Santos, se demoraba en su habitación. El espejo la tenía capturada. Sus ojos negros, sus pestañas largas, sus cejas gruesas, su boca roja, sus mejillas blancas sabían la verdad. El corazón se le achicaba un poquito de miedo pero crecía de repente al recordar que amaba.

Un golpecito en la puerta de su habitación le hizo saber que su madre no esperaba más. Una vez más se miró a los ojos en ese espejo tan chiquito pero de marco tan importante y oscuro que la reflejaba.

Salió al patio. Buscó, como siempre, la presencia segura del naranjo. Su padre, don Cecilio, había plantado el naranjo el mismo día de su nacimiento. El árbol dominaba el patio principal —de los tres que tenía la casa— y era lo primero que veían las visitas cuando traspasaban el primer corredor que daba a la calle. El naranjo también era su espejo.

Se encontró con su madre y una visita.

—Buen día, Mariquita. Qué linda estás.

Mariquita inclinó la cabeza con gracia y recato. Al mismo tiempo hizo una delicada reverencia. Doña Agustina sonrió con placer al ver sus modos tan distinguidos.

Doña Agustina era una antigua conocida. Podía decirse, incluso, que era parte de la familia. El abuelo de Mariquita había administrado los bienes de la familia López de Osornio a la muerte del padre de doña Agustina. Ella y sus hermanos habían vivido a la vuelta de la casa de Mariquita, en una casa alquilada a la familia Trillo.

Doña Agustina se había casado con don León Ortiz de Rozas unos diez años atrás y desde entonces se ocupaba de su estancia y de sus hijos. Había traído a la visita a dos de ellos: Juan Manuel, el primer varón y Prudencio, un niño de pocos meses. En el vientre traía otro que, al juzgar por el tamaño de la barriga, estaba a punto de nacer.

Juan Manuel daba vueltas alrededor del naranjo. La miraba a Mariquita de vez en cuando. Ella sonreía pero debía contenerse. No era apropiado de una niña que iba a casarse jugar con un niñito de ocho años. Tenía ganas, porque siempre lo hacían cuando llegaban de visita, pero no podía.

Mientras doña Agustina seguía felicitando a Mariquita por su futuro compromiso, Juan Manuel se acercaba cada vez más hasta ella, con pasitos lentos y mirada desafiante. Mariquita, que lo conocía bien, ya sabía lo que iba a hacer.

El niño de bucles dorados y ojos azules llegó hasta su lugar en el patio. La tomó de la mano y le tiró el brazo.

—¡Vamos, Mariquita! Yo me escondo detrás del naranjo y vos me buscas.

Mariquita no pudo contener sus pies. Tenía ganas de correr una vez más alrededor del naranjo y divertirse como cuando era niña y nadie se fijaba en que fuera tan tranquila y no hablara mientras sus mayores conversaban. Lo corrió despacito, dándole ventaja. Se divertía al escuchar las carcajadas de Juan Manuel que disfrutaba sentirse perseguido.

—¡Juan Manuel!

El juego había terminado.

Apenas habían dado media vuelta al naranjo y ya doña Agustina los había detenido. A la señora le gustaban los días bonitos y plácidos también. Juan Manuel volvió a su lugar, al costado de su madre. Mariquita volvió a su lugar de niña sonriente y casadera.

Las dos madres siguieron hablando. Mariquita y Juan Manuel se divertían haciendo muecas. A ninguno de los dos les interesaba qué había pasado en la otra

cuadra con la vecina que no salía de su casa más que para confesarse ni tampoco que hubiese llegado un barco francés que nadie había visto pero que, sin dudas, había llegado.

—Llegó pero no llegó —explicó Juan Manuel con toda la razón mientras movía los pies cansado de no hacer nada.

—¡Basta! —lo retó doña Agustina con voz seca, tanto que el bebé Prudencio que tenía dormido en sus brazos se despertó.

María reprimió su sonrisa tratando de mantener la compostura de una niña en una situación como la suya: la heredera a la fortuna de la familia del Arco, la de los Trillo y la de Sánchez de Velazco.

Al escuchar el reto, Juan Manuel puso las manos atrás de la espalda y se quedó quietito muy cerca de su madre. Mariquita prestó atención al diálogo entre las mujeres esta vez. Hablaban de niños.

—¿Qué nombre le van a poner al que viene? —preguntó su madre mirando con extrañeza al que Agustina tenía en brazos.

—Gervasio —le dijo la mujer con un aire orgulloso que no ocultaba.

—¿Y si es una niña?

—No es una niña. Se llamará Gervasio —afirmó doña Agustina.

Mariquita vio esa expresión contrariada de su madre, la que solía poner cuando llegaba a ese terreno cuando hablaba con Agustina, que era más o menos la que siempre ponía cuando los Ortiz de Rozas llegaban con sus hijos de visita.

—¿Ya está todo listo para esta noche? —preguntó doña Agustina con una voz que si había intentado ser afectuosa no había ido más allá del intento.

Juan Manuel le sacó la lengua detrás de la pollera de su madre y Mariquita tuvo que reírse.

—¡Juan Manuel! —lo retó la madre dándole un coscorrón con la mano que tenía libre.

Mariquita y su madre se incomodaron. Al mismo tiempo, ambas desviaron la cabeza hacia un costado. No era la suya una familia dada a la violencia, y menos todavía a esos comportamientos en público. No era raro que los Ortiz de Rozas trataran así a sus hijos, pero sí lo era para ellas y toda violencia entre familiares las incomodaba.

Juan Manuel no lloró, ni siquiera se molestó por el golpe. Parecía que hacer reír a María había sido la intención de su lengua y lo había logrado.

—Bueno, no las detengo más —dijo doña Agustina como si nada hubiese ocurrido—. Nos vemos esta noche, Mariquita. Me imagino que va a estar tan bonita como ahora.

—Así será —dijo orgullosa su madre—. Hasta esta noche.

Mariquita volvió a inclinar la cabeza y a hacer una reverencia con esa gracia que llenaba de orgullo a los porteños.

Se fueron con paso lento, ritmo marcado por el vientre de doña Agustina.

Mariquita se quedó en silencio, mirando al naranjo. Después de cada encuentro con doña Agustina Ortiz de Rozas, su madre necesitaba un tiempo para reponerse. Luego de ese momento siempre venía alguna reflexión sobre lo que acababa de pasar. Ella tenía que quedarse en silencio hasta que su madre pudiera entender lo que había sucedido.

—Vamos —dijo su madre.

Mariquita la siguió sin decir nada.

Salieron de la casona de la calle del Empedrado hacia la iglesia de la Merced. En casa quedaba don Cecilio Sánchez, hombre demasiado ocupado para ir a misa todos los días, pero tan piadoso como para administrar la Hermandad de San Pedro Telmo. Madre e hija pasaron por una de las ventanas de las oficinas de don Cecilio, comerciante de Buenos Aires, que daba a la calle. Lo saludaron apenas sonriendo y él les devolvió la sonrisa. Muy orgulloso estaba don Cecilio de su bonita y plácida hija.

Como cristianas piadosas, salían para la misa. Como mujeres decentes, iban vestidas de basquiña con municiones en el ruedo para que la falda no se volara con el viento. Los vestidos venían de España; lo mismo las mantillas, de exquisito tramado, que les protegían el peinado del viento malintencionado. Todo traía don Cecilio desde Cádiz para vestirlas a las dos, para que estuvieran plácidas y bonitas. El viento, ignorante, no sabía quiénes eran las que caminaban hacia la iglesia y peor todavía, ignoraba la importancia de ese día.

Mariquita conocía la importancia de la generosidad. Sus padres no estaban obligados a ir ese día a la misa del mediodía. Pero sí estaban obligados a mostrarles a todos los vecinos el orgullo de su familia y el tesoro de la ciudad. ¿Cómo impedir que alguien tuviera el privilegio de ver a una niña tan bonita y plácida ese día? No eran ni Magdalena Trillo ni don Cecilio Sánchez de Velazco personas mezquinas. Todo lo contrario. Mostrarían a su hija a todo el que quisiera verla, porque lo consideraban su obligación.

Mariquita caminaba despacio junto a su madre. Detrás de ellas, la esclava negra que indicaba que eran mujeres distinguidas. Saludaban a las señoras tan importantes como ellas, inclinaban la cabeza ante varios caballeros conocidos de don Cecilio, agradecían las bendiciones de gente de baja condición que las conocía pero que no se atrevían a hacer algo más que encomendarlas a Dios.

Cuando pudieron terminar una cuadra de camino, su madre logró hablar:

—María, cuando tenga hijos, y espero que sea muy pronto, sea humilde. El orgullo de doña Agustina es pecado.

Su madre había bajado la voz al decir el nombre de doña Agustina. Mariquita no dijo nada.

—Querer a tus hijos está bien, pero… uno tras otro… Prudencio apenas camina y ya está por nacer el siguiente. Y las tres niñas que también tiene… ¡Y creer que sabe si es niña o niño! Eso solo lo sabe Dios y así está bien. Ella se cree mucho…

Dejó de hablarle para saludar a una señora que pasaba con su hija, de la misma

edad de Mariquita. La muchacha se llamaba Justa y eran amigas. Se miraron divertidas, mientras las madres intercambiaron elogios, bendiciones y despedidas.

—Pronto va a tener niños, estoy segura —dijo su madre volviendo a hablarle y mirando hacia todos lados menos hacia ella.

—Vamos a cuidarla mucho, no va a pasarle nada.

Mariquita negó con la cabeza.

—¿No? —le preguntó su madre volviéndose hacia ella extrañada.

Mariquita vio a su madre alterada, casi a punto de perder esa serenidad que hacía que fuera Magdalena Trillo, viuda del Arco y mujer de Cecilio Sánchez de Velazco y no otra cualquier señora de buena familia de Buenos Aires. Quizá el virrey Joaquín del Pino y su esposa Rafaela podían llegar a ser tan respetables como ella, pero nadie más.

—Está bien, está bien que no tenga miedo. Los niños… sé que va tener muchos, eso lo sé. Y vamos a cuidarlos. Y bautizarlos enseguida. No espere a bautizarlos. No se preocupe, voy a encargarme de todo.

Su madre miró al suelo un instante. Un instante en el que su madre miraba el suelo era un instante muy, muy serio, muy importante; porque de otro modo, el suelo —torpemente empedrado y lleno de porquerías— no merecía que ella lo mirara.

—No les va a pasar nada… —murmuró con voz entrecortada.

María no dijo nada y también miró al suelo. Era uno de esos momentos en que su madre perdía compostura, olvidaba toda la decencia de su persona y recordaba los hijos que había tenido y habían muerto. Ya era grande como para saber que las mujeres tenían hijos. Y ya era grande como para saber que a doña Magdalena le dolían, aún en ese día de agosto en el que celebraban los esponsales de su única hija.

Siguió caminando junto a su madre. Al levantar la cabeza, el corazón le bailó como si estuviera de Carnaval.

—¿Martín?

El primo Martín Thompson estaba frente a ella y las saludaba. Iba vestido con su uniforme de alférez de fragata y su mirada melancólica. Saludó a su madre con una reverencia y después a Mariquita con una sonrisa tímida que le dijo mil palabras en un segundo.

—Buen día, doña Magdalena.

El corazón le saltaba de alegría entre las manos y por más que lo intentara —y lo intentaba de veras— no podía reprimir la sonrisa que le iluminaba la cara.

—¿No estaba en Montevideo, Martín?

—Estoy de licencia por unos días, doña Magdalena. Estoy viviendo en la casa de mi padrino Altolaguirre.

—Envíele saludos a don José —dijo su madre con una cortesía que sorprendió a Mariquita—. ¿Cuándo se vuelve a Montevideo?

La piel clara del primo Thompson empalideció más todavía. Pero si estaba nervioso no demostró nada más allá de eso.

—En cuanto termine con mis asuntos, doña Magdalena.

—¿Y cuáles son esos asuntos?

—La herencia de mi padre y de mi madre.

—Usted todavía es menor de edad.

Veintitrés años tenía el primo Martín. Todo el cuerpo le cantaba de alegría al verlo. Quería saltar alrededor de él, hablarle, escucharlo.

—Lo sé. Mi padrino dice que quizá puedan adelantarme la herencia al considerar que mi madre está en un convento.

Por la forma en que su madre enderezó la espalda y alzó la mandíbula, Mariquita comprendió que era el momento de separarse. Tuvo que reprimir las lágrimas de desilusión.

—Buen día, Martín. Lo veremos esta noche, me imagino. Su padrino está invitado, por supuesto, y usted no puede quedarse afuera. Nadie va a decir que doña Magdalena Trillo deja a sus parientes menos afortunados afuera de una celebración familiar tan importante.

—Como usted diga, doña Magdalena —dijo Martín.

Mariquita tuvo que reprimir el orgullo junto con él. Inclinó la cabeza al igual que su madre cuando el primo Martín les deseó buenos días para continuar su camino.

Llegaron, por fin, a la iglesia de la Merced. Rezaron, comulgaron, fueron bendecidas y felicitadas como correspondía. Salieron de la iglesia y esta vez se dirigieron a la casa por un camino distinto. Era el modo de su madre para cruzarse con otros vecinos, recibir nuevas felicitaciones y gozar del privilegio de ser dos de las mujeres más importantes de la capital virreinal.

Llegaron a la casa y tuvieron que atravesar un grupo de curiosos, gente de menor familia, hasta algunos mulatos libres, que sabían que Mariquita celebraría sus esponsales ese día y querían recibir las bendiciones de una niña tan afortunada. Ella los bendijo con una sonrisa al igual que su madre.

La casa resplandecía de orgullo y la cara de don Cecilio brillaba con igual sentimiento. Él mismo le había elegido al candidato y estaba convencido de haber encontrado al mejor para su hija. Así se lo había dicho un mes atrás, cuando la había llamado a su escritorio privado para anunciarle que se casaría.

Su padre se había esmerado en educarla bien. A ninguno le habría gustado que sus niñas se escribieran con hombres que no les convenían. Pero don Cecilio, su padre de acento andaluz, se había encargado él mismo de enseñarle las letras, cómo escribirlas y cómo leerlas. A los ocho años, la había enviado al colegio de doña Francisca López para que aprendiera a coser, a bordar, a hacer letra prolijita y a sumar y restar. Eso había sido terrible para Mariquita, los números habían sido su pesadilla en esa escuela a la que cada uno llevaba su propio banquito y que solo le había enseñado a obedecer sin discutir.

Pero a su padre, su educación la había llenado de orgullo. Solía llamarla y pedirle que recitara poemas de Manuel Lavardén —el poeta que encantaba a los porteños—

ante sus invitados, para después enviarla de nuevo a su habitación. Y terminados los años de educación en escuela, siguió en la casa, con libros prestados por amigos y familiares, libros piadosos, esos que las niñas podían leer, y hasta el *Telégrafo Mercantil*, la novedad hecha periódico publicada desde abril en Buenos Aires.

No muchos padres permitían que sus hijas supieran leer y escribir. Era muy tentador para las niñas, sobre todo las casaderas, entrar en intimidad con muchachos seductores que no les correspondían. Don Cecilio lo comprendió bien con el episodio del primo Martín en el otoño de ese año. Pero el episodio del primo Martín había sido resuelto de manera rápida, con la ayuda del virrey del Pino. Había enviado al muchacho a Montevideo y se había puesto a buscar un marido para su hija.

Lo encontró en Diego del Arco, un sobrino del primer esposo de doña Magdalena. Mariquita lo conocía poco, lo suficiente como para saber que no le gustaba. Le habían comunicado la noticia en el cuartito a la calle, el lugar privado de la familia, donde se tomaban las decisiones importantes y se recibía a los amigos más íntimos.

Mariquita no había pronunciado palabra esa tarde hacía dos meses. Al parecer nadie lo había notado, pero casi había dejado de hablar. Solo pensaba en el primo Martín, en las tardes de Carnaval y en ese hombre que tendría derecho a llamarla su esposa y ser dueño de la fortuna en casas de alquiler y quintas que ella heredaría.

Después del paseo y la misa, había comido, había dormido la siesta y a las seis de la tarde, había aparecido una esclava para ayudarla a prepararse para la fiesta de esponsales. La mujer hablaba sin parar mientras le peinaba el cabello para que quedara reluciente.

Estaban frente al espejo, el espejo chiquito de marco oscuro y enorme que no reflejaba su cara por completo. El vestido de seda bordada con flores amarillas y hojitas verdes había sido hecho en poquísimos días, el dinero de los Sánchez de Velazco podía pagar tal velocidad. Los zapatitos eran de la misma tela, con una suela fina y cordones también de seda que se resbalaron cuando la esclava intentó atarlos. El cabello suelto, por supuesto, dividido en la mitad de la cabeza, liso y lustroso hasta la cintura.

La esclava la dejó sola, llamada por su madre. Mariquita se quedó frente al espejo, mirándose, preguntándose si se animaría a hacer lo que había planeado. Si tendría el coraje de enfrentar a todos por defender su propia voluntad. Sus ojos le decían que sí, pero las manos le temblaban de miedo.

Escuchó llegar a los primeros invitados. Su habitación daba al segundo patio pero estaba muy cerca de la caballeriza. Llegaban en carros tirados con mulas, haciendo ruido y pidiendo ver a la novia.

Parientes, compadres, ahijados, vecinos, socios de negocios, miembros del Consulado, alcaldes del Cabildo, sacerdotes amigos, funcionarios de la corte virreinal. Estaba todo el que tenía que estar y el que no estaba era porque no lo merecía. Estaban los que se habían hecho ropas nuevas, los que habían sacado las viejas de los baúles que no se tocaban nunca. Estaban las que disimulaban su falta de

dinero con una mantilla de encaje pedida prestado y los que disimulaban su calvicie con una peluca empolvada. Estaban los que se morían de envidia por la fortuna de Diego del Arco. Estaba Diego del Arco hinchado de orgullo dentro de su chaqueta verde; estaban los que contaban por lo bajo las correrías de don Diego, sus deudas, sus amoríos pecaminosos y su escasa inteligencia. Estaban doña Agustina y don León López de Osornio y también estaba el poeta Lavardén. Estaban los que habían ido solamente a comer, estaban los que ya preparaban los chismes para el día siguiente, los que fruncían la nariz ante la comida. Estaban los que habían escuchado ciertos rumores sobre el rubiecito alférez de fragata que se ocultaba en una esquina oscura.

Mariquita los escuchaba a todos. Le dolían los hombros de tan quieta que estaba frente al espejo. Esperaba. Esperaba el sonido que le dijera que su pedido ante el virrey había sido escuchado.

Después de que los relojes dieran las ocho de la noche, escuchó los golpecitos en la puerta. Su madre la llamaba. No respondió al llamado. Solo saldría cuando escuchara a los enviados del virrey.

Imaginaba las excusas de su madre ante las preguntas de los invitados. Que Mariquita era tímida, que como niña de buena familia que era cuidaba su pudor y su decencia, que los nervios por el futuro casamiento la habían debilitado.

Aceptadas las excusas de su madre, todos los que importaban en Buenos Aires comerían, sonreirían, serían felices, bonitos, plácidos. El curso de la vida se cumplía, don Diego y Mariquita Sánchez de Velazco iban a casarse, a tener niños y el sol saldría al día siguiente como había salido el día anterior.

Escuchó a los caballos que tiraban la calesa de los enviados reales detenerse en la caballeriza. Se puso de pie de inmediato y salió de la habitación.

Entraron los enviados reales haciendo repiquetear sus zapatos por el patio y el piso del gran salón. Marcharon a través de los invitados, pasaron incluso por delante del primo Martín Thompson que los miraba con sus ojos azules, aturdidos y melancólicos.

Mariquita corrió por el segundo patio, el pasillo y el primer patio dando grandes pasos con sus zapatitos de seda. Entró al gran salón después de los enviados. El salón, oscuro y sobrio, estaba lleno de gente muda que no comprendía qué hacía un Oficio Real en la mismísima casona de la calle del Empedrado. Frente a los enviados, sus padres, pálidos y furiosos, ya imaginaban qué dirían esos hombres que habían irrumpido en la ceremonia de esponsales de su única hija.

—¿Doña María Josepha Sánchez de Velazco y Trillo? —preguntó uno de los enviados.

—Aquí estoy —dijo ella con voz firme.

La firmeza de la voz escondía que el estómago y las entrañas le dolían como si tuviese cólera y el corazón le latía tan rápido que iba a salir corriendo delante de todos los invitados.

Tenía catorce años y apenas sabía nada del mundo. Tenía los ojos grandes y

oscuros, las pestañas largas, el cabello liso y lustroso, los labios rojos y entreabiertos. Amaba a sus padres pero no podía negar que su corazón ya no solo sentía esa clase de cariño. Sentía mucho más de lo que confesaba, pensaba mucho más de lo se le permitía decir, reflexionaba para sí misma porque no se esperaba de ella reflexión, sentía orgullo por su inteligencia, observaba por sí misma al mundo y estaba segura de su propio deseo.

El Oficio del Rey se plantó frente a ella. Era un hombre alto, mucho más alto que ella y le habló con voz grave y cortante:

—Se ha informado al Virrey don Joaquín del Pino que esta ceremonia de esponsales es en contra de su voluntad. ¿Acepta doña María Josepha Petrona de Todos los Santos Sánchez de Velazco y Trillo casarse por voluntad propia con don Diego del Arco?

No solo en el salón estaban en silencio. Toda la orgullosa Buenos Aires se quedó callada esperando la respuesta.

Mariquita respondió con la voz y con el cuerpo llenos de seguridad:

—No. No es mi voluntad. No quiero casarme con él.

Confiéseme, padre Rodríguez

En la Santa Casa de Ejercicios Espirituales
de Buenos Aires,
septiembre de 1801.

Mariquita caminaba por la celda, blanca, oscura, fría. Las monjitas le habían indicado que esa mañana un cura iría a hablar con ella y confesarla. Le recomendaron que rezara mucho, que examinara su conciencia y sus pecados, que luego de ver y hablar con el padre se sentiría mejor.

Escuchó unos pasos y se le aceleró el corazón. Pero quien fuera que iba caminando pasó de largo por la puerta de la celda en donde estaba encerrada como una prisionera, como si fuera un criminal confinado en la prisión del Cabildo. ¿Era necesario?

Al menos para su padre, sí. Después de la ceremonia de esponsales fallida, don Cecilio no había pronunciado una palabra. Nada. Ni un reto, ni un grito, nada.

Su madre, en cambio, sí que había hablado.

Tres días seguidos había hablado, casi sin respirar, casi sin dormir, casi sin comer. Mariquita no había dicho mucho más que ese no. Quería casarse con Martín Thompson, él también quería casarse con ella, se amaban y no habría voluntad, ni lágrimas, ni amenazas, ni amor maternal en el mundo que la hiciera obrar en contra del amor que sentía por Martín.

Quería gritarles que la dejaran salir, que ella no era cualquier persona, que era hija de Cecilio Sánchez de Velazco y Magdalena Trillo, que no tenían derecho a tenerla encerrada ahí, mirándola como si fuese una de «esas».

Tontas monjitas. No hacían más que rezar y rezar y caminar, rezar de nuevo, hablar bajito por los pasillos de la Casa, mirarla mal y rezar de nuevo. Y Mariquita, solo quería gritar, gritar por las galerías, y los jardines a punto de florecer, espantarlas, hacerles desorbitar los ojos, que la tomaran por loca, a ver si la dejaban salir de una buena vez.

Pero no: si la tomaban por loca la iban a encerrar más y no quería eso. Quería volver a su casa, a su cama, a sus paredes blancas, a su espejo chiquito y de marco oscuro, a su naranjo y a su adorado Martín. A Martín por sobre todas las cosas.

Daba vueltas sin parar. Las paredes eran todas tan blancas y tan iguales que si giraba rápido parecían una sola. Justo cuando estaba frente a una pared blanquísima, entró el cura que iba a hablar con ella. En una de las vueltas alocadas, escuchó que la puerta se abría, sin darle tiempo a ubicarse cerca de una de las sillas que estaban a un lado de la mesa.

Terminó de girar despacito, sabiendo que iban a regañarla y mirarla con

reprobación una vez más. Pero no vio nada de eso. El cura se había quedado frente a ella con las manos cruzadas.

—Buenos días —le dijo con voz amable.

—Buenos días, padre —respondió ella con cautela y un poco mareada por las vueltas.

El cura le sonrió y los ojos se le iluminaron.

No estaba bien pensarlo pero era un hombre atractivo.

Bueno, no era un hombre… sí, era, pero era un sacerdote y no se suponía que una lo mirase así. Incluso con el pelo cortado como lo tenía. Pero sí, era atractivo. ¿Sería que el mareo le duraba todavía? ¿O era que se estaba convirtiendo en una de… «esas»?

Y más importante todavía: ¿se espantarían mucho las monjitas? No las aguantaba más. Si les decía que el cura era un hombre buen mozo, ¿la dejarían en paz? Descartó la idea de inmediato. La iban a sumergir en agua bendita hasta dejarla arrugada como una pasita de uva o como la madre superiora si se animaba a decir que el cura era buen mozo. No tan lindo como Martín, porque nadie era tan lindo como Martín, pero tenía una expresión tan risueña que… ¿Por qué había cambiado a una expresión risueña?

—¿Por qué me mira con ese entrecejo? —le preguntó el sacerdote.

Mariquita movió la cabeza para borrarse el ceño fruncido. El cura la miraba sonriendo y eso era mucho más raro todavía. ¿Es que no iba a retarla? ¿No iba a condenarla a los mil infiernos por decirles que no a sus padres y enamorarse de un muchacho que ellos no querían?

—¿Empezamos la confesión? —dijo ella caminando rápido hacia la silla.

—Por el momento, no —dijo el sacerdote sin moverse del lugar. Mariquita se volvió hacia él—. ¿No le gustaría hablar mientras caminamos por el jardín?

—No —respondió ella con seriedad.

—Bueno, hablemos acá —y se sentó delante de ella.

—¿Ahora empieza la confesión?

—No —le respondió el cura con la misma seriedad que ella—. Ahora es cuando le digo que soy fray Cayetano Rodríguez, confesor de esta Casa de Ejercicios Espirituales.

—¿De todas las monjitas?

—De todas, sí.

Mariquita sintió que el corazón le rebosaba de piedad por el padre Rodríguez.

—¿Ahora va a confesarme? —insistió sin prestar atención a sus pensamientos.

—No. Si quiere confesarse, se confiesa después. Ahora quiero que me cuente todo.

Mariquita se quedó en silencio desconfiada.

—¿Qué? —Salió de su boca con torpeza.

—Le voy a contar algo.

Mariquita tuvo la terrible necesidad de mirar hacia la puerta, a ver si había alguien más que los observaba.

—¿Usted quiere contarme algo a mí?

—Claro.

—No. Mejor confiéseme padre Cayetano. El padre Rodríguez se rio al escucharla. —Veo que tiene una voluntad propia.

—Por eso estoy acá, Padre. Confiéseme así terminamos pronto con esto.

El padre Cayetano la miró sorprendido.

—Sabe ordenar tan bien como su madre.

—Por supuesto —dijo ella sin dudas.

—Mañana la voy a confesar —aceptó el padre—. Le voy a dar un millar de padrenuestros si me los pide así.

—Gracias.

—Hoy quiero…

—Padre…

El fraile suspiró pero después sonrió.

—¿Qué?

—¿A usted lo echaron de algún lugar?

Mariquita lo miraba con desconfianza. ¿Cómo podía ser que fuera tan suelto cuando los demás curas eran tan envarados? Sintió ganas de llamar a alguna monjita y pedir que le trajeran a un cura mucho más serio que el que tenía enfrente. Quizá alguien se había equivocado, o quizá el padre Rodríguez estuviera un poco alegre con el vino de la misa.

—¿Por qué dice eso?

—Usted es… muy suelto.

—Bien. ¿No le gustan los sueltos?

—No. Prefiero los envarados. Voy a pedir que me traigan un confesor envarado —dijo más para sí Mariquita.

Fray Cayetano cruzó las manos sobre la mesa.

—Lamentablemente, doña María, soy el confesor de esta Casa de Ejercicios y el suyo también. Me temo que no está en posición de elegir un nuevo confesor.

—Pero es que no puede ser. Yo le digo lo que hice, usted me da el castigo y me voy a rezar.

—Si antes se arrepiente.

—¿Qué?

—La confesión y el perdón requieren arrepentimiento. ¿Usted se arrepiente de lo que hizo?

Necesitaba otro confesor con urgencia y su espejo chiquitito. Las monjas quizá no se miraran al espejo, pero ella no estaba en la Casa de Ejercicios precisamente por querer ser monja.

El padre seguía hablando:

—Es necesario que en la confesión acepte su culpa y se arrepienta de sus pecados. —Mariquita no respondió—. ¿Ve? Es mejor que hablemos antes.

—No sé de qué quiere que le hable.

Fray Cayetano se rio divertido al ver su cara desconfiada y los ojos se le iluminaron más todavía. ¡Qué lindos ojos tenía el padre Rodríguez! No, no los tenía, era que todavía estaba mareada por las vueltas. Era mejor pensarlo de ese modo.

—Cómo se enamoró de Martín, los mensajes secretos. Vamos, el romance completo.

—¿No se lo contaron ya? —preguntó Mariquita escéptica—. Seguro que todo el virreinato ya lo sabe.

—Algo me han dicho.

—A las monjitas no les gustan las hablillas. Pero debe haber hablado con mis padres. —Así lo hice.

—Entonces ya sabe. No tengo nada que contarle. Confiéseme —exigió con la voz de mando que había aprendido de su madre.

—¿Por qué está tan enojada? —le preguntó el cura con voz suave.

No le gustó que le hiciera esa pregunta, sobre todo porque se empeñaba en que no se notara que estaba furiosa. Que la hubieran encerrado en la Casa de Ejercicios era una afrenta que no podría perdonar pronto. Y también era la razón por la que se había negado a casarse con Diego del Arco.

Ellas, las niñas, no eran más que muebles, mesitas que se podían poner en un lugar u otro de la casa según conviniera. ¿Que era necesario casarlas? Pues se las casaba con un hombre mayor que ellas, de poco gusto y mal olor. ¿Que las niñas se negaban? Entonces se las encerraba como a desquiciadas en la Casa de Ejercicios hasta que aprendieran su lugar en el mundo.

—Quiero salir de este lugar —dijo Mariquita con pasión—. No me gusta estar acá. No soy una monjita. Quiero volver a mi casa, padre Cayetano. Quiero ver a Martín.

—Eso va a estar difícil, al menos por el momento. Don Cecilio está muy enojado y doña Magdalena…

—Inconsolable.

—Inconsolable. Así lo dijo ella.

—¿Cuándo la vio?

—Hace dos días. Fui a decirles que vendría a verla. —¿Le dijeron que soy una… una de «esas»? Fray Cayetano le sonrió con ternura.

—Nadie piensa eso, no se preocupe. Aunque sí todos creen que desobedecer a sus padres es una gran falta. —Y usted está de acuerdo.

El hombre se inclinó hacia atrás y escondió las manos en su hábito de franciscano. La miró a los ojos y ella tuvo que bajar los suyos. La culpa le carcomió la espalda y los brazos, junto con el frío blanquecino de la habitación.

—Honrarás a tu padre y a tu madre. Eso dice la Biblia —dijo el fraile.

Mariquita desvió la cabeza hacia un costado, para mirar la puerta.

Extrañaba el cuartito a la calle. Las celdas daban al interior de los patios y lo único que se veía pasar eran las monjitas. Ella quería ver damas vestidas, soldados del virrey, los jueces de la Audiencia, los alcaldes del Cabildo, las vendedoras negras ofreciendo pasteles, los esclavos vestidos de librea y peluca. Quería ver el mundo, no esos amables jardines que cultivaban las monjitas.

—Usted conoció al obispo Azamor —afirmó Fray Cayetano.

Ella se volvió con una sonrisa triste.

—Sí, iba a casa, a mi padre le gustaba mucho su compañía. Y mi madre le armó una capilla en la quinta, en San Isidro, cuando tuvo ese problema con el virrey de Meló. A mí siempre me acariciaba la cabeza y me sonreía.

—Yo lo conocí también, un gran hombre, un gran religioso, un hombre de gran ilustración. Él… Hay cosas complejas, quizá a una muchachita como usted no le interesen…

—¿Cosas como qué?

—Reformas dictadas por el Rey. Leyes del virreinato. —Explíqueme todo— le dijo ella con voz firme. El hombre sonrió al escuchar esas palabras:

—Bien. Le voy a explicar todo, como usted pide. Hace unos años, el rey dictó la Real Pragmática. Estableció que los hijos deben obedecer a sus padres en cuestiones matrimoniales hasta la mayoría de edad, los veinticinco años. El obispo Azamor siempre estuvo en contra. Muchos sacerdotes están… estamos, en contra. La Corona no tiene derecho a regular sobre el matrimonio. El matrimonio es un sacramento y pertenece al ámbito eclesiástico.

Fray Cayetano se había puesto de pie y hablaba con ardor. A Mariquita eso le asustaba y atraía al mismo tiempo. Martín le había hablado igual a veces, a escondidas en el tercer patio, de las cosas que leía, de las nuevas ideas, de Francia…

—El matrimonio debe ser un acto voluntario entre dos personas libres, un acto voluntario ante Dios. Cualquier religioso que acepta un casamiento que no sea voluntario, actúa contra los designios divinos. ¿Se da cuenta?

—No —dijo ella con sinceridad.

—Usted negó que fuera su voluntad casarse con Diego del Arco, el hombre que sus padres eligieron.

—Así es.

—¿Está segura?

—Absolutamente.

—Hábleme de Martín Jacobo Thompson.

El corazón le bailó como si fuera Carnaval. Siempre sentía lo mismo cuando lo veía, esa sensación de libertad y felicidad que sentía cuando Buenos Aires estallaba en Carnaval y todas las casas se abrían, los vecinos se tiraban agua, cantaban canciones, se hacían burlas y se corrían por igual, sin preocuparse por el lugar que ocupaban en la sociedad.

No había hablado con nadie sobre Martín, apenas con su amiga Justa que hacía de mensajera en algunas ocasiones y de la criada que le avisaba que el primo Thompson quería verla en los fondos de la casa.

Se le colorearon las mejillas, le sudaron las manos y en la garganta se le anudaron las lágrimas que no quería derramar.

—Es el primo de mi madre. Es marino. Alférez de fragata de la Academia Naval de El Ferrol, de España.

—¿Ya le habían dicho que iba a casarse con Diego del Arco cuando lo conoció?

—No. Don Diego venía muchas veces a casa como pariente de mi madre. Me hablaba a veces, pero no es un hombre de conversación interesante.

—¿Le gusta la buena conversación?

—La buena conversación es el alma de una reunión. Mi madre así lo dice. No entiendo todavía cómo le gusta don Diego. —Siga hablándome de Martín.

—Martín llegó con don José Altolaguirre. Es su padrino. La madre de Martín está en el convento de las capuchinas, ¿lo sabía? —Fray Cayetano asintió—. No lo quiere ver. Padre, quiero confesarle que eso me parece cruel. Martín quiere mucho a su madre y quiere verla.

—Los conventos de clausura tienen leyes estrictas.

—¡Pero Martín es su hijo! —protestó Mariquita—. Es tan cruel. Me contó esas cosas cuando nos veíamos. A mamá no le importaba que habláramos bajo el naranjo. Ahora seguro se arrepiente. —Mariquita no pudo evitar reírse y mirar de reojo al cura, que aún seguía de pie—. Me contó de España, de las batallas, de Napoleón, de la revolución en Francia…

Fray Cayetano se dio vuelta de pronto.

—¿Y él qué piensa de la revolución en Francia?

—Le gusta mucho. Las nuevas ideas le atraen, según dice. Y que lo entusiasman las rebeliones en el Alto Perú, que quizá los criollos pueden hacer algo parecido. Que le gustaría ver algo así.

—¿Y todo el tiempo le habla de política? —le preguntó sorprendido—. ¿Así la enamoró? —Mariquita se rio ante la ocurrencia del padre Cayetano.

—¡No, padre! ¿Cómo se le ocurre? No… Pero me gusta escuchar sobre eso.

—Seguramente la enamoró diciendo que tiene ojos bonitos.

Ella abrió la boca.

—¿Y cómo sabe?

—No dijo nada más que la verdad.

—Usted también tiene ojos bonitos, padre Cayetano —le dijo ella con gracia risueña.

—¡Y lo bien que me sirven! —le agradeció él mientras se sentaba—. Me paso horas leyendo a la luz de las velas y por ahora ven tan bien como cuando ingresé en el seminario del convento de San Pedro.

—¿Cuántos años tenía?

—Dieciséis.

—¿Y ahora cuántos años tiene?

Fray Cayetano rio.

—Treinta y nueve.

—¿Y dónde queda San Pedro?

—¿La porteña orgullosa no sabe dónde queda San Pedro? Al norte de Buenos Aires. A orillas del Paraná. ¿Sabe qué es el Paraná?

Mariquita lo miró ofendida.

—Leí el poema de Lavardén en el *Telégrafo Mercantil*, padre Rodríguez.

—Ah, me alegro. *Oda al Paraná* es un bello poema. Me habría gustarlo escribirlo a mí.

—¿De verdad? —le preguntó muy sorprendida.

—De verdad. Escribo poemas. También participo de la redacción del *Telégrafo*.

Mariquita estudió al fraile, desconfiada al principio, interesada al instante siguiente.

—¿De verdad?

—Se lo aseguro. Siempre quise ser poeta. —¿Y por qué se hizo cura?

—Porque también sentí que necesitaba dedicarme a esto. Y pensé que podía dedicar mis palabras a Dios al tiempo que a los hombres.

—¿Y estaba seguro de que eso era lo que quería? —le preguntó interesada Mariquita—. Ahora que ya está viejo, ¿qué piensa?

—Bueno, no me siento tan viejo —rio Fray Cayetano—. Pero sí, estaba seguro y aún sigo seguro. ¿Usted está segura de querer a Martín?

—Sí, padre Cayetano. Y cuando tenga treinta y nueve también voy a estarlo.

—Veo. Siga hablando de Martín.

—No fue a propósito. No sé cómo pasó. Bueno sí sé. Él es muy tímido…

—¿No tiene una buena conversación?

—¡Sí! Pero no al principio. Lo había escuchado y pensé «a este mi madre no lo va a invitar seguido». Había venido a una cena en casa, no mucha gente, pero hablaban fuerte y había un músico y era muy malo…

—Eso es terrible.

—Muy terrible, padre. La buena música alegra el alma, pero la mala… la mala es un infierno. Martín estaba en un rincón. Miraba a todos asustado. Se fue a España cuando era niño y de vuelta aquí, pobre, no conocía a nadie más que a su padrino. Yo me acerqué y le hablé. Primero no hablaba mucho pero le hice una broma y sonrió y entonces me di cuenta de que era tímido nada más y que con la broma era suficiente.

—¿Otro consejo de su madre?

—Claro: a los tímidos hay que hacerlos reír y empiezan a hablar. Y me contó sobre España, sobre las batallas en las que había peleado, la vida en los barcos, el uniforme, cuánto le había costado entrar a la Academia.

—¿Y así la enamoró?

—Sí. No. Bueno sí. Es que cuando habla se le anima el rostro pero los ojos quedan tristes. ¿Se puede hacer eso padre? Como si se quedara pensando en algo todavía. Algo que no dice.

—Se puede, cómo no.

—Y ese mismo día empecé a sentirlo. Algo en el pecho. Querer cuidarlo y abrazarlo y hacer que se sonría todo el tiempo. Los ojos azules son tan bonitos.

—Tanto como los oscuros.

—Eso me dijo él. ¿Cómo sabe todo eso? Mejor no me lo diga. Empezó a venir seguido, a la hora en que mi padre recibe a sus amigos y hablan del Consulado y el virrey. Y si alguna señora acompañaba, con mi madre nos uníamos a la reunión y yo terminaba hablando con Martín. Un día me dijo en secreto, muy bajito, que me quería. Y yo le dije que también lo quería. ¿Eso está mal, Padre?

—En tanto ambos sean libres ante Dios, no veo por qué está mal.

—Pero está mal si desobedece las decisiones de mis padres. —Bien, llegamos al problema. ¿Por qué esperó hasta el día de los esponsales? ¿Por qué no habló antes?

—¡Sí! Pero no al principio. Lo había escuchado y pensé «a este mi madre no lo va a invitar seguido». Había venido a una cena en casa, no mucha gente, pero hablaban fuerte y había un músico y era muy malo…

—Eso es terrible.

—Muy terrible, padre. La buena música alegra el alma, pero la mala… la mala es un infierno. Martín estaba en un rincón. Miraba a todos asustado. Se fue a España cuando era niño y de vuelta aquí, pobre, no conocía a nadie más que a su padrino. Yo me acerqué y le hablé. Primero no hablaba mucho pero le hice una broma y sonrió y entonces me di cuenta de que era tímido nada más y que con la broma era suficiente.

—¿Otro consejo de su madre?

—Claro: a los tímidos hay que hacerlos reír y empiezan a hablar. Y me contó sobre España, sobre las batallas en las que había peleado, la vida en los barcos, el uniforme, cuánto le había costado entrar a la Academia.

—¿Y así la enamoró?

—Sí. No. Bueno sí. Es que cuando habla se le anima el rostro pero los ojos quedan tristes. ¿Se puede hacer eso padre? Como si se quedara pensando en algo todavía. Algo que no dice.

—Se puede, cómo no.

—Y ese mismo día empecé a sentirlo. Algo en el pecho. Querer cuidarlo y abrazarlo y hacer que se sonría todo el tiempo. Los ojos azules son tan bonitos.

—Tanto como los oscuros.

—Eso me dijo él. ¿Cómo sabe todo eso? Mejor no me lo diga. Empezó a venir seguido, a la hora en que mi padre recibe a sus amigos y hablan del Consulado y el virrey. Y si alguna señora acompañaba, con mi madre nos uníamos a la reunión y yo terminaba hablando con Martín. Un día me dijo en secreto, muy bajito, que me quería. Y yo le dije que también lo quería. ¿Eso está mal, Padre?

—En tanto ambos sean libres ante Dios, no veo por qué está mal.

—Pero está mal si desobedece las decisiones de mis padres. —Bien, llegamos al problema. ¿Por qué esperó hasta el día de los esponsales? ¿Por qué no habló antes?

—Martín me pidió en matrimonio a mis padres. Ellos lo rechazaron enseguida, sin siquiera meditarlo. Le dijeron que ya estaban pensando en otro y que no lo consideraban un hombre adecuado. Fue terrible, padre Rodríguez. El día más triste de mi vida.

—Me imagino.

—¿Sí? —le dijo desconfiada—. Mi padre usó sus influencias. Hizo enviar a Martín a Montevideo. Hasta el día de los esponsales no lo había vuelto a ver.

—¿Y cómo se comunicaba con él?

—Usé mis influencias, también.

El padre Rodríguez tuvo que sentarse y reír un buen momento por su repuesta. Pero ¿no era lógico? Era precisamente lo que le habían enseñado. La sociedad de Buenos Aires se movía a través de influencias, siendo una niña destacada de la ciudad tenía que hacer lo mismo.

—¿Quién la ayudó?

—Mis queridas amigas Justa Foguet y Casilda Igarzábal. A través de una criada de confianza de Justa, le mandé mensajes a Martín, avisándole que me querían casar con don Diego. Martín me aconsejó que le escribiera al virrey y que él haría lo posible para llegar a Buenos Aires ese día. Y cumplió.

—Y casi mata a su madre del disgusto.

—¡No fue a propósito! No quiero que le pase nada. Y quiero respetar a mis padres. Pero no quiero a don Diego. Quiero que se respete mi deseo.

—Usted quiere una revolución, Mariquita.

—Sí.

—Bien.

—Padre Cayetano… —Qué.

—¿Qué es una revolución?

—Una revolución es… una revolución es un día que hace que todos los demás días sean distintos. Los días anteriores a ese y los días por venir.

—¿Y todo cambia para siempre?

—Ya nada vuelve a ser igual. Nada.

—¿Y no se extrañan los días antiguos?

—Quizá. Pero la nueva vida es diferente y la nueva libertad vale cualquier sacrificio. Pero usted me hace hablar a mí y la que tiene que hablar es usted.

—Me interesa su revolución. Martín también habla de revolución. Aunque dice que a veces no está bien hablar así. Pero que hay muchos que piensan lo mismo. A mí me gustaría no extrañar los días antiguos.

—Dígame algo, Mariquita.

—A ver…

—¿Se arrepiente de haber dicho no? —Ella bajó la cabeza.

—Ah… veo que lo piensa. Antes había dicho que estaba segura.

—¡Estoy segura! Pero… Un poco. A veces extraño los días tranquilos. Despertarme tranquila, sin pensar en esto. Mi padre orgulloso, mi madre satisfecha, los esclavos tranquilos, las vecinas calladas… las monjas lejos. ¿Cómo aguanta a las monjas, padre Cayetano?

—Pienso en una revolución y me distraigo.

La risa de Mariquita llenó la celda. El padre Cayetano también rio pero más con los ojos que con la boca.

—¿Y qué revolución quiere usted?

—Una en la que se respeten mis deseos como criollo.

—A veces abro los ojos y me parece que todo está como antes, antes de que empezaran a hablar de matrimonio y esas cosas. Y pienso, ¡cómo quisiera volver a esos días! Días como pasitos, padre, uno detrás del otro. Uno detrás del otro.

—Puede hacerlo.

—¿Puedo?

—Puede volver y decir que se arrepiente.

—¿Puedo, padre Cayetano? No sé si puedo…

—¿Qué pasó en los fondos?

—¿Qué?

—En los fondos, cuando la criada vino a llamarla para ver a Martín.

—Fui a verlo. Mis padres ya lo habían rechazado y se iba al día siguiente. Le había mandado un billetito a través de Justa. Hablamos mucho ese día. Fue el día después de que me dijeran lo de don Diego. No sabía qué hacer. Le pedí verlo en secreto. Y él accedió.

—Y solo hablaron.

—¿Cómo?

—Solo hablaron.

—Quiero confesarme —dijo Mariquita en voz muy baja y ronca.

—¿Se arrepiente de lo que hizo?

—¡No! Él me tomó la mano y me besó en los labios. Me dijo que así se sellaba el amor para siempre. Nos prometimos matrimonio ante Dios.

El padre Rodríguez se puso serio al escucharla. Se volvió a sentar frente a ella con una mano sobre la otra.

—¿Ya celebró los esponsales con Martín? ¿En secreto?

—Sí, padre Cayetano.

—Sus padres no saben eso.

—No.

—¿Lo quiere?

—Se me van las manos… —Ella rio nerviosa, casi lloriqueando—. Se me van las manos cuando lo veo. Quiero tocarlo todo el tiempo. ¿Está mal, no?

—¿Por qué estaría mal?

—Porque no debería decir estas cosas.

—Está enamorada, por eso dice esas cosas.

—¿Y si le digo que se me llena el corazón cuando lo veo? ¿Qué desde que me besó no pienso en otra cosa que besarlo? —lo desafió.

—Es comprensible. El amor provoca esas sensaciones en el espíritu. Muchos poetas han hablado de ese tema y…

—Usted es raro —lo interrumpió ella.

—¿Raro?

—Sí, raro.

—¿Y por qué raro?

—Porque no me regaña. Usted tendría que retarme en latín, mandarme a rezar un millar de padrenuestros y pedir que me manden a buscar. Este lugar es espantoso. Y vacío. Quiero irme a mi casa.

—¿Quiere arrepentirse?

Mariquita sollozó. Pero acomodó los hombros y se limpió las lágrimas. Si Martín había luchado en una batalla, ella podía bien hacerle frente a esto por él.

—No. No quiero.

—Mariquita. Voy a acompañarla en lo que quiere hacer. Si ya prometió los esponsales ante Dios entonces hay poco que puedan hacer sus padres. Pero usted tiene que estar segura. Tanto si elige seguir adelante o retroceder. Mariquita, los dos caminos son espinosos. Va a haber hablillas, como dice su madre, la van a mirar torcido, a usted y a Martín. Sus padres van a oponerse con fuerza. Habrá lágrimas y obligaciones. Pero si usted está segura, si usted así lo quiere, entonces nada podrá impedir que se case con Martín y su felicidad se haga con él. ¿Está segura de esto?

—Sí, padre Cayetano, estoy segura.

Irremplazable Thompson

En el cuartito con ventana a la calle,
mediados de julio de 1804.

Nada hizo que Mariquita cediera en su voluntad. Ni el llanto angustiado de su madre, ni las amenazas serias de su padre, ni las miradas de reojo de los vecinos, ni el murmullo lastimero de las monjitas de la Santa Casa de Ejercicios Espirituales. No la hicieron ceder ni los rumores que entraban por la ventana; ni la enfermedad de doña Magdalena; ni la mirada de desilusión de su padre cuando ella se negó por centésima vez; ni el silencio que se impuso en la enorme casa de la calle del Empedrado cuando la niña regresó de la Casa de Ejercicios acompañada por fray Cayetano Rodríguez.

Tampoco cedió cuando su padre puso en juego todas esas influencias que poseía y envió a Martín de regreso a España, a la ciudad de Cádiz. Si sus padres creían que la distancia iba a separarla de Martín, era porque no la conocían. Apenas tuvieron tiempo de despedirse con unos besos muy escasos, mientras fray Cayetano vigilaba la puerta de uno de los confesionarios de la iglesia de San Francisco. Mariquita y Martín se prometieron fidelidad y amor y paciencia frente al padre Rodríguez. Paciencia, les recomendó el fraile. Siempre paciencia.

Su voluntad fue puesta a prueba. Fueron necesarias muchas horas de encierro, de lágrimas, de rezos, de confesiones con el padre Rodríguez para mantenerse firme. Y, gracias a todo eso, no cedió cuando la enorme casa de la calle del Empedrado se vistió de negro para llorar la muerte de don Cecilio Sánchez de Velazco, a principios de 1802.

¿Tuvo dudas Mariquita? Por supuesto. ¿Lloró desconsolada durante el velatorio de su padre? Jamás habría actuado de otra manera. Lo amaba como debía amarse a un padre, con respeto y admiración. Cuidó de su madre en esos meses tan devastadores para ambas. Estaban solas. Podían venir todos los parientes, todos los vecinos, compadres y amigos a visitarlas y ofrecerles sus servicios. Pero estaban solas en la casona de la calle del Empedrado, rodeadas de esclavos negros, y miradas constantemente por los vecinos.

Pero, si doña Magdalena pensó que la batalla contra Thompson ya estaba ganada con la muerte de su marido, la desilusión debe haber sido terrible. Nada cambió con la muerte de su esposo. Al contrario, la amistad que había comenzado en la Casa de Ejercicios entre fray Cayetano Rodríguez y Mariquita se hizo más estrecha, más confiada y más leal.

Sin Martín, en quien confiaba y por quien se sentía protegida, Mariquita se volcó hacia fray Cayetano con una ternura que su madre no siempre recibía bien. Defensor de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad que venían desde Francia y se

esparcían con los ejércitos de Napoleón, el fraile quería organizar una revolución allí donde pudiera hacerlo.

Fray Cayetano quería también hacer su voluntad. Pero la de él no consistía en casarse, sino en poder gobernarse a sí mismo. No era el único que pensaba así. En todas las colonias americanas españolas había grupos que aspiraban a la autonomía, a poder gobernarse según sus intereses.

El camino, pensaba el padre Rodríguez, se hacía ilustrando al pueblo, poniendo a disposición de todo el mundo las nuevas ideas de libertad, igualdad, fraternidad. Y como a los virreyes no les gustaba esa idea, se oponían a cualquier intento de fundar academias, periódicos o escuelas. El mismo *Telégrafo Mercantil* había tenido corta vida. Entonces, la educaba a ella.

Cada día, cada clase con fray Cayetano eran para Mariquita un vaso de agua fresca en el agobio de su casa, los lamentos de su madre y los murmullos de la ciudad. Aprendió nombres como Voltaire, Montesquieu, Rousseau; aprendió que el francés era el idioma de la revolución y de la voluntad propia; aprendió que la palabra emancipación era la llave para una nueva vida. Aprendió y se lo repitió muchísimas veces en voz baja, que cuando pudiera casarse con Martín y gobernar su propia casa, sería como una de esas damas francesas que le abrían la puerta a los hombres ilustrados y hablaban con ellos con igual inteligencia y gracia.

Fray Cayetano le enseñó sobre el poder, sobre la monarquía, sobre las rebeliones del Perú y la manera atroz en que Túpac Amaru había sido castigado por querer gobernarse a sí mismo. Le explicó que el gobierno monárquico atrasaba a los americanos, los condenaba a una inmovilidad que no se podían permitir más. Le enseñó, y ella aprendió con felicidad, que luchar por la voluntad propia tenía un precio, pero que por el futuro prometido valía la pena cualquier esfuerzo. «Paciencia», repetía fray Cayetano y Mariquita se la repetía a sí misma cuando despertaba por las mañanas después de haber soñado con Martín y se daba cuenta de lo lejos que estaba.

Fray Cayetano le enviaba sus cartas a Martín y le entregaba las de él. No se las abría antes, pero siempre le preguntaba qué decían con un tono que a Mariquita le provocaban una profunda ternura. Ella le contaba todo, porque no concebía ocultarle algo a quien la había apoyado desde el inicio de la pelea con sus padres.

Paciencia tuvieron y fueron recompensados. Presionado por protestas en todo el continente americano e incluso en la misma España, Carlos IV emitió una Pragmática Real en 1803, dándole al virrey la posibilidad de decidir con celeridad en las disputas matrimoniales entre padres e hijos.

Mariquita comprendió que no estaba sola. Que a lo largo de toda la América española, europea y americana, hombres y mujeres querían liberarse del yugo familiar y entablaban juicios de disenso para cumplir su voluntad.

Cuando la noticia llegó a Buenos Aires, fray Cayetano no pudo estar más contento. La paciencia había triunfado. Le escribieron de inmediato a Martín, debía

volver a Buenos Aires en cuanto pudiera, pidiendo permiso a sus superiores de padre Rodríguez para mantenerse firme. Y, gracias a todo eso, no cedió cuando la enorme casa de la calle del Empedrado se vistió de negro para llorar la muerte de don Cecilio Sánchez de Velazco, a principios de 1802.

¿Tuvo dudas Mariquita? Por supuesto. ¿Lloró desconsolada durante el velatorio de su padre? Jamás habría actuado de otra manera. Lo amaba como debía amarse a un padre, con respeto y admiración. Cuidó de su madre en esos meses tan devastadores para ambas. Estaban solas. Podían venir todos los parientes, todos los vecinos, compadres y amigos a visitarlas y ofrecerles sus servicios. Pero estaban solas en la casona de la calle del Empedrado, rodeadas de esclavos negros, y miradas constantemente por los vecinos.

Pero, si doña Magdalena pensó que la batalla contra Thompson ya estaba ganada con la muerte de su marido, la desilusión debe haber sido terrible. Nada cambió con la muerte de su esposo. Al contrario, la amistad que había comenzado en la Casa de Ejercicios entre fray Cayetano Rodríguez y Mariquita se hizo más estrecha, más confiada y más leal.

Sin Martín, en quien confiaba y por quien se sentía protegida, Mariquita se volcó hacia fray Cayetano con una ternura que su madre no siempre recibía bien. Defensor de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad que venían desde Francia y se esparcían con los ejércitos de Napoleón, el fraile quería organizar una revolución allí donde pudiera hacerlo.

Fray Cayetano quería también hacer su voluntad. Pero la de él no consistía en casarse, sino en poder gobernarse a sí mismo. No era el único que pensaba así. En todas las colonias americanas españolas había grupos que aspiraban a la autonomía, a poder gobernarse según sus intereses.

El camino, pensaba el padre Rodríguez, se hacía ilustrando al pueblo, poniendo a disposición de todo el mundo las nuevas ideas de libertad, igualdad, fraternidad. Y como a los virreyes no les gustaba esa idea, se oponían a cualquier intento de fundar academias, periódicos o escuelas. El mismo *Telégrafo Mercantil* había tenido corta vida. Entonces, la educaba a ella.

Cada día, cada clase con fray Cayetano eran para Mariquita un vaso de agua fresca en el agobio de su casa, los lamentos de su madre y los murmullos de la ciudad. Aprendió nombres como Voltaire, Montesquieu, Rousseau; aprendió que el francés era el idioma de la revolución y de la voluntad propia; aprendió que la palabra emancipación era la llave para una nueva vida. Aprendió y se lo repitió muchísimas veces en voz baja, que cuando pudiera casarse con Martín y gobernar su propia casa, sería como una de esas damas francesas que le abrían la puerta a los hombres ilustrados y hablaban con ellos con igual inteligencia y gracia.

Fray Cayetano le enseñó sobre el poder, sobre la monarquía, sobre las rebeliones del Perú y la manera atroz en que Túpac Amaru había sido castigado por querer gobernarse a sí mismo. Le explicó que el gobierno monárquico atrasaba a los

americanos, los condenaba a una inmovilidad que no se podían permitir más. Le enseñó, y ella aprendió con felicidad, que luchar por la voluntad propia tenía un precio, pero que por el futuro prometido valía la pena cualquier esfuerzo. «Paciencia», repetía fray Cayetano y Mariquita se la repetía a sí misma cuando despertaba por las mañanas después de haber soñado con Martín y se daba cuenta de lo lejos que estaba.

Fray Cayetano le enviaba sus cartas a Martín y le entregaba las de él. No se las abría antes, pero siempre le preguntaba qué decían con un tono que a Mariquita le provocaban una profunda ternura. Ella le contaba todo, porque no concebía ocultarle algo a quien la había apoyado desde el inicio de la pelea con sus padres.

Paciencia tuvieron y fueron recompensados. Presionado por protestas en todo el continente americano e incluso en la misma España, Carlos IV emitió una Pragmática Real en 1803, dándole al virrey la posibilidad de decidir con celeridad en las disputas matrimoniales entre padres e hijos. Mariquita comprendió que no estaba sola. Que a lo largo de toda la América española, europea y americana, hombres y mujeres querían liberarse del yugo familiar y entablaban juicios de disenso para cumplir su voluntad.

Cuando la noticia llegó a Buenos Aires, fray Cayetano no pudo estar más contento. La paciencia había triunfado. Le escribieron de inmediato a Martín, debía volver a Buenos Aires en cuanto pudiera, pidiendo permiso a sus superiores de la Armada. La excusa fue su herencia, Martín había cumplido los veinticinco años, la mayoría de edad, y ya podía cobrar la herencia de sus padres. Probando su amor indestructible, Martín viajó de inmediato a Buenos Aires.

Así fue como, después de tres años sin verse, el 7 de julio de 1804, don Martín Thompson le inició a doña Magdalena Trillo, viuda de del Arco y de Sánchez de Velazco, el juicio de disenso para casarse con su hija María Sánchez de Velasco y Trillo.

Pobre Marqués de Sobremonte. Él estaba muy tranquilo en su cargo de virrey bien nuevecito y brillante, cuando de pronto, le llegaron a su despacho —y en este orden— la noticia de la Real Pragmática, Martín Thompson desde Cádiz y el pedido de juicio de disenso contra doña Magdalena Trillo.

El escándalo de las mujeres Sánchez de Velazco estallaba otra vez y la ciudad se acomodaba en las mejores esquinas para ver cómo se resolvía.

Si la muerte de don Cecilio había llevado silencio a la casona de la calle del Empedrado, el juicio de disenso trajo discusiones llevadas a los gritos entre madre e hija. Ninguna de las dos cedería en su argumento: Mariquita amaba y no concebía otra vida que no fuera junto a Martín, su madre defendía su derecho como madre a oponerse a tal matrimonio y a ser obedecida.

El juicio puso de un ánimo tal a su madre que apenas le hablaba. Las dos sabían que ir a la justicia implicaba que todo el mundo se enterara de los asuntos íntimos de la familia. Asuntos que no le correspondía a nadie saber. Mariquita conocía bien el

precio que debía pagar por hacer su voluntad. Su madre se encargó de que lo pagara bien alto.

La furia por tener que declarar delante de un escribano se unió a la furia de verse informada por funcionarios reales de que tenía el plazo de dos días para dar el consentimiento a su hija para casarse. La puso en un estado de violencia tal que no pudo hacer otra cosa que lo que hizo.

De eso que hizo, se enteró Mariquita unos días después, el dieciséis de julio, luego de volver de su confesión con fray Cayetano Rodríguez. Se encerró en su habitación para dar muchísimas vueltas antes de ir a ver a su madre. No estaba segura de poder respetar las obligaciones mínimas que le debía.

El espejo chiquito y de marco oscuro le devolvía su imagen furiosa, sus ojos penetrantes, la boca fruncida de tanto reprimir palabras. Tuvo que apretar las manos para calmarse, clavarse las uñas, volverse una bolita en su cama para no permitir que la violencia que sentía en esos momentos se transformara en palabras de las que luego se arrepentiría.

Cuando llegó a un estado de calma superficial, aunque no suficiente, fue a ver a su madre. Ella estaba en el cuartito que daba a la calle, su lugar favorito por esos días. El esplendor de las reuniones de los Sánchez de Velazco había desaparecido definitivamente desde el día de la muerte de don Cecilio. El gran salón se había cerrado, las visitas que llegaban solo eran las familiares, la música que se escuchaba solo provenía de la calle.

Su madre se dedicaba a remendar ropa que luego entregaría para caridad en la iglesia de la Merced. Se sentaba junto a la ventana, toda vestida de negro, al atardecer, hiciera frío o calor y zurcía hasta que fuera la hora de cenar y luego rezar con los esclavos. No tenía más vida que esa. Sus únicas salidas eran a la misa y a la confesión.

Mariquita entró al saloncito. El sol débil del invierno lo volvía dorado, casi naranja. No se escuchaba nada, ni siquiera a la gente que paseaba por la calle. Hacía mucho frío. Solo los que tenían necesidad, salían al exterior. Magdalena ni siquiera había hecho llevar un brasero para quitarse el frío.

—¿Cómo pudo? —le preguntó, con voz contenida, Mariquita a su madre, pegada contra la puerta que había cerrado para que los esclavos no escucharan nada.

—Buenas tardes —le respondió ella con voz cortante—. ¿O ya no va a saludarme?

—Buenos tardes, madre —dijo Mariquita con la misma voz cortante.

—¿Y? ¿Le confesó a fray Cayetano que obligó a su madre a ir a la justicia? Debe haber un castigo en el infierno para tal desobediencia.

—¿Cómo pudo decir esas cosas, madre? —insistió Mariquita cruzándose de brazos para calmar sus manos furiosas.

—No cruce los brazos, no queda bien. Y hago lo necesario para que no se case con ese joven.

—¿No le bastó mentir? ¿Tenía que enviarle esa carta falsa al virrey?

—Tengo derecho a hablar por usted.

—¡Se hizo pasar por mí en esa carta!

—Y usted le escribió después, así que no tiene por qué quejarse. Imagino que fray Cayetano la ayudó.

—¿Cómo pudo declarar eso, madre? ¿Cómo pudo? —Mariquita no logró contenerse y empezó a caminar por la habitación—. ¡Y se lo dictó a un abogado!

—No sé de qué está hablando.

—¡Cuestionó mi virginidad ante el escribano! —gritó Mariquita furiosa golpeando la mesita de caoba que tenía frente a ella—. ¡Cómo pudo hacer eso!

—¿Y cómo se atreve a cuestionar la voluntad de su padre muerto? —le preguntó su madre con voz tranquila—. ¿Y cómo se atreve a llevar a su madre ante la justicia real? Nada tiene que hacer el virrey en nuestra casa. ¿Cuántas leyes humanas y divinas quiebran su desobediencia? Si cuestiono su virginidad es porque sé que me engaña. Asumo lo peor, porque ya no hay nada que me sorprenda. Y aun así, le aviso, voy a negarme. Thompson no sabe manejar fortuna. Usted menos. Van a querer pasear y gastar. Todo lo que su padre trabajó, todo lo que mi padre hizo por nuestra familia, no voy a ponerlo en manos de un hombre que no está capacitado para manejar los negocios de una familia tan decente como la nuestra.

—No puedo creer que haya dicho eso —dijo Mariquita volviéndose hacia la pared donde estaban los retratos del rey y la reina—. Usted, de todos… ¡usted!

—Voy a defender a mi hija de su propia…

—¡Nada! —dijo Mariquita volviéndose—. ¡Usted no defiende nada! Su fortuna defiende, eso es lo único que le interesa. Dice que no tengo capacidad para entender de qué se trata la vida. ¿Usted la tiene? ¿Estudió? Dígame, ¿cómo es que usted sabe y yo no?

—Estuve casada dos veces. Se me murieron tres hijos y dos maridos. Dígame ahora que no sé nada de la vida.

—Lástima que no morí yo. Eso le hubiese gustado.

——Suma la insolencia a sus pecados —le respondió doña Magdalena sin salir de su tranquilidad. Fray Cayetano la está educando bien. Ya no siente respeto por quien la llevó nueve meses en su vientre.

—¿Va a cuestionar a fray Cayetano, ahora? Hágalo. ¡Que toda la ciudad se entere de que Magdalena Trillo, perteneciente a la Orden Terciaria de la Virgen de la Merced, cuestiona a fray Cayetano!

—Una madre que protege a su hija. Eso soy.

—Usted no entiende, madre. No entiende que no voy a aceptar otra cosa que Martín.

—¿No hay otro? —estalló doña Magdalena lanzando su labor al suelo—. ¿Qué dije es Thompson que no se pueda reemplazar en la cadena de una señorita como usted? Puedo nombrarle a diez mejores que él. Veinte mejores que él. Pero no, usted

tenía que elegir al más incapaz. ¿Piensa que no lo conozco? ¿Qué no sé quién es Thompson? Es mi primo, hija mía, mi primo. Lo vi nacer, vi a su madre encerrarse en el convento. Lo conozco bien, conozco a su padrino. Si su padre y yo decidimos que no es el conveniente, ¿por qué cuestionar esa opinión? Usted tiene la obligación de aceptar lo que dijo su padre. Y más aún ahora que está muerto.

—El matrimonio empieza por amor, por amor continúa y por amor acaba —dijo muy despacio Mariquita masticando la furia mientras las palabras salían de su boca.

—Lindas palabras las de fray Cayetano. Lástima que no entiende nada de bienes mundanos.

—Son del padre Azamor. ¿Se acuerda? Usted le armó la capilla en San Isidro. Le armó en el salón un dosel de tela roja y galones dorados. ¿Se acuerda? Eso la hizo famosa por su piedad y su generosidad para con el padre.

—El padre Azamor jamás habría imaginado que desobedecería a sus padres.

—¿No lo entiende, madre? —suplicó Mariquita—. No quiero desobedecerlos. Jamás lo haría. Pero usted me impone un hombre que no amo. Y quieren que viva con él toda mi vida. Que pierda eso que usted ya considera perdido y tenga hijos. Que lo obedezca y respete su palabra.

—¿Qué tiene Thompson? A ver, dígame.

—Ya pasamos cien veces por esto, madre.

—Y pasaremos ciento una, a ver si la razón entra en su mente. ¿Qué tiene Thompson, dígame?

—Es el que quiero, ¿no alcanza eso? ¿No es suficiente?

—No. Usted me dice que no la entiendo, pero la que no entiende es usted. Es incauta y es inexperta. La infatuación no alcanza. La fortuna hay que mantenerla, hay que saber hacerlo. Thompson no sabe. No se educó para eso y al momento la va a malgastar.

—Él es un hombre inteligente. Es tierno, es educado y me quiere. Después de todo este tiempo, me sigue queriendo.

—¡Es un marino! No sabe nada más que de velas, cañones y galletas saladas.

—Si usted se detuviera a escucharlo sabría que sabe mucho más que eso. Es inteligente, ha leído mucho, es un hombre sensible, escucha lo que tengo para decir. Quiere lo mejor para mí y para usted también. Sabe que somos una familia importante y sabe, madre, que estamos solas. Y yo entiendo que usted tiene miedo. Y sepa que hacer esto no es fácil para mí. Sepa que no me siento una buena hija haciendo esto.

—Menos mal que no lo siente. Porque no lo es.

—Bueno. No lo soy. Pero me traicionaría si hiciera lo contrario. Si fuera en contra de mi voluntad. Usted me enseñó a conocer mi lugar, a saber qué me corresponde y defenderlo siempre.

—No me eche la culpa a mí de su desobediencia.

—¿Pero no fue usted la que me enseñó a hacer valer la importancia de mi

familia? ¿De mi apellido? Me es preciso defender mis derechos.

—Llámelo capricho en lugar de derecho y voy a entenderla.

—¡No es un capricho! —insistió Mariquita a punto de llorar—. Quiero a Martín por sobre todas las cosas, como se debe querer a un marido.

—¡Por sobre todas las cosas debe respetar a sus padres!

—¡No cuando están equivocados!

—¡Elija otro! ¡El que sea! ¡Pero no Thompson!

—¡No hay otro! ¡Él ya es mi esposo! ¿O se olvida de eso madre?

—Entonces ya no es virgen.

Mariquita apretó los labios y los puños, y las mejillas se le colorearon. Los dientes le rechinaron por apretarlos tantos y el estómago le dolió por apretarlo tanto. No podía contener la rabia que le llenaba el alma así como no podía contener en su cuerpo todo el amor que sentía por Martín.

—Si se casa con Thompson será la ruina de esta familia.

—¿Por qué tiene que exagerar tanto? —Trató de razonar Mariquita acercándose a ella pero sin dejar de apretar los puños.

—¿Tanto? —dijo su madre alejándose de ella—. Una casa de comercio no se maneja como un barco. Y con el amor que él dice sentir, tampoco.

Que sea un pariente tan cercano atenta contra la iglesia. ¿No se lo dijo fray Cayetano?

—En el momento en que usted dé su aprobación pediremos una dispensa.

—Otro escándalo.

—¡No es ningún escándalo! —gritó Mariquita con la voz muy aguda y desesperada.

—¿Le enseñé a gritar así? ¿Qué va a pensar la gente que pasa por la calle?

Mariquita se acercó a la ventana con pasos larguísimos. —A ver, vamos a ver que dice la gente.

—¿Se volvió loca? ¡Se va a enfriar!

Más enojada todavía, y ya decidida a cualquier cosa, Mariquita, abrió la ventana con fuerza. Como era menuda, sacó la cabeza y parte del pecho hacia afuera, pasando entre las rejas, rasgándose parte del vestido.

—¡Buen día, doña Agustina! ¿Cómo está? Buen día, Juan Manuel, ¡qué alto estás!

—Buen día, Mariquita. Muy bien, ¿y usted? —Se escuchó desde afuera la voz sorprendida de doña Agustina Ortiz de Rozas.

—Muy bien. Es un día hermoso, ¿no le parece? ¿Hace mucho que están en la ciudad?

—Algunos días, hace. Las tareas del campo en invierno nos permiten venir a Buenos Aires.

—Doña Agustina, alguien debería hacerle un retrato con esa mantilla en la cabeza. ¿Viene de confesarse?

—De confesarme, sí. ¿Su madre se encuentra bien?

—Con perfecta salud, doña Agustina. Pero, ya sabe, de luto por mi padre. Le manda saludos.

—Que Dios bendiga a doña Magdalena. Que Dios la bendiga, Mariquita.

—¡Adiós, doña Agustina! ¡Adiós, Juan Manuel!

Mariquita cerró la ventana haciendo mucho ruido y se volvió hacia su madre.

—Doña Agustina volvió de la estancia. Dice que le manda saludos.

—Insolente… —murmuró doña Magdalena mirando hacia otro lado. Pero luego se volvió hacia su hija—: ¿Qué mantilla era? —La negra.

—¿La que usa para la Pascua? —Esa.

—Se habrá comprado una nueva. La de la última Pascua estaba deshecha.

—No era nada especial.

—Seguro que se compró una nueva.

—No la estaría usando si estuviese deshecha.

—¿A quién se la habrá comprado?

—En una de las tiendas.

—Sí, ¿pero será de las que llegaron el año pasado? —No lo sé.

—No, no lo sabe. Y no hace falta que lo sepa. Por eso necesita un marido que esté enterado del comercio. O todo lo que tiene se irá al pozo común.

—Yo me iré al pozo común.

—¡Insolente! Usted no piensa en esto ahora. No, ahora no piensa en esto para nada. Está encandilada con Martín, con fray Cayetano, con su juventud, con esas ideas nuevas que le cuentan los dos. No piensa en las deudas, ni en las cuentas que hay que liquidar. No piensa en dinero ahora porque lo tiene, no le hace falta. No sabe qué pasa si se atrasa un barco, si las cartas no llegan. En el momento que lo pierda se dará cuenta de que ni el amor ni las nuevas ideas pagan la vida. Ahí va a entender cuánto le falta y se va a preguntar si valió la pena este capricho.

—¡Y la respuesta va a ser sí! —gritó Mariquita ya alterada—. ¡Ahora y siempre va a ser sí!

Las dos quedaron en silencio durante un buen rato. La casa era enorme y a menudo no se escuchaban los ruidos de los esclavos que hacían sus labores. Pero por el silencio falso que las rodeaba, era evidente que ninguno de los criados se movía y todos estaban escuchando los gritos de las dueñas de casa. Nadie se había acercado a la habitación a encender las velas, de modo que estaban en la penumbra del atardecer de invierno. La luz del sol que desaparecía en el oeste entraba por la ventana e iluminaba las partículas de polvo suspendidas en la habitación. Se movían como mosquitos desesperados cerca de una fogata.

Ya habían traspasado toda conducta decente y estaban en medio de una discusión sin sentido, —porque ninguna de las dos cedería— agotadas por los gritos, las frustración de la espera, la soledad en la que la muerte de don Cecilio las había dejado y los reproches que se hacían sin piedad.

—Fray Cayetano no debería alentar esta conducta —murmuró doña Magdalena con un sollozo—. Es un capricho… ¡no puedo creer que aliente este capricho!

—Él sabe que no es un capricho, por eso lo alienta.

—¿Cuándo le dijo a Martín que viniera a Buenos Aires?

—En cuanto fray Cayetano se enteró de la Real Pragmática del 28 de abril de 1803.

—Ahora tengo una hija que sabe de leyes.

—Fray Cayetano me instruye en todo. No considerará que eso es indecente.

—En la escuela de doña Francisca López le dieron todo lo que necesitaba.

—Zurcir y rezar. Eso aprendí. Y cómo obedecer.

—Eso sí que no lo aprendió.

—Fray Cayetano quiere formarme —le dijo alzando el mentón—. Dice que puedo ser como una de esas damas francesas que tenían salones en los que la gente hablaba de filosofía y política. Dice que puedo recibir gente educada, americanos, franceses, ingleses. Y dice que para eso hay que saber de todo. Yo quiero saber de todo.

—¿Una dama francesa?

—Sí.

—¿Y qué tiene de malo ser criolla y porteña?

—Las francesas hacen revoluciones.

—¡Y las palabras que usa! —Se horrorizó su madre—. ¿Qué le falta ahora? ¿Se va a ir al Perú a rebelarse con los indios? ¿Qué otra tristeza me falta? ¿Que descuarticen a mi hija?

—Si no me deja casarme con Martín, me escapo al Alto Perú, sí —amenazó Mariquita—. Seguro fray Cayetano me acompaña. Y don Manuel Belgrano.

—Así que ahora es amiga de don Manuel.

—Y de don Juan José Castelli. Todos amigos de fray Cayetano. Y seguramente de Martín también, cuando lo conozcan. Y a todos los voy a recibir en el salón cuando sea una dama casada e instruida.

—Hasta que yo me muera, este salón será mío. ¿O piensa matarme como hizo con su padre? Usted debería tener lágrimas en las mejillas todavía en lugar de obligar a su madre a declarar ante un escribano.

—¡No diga eso!

—A su padre lo mató el disgusto de tener una hija caprichosa y desobediente. —¡No diga eso!

—Su única hija. Él no tenía ojos más que para usted y así se lo agradece.

—¡Él sabía que Diego del Arco era un canalla! ¡Jugador, tenía montones de deudas! ¿Y usted piensa que él habría llevado nuestra casa de comercio? Insistió en casarme con él porque usted lo convenció. Él también es su pariente, pero no le molesta como le molesta Martín.

—Es de mucha mejor familia.

—La familia de Martín es excelente. ¡Es nuestro pariente!

—¡Es un inepto!

—¡Basta, madre! Martín es mi esposo. El virrey Sobremonte nos dará la razón y usted deberá aceptar que el amor es capaz de sobrellevar cualquier contratiempo y vencer cualquier voluntad.

—Haga lo que quiera —dijo con voz triste doña Magdalena—. Ya me produjo la tristeza de llevarme ante un escribano. Si el virrey quiere entonces me dará la tristeza de ver que su vida se arruina para siempre. Vaya a la cocina y mande a un esclavo.

Que enciendan las velas de esta casa que aún tenemos dinero para tener la casa iluminada.

Mariquita obedeció la orden de su madre.

—¿Madre?

—No tiene derecho a llamarme así.

—Usted es mi madre.

—Haga lo que quiera.

—Madre, voy a casarme con Martín.

—Haga lo que quiera.

—Eso haré, madre.

La joven dio un paso hacia la puerta, pero su madre la llamó:

—¿María?

—¿Qué madre?

—No pierda las casas.

—Está bien.

—¡No! —insistió doña Magdalena, ansiosa y vulnerable—. No me entiende. No me entiende todavía y espero que algún día me entienda porque de eso depende su vida: no pierda las casas, hija. No las venda, no les haga nada a las casas. Menos a esta, esta casa es su fortuna, es su vida. No se atreva a venderla.

Mariquita la miró muy seria.

—Entiendo, madre. —Y salió del cuarto.

Los suplicantes

En el cuarto del matrimonio Thompson,
primeros días de julio de 1805.

Era una noche de tormenta, de esas que le daban miedo cuando era niña. El grito de los truenos sonaba como si se rompieran las gruesas piedras de la calle y el rayo buscara hundirse en el barro. Las luces iluminaban la habitación a oscuras durante varios segundos y les teñía el rostro de un pálido azul. Hacía tanto frío que les dolían los pies y las rodillas y las cinco mantas de lana que los cubrían no alcanzaban para hacerles olvidar que era invierno.

Se escuchaban las gotas furiosas caer en los charcos entre las piedras de la calle. Se mezclaban con la tierra y el estiércol de los caballos y se formaba un barro espeso. Al día siguiente, la calle sería un lodazal imposible de transitar. Era una tormenta que hacía permanecer en casa al más inquieto de los porteños. No se escuchaba ningún caballo, ningún hombre perdido en la medianoche, ningún perro ladrando a los fantasmas. Solo la lluvia, el viento, los truenos, los relámpagos, las olas del Río de la Plata y los barcos que se sacudían entre ellas.

Mariquita y Martín se habían casado hacía cinco días. ¿Cuánto podía interesarles la lluvia o los truenos grotescos, o el barro, o los barcos que querían sobrevivir a la furia de la tormenta que venía desde el sur? Se habían vuelto los dos seres más egoístas de Buenos Aires. Dado que la ciudad era la capital del virreinato, entonces eran los más egoístas de todo el virreinato. Y después de cuatro años de pelear contra todos, hasta tener que llegar al mismísimo virrey, ¿quién podía culparlos de interesarse solo en ellos mismos?

Habían demostrado que lo que sentían no era capricho, sino el más fuerte de los amores, y se habían sumergido en él ya hartos de tanta espera. Se habían vuelto el uno hacia el otro como si estuvieran bailando una danza que solo ellos conocían, cuyos pasos inventaban cada día y el resto del mundo debía mantenerse ajeno. Ni fray Cayetano, ni doña Magdalena, ni el virrey, ni don José Altolaguirre, ni los vecinos, ni el virrey Sobremonte. Nadie, nadie, nadie importaba. Aun si estaban lejos, no se sentían separados. Las obligaciones de Martín en la marina no habían disminuido ni un poquito, para desilusión de la recién casada. Habían tenido la fortuna de lograr que Martín fuera trasladado al puerto de Buenos Aires, y debían conformarse con ello. Ella lo esperaba, feliz, en su casa. Habían sobrevivido a la distancia, a la vida en dos continentes, a los celos, a las dudas, a la desesperación. ¿Qué eran unas pocas horas hasta que él volviera de sus obligaciones militares?

Vivían en la casa de los Sánchez de Velazco, la casa del naranjo, la casa de la calle del Empedrado. Mariquita no habría aceptado otra cosa. No quería dejar sola a

su madre por más que ella siguiese estando en desacuerdo con su hija, con fray Cayetano e incluso con el mismo virrey Sobremonte. Si algo había quedado claro en esos largos años de disputa entre madre e hija era que la niña tenía el mismo carácter terco que doña Magdalena.

Porque ya no importaba, era que podía tolerar sus desplantes, sus manías, sus caprichos. El virrey había decidido por ellos, doña Magdalena había aceptado muy a su pesar y fray Cayetano los había casado. Lo que quedaba era amarse por el resto de sus días.

Lo hacían esa noche tormentosa, entregados el uno al otro, respirando al mismo tiempo. Estaban enredados entre las sábanas y las mantas, tanto que apenas podían moverse. Si uno miraba hacia un lado, el otro seguía la mirada. Si uno sonreía, entonces el otro se alegraba. Si uno suspiraba, entonces el otro se preocupaba y quería alegrarlo, y entonces el otro sonreía y el otro era feliz.

—¿Cómo es el mar? —le preguntó Mariquita.

El mar la intrigaba, la asustaba, hasta le tenía rabia por haberla alejado de Martín.

—El mar es como una madre —respondió él jugando con los mechones lacios y oscuros extendidos sobre su pecho—. Uno debe entregarse a él. Entonces, abraza y contiene. Lleva y trae.

—¿Y cuándo hay tormentas?

—También es como una madre —sonrió Martín con tristeza.

—Alférez Thompson… —murmuró Mariquita.

—Dígame, señora Thompson.

—No me gusta cuando se pone triste.

—No quise ofenderla, señora. ¿Qué puedo hacer para remediar su disgusto?

—Ponerse feliz.

—Usted me hace feliz.

—Entonces ya se me fue el disgusto. ¿Algo más sobre el mar?

—Es inmenso —dijo él después de un tiempo y un relámpago que hizo amanecer la habitación para luego volverla a la penumbra—. Es una tontería decirlo, pero uno no tiene idea de la inmensidad hasta que ve el mar. Ahí uno sabe que el mar puede matarlo.

—No me gusta nada el mar.

—Todos los marinos le tienen miedo.

—¿Y por qué se suben a un barco?

—Porque se hace buen dinero si uno se encuentra con corsarios. Porque el barco te lleva a lugares a los que no podrías llegar de otra manera. Por barco vienen los libros que lee fray Cayetano. Por barco vine a Buenos Aires y me enamoré de unos ojos hermosos.

—Ah, te enamoraste de la suplicanta.

—Esa misma.

—La suplicanta y el suplicante quieren casarse —citó Mariquita con voz gruesa y

burlona— y piden a Vuestra Merced una licencia para contraer matrimonio.

Martín le tomo la mano que tenía libre. Una por una le fue dando un mordisco a la punta de los dedos.

—Los suplicantes piden —siguió Mariquita— que se les permita morderse en paz. Firmado en la ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Buenos Aires, julio de 1805.

—Por favor —acordó Martín—. Iría hasta el rey Carlos y el ministro Godoy para que nos dejaran mordernos en paz.

—O hasta Napoleón.

Apenas lo veía en la oscuridad, pero Mariquita alzó la cabeza para mirarlo.

—¿Qué dice fray Cayetano sobre Napoleón? —le preguntó Martín curioso.

—¿Lo conociste?

—¿A quién?

—A Napoleón.

Martín se rio.

—No, no lo conocí. Muchos marinos españoles, algunos ingleses, varios franceses, pero no conocí al emperador Napoleón. ¿Qué dice fray Cayetano?

—Que se esperan noticias de España pronto. O de Inglaterra. Que la guerra sigue y que afectará de algún modo a las colonias. Y que los americanos no pueden perder la oportunidad de gobernarse a sí mismos tal como hicieron en el norte.

—Se están viendo muchos corsarios en el río, sobre todo desde Montevideo. Eso es lo que sabemos. Los ingleses toman algunas presas y hay que ir a ver qué pasa. A veces se puede rescatar a los marinos, a veces no. También hay mercantes ingleses, pero no pasan por Montevideo. Se van a Quilmes o a la Ensenada de Barragán y bajan la mercancía por la noche.

—¿Estás preocupado?

—Por el contrabando, no.

—¿Y por qué cosa sí?

Martín suspiró. Mariquita apoyó la frente en su pecho y le dio besos para que se calmara.

—Europa está en guerra hace muchos años. España se alió con Francia y pueden ganar por tierra pero no por mar. Inglaterra es invencible en el mar. Rumores hay por doquier, sobre todo contra el ministro Godoy, que ya no es favorito de nadie. Mientras estuve en Cádiz se hablaba de Buenos Aires y la escasa defensa de su río. Saben que los ingleses quieren más colonias y estas tierras son tentadoras. Me hacían preguntas sobre la ciudad, y yo recordaba y pensaba en vos. Me ponía loco pensando en mi suplicanta.

—No pasó nada —lo tranquilizó ella—. Por ahora estamos tranquilos.

—No pasó nada pero Ruiz Huidobro le pidió a Sobremonte que refuerce las defensas.

—¿Pero es posible que en serio piensen en atacar Buenos Aires?

—Es posible. Europa está en guerra y nosotros también. El río protege a Buenos Aires más que cualquier cañón. Mejor así porque los cañones no están en buenas condiciones.

—¿Pero por qué se arriesgarían los ingleses a venir a Buenos Aires? —preguntó ansiosa Mariquita.

—Ingleses o franceses —le respondió Martín acariciándole la cabeza—. Francia no tiene una gran armada…

—… porque no tiene al alférez Thompson.

—Por supuesto, ¿por qué otra razón? Pero quizá a Napoleón se le ocurra venir a América. Conquistar el mundo parece ser su plan.

—¿De verdad?

—¿Por qué no? Una aventura en América para Napoleón. Ya estuvo en Egipto. No le fue muy bien, quizá quiera intentar una nueva.

—¡El emperador Napoleón en Buenos Aires! —Mariquita luchó contra las sábanas y las mantas para sentarse en la cama—. Ahí sí que lo recibiríamos en esta casa. ¿Qué se hace para recibir a un emperador?

—Tu madre debe saber… —murmuró Martín tirando de ella para que volviera a estar sobre él. Ella lo rechazó, interesada en la idea de recibir a un emperador en la casona del Empedrado.

—Mucho más que para recibir a un virrey o a un rey. ¡Es Napoleón! Tendríamos que tirar la casa y hacerla de nuevo.

—¿Napoleón le simpatiza a fray Cayetano, no?

Mariquita rio.

—Me parece que no. No mucho, creo. Pero a mí sí me simpatiza.

—Te gusta Napoleón como te gustan todos los revolucionarios.

Ella volvió a reír y se tiró sobre él.

—¿Debo ponerme celoso?

—Nunca. No hay otro a quien yo quiera más que a mi alférez Thompson.

Se besaron despacio, mordisqueándose.

—¿Y qué haría un emperador con estas tierras? Aquí lo único que se hace es comerciar.

—Cultivar. O saladeros. Estas tierras son provechosas, solo hace falta quien las haga trabajar.

—¿Ah sí? —preguntó Mariquita frunciendo el ceño—. ¿No basta con las casas de alquiler?

—¿No habla fray Cayetano de eso?

—A veces. Pero más me interesa cuando habla de las damas francesas y de los salones. Me prometió averiguar con cuántas velas iluminaban los salones. Una buena anfitriona debe saber eso. Y hablamos de Voltaire y Rousseau. Pero me imagino a toda esa gente hablando en francés, vestida de fiesta y pensando en la libertad. ¿Cuántas velas, Martín, cuántas velas hacen falta para iluminar a tanta gente?

—Me casé con una filósofa —susurró Martín—. Pero se le olvida que de algo hay que vivir. Las velas no se compran solas. Don José piensa en la agricultura también, en la chacra de la Recoleta tiene olivares y hasta una dehesa para hacer aceite. Nosotros no tenemos campos.

—Tenemos la quinta de San Isidro.

—Pero no para vacas o para poner olivares.

—No. La que piensa en el campo es doña Agustina Ortiz de Rozas. Ella se encarga de su Rincón de López. ¿Sabías eso?

—Tu madre habla de eso.

—Cuando no se está quejando, decilo, no tengas miedo.

Los dos se rieron y Martín la pellizcó en el brazo para que se dejara de bromear.

—¿Te imaginas a tu señora Thompson encargada de su estancia?

—No, no me la imagino.

—¿Por qué no?

—Me temo que sea demasiado frágil para una estancia. Y una estancia implica una gran cantidad de números que manejar, libros…

—Ah, no, entonces, no.

—Más bien la imagino encargada de su salón. Preparando una tertulia y vistiéndose como una reina.

—¡Claro! Es lo que yo digo. Y eso voy a hacer… en cuanto mi madre se sienta mejor.

—Cuando usted disponga, señora Thompson. ¿Y qué dice fray Cayetano de todo esto?

—Que los criollos están contentos con nuestro matrimonio. Muchos hablaban mal de nosotros, pero no todos. Algunos sentían simpatía y deseaban de corazón que todo saliera según nuestro deseo. Que no se imaginaban que las mujeres criollas tuvieran tanta valentía para hacer su voluntad. Que puedo abrir el camino a nuevas reformas para el gobierno de América y la educación de la mujer.

—¿Todo eso? —dijo asombrado Martín—. ¿Y de este criollo no dicen nada?

—Que es el más afortunado de los hombres.

—Lo es.

—Martín.

—Sí…

—No quiero dormirme —dijo sentándose de nuevo en el medio de la cama pero con los brazos extendidos hacia él para no dejar de tocarlo.

—Yo casi estoy dormido —dijo él acomodándose contra las almohadas pero sin dejar de tocarla tampoco.

—Es que estoy tan feliz. No puedo creer que ya todo terminó. Me dan ganas de seguir peleando.

—¿Contra mí?

—¡Jamás! —respondió su esposa con solemnidad—. Pero no me molestaría

seguir luchando un poco.

—¿Y contra quién? —le preguntó su marido un poco más despierto por su efusividad, acariciándole la pierna.

Mariquita se distrajo con la caricia.

—No me acuerdo…

—¿No?

—No. Fray Cayetano me había convencido de algo… pero ahora no me acuerdo.

—¿Una dama francesa?

—Eso sí. Pero criolla. Francesa pero porteña. Mariquita hizo silencio y llamó la atención de su marido. Después de jugar un momento con su cabello, ella preguntó:

—Martín, ¿vas a permitirlo, no?

—¿Qué cosa?

—Que sea una dama como las francesas. Que la gente fina se reúna en nuestra casa. En el salón. Que hablen todo el tiempo de Napoleón y del almirante Nelson. Que hablen de filosofía, de agricultura y de libre comercio aunque todavía no entienda mucho.

—¿Y te gusta que hablen de esas cosas?

—Me encanta. Esa es la gente con quien da gusto hablar, dice fray…

—… Cayetano, sí. El hombre es una eminencia.

—¿Y no lo es? ¿Te molesta que lo sea? —le preguntó Mariquita con ansiedad.

—Por supuesto que no.

—No quiero que te molestes con él.

—¿Por qué voy a enojarme con él?

—No vas a ser de esos maridos, ¿no?

Martín se incorporó sobre la cama. Los truenos retumbaban por las calles y la lluvia golpeaba con furia las paredes de la casa, pero ellos dos no escuchaban nada. El amor entre ellos era el universo, el aire que los rodeaba, lo único que necesitaban, la voz del otro era el eco de sus propios pensamientos. Habían pasado tanto tiempo lejos, separados por aquellos en quienes más confiaban, a quienes estaban obligados a amar por sobre todas las cosas, que no toleraban la presencia de otro ser. Se habían vuelto uno ante la Iglesia, ante fray Cayetano Rodríguez, el 29 de junio de 1805. Al tiempo que se convirtieron en marido y mujer, al tiempo que descubrieron que no necesitaban más en el mundo que la presencia mutua, habían descubierto que no soportaban la tristeza, la melancolía o la mínima duda en el otro. Se habían vuelto exigentes en nombre del amor.

—¿Qué maridos?

—De esos que encierran a sus mujeres en la Casa de Ejercicios.

—¿Alguna vez dije que haría eso?

—No… pero podrías hacerlo. Es tu derecho.

—Cuando me casé con usted, señora Thompson, no fue para ejercer esos derechos. —¿No?

—Para nada. ¿Por qué te asalta esto ahora?

—Por la tormenta.

—¿La tormenta?

Ella alzó los brazos sin poder definirlo que sentía.

—No, las tormentas no me asustan. El mar… el mar me asusta.

—El mar nos llevaría a Europa. ¿Por qué te asusta? Ahí está Francia, podrías ser una dama francesa. Mídame Thompson. Y la señora Thompson solo puede ser una *madame* si viaja por mar.

—¿Y las tormentas en el mar?

—Las tormentas al principio asustan. Y después uno se acostumbra al movimiento. No le temas a las tormentas. Los días que más me han desesperado son los días sin viento. Nunca desees un día sin viento para un marino. El pobre se volvería loco.

—¿Alférez Thompson?

—¿*Madame* Thompson?

—No quiero tener miedo. Estoy tan contenta que don Pascual Huidobro haya logrado que te quedes aquí. Hagámosle un monumento, algo que recuerde su bondad.

—Él también está contento. Aunque no sé si le gustaría un monumento. Dijo que, en cuanto pueda, me va a ayudar con la Capitanía del Puerto.

—¿Capitán Thompson? —preguntó juntando las manos Mariquita ilusionada por la emoción.

—Tranquila —le dijo él tomándole las manos y besándoselas—. Hicimos un buen escándalo estos años. Quizá no sea tan fácil conseguirlo.

—¿Y no sirve tener a don Pascual Ruiz Huidobro de amigo? ¿Gobernador de Montevideo, jefe militar de las tropas del Virreinato del Río de la Plata? ¿El que se postra a los pies de *madame* Thompson? ¿Cómo que no sirve? Las influencias son todo, decía mi padre.

Mariquita hablaba con una emoción que contagió a Martín. El buen humor de ella era el suyo. Las aspiraciones de él eran las de ella.

—De algo debe servir, ¿no?

—Con insistirle en la recomendación, no se pierde nada. Y se podría ganar mucho. Capitán don Martín Jacobo Thompson, casado con doña María de los Santos Sánchez Trillo.

—Felizmente casado con doña María de los Santos Sánchez Trillo —la corrigió Martín.

—¿Hace falta la aclaración?

—Que todos sepan que somos felices. Hablaron tanto de nosotros, ahora que hablen de nuestra felicidad. Podríamos hacer que Sobremonte emitiera un bando anunciando nuestra… ¿qué pasa?

Ella había alzado el dedo para silenciarlo.

—¿Escuchaste alguna vez sonido más hermoso que ese? —le preguntó después

de un momento.

—¿Cuál? —preguntó Martín en ese susurro que solo oyen los que se quieren.

—El de la lluvia cayendo en los charcos. Parece agua más espesa.

—Dijiste que no te gustaban las tormentas. —No, no me gustan. Pero me gusta ese ruido. ¿Recordás el día que nos encontramos?

—¿Qué pregunta es esa para un recién casado? —Había llovido toda la mañana.

—Con mi padrino nos empapamos en su chacra. Me explicó todo lo que estaba haciendo en los campos. Me quería convertir en un agricultor.

—¿Agricultor o ganadero? Esa es la cuestión, dice fray Cayetano.

—Preferiría agricultor. No me gustan las vacas.

—¡A mí tampoco me gustan! Huelen terrible. Y doña Agustina tiene sus vacas en sus estancias. Y créeme, a veces le siento el olor a vaca. ¿Hará la matanza ella misma?

—¿Y don León qué hace?

—La deja hacer, según dice mi madre. Tendría que preguntarle a mi madre si ella hace esas matanzas. Debe ser algo muy rudo.

—Agricultor. Con seguridad. Nada de matanzas.

—No, claro que no —dijo Mariquita tomándole el rostro con las manos—. Me quedaría todo el día mirando tus pestañas rubias. Son tan… rubias.

—No se deben ver con la oscuridad.

—No me hace falta luz para saber que son rubias.

—Si hay algo que no se puede negar es que a la señora Thompson le gusta hablar.

—¡Es que es lo mejor de la vida! Dormir es perder el tiempo. No quiero dormir, quiero ver tus pestañas rubias. Quiero hablarte, quiero que me tomes la mano todo el tiempo y le des besos. ¿Por qué perder el tiempo en dormir cuando podemos hacer todo eso?

—¿Y qué tiene que ver la lluvia con las matanzas?

—No lo sé —rio Mariquita feliz. Sus ideas iban y venían, flotaban en el mar de felicidad que era su mente—. Cuando llegaste a la casa, había estado lloviendo toda la mañana.

—Se me embarraron tanto las botas en la chacra que casi me pongo a llorar. Las usaba a cada rato, eran mis mejores botas y estaba tan orgulloso. Y con el barro no tenía nada que ponerme para visitar a mi tía Magdalena…

—Ahora entiendo mucho más… A mi madre no le gustó que vinieras sucio. Me habló durante una hora sobre los invitados que no respetan la cortesía.

Martín se quedó en silencio.

La ansiedad de él era la ansiedad de ella.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —insistió Mariquita con un sacudón al no soportar su silencio—. ¿No vas a decirme nada?

—¿Cómo hiciste para resistir tanto?

Ella le soltó las manos, pero Martín volvió a sostenérselas.

—¿Cómo hiciste para no ceder?

—¿Habrías cedido en el amor? Si hubieses estado en mi lugar, ¿lo habrías hecho?

—Pensé muchas veces en vos. En tu familia. Si tus padres merecían esto que estábamos haciendo. Cuando me enteré de la muerte de don Cecilio me dispuse a dejarte ir. ¡Hasta pensé en unirme a los ejércitos franceses! Después llegó tu carta y más tarde la de fray Cayetano cuando estaba en Cádiz. Me puse a saltar de alegría y se burlaron de mí bastante. ¡No se iban a privar de eso! —rio Martín muy divertido.

—No me gusta que se burlen de vos —le dijo acariciándole la mejilla—. Es como si se burlaran de mí. ¡Sos mi esposo!

—Lo sé —le dijo él apretándola contra su cuerpo—. Ahora sos mía en serio y ya no tengo que ver a ningún abogado más, ningún funcionario más, ningún sacerdote más…

—Excepto fray Cayetano.

—Por supuesto, a fray Cayetano sí. Hubo un momento, debe haber sido en el año tres, porque en el dos todavía tenía el recuerdo de haberte visto. Fue en el año tres. Casi pierdo toda esperanza. No por la muerte de tu padre, sino por… todo, ya no tenía esperanza alguna.

—Aquí fue terrible ese año tres. Con mi madre no salimos para nada, apenas algunas visitas. Venía doña Agustina con sus hijos y apenas hablábamos. Justa y su madre me visitaban, pero fueron pocas veces. Ellas y la familia Ortiz de Rozas querían mucho a mi padre. Era un lamento constante. Yo pensé que iba a enloquecer por los vestidos negros y por el silencio negro que había en la casa. Él único que mantenía la esperanza era fray Cayetano. Decía que nuestra causa era demasiado justa como para que Dios dispusiese algo en contra. Y ya ves, tenía razón.

—¿Y cómo recuperaste la esperanza?

—Las tormentas se van, el frío termina, y también se fue la desesperanza. Pero comenzaron las discusiones. Tendrías que agradecer por haber estado lejos. Nunca se habían escuchado en esta casa tantos gritos. Ninguna de las dos se había dado cuenta de que todo el mundo lo sabía, los criados nunca decían nada. Claro que tendríamos que haberlo sabido: discutíamos siempre en el cuarto a la calle. Pero un día vino don Felipe Trillo, el primo de mamá. Nos reunió a las dos en el mismo cuarto. Nos dijo que ya todo el mundo hablaba sin prudencia sobre las mujeres Sánchez de Velazco. Que nuestros gritos habilitaban a todos a hablar de lo que fuera: de mi deshonra y de la poca autoridad de mi madre. Que se burlaban de nosotras y hacían canciones sobre el marino y la señorita rica. Don Felipe nos pidió que llegáramos a una resolución. Mamá resolvió que tenía que casarme con quien fuera. Y yo resolví que no quería otro que no fuera mi Martín. No te imaginas la cara de don Felipe.

—Me la imagino muy bien. Tenía esa cara cuando nos casamos.

—¿Sí? Bueno, imagínatela peor. Te escribí cuando ya no soportaba más la situación.

—Lo sé, amor mío. Lo sé. Yo vivía entre las cartas que se perdían y las

poquísimas líneas que podías escribirme. El resto, el mar, los capitanes, los barcos, no me importaba.

—Pero ya estamos juntos —dijo ella colgándose de sus hombros—. Ya estamos juntos, juntos y juntos. No quiero dormir, no quiero pasear, no quiero comer, no quiero leer, no quiero pensar, no quiero hacer nada más que estar con usted, alférez Thompson.

Disimule, que es contrabando

En una Buenos Aires desprevenida,
24 de junio de 1806.

El cuartito a la calle se había vuelto el centro de la casa. Allí se reunían a conversar sobre el día, desayunar y tomar la merienda en una mesa pequeña. Solo iban al comedor a rezar el rosario junto a los esclavos y a almorzar o cenar si había alguna visita importante.

De a poco, Mariquita y Martín lo iban tomando para sí. Los retratos del rey y la reina, la trabajada cruz de madera de Jacaranda, el altarcito con velas a la Virgen de la Merced se habían mudado a las habitaciones de doña Magdalena. Las paredes pintadas a la cal se iban cubriendo de ilustraciones de veleros y de los retratos de finos trazos de Mariquita y su Martín, enmarcados en fina plata del Perú. Una alfombra, obtenida después de la captura de un barco corsario inglés, cubría el piso. Había una cruz, sí, pero pequeña y bendecida por fray Cayetano.

Martín había logrado la Capitanía del Puerto de Buenos Aires gracias a su buena amistad con don Pascual, gobernador de la Banda Oriental y el beneplácito del virrey Sobremonte. Y ella, María de los Santos Sánchez, llamada Mariquita Thompson, había vuelto a ser la heredera mimada de Buenos Aires. Protegida por el virrey y por el gobernador, escoltada por su marino de pestañas rubias, su nuevo lugar de señora casada, respetable y feliz, había traído un aire de calma a los inquietos porteños.

Pero la inquietud no se iba del todo. Era imposible que todo volviera a ser plácido y bonito, una vez que la legitimidad de la voluntad propia había sido puesta delante de toda la sociedad. El matrimonio de Mariquita y Martín servía de espejo para aquellos que buscaban la autonomía, la libertad de decisión.

De cada barco que llegaba a su puerto, Martín obtenía una noticia sorprendente. Napoleón había sido derrotado en la batalla de Trafalgar. Martín tenía razón, los ingleses eran invencibles en el mar. Los virreyes americanos recibieron la orden de reforzar sus puertos. La armada inglesa se expandía por los océanos para conquistar el mundo. Pero para su sorpresa, Martín no había recibido la orden de proteger Buenos Aires, sino la de afianzar las defensas de Montevideo.

Montevideo era la plaza más sencilla de atacar para los ingleses, en caso de que quisieran invadir esa región tan lejana del mundo. Pero Buenos Aires era la capital del Virreinato, el lugar donde toda la plata del cerro de Potosí se acumulaba antes de partir hacia España, el centro de mando del territorio. ¿Dejarla sin defensas tal como estaba? ¿Creer que el río de la Plata protegería la capital solo porque era difícil de navegar? Martín no había dormido bien desde el momento en el que había recibido esas órdenes. Su esposa, por supuesto, tampoco dormía bien. Mariquita tuvo que

aprender que, a pesar de todo el amor que sentía por él, había momentos en que no podía calmar su preocupación ni alisar su entrecejo. Aceptó que había noches en que él estaba tan preocupado que no podía descansar y que ella tenía que acompañarlo si quería estar al tanto de sus intereses.

Hablarle lo calmaba bastante. A Mariquita le gustaba aprender. Le gustaba escucharlo hablar de sus obligaciones, pero no siempre podía seguirlo. La política que hacían los hombres era mucho más confusa que la lucha por el amor de dos que no podían vivir separados.

Hizo el esfuerzo, sin embargo, para no quedarse atrás. No quería ser una de esas mujeres que apenas sabían firmar con sus nombres. Quería entender, quería ayudar a Martín, quería escuchar sus palabras y comprenderlas.

Y como no dormía bien esa noche de junio, fría y solitaria, estaba sentada en el cuartito mirando los retratos enmarcados en plata. Martín no estaba. El 8 de junio se habían avistado barcos ingleses cerca de Montevideo, así que hacía constantes reconocimientos por el río, durante la noche, tratando de encontrar en la oscuridad lo que las noticias de Europa anunciaban.

Los pensamientos de Mariquita iban y venían entre la ansiedad por estar sin Martín —el agua, siempre el agua los separaba— y los retratos enmarcados en plata colgados en la pared. Había posado a los trece años para ese retrato y no le gustaba. El artista la había hecho más parecida a doña Magdalena que lo que en realidad era. Ella era muy parecida a don Cecilio, pero el artista había considerado que una niña debía parecerse a su madre. Un año después, solo un año después, ni doña Magdalena ni Mariquita podían ver el retrato de la misma manera.

Pero a ella la distraía el otro retrato, el de Martín. El artista había logrado destacar sus ojos, lo que más amaba Mariquita de él, los ojos melancólicos, caídos hacia los costados, que la miraban desde hacía cinco años con el mismo amor. ¿Cómo decirle no a unos ojos tan azules, tan tristes, que se alegraban cuando la veían a ella? ¿Cómo decirle no si ella era la alegría de esos ojos? Esa alegría que siempre, sin importar el clima, las noticias o el paso del tiempo, habitaba en la mirada de su marido. Le gustaba como estaba en el retrato, serio, con su ropa de caballero, no de marino, con el moño en la corbata que ella le había hecho tal como su madre le había enseñado, la camisa almidonada y el cabello arreglado tal como a ella le gustaba.

Mariquita fantaseaba. Se había vuelto una soñadora empedernida a causa de no querer dormirse por las noches. Abrazaba a Martín que después de amarla se dormía enseguida muy pegado a ella y se ponía a soñar. En esos días fantaseaba con niños. Se tocaba la barriga de vez en cuando para ver si crecía, pero no, nada crecía allí todavía.

Pero los niños llegarían. No le iba a hacer caso a su madre. Ella pensaba como doña Agustina Rozas, sabía que su primer hijo iba a ser una niña. De hecho, sabía que iba a tener muchas niñas con Martín. Estaba segura de que Dios no iba a tener problema con su orgullo. Y sabía que Dios no iba a tener problema en que Martín y

ella llenaran la ciudad de niñas, listas para ser educadas y ser buenas criollas americanas como decía fray Cayetano.

Se habían hecho tan amigos con el franciscano que se ponía celosa si no iba a verla todos los días, aunque más no fuera para darle la bendición. Doña Magdalena lo recibía con amabilidad pero muy fría. Había pasado demasiado poco tiempo como para que lo perdonara por haber ayudado a su hija a casarse con el hombre que ella y su marido habían rechazado.

Y así era con todo. Vivían en una guerra perpetua. Silenciosa pero constante. Doña Magdalena ya no reinaba en su propia casa y Mariquita tampoco porque aún no podía asumir el trono. Estaban empatadas en ese pequeño reino que era la gran casona de la calle del Empedrado. Doña Magdalena llevaba las cuentas de las casas de alquiler en sus prolijos cuadernos, cuadernos que le mostraba a Martín pero no a ella. Mariquita se los reclamaba pero su madre se olvidaba o fingía que Jo hacía. Les ordenaba a los esclavos que lavaran la ropa blanca cuando Mariquita les había ordenado que lo hicieran el día anterior. Ordenaba pastelitos cuando Mariquita había ordenado que compraran los dulces favoritos de fray Cayetano: los de las mujeres rosqueteras del barrio de la Merced.

Era una pelea permanente, no a los gritos como habían sido los años anteriores. Era una sola pelea que no cesaba. El dolor de su madre se había vuelto más sutil, una pelea subterránea, como los arroyos que cruzaban Buenos Aires y de repente emergían a la superficie interrumpiendo la tranquila llanura. A veces eran un solo hilo finito de agua. A veces se desbordaban y rompían los puentes que los cruzaban. Ya no eran reproches, amenazas de muertes próximas ni engaños. Eran sutiles, leves muestras de desaprobación constante que de vez en cuando terminaban en una reyerta. Nunca iban hacia Martín. Era ella el blanco de todos los desdenes, las equivocaciones, las órdenes dadas dos veces, los silencios.

El café, por ejemplo.

En los fondos de la gran casona se había instalado un café, dos años antes del gran escándalo de Manquita. Se llamaba Café de los Catalanes. Al principio a doña Magdalena no le había molestado la cercanía del establecimiento, simplemente no entraba en su circuito de atenciones de la vida pública porteña.

Sin embargo, según corrían los años, se había enterado de que algunos de sus conocidos, como don Manuel Belgrano, lo frecuentaban. Iba también Martín, y hasta se decía que allí había sido visto fray Cayetano. No era secreto para nadie que desde hacía tiempo en el café se hablaba de ideas de librecambio e independencia aderezadas con las influencias de la revolución francesa, la norteamericana y el intento de revuelta de Perú que tan mal había terminado.

¿Qué había hecho la señora Trillo de Sánchez de Velazco? ¿Protestar por las ideas indecentes contrarias al rey e incluso a la religión que se discutían en los fondos de su casa? ¿Recriminarle a Martín Thompson, ahora dueño de su fortuna, que concurriera a ese café? ¿Protestar por la indecencia de las nuevas generaciones y las ideas

francesas que solo traían dolor de cabeza? No, no hizo nada de eso.

Doña Magdalena, en cambio, empezó a odiar el café con leche. Si en algún momento el almuerzo había sido la reunión de la familia, con un sencillo café con leche, pan, tostada de manteca o bizcochos, después de descubrir que Martín iba al Café de los Catalanes, el almuerzo fue el momento de suplicio.

Mariquita soportaba todo con paciencia. Fray Cayetano, su querido amigo, su protector, le había enseñado la palabra paciencia y se la repetía cada vez que su madre empezaba con la letanía del olor a café que venía de las tazas cercanas, o más todavía, el leve aroma que, de vez en cuando, el viento del este traía desde los fondos de la casa.

A Mariquita ese aroma se le asemejaba cada vez más a las ideas que le gustaban. Martín era invitado a muchas casas como capitán del puerto y concurrente a los cafés. Ella no podía ser invitada a ninguna de esas reuniones, pero se conformaba con lo que Martín le contaba. Don Manuel Belgrano lo invitaba y también su primo Juan José Castelli, ambos amigos de fray Cayetano. Según le había dicho Martín, don Manuel había leído todos esos libros de los que hablaba el padre Rodríguez, pero con autorización del Papa, en la Universidad de Salamanca.

¿Eso significaba que fray Cayetano había leído los libros prohibidos sin autorización alguna?

«Mejor no hablar de eso» había dicho en voz baja su amigo y confesor.

Mariquita era feliz. Miraba los retratos y en feliz. ¿Qué más se podía pedir en la vida? Vivir en una época de *m.*… la que los hombres apelaban a la razón y a la justicia para solucionar los problemas. ¿Cómo iba a negarse ella a esas ideas cuando eran precisamente las que le habían permitido tal felicidad? Claro que no iba a negarse. Y de haberle sido posible, si su madre no hubiese estado aún tan enojada, habría abierto las puertas de su casa de par en par para recibir a los hombres y sus ideas frescas.

Pero no podía todavía. Tenía que tener paciencia si quería ser una dama con un salón abierto al público. Tenía que leer esos libros prohibidos, saber hablar con corrección con cada uno de sus invitados, apreciar la buena música, mejorar el estudio del arpa que mucho no le gustaba, mejorar la gracia de sus ademanes y saber agraciar a los invitados para que se sintieran contentos. Nada de eso sabía todavía y mucho quería aprender, pero aún no habían llegado las invitaciones. Paciencia. Ya llegarían.

Una niña, mientras tanto, deseaba ella. Una niña para Buenos Aires, para el suelo americano, para educarla como se estaba educando ella. ¿Una escuela para niñas? Qué lindo sería. Formar niñas que no solo supieran obedecer, sino también pensar para sí mismas como había aprendido a hacerlo ella. ¿Cómo podría hacerse eso?

No lo sabía. Pasaba las horas sin Martín en vela, pensando en todo lo que quería hacer en el futuro. Hacía un frío terrible, la manta que tenía sobre los hombros se había deslizado hacia la cintura y ella no se había dado cuenta. Llamar a un esclavo para prender el brasero solo para que ella se calentase mientras se desvelaba era una

tontería. Y además no tenía frío, lo que tenía era otra cosa, algo que todavía no entendía del codo, pero que le caminaba en los brazos y las piernas y la incitaba a hacer cosas, a mirar todo, a escuchar todo, a pensar en todo.

Sonó la campanilla de la puerta de la calle. El ensueño se terminó de repente. Se acomodó la manta sobre la ropa y miró el reloj. Eran las once de la noche. No se movió de su lugar pero escuchó atenta. Uno de los criados había pasado corriendo por el patio del naranjo para atender la puerta. Escuchó un murmullo, la puerta de calle se abrió y se cerró.

No tuvo que esperar mucho tiempo para saber quién había sido. Martín entró por la puerta del saloncito en su uniforme de marino.

—¿Martín? ¿Martín, qué pasa?

Su esposo la miró preocupado y fue derecho a uno de los nuevos sillones.

—No estoy seguro.

Se sentó mirándola a los ojos con los labios entreabiertos y el cabello rubio despeinado. Movía las manos, las restregaba una contra otra y movía una de sus piernas sin parar. Mariquita no soportó más la espera y se arrodilló a su lado, sosteniéndole las manos.

Doña Magdalena entró enseguida por la puerta.

—¿Qué es esto, por todos los Santos?

—Madre, por favor, deje que Martín nos diga qué pasa. No te esperábamos esta noche.

—No, claro que no —dijo él.

Los ojos de su Martín reflejaban una perplejidad que ella no había visto nunca. Sintió que el corazón se le ponía chiquito al no poder calmar su ansiedad. Le acarició el cabello rubio.

——¿Qué pasa, mi vida?

—Ingleses.

—¿Ingleses?

Martín asintió. Le quitó la mano de la frente para besársela. —¿Qué pasa con los ingleses?

—¿Qué está pasando? —preguntó su madre otra vez.

Los dos la miraron pero no respondieron. Martín estaba muy nervioso, podía sentirlo. Tenía las manos frías y húmedas y se notaba que todo su cuerpo estaba tenso. Respiraba agitado de vez en cuando, como si hubiese corrido durante mucho tiempo.

—¿Murió alguien? —insistió doña Magdalena.

—¡Madre!

—Parece muy preocupado —explicó la señora—. Podría ser…

—Martín, por favor, decime qué pasó —se volvió Mariquita a su esposo con la voz más dulce que pudo encontrar—. ¿Qué pasó?

Él carraspeó y le tomó las dos manos y le dio un beso en cada una.

—No le pasó nada a nadie. Nadie ha muerto ni está enfermo.

—Gracias a Dios… —murmuró doña Magdalena.

—¿Qué pasa entonces, mi corazón?

—Esta mañana avistamos unas velas por Quilmes. Siempre se avistan barcos, no es una novedad. Pero me llamó la atención. Estuve en batallas navales y sé cuando veo barcos de guerra.

Las dos mujeres lanzaron un breve gemido al mismo tiempo, con el mismo tono y la misma intensidad.

—¿No son contrabandistas? —preguntó su madre que al parecer tuvo más fuerza de voluntad y pudo poner en palabras alguno de sus pensamientos. Mariquita no podía; el corazón le latía en el pecho y en los oídos.

—Eso pensaron todos. Pero hablamos con el comandante de Liniers y los dos pensamos lo mismo. Son barcos de guerra ingleses.

—¡Pero es imposible! —dijo doña Magdalena.

—No, no es imposible —afirmó Martín—. Era muy probable que los ingleses hicieran una excursión a estos lugares. Se sabe que hay varios ingleses enviando información al Foreing Office desde hace un tiempo.

—¿Un espía? —preguntó Mariquita en un susurro.

—El virrey pidió mantener todo en secreto. Capturamos unas cartas en un barco que no fue hábil para escabullirse. Estaban en inglés y me hicieron traducirlas. Hablaban sobre Buenos Aires. El puerto en especial. Sobre el río y sus dificultades. No hablaban de invasiones, al menos lo que leímos. Interrogaron a algunos prisioneros y tampoco se supo nada.

—¿Y qué se hizo? —preguntó Mariquita espantada.

—Sobremonte informó a la Audiencia y a don Pascual Huidobro. Le escribieron a la Corte y Godoy pidió que se reforzaran las defensas. Sobremonte reforzó Montevideo pero Buenos Aires está igual… —Martín hizo una pausa—. Los cañones están oxidados y tapados y las milicias urbanas… don Manuel Belgrano es capitán de las milicias.

—¿Le avisaste? ¿Fuiste a verlo?

—Sobremonte me envió de nuevo a Quilmes. Me dijo que no me preocupara por unos contrabandistas. Que no iba a haber guerra en Buenos Aires, que no fuera tonto. Me fui a Quilmes. Volví a hablar con el comandante Liniers y por la tarde volvimos a ver los buques. Es innegable. Son buques de guerra, pero Liniers aún tiene duda de que ataquen.

—¿Van a atacar la ciudad a cañonazos? —preguntó doña Magdalena con un grito de desesperación.

Martín acomodó un poco su cuerpo en el sillón y su espíritu. Mariquita se sintió orgullosa al ver a su marido hacerse cargo de la situación. Lo amaba y sabía que el capitán Martín Thompson no iba a permitir que los ingleses atacaran a cañonazos a su querida ciudad.

—No, no lo harán a cañonazos. El río no lo permite. Los barcos tienen que quedarse en la distancia y los cañones no llegan.

—¿Nos quedamos tranquilos? —insistió la señora.

—No. Es que es por eso que están por Quilmes. Saben que por ahí se contrabandea toda la mercadería inglesa y que es más fácil descargar. Es probable que quieran invadir…

—¡Invadir Buenos Aires! —gritó Mariquita abrazando a su marido.

—Tranquila —le dijo Martín mientras la abrazaba y la subía a su regazo—. Tranquila.

—¿Volviste para avisarle a Sobremonte? ¿Qué está haciendo? Imagino que ya salió para Quilmes. El virrey no puede dejar que los ingleses invadan la capital del virreinato.

Martín miró a su mujer y le besó la frente. Mariquita quería más caricias, arrancarle la ropa y calmarlo a besos ahí mismo, pero era costumbre porteña vivir en casa de los padres. Esa posición tan indecente, propia de las mujeres de baja calidad, ya había sido condenada por su madre tiempo atrás. Pero no le importaba en ese momento. Quería cuidar a Martín de todo lo que pasaba y que él la cuidara a ella con abrazos y caricias.

—Sobremonte estaba en el Coliseo Provisional.

—¿En el teatro?

—Ahí mismo.

—¿Está ahora en el Coliseo?

—No. Le insistí en que son barcos de guerra ingleses. Que al parecer sus intenciones son desembarcar en las playas del sur del río para invadir Buenos Aires.

Mariquita tomó las manos de Martín y las apoyó contra su pecho.

—¿Y qué dijo el virrey, Martín? —preguntó doña Magdalena.

Los ojos de Martín parecieron iluminarse por una sonrisa, pero sus labios no sonrieron. Miraba a su mujer y luego a su suegra con una curiosa expectativa.

—¿Qué pasó, Martín?

—Sobremonte… El virrey no se levantó de la silla. Al parecer la obra estaba muy interesante.

—Siempre se escuchan muchas conversaciones cuando salen del Coliseo. Me llegan voces y los griteríos a la habitación —murmuró, distraída con sus propias preocupaciones, doña Magdalena.

Ni Mariquita ni Martín le prestaron atención. Él siguió hablando agitado:

—Sobremonte se volvió sin levantarse y me hizo un guiño. Sí, un guiño. Yo tampoco lo pude creer, pero fue eso lo que hizo. Me hizo un gesto para que me inclinara hacia él. Lo hice y me dijo: «Disimule, Thompson, que es contrabando. Estoy esperando unas telas de Londres. ¿Cómo se le ocurre que van a ser de guerra? Vaya tranquilo y salúdeme a su bonita esposa». Y se volvió a mirar la obra.

Las dos mujeres se quedaron en silencio pero con la boca abierta. Martín escondía

una sonrisa en medio de tanta preocupación.

—Le insistí que eran buques de guerra pero no quiso entender. Por suerte don Santiago me mandó con un mensaje donde le afirmaba que eran corsarios ingleses aunque no esperaba un ataque pronto. Ahí entendió. Llamó a sus guardias y se fue del Coliseo sin decir nada a nadie.

—¿Y no avisó a la gente? —preguntó doña Magdalena azorada.

—Es que traería pánico. Y no creo que mucha gente sepa qué hacer en una invasión en Buenos Aires. Ni yo mismo me imagino qué vamos a hacer.

—¿Qué podemos hacer nosotros, Martín? —le preguntó Mariquita acariciándole la frente como para borrarle la preocupación.

—No lo sé —dijo él disfrutando de la caricia—. Esperar órdenes. No puedo volver a Quilmes a esta hora. Y si volviera no tendría fuerzas suficientes para detenerlos, ¡no a un regimiento inglés! El Regimiento Fijo de Buenos Aires apenas alcanzaría para detenerlos si fuese un solo barco. Pero vimos varios y eran de guerra. Quizá más. Es probable que en Montevideo hayan visto algunos más. Pero todavía no llegó ninguna noticia.

—¡Ojalá don Pascual estuviera aquí! —suspiró Mariquita.

—Le tenes mucha fe a don Pascual —le susurró con voz dulce Martín.

—¡Claro que sí! Si nos ayudó tanto…

—¿Qué va a hacer entonces? —preguntó doña Magdalena con aspereza—. ¿Nos vamos a quedar acá hasta que lleguen los ingleses?

—No —la tranquilizó Martín con voz grave—. Voy a cambiarme primero. Después voy a ir a casa de los Belgrano. Don Manuel es el jefe de las milicias tiene que estar informado. Y luego volveré al Fuerte a esperar órdenes.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó Mariquita.

—Prepararme ropa limpia. Y un poco de café —dijo con un matiz tímido que solo Mariquita escuchó.

—Por supuesto —susurró ella y le besó los labios con suavidad.

Los tres salieron del saloncito. Doña Magdalena se fue a su habitación a rezar junto a una esclava.

Martín se aseó, se afeitó y fue a la habitación donde dormía con Mariquita, quien lo esperaba con el café y la camisa listos. Hablaron, temieron por la ciudad y suspiraron juntos. Martín ya había vivido situaciones de combate pero, esta vez, estaba ansioso. Era su patria, su ciudad la que estaba en peligro. Mariquita se ponía ansiosa por él, por su vida, por Buenos Aires —la ciudad que la mimaba— y por él, porque nunca había visto una batalla y temía por su vida.

Se amaron con una pasión que se parecía mucho a la desesperación. Habían estado separados largos y penosos años, pero nunca habían sentido el peligro de perderse. Habían tenido un amor tan completo hasta ese momento, tan perfecto, que no habían concebido perder al otro. Pero los ingleses amenazaban su amor perfecto. Se besaron, se mordieron, se acariciaron, se apretaron. Dejaron marcas en el cuerpo

del otro, marcas grabadas a fuego que ni las batallas ni el tiempo pudieran borrar.

El tiempo, tan cruel como inapelable, señaló que debían separarse. Martín tuvo que irse a cumplir con su deber. Mariquita no se durmió. Se vistió y como no podía dormirse a la espera de noticias que su marido había prometido, se quedó levantada leyendo los cuadernos con los que estudiaba con el padre Rodríguez.

Por suerte, la mañana llegó y con ella fray Cayetano.

La llegada de su amigo tranquilizó mucho a Mariquita y también a doña Magdalena. El fraile supo sosegarlas, tal como hacía cuando a las monjitas las atacaba alguna duda espiritual: con palabras suaves y pensando en la revolución.

Pero las malas noticias se colaban por la ventana y por el patio de la casa. Los ingleses, sin que se les presentara resistencia alguna, descendieron en la Ensenada de Barragán el 25 de junio de 1806.

El virrey Sobremonte hizo reunir a las milicias y al regimiento del Fijo en la Plaza del Fuerte y les ordenó enfrentar a los ingleses en el puente de Gálvez que cruzaba el Riachuelo. Fray Cayetano invitó a Mariquita a ir a ver a las milicias y ella aceptó con gusto. Quería conocer a los bravos soldados que defenderían su tierra. Su madre se quedó en su casa, rezando.

La desilusión fue terrible. Ni siquiera formaban una fila recta los soldados encargados de defender su ciudad. Mal vestidos, sucios, con barba de días, pañuelos en lugar de sombrero… los hombres la horrorizaron.

Eran feos.

Mariquita, al verlos desfilar hacia el Riachuelo, tuvo que susurrar al oído del padre Cayetano:

—Si los ingleses no se asustan de ver esto, no tenemos esperanzas. Padre, —agregó solemne— nuestra principal arma es la fealdad de nuestros soldados.

El padre Cayetano rio a su pesar y le señaló que ya era momento de regresar a la calle del Empedrado. Lo único que podían hacer era sentarse, rezar y esperar noticias.

La mañana siguiente llegó y las noticias fueron terribles. La estrategia del Virrey y Capitán General del Virreinato del Río de la Plata fue un desastre. No solo no se logró detener a los ingleses en el Riachuelo sino que la orden de quemar el mismo puente de Gálvez fue inútil: los ingleses habían capturado botes y ya estaban traspasando el Riachuelo. Intentó Sobremonte dar órdenes a sus tropas pero nadie lo entendió y todos salieron corriendo hacia distintas direcciones. La defensa de la capital había fracasado.

El virrey sin saber qué hacer, se reunió con sus oficiales y salió rumbo al Fuerte. Allí tomó los caudales pertenecientes a la Corona y llenó con ellos varios cofres. Después, para sorpresa de todos, tomó la calle de las Torres rumbo hacia el oeste en un carruaje que iba a tal velocidad que saltaba en lugar de desplazarse por la calle. Azorados, muchos porteños se quedaron largo rato mirando al oeste esperando que el virrey volviera. Lo único que veían eran las manchas de barro que había dejado el carruaje del virrey en las paredes.

Los ingleses entraron en Buenos Aires el 26 de junio de 1806. No hubo un habitante que no estuviese sorprendido de verlos caminar por las calles embarradas de la ciudad con sus polleritas tan cortas, sus botas relucientes y sus cabellos dorados. Eran tan bonitos de ver que las niñas —y muchas madres— miraban entre sorprendidas y ruborosas la marcha de unos jóvenes tan interesantes y tan… extranjeros. Sabrían más tarde que era el Regimiento 71 de Highlanders de Escocia al mando del general Beresford y que por eso llevaban polleritas.

Martín fue el encargado de hacer las traducciones entre los invasores y la Audiencia de Buenos Aires, la segunda al mando en caso de ausencia del virrey, ya todos se habían convencido de que Sobremonte no volvería. Tenían que firmar las capitulaciones de la rendición y los porteños eran tan, pero tan ignorantes en ese tema, que copiaron una que había sido publicada en un periódico español llamado *Mercurio*.

La bandera británica ondeaba sobre el Fuerte. Martín no había regresado. Enviaba mensajes muy breves: «Estoy bien», «No te preocupes» y poco más. Al parecer se lo requería todo el tiempo porque sabía inglés y oficiaba de traductor. Mariquita tenía que conformarse con eso y vivir con ansiedad el tiempo que pasaba entre mensaje y mensaje.

Claro, ayudaba para nada que su madre reflexionara con fray Cayetano sobre los peligros de la vida militar. El padre la entretenía, pero Mariquita escuchaba sus palabras golpeándole en los oídos.

Estaban encerradas, Martín les había pedido que, por el momento, se mantuvieran dentro de la casa. Mariquita daba vueltas por el patio, alrededor del naranjo y del aljibe. El árbol parecía reprocharle algo en silencio.

—¡No me importa! —le dijo al naranjo—. ¡No me importa! Es su trabajo, es lo que hace. Le elegiría mil veces más, justo tal como es.

Todavía no la nombran

En el cuarto a la calle,
julio de 1809.

Las invasiones inglesas, las peleas políticas, los combates en la ciudad, las batallas en Europa no podían ocultar que la vida era generosa con la familia Thompson y Sánchez de Velazco. Mariquita y Martín ya eran padres de dos niños sanos y bonitos.

El primer embarazo había distraído a Mariquita de sus preocupaciones terrenales. Ya no importaban ni los ingleses, ni las peleas con su madre, ni las arrebatadas ideas que circulaban por Buenos Aires. Su pequeña familia la hacía sonreír como si estuviera en posesión de un secreto que solo ella conocía. Pero no era ningún secreto para aquel que mirara bien a los Thompson. Su Clementina, la primera, y Juan, igual a su padre, eran el resultado de algo que había empezado ocho años atrás, al regresar Martín de Europa. Eran el resultado de un deseo que había defendido contra todo. Era la más perfecta expresión del amor que sentían Mariquita y Martín.

Mariquita no se había sentido ansiosa por los embarazos ni le habían resultado problemáticos como su madre le había augurado. Comprendía el temor de doña Magdalena, había perdido varios niños, pero ella sentía una confianza que nacía del amor que sentía hacia Martín y estaba segura de que el embarazo y el parto no serían complicados.

Y todo salió bien para felicidad de la familia, los parientes, los amigos y la ciudad que esperaba la llegada de los niños. Incluso doña Magdalena, con todos los temores que sentía por su hija y sus nietos, se sintió feliz. La llegada de los niños tuvo el beneficio de calmar las agitadas aguas en a gran casa de la calle Unquera. Porque la gran casona de los Thompson —y antes de los Sánchez de Velazco— seguía ubicada en el mismo lugar, pero la calle había cambiado de nombre. Por supuesto, a su madre le había molestado profundamente el cambio, pero a los Thompson les había encantado.

El cambio se había producido después de la segunda expulsión de los ingleses. Insistentes como novio rechazado, los ingleses habían vuelto en 1807. Al parecer no habían aprendido que, como el tesoro de la ciudad, los porteños querían decidir, por su propia voluntad, cuál será el destino que vivirían. Baltasar Unquera había sido un brazo soldado que había muerto durante la batalla por la defensa de la ciudad. ¿Cómo no ponerle su nombre a una de las calles más importantes de Buenos Aires?

Mariquita se sentía orgullosa de vivir en la calle Unquera. Lo sentía como una profecía, el anuncio ce una nueva vida que llegaba y se unía a la vida de sus hijos.

—Martín, quiero pedirte algo.

—Un carruaje nuevo, no, por favor.

—No pienso solo en carruajes nuevos querido esposo.

—Tampoco chimeneas nuevas.

—¡Pero…!

Mariquita lo miró enojada. ¿Tan frívola era que su marido pensaba que solo le pedía cosas que implicaban hacer un gasto? No era tan frívola, iba a demostrárselo.

—Si hacemos otra chimenea, a tu madre va a darle un ataque.

—Amenaza con ataques cada dos meses, Martín. Una vez por mes, si escucha algún rumor sobre los ingleses.

—¿Por qué se asusta tanto con eso?, logramos expulsarlos dos veces —dijo Martín con una sonrisa de orgullo que ella imitó—. ¿Por qué piensa que no podremos expulsarlos otra vez?

Mariquita comprendía su orgullo pero también el miedo de su madre. Poniéndose en contra de todo lo que había dicho desde el año 1801 hasta esa misma mañana, le respondió a su amado Martín con una voz tierna que había descubierto en el año 1807:

—Porque ahora tiene nietos que la preocupan.

Tanto se había ablandado que todavía odiaba el café, pero de vez en cuando tomaba una tacita, los domingos, después del almuerzo. Como Martín estaba cada vez más ocupado en sus obligaciones como Capitán del Puerto de Buenos Aires, le habían ofrecido a la señora cumplir algunos compromisos formales relativos a los negocios familiares: llevar las cuentas de la casa, cobrar los alquileres de las muchísimas casas que tenía la familia, pagar las capellanías, hacer préstamos a comerciantes menores.

Doña Magdalena podría haberse quejado, diciendo que esas cosas no hacían las mujeres, y que de eso se ocupaban los hombres, y que ella había asegurado que Thompson no sería un hombre capaz de llevar adelante los negocios familiares, y que todos debían darle la razón. Pero si la buena señora lo pensó, no dijo nada. Entre la emoción de poder llevar el control de su fortuna familiar y el hecho de tener esos dos nietos tan bonitos se había olvidado del rencor que sentía por el pleito y el casamiento de su hija. En especial se olvidaba cuando el bebé Juan, recién nacido, se dormía entre sus brazos cuando se sentaban en el cuarto a la calle, junto a la chimenea nueva, mientras esperaban que los esclavos prepararan la cena.

La chimenea había sido otra innovación de los alocados Thompson y sus ideas modernas. Martín las había conocido en España pero los ingleses le trajeron el recuerdo. Le contó a su mujer y ella no resistió más: ¡tenía que tener una chimenea para que sus niñitos no murieran de frío en el invierno de Buenos Aires!

La primera habitación de la casa en tener una, fue el cuarto a la calle. Al ver la reforma a la casa, doña Magdalena llegó a vomitar delante de una taza de café. No esperaba que se tocaran las paredes o el techo de su amado cuarto, que ya nada conservaba de lo que tenía antes del cambio de siglo. Cuando la terminaron era

febrero y los beneficios de la chimenea no fueron visibles de inmediato, la señora declaró que jamás volvería a pisar el saloncito familiar y agregó que le habían roto el alma en pedazos al construir esa atrocidad.

A fines de junio, con la primera y persistente sudestada del invierno, doña Magdalena había sido invitada al cuarto pero la señora no aceptó. Solo fue la terquedad de Mariquita en cuidar a sus niñitos muy cerca de la chimenea, la que obligó a su madre a ingresar nuevamente al salón. Clementina se había enfermado y toda la casa se había llenado de ansiedad y temor. Doña Magdalena atravesó la puerta con paso firme y frente alta, con ese aire impertinente que caracterizaba a las porteñas. Llegó hasta la cunita de su nieta, la vio rosadita y sin fiebre, sintió el calor que venía de la chimenea, se sentó en un sillón y a partir de ese día volvió al cuarto que había sido parte de la costumbre familiar. Nadie le reprochó haber faltado a su promesa.

—¿Ya ha pasado suficiente tiempo de la muerte de mi padre, no es cierto? —preguntó Mariquita con ansiedad.

Martín dejó la pluma con la que escribía sobre la mesita escritorio inglesa que su mujer le había comprado en una tienda.

—¿Algo te apena?

—No, ninguna pena, Martín. Pensaba en si ya había pasado tiempo suficiente como para recibir gente en casa. Mucha gente. —¿Una tertulia?

Mariquita se mordió los labios. No eran las palabras de Martín las que temía. Era su propia conciencia que no le permitía expresar su deseo del todo.

—Todo el mundo hace tertulias en este momento —murmuró.

La culpa no la dejó seguir. Martín alzó las cejas sorprendido y le sonrió para que continuara.

—Ya tengo dos niños, ya soy una señora respetable, ¿no?

—Siempre fuiste una señora respetable. De ahí el problema de casarte conmigo —le dijo risueño.

—No revuelvas el pasado porque no me ayuda —le lloriqueó mientras se refregaba los brazos con las manos.

Martín se rio por la ocurrencia y ella tuvo que reírse con él. Cuatro años después de haberse casado, la alegría de uno era la alegría del otro.

—Así que no es otra chimenea lo que querés…

Mariquita estaba inclinada sobre la cuna de sus bebés, sumida en el placer de ser madre.

—Juan se te parece tanto que da miedo. Va a ser igual al padre. Melancólico y de corazón generoso.

—¿Y la niña?

—Igual a la madre, por supuesto.

—Terca, entonces.

—¡Martín!

—Bueno, dulce y sin cabeza para los números.

—Ahí vamos mejor.

La maternidad la había cambiado. Si el amor que sentía por Martín era apasionado y el amor que sentía por su madre era imperturbable, el amor que sentía por sus hijos era imposible de medir, describir o siquiera poner en palabras.

Sus hijos eran su vida, su ansiedad, su felicidad a cada segundo. Podía estar pensando en otra cosa, podía estar en una tertulia soñando con ser anfitriona, podía estar en la Plaza de Toros, en su carruaje con caballos, en la iglesia, en sus charlas con el padre Rodríguez, en sus clases de piano, pero parte de su mente siempre estaba con sus hijos.

—Van a ser los niños mejor educados de la ciudad, Martín. Te lo advierto, pienso gastar mucho dinero en maestros.

—No me importa ese gasto.

—Me alegro. Porque va a ser importante. Van a ser los niños mejor educados de toda América. Y Juan se va a ir a Europa, quiero que se eduque bien.

—Como vos digas.

—¿Estás de acuerdo en todo?

—Por completo.

Martín también había cambiado. Mariquita estaba orgullosa de su marido. Por las noches, cuando todo se serenaba, los niños dormían y doña Magdalena rezaba en su habitación, ellos hablaban en el cuarto que daba a la calle.

Pocos maridos hacían eso con sus mujeres. No las consideraban dignas de sostener conversaciones, más bien las mantenían en un limbo de ignorancia, un objeto silencioso al que le hablaban pero del que no esperaban respuesta.

—¿Qué pasó en la reunión hoy?

—Ah, pensé que no preguntarías.

—Por supuesto que voy a preguntar.

Martín dejó definitivamente la pluma y el papel a un lado. Se levantó de su silla y se sentó junto a ella, apretados en el sillón. Mariquita estaba sentada al lado de la cunita que ocupaban sus niños, una cuna diferente a la que estaba en la habitación. Había convencido a Martín de que necesitaban una cuna en el cuarto para tener a los niños con ellos si era preciso cuidarlos.

—En el Café de los Catalanes no se toma buen café —dijo Martín abrazándola.

—Vamos a advertírselo a mi madre —dijo ella burlona—. Por la mañana se lo decimos.

—La cuestión es que nos mudamos a la jabonería de Hipólito Vieytes.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres meses.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Estabas por parir a Juan.

—Detalles —dijo ella ofendida—. Pero bueno, ahora decime qué hacen en la

jabonería… ¿no es un lugar sucio?

—Muy sucio. Bateas, palas y grasa de vaca muy apestosa. Y entre todo eso hablamos de política. La situación en Europa, en América y cómo no ser descuartizados como Túpac Amaru.

—¿Y qué opinan?

—Cisneros camina lento como virrey. Desde que reemplazó a Liniers sus ideas son las de que todo quede bajo el control de la Junta Central de Sevilla.

—Fray Cayetano dice que si los Borbones son prisioneros de Napoleón, esa Junta no tiene derecho a mandar sobre América.

—Lo sé. Hay varios que piensan así. Lo cierto es que los barcos siguen llegando de España y al parecer la Junta de Sevilla asumió el mando de las colonias españolas. Queda una Borbón en la península: la hija de Carlos IV, Carlota Joaquina. Muchos miran hacia ella.

—¿Y por qué no formar en Buenos Aires una junta como la de España?

—Es lo que se preguntan muchos, yo entre ellos. Fray Cayetano también. Pero Belgrano sigue a favor de un rey Borbón. Él propone la regencia de Carlota Joaquina, reina de Portugal. Un Borbón seguiría al mando. Belgrano teme que no todos comprendan de qué se trata la soberanía que reside en los pueblos. En cualquier caso las milicias están a nuestro favor. Saavedra ofrece a sus patricios y don Martín Rodríguez a sus húsares. Pero los dos aclaran que quieren saber para qué. —¿Por qué tienen tanto miedo?

—Saben que se trata de sedición y el recuerdo del Alto Perú está en la cabeza de todos. Don Mariano Moreno estuvo en el Perú y entendió que las cosas son más complicadas si se quiere organizar algo así.

—Todavía no la nombran. No hablan de revolución.

—No, todavía no. Hacer una revolución como la francesa o la americana no es fácil. Pero hay amistades que se están formando. Fray Cayetano y Mariano Moreno, por ejemplo. Se prestan libros entre ellos.

—Lo sé, ya me lo dijo. Le pedí que trajera algunos, pero se los andan pasando entre ellos.

—Cuando te recuperes del nacimiento, te traigo algún libro.

—¡Ya estoy recuperada!

—No vas a salir hasta dentro de tres semanas.

—Tengo un marido tan injusto.

—Que te ama con locura y quiere que estés bien.

—No te preocupes, soy fuerte.

—Nunca dudo de tu fortaleza —le dijo cariñoso Martín, besándole los labios. Ella lo apartó.

—Seguí contándome.

—Lo cierto es que no a todos los convence la independencia y no quieren que Inglaterra venga a reemplazar a España. Muchos quieren el librecambio y eso

beneficiaría a Buenos Aires. Pero otros piensan que con el librecambio se perdería al resto del virreinato. Y sin Córdoba ni Tucumán se puede pelear contra España en el caso de hacer…

—¿Nosotros en qué grupo estamos?

—Ah, buena pregunta. ¿En qué grupo te parece?

—Yo sé en qué grupo estaría…

—A ver… Ya sé… fray Cayetano.

—¡Por supuesto! —dijo ella riendo.

—¿No deberías estar en el de tu marido? —le preguntó él muy serio.

El cambio de humor de Martín le produjo ansiedad a Mariquita. No había llegado a suponer que su marido pensara diferente a fray Cayetano. Al contrario, pensaba que los pensamientos de su confesor y de Martín eran uno solo. Pero si lo pensaba bien, era cierto que el fraile era mucho más amigo de ella que de Martín y que su marido tenía ideas propias al poder entrar en contacto directo con los criollos partidarios de las juntas como las que se estaban organizando en España.

—¿Y qué piensa mi marido? —le preguntó con dulzura.

—Que sería un gran problema para este marino ponerse en contra de la Armada Invencible.

Martín, por supuesto, tenía razón. Mariquita no había llegado a pensar en eso, siendo tan criollos los dos como eran. Martín era marino y ella lo amaba así, con uniforme y todo. Pero había olvidado por completo que las obligaciones de su marido estaban con la corona española y que cualquier intento de sedición, en especial uno que fracasara, lo podía condenar a muerte.

—Soy un marino de la armada española.

—Te entiendo —le dijo ella en un susurro—. Y te envidio por poder estar en la situación de tener q i e pensar en tu destino. Sin embargo yo aquí, sin poder hacer nada.

—¿Y si pudieras?

—Si pudiera, iría con vos a la jabonería a escucharlos hablar. Me quedaría en silencio, porque no sé tanto como los abogados o los marinos o los sacerdotes. Pero me quedaría escuchando aunque no entendiera ni la mitad.

—Yo creo que entenderías mucho.

—¿Sí? Fray Cayetano me educó bien.

—No por él —dijo Martín con voz grave—. Ni siquiera por mí o porque don Manuel Belgrano te cae simpático. —¿Y por qué entonces?

Martín la miró muy serio. Se había puesto muy serio desde el nacimiento de Clementina. Hasta entonces habían disfrutado mucho su vida de casados, al principio recluidos pero después visitando amigos, haciendo conocidos, dando que hablar con sus paseos en carruaje tirado a caballos y su chimenea abrigada.

Las invasiones inglesas lo habían despertado del ensueño del recién casado. Y al mismo tiempo, s; daba cuenta que sus obligaciones militares ponían en peligro el

bienestar de lo que más amaba. En 1805, Martín habría dicho que sí a cualquier intento de revolución. En 1809, con su esposa, su suegra y sus dos hermosos hijitos para cuidar, era más cauto con sus decisiones. Aun así, era evidente que estaba del lado criollo y del lado de los que se estaban organizando para tomar decisiones en cuanto las cosas se complicaran.

En julio de 1809, las cosas estaban bien complicadas.

—¿Serías la primera en hacer una revolución si pudieras, no?

—Sí —dijo ella con firmeza—. Si eso significa que los americanos hagan su propia voluntad, entonces sí.

—Pero, —dijo Martín con fuerza—, ¿sabés qué significa eso?

—¿Qué? —preguntó ella también sería poniéndole una mano en el pecho. Martín estaba ansioso, el corazón le latía con fuerza mientras hablaba.

—Que un pueblo haga su propia voluntad. Organizar el gobierno, hacer la guerra, dividir las provincias, recaudar dinero. ¿Quién va a hacer esto? ¿Quién va a hacer lo otro? ¿Cuántos americanos convencidos hay de hacer la guerra? ¿Sabes lo que es hacer la guerra?

—Lo que me has contado.

—¿Cuántos harían la guerra en nombre de la voluntad propia? ¿De la defensa de América contra el rey? ¿Cuántos apoyarían la revolución y cuántos estarían en contra?

Mariquita se quedó mirándolo. Su mano seguía en su pecho. Sentía hipnotizada el corazón de su marido. Ese corazón era el americano, uno que quería hacer su propia voluntad. Se dio cuenta de que su propio corazón había empezado a latir al ritmo del de su marido.

—No sé cuántos harían eso —dijo ella muy despacito—. Sé que si pudiera lo haría. Porque creo que es una causa justa, tal como justa era nuestra causa. Y ganamos, a todos, incluso a mi madre, incluso a las habladurías de Buenos Aires. En tanto sea una causa justa creo que va a triunfar.

—Entonces, sí pensás como tu esposo —le dijo Martín con voz cariñosa—. Acatar la orden de la Junta de Sevilla es un problema para todos. Implica reconocer que la Junta gobierna en nombre del rey y manda sobre las colonias. Lo mejor por el momento es aceptar a Cisneros. Van a insistirle con el libre comercio.

—¿Más trabajo para el capitán Thompson?

—Mucho más trabajo. Los barcos esperan entrar en el puerto y en cuanto se corra la noticia llegarán muchos más. Álzaga y sus amigos se pondrán ansiosos e insistirán con una junta local.

—Y volvemos al comienzo…

—Fray Cayetano está perdiendo la paciencia.

—¿Justo él?

—Hablamos todo el tiempo en el camino de regreso. El padre nota las diferencias entre los que nos reunimos. Dice que no podemos hacer nada si no nos ponemos

antes de acuerdo. Va a ser difícil.

—Yo sé que es posible —dijo Mariquita con confianza—. Si yo pudiera…

No continuó la frase. Sabía que lo que deseaba era imposible. Que las mujeres no tenían lugar en la vida del Cabildo, del Fuerte o del Puerto. Pero cómo le hubiera gustado poder ir a la fábrica de jabones y sentarse entre cajas, palas y grasa de vaca inmunda a escuchar y tomar decisiones, decisiones importantes que tenían que ver con el futuro.

—¿Si pudieras…?

—Si pudiera ayudarte en algo… —le dijo, sabiendo que era pecado ocultarle sus pensamientos a su marido y más aún, sabiendo que no tenía razón para ocultárselos a Martín.

—Que seas mi esposa es lo que me ayuda. Volver y ver a mis hijos y a mi mujer animosa y vibrante todo el tiempo.

—Quisiera hacer algo, Martín. Ayudar en algo.

—Hay algo que se puede hacer…

—¿Sí?

—Claro. No has hablado mucho de eso pero pensaba que tarde o temprano ibas a querer hacerlo. Hablabas de eso hace un rato. —¿Las tertulias?

—Abrir la casa, recibir visitas, hacer tertulias en el salón grande. Así no tendrías que preguntarme a mí qué pasó en la reunión. Estarías en el medio de todo, escucharías todas las opiniones, de todos los hombres. Muchas mujeres lo están haciendo. ¿Por qué no Mariquita Sánchez de Thompson?

—Hacer como las damas francesas. —Claro.

Como dice fray Cayetano.

Ella rio. Su marido estaba usando su argumento favorito para ganar discusiones para convencerla a ella.

—¿Cuál es el problema? ¿Los niños? A esa hora ya están durmiendo. Tenemos suficientes amas de cría, ¿no? Tres son suficientes creo yo. O podemos esperar a que crezcan, solo pensé que te gustaría abrir la casa.

—Sí… sí. No son los niños. Me preocupan, claro, pero podría ir a verlos de vez en cuando, para ver si están bien. No son los niños. Es mi madre. No sé si ella aceptaría tener la casa abierta de ese modo.

—Es nuestra casa también —dijo Martín con el ceño fruncido—. Al fin de cuentas el responsable de esta familia soy yo.

—Lo sé. Pero pienso en ella también, en lo que sacrificó…

—Nosotros sacrificamos mucho también.

—Desde la muerte de mi padre la casa no está abierta. Antes venía muchísima gente. Sacerdotes, alcaldes del Cabildo, una vez vino el virrey Pedro de Meló. Yo tenía diez años, ¡nunca había visto a mi padre tan contento! Hasta me dejaron entrar al salón y recité un poema. Lo había practicado toda la semana con mi madre. Pasamos horas en este cuarto repitiendo los versos. Mi padre pasaba por la puerta

abierta, escuchaba dos versos daba su aprobación y se iba. ¿Sabes qué es lo más extraño?

—No tengo idea.

—¡No recuerdo para nada el poema! Nada de nada. Era sobre el rey y el virrey y algo así, pero nada más.

Martín la miraba con ternura. Mariquita entendió la mirada y dejó caer las manos sobre su regazo. Las lágrimas le saltaron de los ojos sin que ella pudiera contenerse y tuvo que refugiarse en los brazos de su marido para no contemplarse tan tonta como se sentía.

—Es difícil todavía —dijo lloriqueando en el cuello de su marido—. Sé que para ella también es difícil.

—Lo sé…

Le llevó un tiempo a Mariquita serenarse. Tenía veintidós años pero lloraba como si fuera su hija Clementina cuando estaba desesperada de hambre. Martín esperó que se calmara.

—Fue difícil para todos, pero ya pasó. Ahora es diferente y te veo ansiosa por saber qué pasa y sé bien que la idea de abrir el salón te ronda por la cabeza desde hace tiempo. Yo no me opondría, al contrario. Prefiero hacer una reunión aquí que ir hasta lo de Hipólito Vieytes y aspirar el olor de la grasa.

Mariquita se rio mientras se limpiaba las lágrimas.

—Fétida —dijo ella sonriendo entre lágrimas.

—Muy nauseabunda.

Mariquita tomó las manos de su esposo y se limpió las lágrimas restantes. Después le besó las palmas.

—Capitán Thompson.

—Dígame, señora Thompson.

—Usted tiene razón; vamos a abrir la casa.

No importa la lluvia

En la revolucionaria ciudad de Buenos Aires,
18 al 25 de mayo de 1810.

El espejo seguía chiquito y de marco grande y oscuro. Tan oscuro y chiquitito como sentía su alma. Alma negra llena de envidia, celos, por no poder participar de lo que estaba ocurriendo en la Plaza Mayor.

¿Por qué no se lo permitían si ella sabía perfectamente lo que era luchar por hacer la propia voluntad? Porque era mujer, claro. Por eso no se lo permitían. Y entonces su alma se llenaba de negros celos, odios que tenía que silenciar, que ni siquiera podía mencionar al más amado de sus seres porque ella no quería que él la conociera así.

Así que el único que conocía sus celos, las negras envidias de su alma, era el espejo, chiquito, de marco oscuro y apolillado que la reflejaba desde que tenía doce años. Tuvo que huir del espejo o se convertiría en un carbón de tan negros que eran sus sentimientos.

—¿Sabe algo de Martín?

Su madre sostenía a Juan en brazos mientras ella trataba de hacer dormir a Clementina. Los niños le quitaban un poco de negrura a su alma envidiosa pero los pensamientos no descansaban nunca.

—Ya sabe, madre, el puerto requiere toda la atención de Martín por estos días.

—Tiene una profesión demasiado peligrosa.

Mariquita le besó la frente a Clementina. Aspiró el olor de su hijita. No podía tener el alma tan negra si estaba cerca de ella.

—Martín tiene una profesión importante, madre.

—Si fuera comerciante estaría en esta casa, protegiéndonos en estos momentos.

—En cambio, madre, está en el puerto. Tiene el privilegio de ser parte de todo.

Un barco inglés, cómo no, había traído la noticia. Había descargado sus mercancías y sus noticias el 18 de mayo. Las noticias llevaban unos cuatro meses de atraso pero no dejaban de ser importantes. La Junta de Sevilla que se atribuía gobernar en nombre de Fernando VII había caído. Napoleón había invadido España y ya no había ni rey ni junta a la que obedecer.

El virrey Cisneros no era tonto. Buenos Aires era un hervidero de ideas de independencia y revolución desde la primera invasión inglesa. El año anterior habían tenido que sofocar dos revueltas: una en La Paz y otra en Chuquisaca, en el Alto Perú. Las revueltas habían logrado deponer a los gobernadores y combatir de manera abierta con las fuerzas españolas. De no ser por la cercanía y acción del virrey del Perú, José Fernando de Abascal y por la de Cisneros mismo, la situación se habría extendido por todos los territorios españoles.

Pero aún, si se habían sofocado las revueltas, las ideas de sublevación y revolución seguían existiendo. Podían cancelar periódicos, perseguir sospechosos, prohibir reuniones, encarcelar a algún desprevenido sin conexiones importantes, pero las ideas seguían circulando con todos los vientos de la América criolla.

Cisneros le ordenó a Martín, como miembro de la armada española, ocultar la información que había llegado junto con la fragata inglesa. La Junta Central de Sevilla, que lo había nombrado virrey, había caído en manos francesas. Se había formado un Consejo de Regencia que gobernaba en su lugar. Ese mismo dieciocho de mayo, Cisneros había prohibido que todo papel e información, ya fuera carta, periódico o bando, saliera de la fragata inglesa.

Pero, como bien decía su madre, en Buenos Aires se conocía hasta lo que se soñaba. No hizo falta que Martín desobedeciera sus órdenes. Un periódico llegó a manos de dos primos que eran parte de los grupos de esas ideas peligrosas para el orden español: don Manuel Belgrano y Juan José Castelli.

La misma noche del dieciocho, Martín había llegado a la casa con la noticia de que Castelli y Belgrano habían ido a ver de inmediato al comandante del cuerpo de Patricios, Cornelio Saavedra. Esa misma noche, la noticia de la caída de la Junta Central y la inestable situación del virrey fue conocida por toda la ciudad.

Fray Cayetano llegó el diecinueve a las seis de la mañana. Apenas habían dormido. En el cuarto a la calle, Martín leía junto a Mariquita la esquela que anunciaba a todos los interesados que la Junta Central de Sevilla había caído.

—*Vacatio regis* —dijo con voz clara fray Cayetano.

—En ausencia del rey, la soberanía regresa al pueblo —dijo Mariquita agitada, con una mano apoyada en el brazo de su marido.

—Cisneros no va a durar mucho —afirmó Martín mostrándole al fraile la esquela.

—¿Qué vamos a hacer? La voluntad de los americanos debe ser escuchada. La soberanía tiene que regresar al pueblo.

—Saavedra dejó clara varias veces su postura. En tanto no estuviesen las condiciones en España, desaconsejaba cualquier intento de insurrección militar. La Paz y Chuquisaca nos enseñaron varias cosas. Pero ahora la situación militar es favorable. Belgrano y Castelli son de la idea de formar juntas, como la de Sevilla. En cualquier caso, esta noche hay reunión en lo de Vieytes, no falte.

—Nada me hará faltar, ni siquiera las dudas de las monjitas.

Mariquita rio, pero la risa le salió teñida de preocupación. Las tareas del día la llamaron, mientras Martín se iba a realizar sus obligaciones al puerto. Los niños, su madre, los criados, el naranjo, los gritos que llegaban de la calle… nada podía distraerla. Sentía la importancia de esos días en el pecho, hinchado como un pan remojado en leche. Sentía incertidumbre y también confianza en los suyos. Castelli y Belgrano eran amigos de Martín, lo mismo que el doctor Mariano Moreno, quien le había sido presentado por fray Cayetano como un discípulo y un amigo.

Su madre la perseguía por todas partes con preguntas, dudas, nervios, náuseas por

el aroma a café que no existía. Ella se miraba al espejo chiquito y de marco oscuro y negro, espejo lleno de envidia, tal como su alma. Sus bebés, sus hermosos adorados niños, eran un consuelo en medio de tanta incertidumbre.

Presionado desde todos los sectores, Cisneros convocó a un Cabildo Abierto para el martes veintidós de mayo de 1810. Parecía lo más razonable y, sobre todo, lo más conveniente para él. Todo parecía muy tranquilo y organizado, esperar al martes siguiente no parecía un gran esfuerzo.

Pero la mañana del lunes veintiuno, todos los habitantes de la gran casona de la calle Unquera se estremecieron al escuchar una especie de tormenta de viento y granizo que provenía de la Plaza de la Victoria.

Mariquita estaba en el cuarto de los niños cuando Martín abrió con violencia la puerta:

—¡Voy a ver qué pasa!

—¡Tené cuidado, por favor! —dijo ella con Juan en brazos, siguiéndolo hasta el primer patio.

Se encontró con su madre, sostenida por una esclava. Mariquita comprendió que su madre no exageraba, el ruido que venía desde la plaza era estremecedor.

Fue una hora de espera que casi la vuelve loca. Iba del espejo en su habitación hasta el centro del patio, entre el naranjo y el aljibe sin propósito alguno. No se miraba al espejo, no necesitaba ninguna naranja. Ni siquiera se moría de envidia. Lo único que quería era saber qué pasaba en la plaza, y que su esposo estuviera bien.

Martín volvió exaltado, con los ojos azules tan enormes como brillantes, La encontró en medio del primer patio. Se lanzó hasta ella para tomarla entre sus brazos.

—Unos quinientos o seiscientos —le decía, mientras ella le secaba el sudor de la frente y las mejillas.

—¡Agua para el amo! —Pedía Mariquita a los gritos.

—Llevaban la imagen de Fernando VII colgada y cintas blancas. Domingo French entre los más exaltados. Pedían la renuncia de Cisneros y la formación de una junta.

—¿Gritaban a la gente del Cabildo?

—¡A todos! Que Cisneros no iba a cumplir con su palabra, que no aceptaría la decisión del Cabildo Abierto. —¿Y la gente del Cabildo?

—Espantados. Blancos como una nube. Habían salido a los balcones para ver qué pasaba. El síndico les aseguró que él se encargaría de que todo se cumpliera tal como el Cabildo lo había decidido.

—¿Y aceptaron?

—No. Saavedra los tranquilizó. Me vio en la plaza, me pidió que subiera con él al balcón del Cabildo. Me hizo asegurarles que todo saldría bien, que nos encargaríamos de que las disposiciones del Cabildo Abierto se cumplieran. Nunca había estado tan nervioso. Los hombres gritaban enardecidos.

—Nunca habías hablando ante una muchedumbre así.

—Hablaban de revolución, Mariquita. No ocultaban la palabra. Saavedra me despidió y me dijo que volviera a casa.

—¿Te sentiste mal?

—Sentí un mareo y mucho sudor. Debo haberme puesto pálido como una nube yo también —dijo sonriendo al recordar el momento.

Se escuchó que Clementina y Juan lloraban en la habitación de niños y que la voz de doña Magdalena y la esclava que los cuidaban trataban de calmarlos.

—Y el agua que no viene… ¡Agua, agua para el amo! —gritó Mariquita enojada, mientras volvía a secarle la frente—. Vas a acostarte ahora…

—Estoy bien, ya voy a reponerme.

—No. Escúchame, Martín, por favor. Vas a acostarte. Mañana es… mañana es un día muy importante y no quiero que te pase nada. Quiero que vayas y me cuentes todo, ¿sí? Todo, necesito estar ahí; y si estás vos, estoy yo. Es así. Tiene que ser así.

Le caían lágrimas por las mejillas. ¿Cuándo los dos se habían vuelto rebeldes americanos? ¿Había sido con fray Cayetano? ¿Había sido con la vida de Martín en España? ¿Habían sido ellos mismos al gritar ante toda Buenos Aires que se amaban y querían hacer su voluntad? ¿Cómo no ser revolucionarios cuando la causa era tan justa? ¿Cómo no ser revolucionarios si ellos mismos lo habían sido nueve años atrás, jurándose un amor que no se había modificado?

Llegaron por la tarde las invitaciones para el día siguiente. El Excelentísimo Cabildo de Buenos Aires invitaba al señor Thompson, en su calidad de vecino, a la celebración de un Cabildo Abierto convocado por el virrey Cisneros. La cita era a las nueve de la mañana y no se demandaba etiqueta alguna. Las tropas custodiarían las calles de Buenos Aires para tranquilidad de todos y los asistentes debían mostrar la invitación a dichas tropas para poder acceder al recinto.

Su madre no decía nada. Mariquita sabía que ella no aprobaba la participación de Martín en los grupos que se habían formado en secreto para discutir el futuro de Buenos Aires. Su madre nunca se había unido a las tertulias que organizaban con Martín, se quedaba en sus habitaciones, protestando en voz baja. Que la revolución era pecado, que los iban a descuartizar como a Túpac Amaru, que todos iban a morir cuando volviera Fernando VII. Mariquita escuchaba sus quejidos acostumbrada. Su madre prefería la tranquilidad el siglo anterior, la vida pacífica, el comercio con España, la vida plana y aburrida.

Como la casa estaba demasiado cerca del Cabildo, Mariquita no podía hacer que en sus tertulias se hablara de las cosas interesantes. Lo que más le gustaba, la política, las ideas, los cambios, se trataban en otros lugares, como la quinta de los Rodríguez Peña. Sus reuniones eran más tranquilas, galantes, sonrientes, muy bien musicalizadas por el maestro catalán, Blas Parera —que le estaba enseñando a tocar el piano y el arpa—; con comida muy bien hecha por el cocinero educado en lo de *monsieur* Ramón; sentados los invitados en los muebles que llegaban de Inglaterra y los sorprendían por su comodidad… y muy aburridas.

El veintidós de mayo la envidia le caminó en el cuerpo como una fila de hormiguitas coloradas, de esas que se aventuraban a recorrer el mundo después de una mañana de lluvia en Buenos Aires.

A Mariquita le fastidiaba todo. El mínimo ruido proveniente del tercer patio le erizaba la espalda. Los quejidos de Juan por los dientitos que se le asomaban, el parloteo de su adorada Clementina, el ruido de su madre recorriendo las habitaciones n un murmullo de queja constante. Le molestaba el naranjo florecido y su aroma dulce de azahares, le molestaba el frío medo de la sudestada de Buenos Aires, le molestaba la lluvia perpetua de ese día.

Estaba en el cuarto a la calle, atenta a todo lo que podía llegar desde afuera. Iba y venía, del cuarto a su habitación, de la habitación al cuarto de los niños, de allí al naranjo y al aljibe y allí de vuelta al cuarto a la calle. Respiraba agitada, como si lo el tiempo estuviera corriendo.

Era el mediodía ya, y ninguna noticia había llegado.

Estaba en el cuartito que daba a la calle cuando escuchó que a carreta se detenía. Una mula se había quedado empacada el medio del barro y las piedras frente a la gran casona de la le Unquera. Le corrió por los brazos un pavor que la asustó al escuchar a su conductor gritar:

—¡Mañosa, mañosa!

Justo después se escuchó que el hombre la golpeaba con un lo para que avanzara.

Abrió con fuerza las ventanas que daban a la calle y sacó la cabeza y parte de su cuerpo menudo por entre las rejas:

—¡Deje esa mula en paz o lo mando a azotar!

El hombre, de piel oscura, mezcla de indio, español y negro en algún grado, vestido con ropas deshechas, atada por jirones más ropa deshecha, estaba sucio, cansado y todo mojado por lluvia persistente que volvía locos a todos.

—Disculpe, señora —dijo el hombre con voz cansada, arrastrando las palabras en una cadencia que las hacía continuas.

La tristeza en los ojos del hombre le partió el alma a Mariquita, tanto como el dolor de la mula cansada. Cerró las ventas con fuerza y buscó a uno de los criados que estaba a cargo las habitaciones de los señores.

—Anda a buscar al hombre que está atrancado con la carreta la calle. Ayúdalo a salir, dale de comer a él y a la mula. Que pasen la noche en el establo. El esclavo obedeció.

Mariquita estaba conociendo los límites de su impaciencia, no llegaba noticia pronto, iba a estallar de rabia.

Era mujer. Las mujeres no podían ni asomar las narices por el Cabildo. No podían hacer nada. Ni siquiera las de familia importante como era ella. Ella era el tesoro de Buenos Aires pero Martín había sido el invitado, no ella. Ella no pertenecía al pueblo, ella no podía decidir por su pueblo. La envidia le revolvía el estómago, la ponía de un genio fastidioso que le hacía sacar lágrimas porque ella amaba a Martín, porque él era

su vida, el padre de sus hermosos hijos, el hombre con quien dormía todas las noches. Pero sí, rabiaba de envidia porque él estaba ahí, justo en el Cabildo, donde la soberanía había recaído una vez que el rey había sido depuesto, donde se le consultaba a las personas acerca de su voluntad. Se les preguntaba qué querían hacer y ellos hablaban.

Miraba el retrato de Martín, su hermoso, rubio y amado Martín y las lágrimas le corrían por las sienes, las mejillas y el cuello. Lágrimas de envidia, amor y vergüenza por sentirse así por su esposo. Se fue a la habitación de sus hijos. Se sentó en uno de los sillones con Juan en brazos. Lo abrazó tan fuerte que su niñito lanzó un gemido.

—Perdón, hijo —le susurró al oído y le acarició las cejas rubias, tan rubias como las de su padre.

El niño aceptó las disculpas y se fue quedando dormido entre sus brazos, al mismo tiempo que ella. Se despertó a una hora incierta, con muchísimo frío y dolorida.

—¿Qué hora es? ¿Dónde está Martín?

—La campana de la Merced dio las cuatro de la tarde —respondió doña Magdalena con tono amable.

Mariquita acomodó a Juan en su pecho. El niño estaba profundamente dormido, en un sueño tranquilo. Ella en cambio había soñado con los gritos del día anterior.

—Clementina ya debe tener hambre —murmuró su madre asomándose a la cuna —. ¿Necesita una manta?

—¿Clementina? Creo que está bien.

—No, usted.

—Por favor. Se me entumecieron las manos del frío.

Doña Magdalena tomó una manta y cubrió a su nieto y a su hija con cuidado. Luego les hizo la señal de la cruz a ambos en la frente y después a Clementina.

—Siga durmiendo —le dijo desde la puerta—. Voy a ordenar que alimenten a Clementina y luego a Juan.

—Gracias, madre.

Doña Magdalena la miraba.

—¿Esto es lo que quería tanto?

Mariquita tuvo que tragarse las lágrimas.

—Sí, esto es lo que quería tanto.

—Me alegro por usted —dijo y se fue de la habitación.

Mariquita abrazó con fuerza a Juan, esta vez el niño no se quejó. El encierro iba a volverla loca. No estar en el medio de todo aquello la desesperaba. ¿No tenía derecho acaso? No, no tenía derecho. Por el momento era Martín el que participaba y no ella. Volvió a dormirse, intranquila, a la espera de esos pasos que conocía bien y le traían información del mundo fuera de su casa.

Se despertó sobresaltada hacia el atardecer y por fortuna Juan no se molestó. Lo acomodó junto a su hermana mayor, les hizo a ambos la señal de la cruz y los arropó

bien. Estaba haciendo un frío cada vez más húmedo que la exasperaba. Frío de mayo en Buenos Aires, con lluvia, viento y barro.

Estuvo un rato en el cuartito, tratando de coser algo. Como si bordar fuese una actividad que ella hiciera con gusto, placer o siquiera interés. Tareas de mujeres que fascinaban a ciertos hombres. Tonteras eran para ella, tonteras y nada más que tonteras. No había comido nada, pero no tenía hambre. Su amor estaba en la calle, en el Cabildo, con ese clima endemoniado corriendo riesgos por una causa justa.

Volvió a quedarse dormida, esta vez, con la labor de costura en las manos.

No fue hasta la madrugada que pudo escuchar los pasos amados. Él ya estaba en el cuartito, vuelto hacia la ventana cerrada. Mariquita lo esperó. El reloj marcó la una de la mañana, Martín se volvió a mirarlo y la descubrió con los ojos abiertos.

Le tendió los brazos con desesperación. Mariquita saltó del sillón para abrazarlo.

—¿Clementina y Juan? ¿Tu madre?

—Durmiendo, me imagino. Todos estamos bien, Martín. ¿Qué pasó?

—Hace mucho frío afuera.

—¿Vamos a dormir? ¿Esperamos a alguien? ¿Dónde quedó fray Cayetano?

—Fray Cayetano se fue con don Pascual Huidobro. Espera, todavía no vamos a dormir…

—¿Tomar algo te haría bien? ¿Vino? ¿Licor? ¿Café? —dijo tratando de hacer una broma.

Martín sonrió con los ojos. Le acarició la mejilla con los dedos fríos.

—No llores —le pidió.

—No… —dijo ella sin poder cumplir lo que le pedía—. Todo esto… ¿lo sabes, no? Todo esto lo hago por vos. Por nosotros.

—Sí, lo sé. ¿Te está costando mucho, verdad? —Hubo silbidos y salivazos. Griterío constante mientras cada uno votaba y explicaba su voto—. Si te llegaron a escupir…

—No, no te preocupes. Los escupidores están de nuestro lado.

—Ah… ¿Eso es una buena noticia, no?

—Creo que sí —rio Martín dejando caer algunas lágrimas que se le habían acumulado. Mariquita se las secó.

—Estás exhausto —le dijo con amor.

—No creo que haya uno que no esté agotado. Saavedra y Belgrano se quedaron para fiscalizar el recuento de los votos. Yo me volví, creo que tuve fiebre.

—Entonces a la cama.

—¡Espera! —La detuvo Martín justo cuando ella le tiraba del brazo para llevárselo al dormitorio.

La sentó sobre sus piernas para apoyan la cabeza en el hombro de su mujer. Mariquita le acarició la nuca transpirada y los cabellos rubios. Lo dejó descansar tranquilo, que se le calmara la agitación y el cansancio dejara de latiré en las piernas para transformarse en sueño. Escuchaba los latidos de su corazón y el de ella

caminaba al mismo ritmo.

—¿No te gustó hablar frente al público? —le preguntó en voz muy baja.

—Me temblaban las manos todo el tiempo.

Mariquita le tomó una mano y se la besó.

—Estas manos están cansadas y por eso tiemblan. Y tiemblan porque saben lo importante que es este momento y lo mucho que viene por delante. Todo lo hermoso que viene por delante.

Martín levantó la cabeza para mirarla con admiración.

—¿Cómo es que siempre estás segura de todo esto? Deberías haber ido al Cabildo y no yo.

Mariquita rio. Lo abrazó muy fuerte, apretándolo hasta que no pudiera respirar.

—Los dos tendríamos que haber ido, los dos como siempre hacemos todo. Y ya basta por hoy. También estoy exhausta. Vamos a la cama. Mañana vamos a madrugar como toda la ciudad.

Todos madrugaron el veintitrés de mayo. Probablemente muchos se habían quedado despiertos, pero no en casa de los Thompson. Con Martín en la casa, todos —niños, criados, doña Magdalena, Mariquita— durmieron más tranquilos y se levantaron tarde.

Los despertó la llegada de fray Cayetano, quien traía noticias frescas.

—¡Buenos días! —saludó el fraile con ánimo a la familia reunida en el comedor —. Me invito a comer algo porque apenas cenamos anoche.

—Sabe que no tiene que pedir permiso, padre. Siéntese —dijo Mariquita poniéndose de pie—. Usted hable, mientras le sirvo. Necesitamos noticias.

Fray Cayetano no se hizo esperar.

—Ganó la propuesta de Saavedra: que el Cabildo gobierne hasta que se forme una junta de gobierno. Nadie acepta al Consejo de Regencia. La soberanía debe regresar al pueblo y este decidir quién lo gobernará. El virrey ya no está a cargo del virreinato.

Mariquita tuvo que apoyarse contra la pared. El pecho agitado, la boca abierta y en la mano, un plato con pan tostado. Martín miraba del mismo modo al franciscano, incluso su mano sostenía una cucharita de plata. Doña Magdalena se persignaba todo el tiempo.

Martín fue el primero en hablar:

—¿Cisneros aceptó eso?

—Así parece. ¡Qué bueno está el café con leche, doña Magdalena!

—Que Dios nos libre y nos guarde —murmuró la señora escondiendo el rostro entre las manos. Pero, para sorpresa de todos, siguió hablando—: ¿Usted dice, padre, que ya no hay rey?

Fray Cayetano puso la voz comprensiva que Mariquita sabía que usaba con las monjitas cuando le preguntaban sobre sus dudas espirituales.

—Doña Magdalena, hace dos años que no hay rey en España. Y varios más que la idea de gobierno propio circula por Buenos Aires y otras ciudades. No se crea que

esta capital es la única díscola.

—¡Van a terminar todos descuartizados! —dijo la señora.

—Yo no sería tan optimista, doña Magdalena. Si somos derrotados, nos van a cortar a todos en pedacitos.

Mariquita cerró los ojos y luego los volvió a abrir para mirar a su amigo, confesor y maestro con un reproche tierno. Su madre no dormiría tranquila durante mucho tiempo.

—El pan tostado me gusta calentito —dijo fray Cayetano mirando el plato que Mariquita tenía en la mano. Ella se puso de pie de inmediato, le sirvió una porción abundante de dulce y se lo acercó. En lugar de volver a su lugar en la mesa, se sentó al lado del padre para seguir escuchando sus palabras.

—Siga, padre Rodríguez.

—No hay mucho más que decir. Al parecer el Cabildo va a aceptar la decisión votada en la madrugada y mañana se va a formar una junta.

—¿Y el virrey? —preguntó Martín.

—Ahí hay un problema —dijo el fraile masticando un pedazo de pan—. Es de esperarse que dados los ánimos de la ciudad los síndicos y alcaldes del Cabildo cumplan lo pactado.

—El lunes se demostró que muchos desconfían de Cisneros.

—Lo del lunes, Martín, demostró que no somos pocos los que queremos un gobierno criollo ni sol o los más ilustrados o los vecinos más notables. El libre comercio beneficiaría a muchos, la posibilidad de un gobierno americano a muchos más.

—¿Y por qué no se declara la independencia sin más? —estalló Mariquita—. ¿Por qué tienen miedo?

—Porque ha habido varios intentos previos y han fracasado —murmuró Martín —. Porque no todos quieren la independencia. No creo que don Martín de Álzaga busque eso a pesar de votar y clamar por una junta americana. Qué hace su amigo Moreno con Álzaga no termino de entender, fray Cayetano. No me parece que piensen lo mismo.

—Moreno quiere la junta sí o sí y por eso está con él.

—Entonces hay que esperar hasta mañana —dijo Mariquita.

—Sí —dijo fray Cayetano—. Creo que van a seguir durmiendo todos,

¿no?

—Creo que sí, padre —respondió ella con una sonrisa cansada.

Durmieron algo, hablaron mucho, pero ninguno descansó.

La mañana siguiente trajo nuevas noticias. Los enviados del virrey daban voces por la calle y convocaban a los vecinos a las esquinas. Martín y Mariquita salieron a la calle a escuchar el bando que proclamaba la decisión del Cabildo. Se había formado una junta de gobierno pero, al escuchar el primer nombre, Martín cerró los ojos y bajó la cabeza. El mandato del Cabildo Abierto había sido traicionado.

Cisneros era el presidente de la junta y el comandante de las fuerzas militares del virreinato.

Nada había cambiado.

Regresaron a la casa, allí los esperaba un mensaje que solicitaba a Martín ir de inmediato a la casa de Rodríguez Peña. La envidia removió los celos negros de Mariquita. Casilda, la mujer de Nicolás, era amiga suya y las dos seguían con atención las actividades de sus maridos. Casilda era la afortunada que sabía lo que estaba pasando sin que se lo tuvieran que contar.

Sin hablar, Martín se fue a su habitación acompañado por un esclavo. Se vistió con su uniforme de marino, besó y abrazó a sus hijos con devoción, se hizo persignar la frente por doña Magdalena y se llevó a Mariquita al cuarto a la calle.

Por la ventana abierta se veían grupos de personas de toda condición, exaltados, a los gritos o llevando mensajes secretísimos, que iban de un lado hacia otro entre caballos, perros salvajes y los vendedores ambulantes que les ofrecían comida caliente y bebidas estimulantes.

—No sé a qué hora voy a volver —dijo Martín con la voz firme para sorpresa de ambos—. No sé si voy a volver hoy o mañana. En cuanto pueda te enviaré un mensaje. No salgan de la casa para nada. Ni siquiera los criados. No dejes entrar a nadie que no sea amigo nuestro. Si alguien quiere entrar deciles que no está tu marido, que no *podes* hacer nada. Tendríamos que haber enviado a los niños y a tu madre a San Isidro, pero ya está hecho.

—Sí —dijo ella. Sentía un orgullo, una ternura y un amor tan grande por Martín que estaba a punto de reventar—. Como digas, Martín.

Él la tomó de la mano y la llevó junto al naranjo. Nueve años atrás, a escondidas de todos, durante la siesta, justo al lado de ese naranjo, le había dado el primer beso en los labios.

Habían tenido que pelear por ese amor, habían tenido que gritar y habían tenido que llegar al virrey para que se les permitiera casarse. Habían peleado por una causa justa. Ese veinticuatro de mayo no hacían otra cosa que pelear por la misma causa justa, la de un pueblo que peleaba por hacer su propia voluntad.

Martín la besó, no tímido ni furtivo como nueve años atrás, sino como el hombre tranquilo y orgulloso que era, amante de su esposa, cariñoso con sus hijos. Ella lo abrazó tratando de hacerlo parte de sí misma, para que algo de ella, un pedazo de su alma, se fuera con él.

Lo acompañó hasta la puerta, lo volvió a besar justo antes de que pusiera un pie fuera de la casi. La mitad de su corazón se fue con Martín, para acompañarlo y protegerlo mientras ella se desesperaba en la casa, sin poder saber qué iba a pasar en las próximas horas.

La espera duró un día que fue muy parecido a la eternidad.

Un billete de Martín había llegado a la medianoche. Simplemente decía: «Que no salga nadie de la casa». Mariquita ni siquiera intentó calmar a su madre. ¿Con qué

ánimo iba a calmarla si ella misma temblaba por el miedo y la incertidumbre?

El veinticinco amaneció oscuro, frío, pegajoso, lleno de barro y charcos espesos. Por la calle solo caminaban hombres. A ninguno parecía importarle la lluvia molesta, pegajosa, ni el viento, ni el frío. Algunos tenían paraguas, otros capas; algunos se acomodaban el poncho, otros el sombrero; algunos solamente tenían el cabello para protegerse de la lluvia persistente. Caminaban todos hacia la plaza, hacia el Cabildo.

Harta de ver gente pasar y sin noticias de Martín, se fue al patio. Caminaba por el patio del naranjo, daba vueltas a su alrededor, golpeaba con el zapato de raso las cerámicas de los canteros. La desesperación estaba por aniquilarla. Su madre la llamaba para que se pusiera bajo techo, pero a ella no le importaba la lluvia.

Los gritos seguían llegando desde la plaza. La maldita sudestada los traía sin encontrar obstáculos hasta el patio del naranjo donde ella se descuartizaba de la ansiedad.

La puerta de calle se abrió de golpe y entró Martín corriendo con su uniforme todo desprolijo y la barba crecida, cansado. Lo vio ir al cuartito que daba a la calle para después volverse rápido al patio.

—Martín, qué pasó… qué pasó… —susurró ella sin aliento.

Él no dijo nada. La tomó de la mano y empezó a correr, dándole tiempo apenas para levantarse la falda y correr detrás de él.

Hicieron el camino hasta la Plaza de la Victoria a los tropezones, atravesando el barro, las piedras, los charcos de agua. Mariquita llegó con un pie descalzo y un zapato a medio destruir.

Martín la enfrentó hacia los balcones del Cabildo y se colocó detrás de ella, tomándola por la cintura, apretándola con fuerza. Mariquita lloraba y se tragaba sus propias lágrimas saladas y teñidas con barro. Se subió a las botas de Martín para no lastimarse los pies desnudos.

Habían llegado justo a tiempo: los miembros del Cabildo estaban leyendo los apellidos de nueve hombres: Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberdi, Matheu, Larrea, Paso y Moreno. Desde el balcón del Cabildo los que habían leído los nombres le preguntaron al pueblo reunido en la plaza que ratificara la junta de gobierno.

Escuchó las voces, una tras otra, tras otra, que iban gritando ¡sí!

Martín la aturdió con un ¡sí!, violento y gozoso, y hasta ella, a quien nada se le había preguntado, gritó un jubiloso.

—¡Sí!

Un revolucionario es otra cosa

En la Biblioteca Pública de Buenos Aires,
fines de agosto de 1812

El precio de la libertad es alto. Mariquita apenas tenía para los números pero no se necesitaban demasiadas sumas y restas para saber que la vida después de la revolución no sería sencilla. Ella sabía en carne propia cuál era el precio de la libertad. Cuatro años había tenido que pagar para estar con Martín, después de su primer grito de libertad.

La Junta de Buenos Aires emitió una circular a todos cabildos de las provincias del Río de la Plata: informaba gobernaban en ausencia de Fernando VII y que se los invite a formar sus propias juntas y a enviar representantes a la ciudad de Buenos Aires.

La América criolla alentaba a los revolucionarios del Plata llegaban informes de juntas autónomas formadas en las principales ciudades. Cuanto más fueran las ciudades revolucionarias, más fácil sería contener el movimiento en contra.

Desde el interior del virreinato, en cambio, las noticias eran las mejores. La ciudad de Córdoba se puso al mando de la lucha contra la capital rebelde. Don Santiago de Liniers, héroe de la Reconquista de 1806, se oponía al movimiento de los porteños. No hubo mejores noticias ni en Mendoza, ni en Salta; en el Alto Perú; ni siquiera en Montevideo —tan cercana capital en comercio, ideas y hasta familias—.

El primero en organizar un ejército y marchar hacia Buenos Aires fue, precisamente, don Santiago de Liniers. Pero la rapidez lo condujo a la desgracia. Fue derrotado y capturado por fuerzas porteñas. Y luego ejecutado por orden de Juan José Castelli, que empezaba a asustar a muchos por la velocidad que tomaba la decisión de fusilar enemigos.

El precio de la revolución empezaba a ser pagado en pía en sangre.

Ni siquiera en la Junta podían ponerse de acuerdo. Pronto fue evidente que Saavedra no quería llevar más allá a la *Junta* mientras que Castelli y Moreno exigían la declaración de la dependencia de España. Manuel Belgrano seguía inclinándose por la princesa Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII por establecer una monarquía constitucional a la manera inglesa. Y como sus ideas parecían arrastrarlo hacia la independen Saavedra, por un lado, y Moreno y Castelli, por el otro, comenzaron a ser el eje de dos facciones que se disputaban el poder.

La pelea entre los revolucionarios se acrecentó al llegar representantes de las provincias para sumarse a la Junta de B nos Aires. Los representantes se unieron a la Junta Provisional y se formó la Junta Grande que gobernaba sobre todo el territorio del antiguo Virreinato aún en nombre de Fernando VII. En desacuerdo con esta forma

de gobierno, Mariano Moreno pidió ser enviado en una misión a Gran Bretaña, para buscar apoyo al movimiento de 1810. Se le concedió la misión a principios 1811 pero nunca llegó a su destino. Moreno murió en altamar los rumores de asesinato circularon al mismo tiempo que llegó la noticia de la derrota de Castelli en la batalla de Huaqui: se había perdido todo el Alto Perú y dentro de ese territorio, importante cerro de Potosí.

Juan José Castelli fue apresado y obligado a volver. Cornelio Saavedra se fue al norte y tomó el mando del ejército. Pero el liderazgo no le duró mucho tiempo y Buenos Aires también se *votó* contra él y contra la Junta misma. Los miembros del Cabildo Buenos Aires, en su mayor parte comerciantes porteños, decidieron intervenir contra la Junta Grande a quien la consideraba inútil. Utilizando la presión y la influencia, el Cabildo logró en septiembre de 1811 que la Junta nombrara un nuevo poder ejecutivo leal a los deseos porteños: decidieron dar vida al Triunvirato. El Triunvirato nombró a Martín Rodríguez como jefe del Ejército del Norte desplazando a Saavedra. Días más tarde el mismo Triunvirato disolvió la Junta y se arrogó el poder ejecutivo sobre los antiguos territorios del virreinato del Río de la Plata.

Los Thompson habían elegido ser parte de la revolución pero eso no significaba que aprobaran tanta discordia. Eran protagonistas del movimiento y la guerra no le era extraña a Martín, ni el sacrificio a Mariquita. Habían conocido a Liniers y habían esperado que, siendo francés y liberador de la ciudad se uniera a la Junta de Buenos Aires e iniciara el mismo proceso en Córdoba. Martín lamentó su muerte, sabiendo que habían perdido un marino de valía, experimentado e inteligente, capaz de defender el Río de la Plata. Había tratado poco a don Mariano Moreno pero sabía que él era uno de esos que no temía tomar decisiones. La prisión de Castelli y el desplazamiento de Saavedra era algo que apenas podían comprender. A solo dos años de ese 25 de mayo, los dos líderes de la revolución habían sido desplazados.

Martín, miembro de la marina española, había sido declarado reo y se lo había suspendido por su adhesión a la sediciosa Junta de Buenos Aires. Pero España estaba lejos y los aires revolucionarios lo hacían optimista. Seguía siendo capitán del puerto de la ciudad y recibía muchísima información de primera mano. Un arribo, sobre todo, lo había puesto de muy buen humor.

Si un militar como Liniers había muerto, otro había llegado: el teniente coronel José de San Martín había arribado al puerto en marzo de 1812 y de inmediato había propuesto formar un cuerpo de caballería: el Regimiento de Granaderos. La propuesta fue aceptada por el Triunvirato, necesitado de cuerpos militares eficientes para pelear contra todos los ejércitos que querían dominar a la sediciosa Buenos Aires.

Más interesante todavía para Martín y, por lo tanto para ella, fue que San Martín se había puesto en contacto con aquellos grupos más fieles a las ideas independentistas, opuestas a las del Triunvirato. Junto con Carlos Alvear fundaron una logia, la Logia de los Caballeros Racionales, a la que todos conocían como Logia Lautaro.

Martín era miembro de la Logia, por supuesto. Mariquita no hubiera esperado otra cosa.

En junio de 1812, Martín fue nombrado Comandante de Marina para felicidad de la familia Thompson que ya tenía razones para ser feliz. Entre tanto movimiento político en Buenos Aires, Martín y Mariquita no había perdido el tiempo: una nueva hija, Magdalena —orgullo de su abuela y morena como ella— había nacido el 26 de mayo de 1811, justo a un año de la revolución. Y entre los calores de febrero de 1812, Mariquita había descubierto que estaba embarazada otra vez y como con sus hijos anteriores, ya sabía que tendría otra niñita, se llamaría Florencia.

Mariquita agradecía, en parte, la distancia que imponían los cambios políticos. No tenía paciencia para tantas enemistades y falta de unión entre los propios porteños. Los niños la mantenían alejada de los ires y venires de los grupos militares; las peleas entre los que habían sido vecinos, o incluso familiares; los susurros; los enfrentamientos a plena luz del día; las alianzas que duraban un suspiro; las traiciones menos pensadas.

Su anhelo de libertad, sin embargo, seguía intacto. Su genio derrochador había recibido con alegría la apertura del puerto de Buenos Aires. Cada nuevo barco mercante que aparecía en el horizonte la hacía saltar de alegría como si estuviese viendo a sus hijitos caminar por primera vez. Los ingleses, sobre todo, viajaban con gusto al Río de la Plata.

Lo primero que fue reemplazado fue el espejo chiquito de marco oscuro y grueso. En su habitación lucía, en cambio, una bella toaleta, con un espejo enorme y varios cajones chiquitos, que guardaban cantidades —innecesarias para cualquier otra que no fuera Mariquita— de cepillos, peines y peinetas. Amaba el espejo por sobre todo. Reflejaba su felicidad de madre fértil que daba niños y niñas a la patria. Un espejo revolucionario, como ella misma.

La manteca era otra cosa que la hacía feliz. ¿Quién hubiese dicho que la manteca tendría gusto a libertad? ¿Quién hubiese dicho que los porteños comían una grasa asquerosa que nada tenía que ver en textura y saber con lo que los ingleses llamaban *butter*? La técnica para hacer manteca, que llegó después de la revolución, fue —quizá— la mejor novedad que trajeron los ingleses. El pan tostado ya no volvería a ser el mismo después de la revolución.

Y los muebles. Ah, los muebles despertaban en la señora Thompson a la verdadera hija de doña Magdalena Trillo. Ni siquiera su madre podía negarse a tan hermosos muebles que llegaban desde Europa. Sillas tapizadas con telas de estampados delicados; espejos enormes que reflejaban los nuevos aires; roperos especialmente diseñados para colgar vestidos y desterrar por fin esos odiosos baúles; mesas y mesitas de laca lustrada; sillones… sillones que hacían las tertulias más entretenidas, y armarios con puertas de vidrio porque la nueva porcelana —inglesa, claro— tenía que ser exhibida junto con la plata.

Y libros, libros por todas partes, libros en inglés, francés y castellano, libros que

no estaban prohibidos, libros que fray Cayetano empezó a acumular para la primera Biblioteca Pública de la ciudad de Buenos Aires. El día en que su amigo y confesor fue elegido segundo secretario de la Biblioteca fue uno de los días más felices de Mariquita desde mayo de 1810. Quería que toda Buenos Aires reconociera al hombre de inteligencia refinada que era su maestro.

Otro momento de felicidad se lo trajeron los moldes de los vestidos de la corte imperial francesa. Los vestidos hechos con telas livianas, claras, delicadas, y que a Mariquita le hacía tocar el piano de alegría y cantar con sus hijos canciones inventadas en el momento. Los nuevos vestidos eran sinónimo de libertad.

Su madre se persignó al verla en el primer vestido que usó. El vestido se ajustaba en el busto y el escote no era decente, no tenía cintura y en cambio, la tela rosada bordada con diminutas flores blancas descendía hasta el suelo, sin disimular el cuerpo, sino pegándose a él de manera reveladora.

—Ni siquiera se puede saber si tiene corsé o no —murmuró la señora escandalizada.

La alegría por los vestidos livianos y liberadores, muebles, libros, porcelana reluciente, espejos revolucionarios y la manteca… se calmó pronto.

Una indisposición repentina, un vahído un día, un acaloramiento después y los brazos entumecidos que afectaron a doña Magdalena en junio de 1812 le hicieron empezar a tomar decisiones. Llamó a su hija a su habitación y le pidió que llamara a su cura confesor y a un escribano. También le pidió que la ayudara a vestirse con el hábito de la Tercera Orden de la Cofradía la Virgen de la Merced.

Mariquita revoleó los ojos ante lo que le pareció una nueva exageración de su madre. Su opinión era que, su madre, estaba en perfecta salud, pero muy cansada por los acontecimientos de Buenos Aires, como todos.

Pero su madre no había vuelto a estar de acuerdo con ella en nada y en esto también tuvo su opinión contraria. Su organización y previsión la acompañó hasta el fin de sus días y, como sospechaba, murió el 11 de julio de 1812 mientras dormía.

Le llevó un tiempo a Mariquita entender qué había pasado. No la muerte misma de su madre, eso lo entendió bien. Una esclava que la cuidaba por la noche, le avisó a Martín que la señora había lanzado un leve quejido a las seis de la mañana y que había dejado de respirar. Martín fue a la habitación de su suegra, mientras ella se cambiaba, preguntándose si sería cierto o si, de nuevo, su madre fingía que se moría para que ella cambiara de opinión.

Por el modo en que abrió la puerta Martín, se dio cuenta de que esta vez no fingía.

Sus ojos estaban llenos de ternura, enrojecidos por las lágrimas acumuladas. No hizo falta que le dijera que su madre había muerto porque sus ojos azules ya lo decían.

Mariquita se tomó el vientre y tuvo que sentarse un momento. La niña se agitó junto a ella en su interior. Él se arrodilló frente a ella, Mariquita le acarició los cabellos rubios, las cejas, las patillas, los pómulos. Lo quería tanto que ponerle

palabras a ese sentimiento era una falta de respeto. No se podía describir lo que sentía por él, lo mucho que lo amaba, lo mucho que agradecía haber peleado contra el mundo por ese amor.

Contra todo ese mundo que había sido su madre.

Tenía que ir a verla, era lo que debía hacerse. Le tomó la mano a Martín y le dijo:

—Vamos.

Él fue por delante. Los esclavos se habían reunido en torno a la habitación de su madre y rezaban. Algunos lloraban. El padre Ramírez de la iglesia de la Merced, confesor de su madre, ya había llegado, junto con algunas monjitas.

Mariquita entró a la habitación, siempre de la mano de Martín, quien no la soltó nunca mientras estuvo con su madre. Mariquita le besó la frente, le hizo» la señal de la cruz y se secó las lágrimas.

Los Thompson organizaron un funeral de la importancia que requería la muerte de una mujer come doña Magdalena Trillo, viuda de del Arco, viuda de Sánchez de Velazco. La señora había sido respetada y querida por su buena decencia, su piedad, su generosidad con la Iglesia y con los pobres. Todo el que era importante pasó por la enorme casa de h calle Unquera, antes del Empedrado. Incluso los Ortiz de Rozas, hasta ese momento recluidos en el campo, lejos de la revolución, llegaron para el funeral de la señora.

Cuando todo terminó y doña Magdalena fue enterrada en la iglesia de la Merced, Mariquita volvió a su hogar, a la enorme casona, como su verdadera dueña. El naranjo estaba ahí, el cuartito a la calle, los salones usados para celebrar reuniones, la cocina, las dependencias, la caballeriza, todo estaba ahí tal cual lo había dejado.

Podía decirse que nada había cambiado, pero no era cierto. Había terminado el interinato. Era Mariquita quien reinaba en la casa.

Un desasosiego, una tristeza sin nombre la envolvió esos días. No era tristeza por la muerte, la conocía bien, y de vez en cuando lloraba en brazos de Martín por la ausencia de su madre. Era otra sensación, un dolor que no tomaba forma, que no adquiría nombre y le daba vueltas por el cuerpo y hacía que la niña se moviera intranquila también.

Decidida a entenderse, fue a ver a fray Cayetano una tarde fría, pero soleada de agosto. El padre estaba en pleno proceso de acomodar libros en el nuevo edificio de La Biblioteca Pública, a la vuelta de la Iglesia de San Ignacio. La carea era dificultosa. El lugar que le habían cedido estaba en condiciones muy malas y hacía falta todo tipo de muebles y, sobre todo, estantes de madera para los libros.

No había nadie en la entrada del edificio y Mariquita entró sin preguntar. Había dos puertas vidriadas: una daba a una habitación a oscuras y por la otra se veía una mesa enorme, libros por el suelo y sobre la mesa. Acercándose al vidrio pudo ver la sotana franciscana que conocía bien.

—¿Nos dejarán a las mujeres pasar a la biblioteca? —preguntó Mariquita abriendo la puerta muy despacio.

—Espero que sí, no veo por qué no podrían. ¡Adelante, vamos, adelante! Qué alegría verla —dijo fray Cayetano tendiéndole las manos para tomar las suyas y apretarlas.

—Usted sabe bien por qué, padre —le dijo respondiendo a su pregunta con una mirada picara—. Para que no escriban a los hombres.

Fray Cayetano volvió a sus libros.

—Hablemos mientras trabajo. ¿Quién iba a decir que en Buenos Aires había diez ejemplares de *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis? Nadie se porta muy cristianamente en estos días.

—Confiéseme, padre —murmuró Mariquita en medio de la habitación.

—¿Pasó algo? —preguntó fray Cayetano volviéndose de manera brusca.

—Odio a Castelli.

—¿Usted también lo condena? —dijo ansioso y casi al borde del grito fray Cayetano—. Muchos se han olvidado de quién hizo la revolución en esta ciudad. No le perdonan el desastre de Huaqui como si no hubiera habido otras derrotas. ¡Ninguno de nosotros es militar!

—No es por eso —dijo Mariquita acariciándose el vientre.

—¿Cómo está el niño? —le preguntó fray Cayetano distraído por el movimiento.

—Es una niña. Está bien. ¿Vio a doña Agustina en el entierro de mi madre?

—La vi.

—También vinieron Juan Manuel y Gervasio, y las muchachas Andrea y Gregoria. ¡Están todos tan grandes! Siempre pensé que se quedarían niñitos —rio Mariquita—. Y doña Agustina parece que aún no deja de ser fértil. Tero la vida del campo los está poniendo rústicos. Juan Manuel debe andar por los diecinueve años ya. Y yo veinticinco.

—Los Ortiz de Rozas son muy cercanos a su familia.

—Doña Agustina y mi madre eran amigas. Y mi abuelo Trillo fue el ejecutor del testamento de don Clemente López de Osornio, el padre de doña Agustina. Gervasio y Juan Manuel nacieron a la vuelta de mi casa, en la casa que alquilaban mis abuelos, doña Agustina y don León.

—¿Y están a favor de la revolución?

—No creo que doña Agustina lo esté y ella es de opinión fuerte. Ella y mi madre eran amigas, pero mi madre… —Mariquita volvió a acariciarse el vientre, la niña se había movido intranquila— mi madre sentía algo extraño hacia ella. Después de la visita de doña Agustina, me daba sermones.

—¿Sobre qué?

—Sobre el orgullo. Sobre las mujeres demasiado orgullosas y demasiado fértiles.

—Los sermones no hicieron efecto alguno, según veo —dijo fray Cayetano volviendo a sus libros y sus estantes.

—Ah, usted también, Bruto…

Fray Cayetano no pudo ocultar su sonrisa, también de orgullo.

—Hacer pecar a un fraile de orgullo citando a Julio César, ¿no le da vergüenza?

—¿Por eso no se educa a las mujeres? ¿Porque hace a los hombres pecar?

Fray Cayetano se restregó la frente. Ya no era necesario que se afeitara la cabeza. El hombre había, perdido gran parte del cabello con el que lo había conocido en 1801. Lo quería tanto que no podía estar un día sin hablar con él, sin hablar sobre la revolución o sobre libros. Un viento frío entró por una de las ventanas. Mariquita volvió la cabeza hacia donde venía el frío: la ventana tenía el vidrio roto.

—Esos vidrios… —protestó fray Cayetano.

—¿Qué pasa?

—Vidrios rotos, Mariquita. Eso pasa Los vidrios de este lugar no dejan de romperse. El director Chorroarín gastó ciento seis pesos para componer los vidrios, más pintura, más aceite de linaza. Y todo sigue como si nunca lo hubiesen reparado. Se rompen vidrios todos los días.

—Mañana le mando doscientos pesos para que arregle los vidrios.

El fraile la miró serio.

—No debería ser usted la que mande eso. El Triunvirato debería ser. ¡El secretario Rivadavia debería ser! Lo único que quieren es que Buenos Aires gobierne, no les importa nada. No les importa ni la América criolla, ni Tucumán que pelea contra los españoles, ni nada de nada. Solo comerciar y Buenos Aires.

—No tengo problema en darle esa cantidad. Usted lo sabe.

Fray Cayetano suspiró.

—Mariquita, he llegado a un momento en mi vida en que comprendo que ya no entiendo a los hombres.

—¿Usted ha perdido las esperanzas? —preguntó ella horrorizada, caminando hacia él.

—No, claro que no —dijo él poniéndole una mano en el hombro cuando ella llegó hasta su rincón—. Ni siquiera por mí. No pierdo ninguna esperanza porque no soportaría ver esa cara que tiene ahora. Nunca me lo perdonaría.

—Jamás se lo perdonaría.

—Lo sé. Lo sé, hija mía. Pero he visto cosas, he escuchado cosas que me ponen a dudar de los hombres. La muerte de Mariano Moreno me dejó sin palabras. Bien lo sabe, había sido mi amigo. Después, el levantamiento de Álzaga y el fusilamiento. Exhibir los cuerpos de esa manera. Colgados como si fueran reses. ¿Qué somos? ¡No esperaba tanta muerte cuando hablaba de esto!

—Pero sabía de las muertes de la revolución francesa.

—Sí, lo sabía. Debo aceptar que fui un iluso y esperaba otra cosa de los hermanos americanos. Hermanos americanos que ni siquiera se dignan a declarar la independencia. ¡Trescientos años de esclavitud española y no declaran la independencia! —gritó mirando al vidrio roto—. Y, claro, ahora juzgan a Castelli como si fuera un criminal.

—No me lo nombre —dijo Mariquita dándole la espalda.

—Usted tampoco lo quiere. Todos se olvidaron que él iba a ver al virrey para decirle que renuncie cuando nadie se atrevía. A ver dígame por qué no lo quiere.

—Por lo de su hija.

—Ah… Debí habérmelo imaginado. Pero ya se resolvió, ¿por qué…?

—Angelita Castelli tenía derecho a casarse con el hombre que amaba —dijo Mariquita impaciente.

—La familia del novio era el problema.

—¿Y eso qué importaba? Es inaudito, la revolución no nos trajo derechos a las mujeres.

—Importa, porque bien sabe usted que el muchacho es sobrino de Saavedra. Y Saavedra y Castelli… para qué repetir el cuento, ya todos lo saben.

—Pensé que usted, de todos, estaría de acuerdo conmigo.

—Es probable que ese Igarzábal haya seducido a la niña en ausencia del padre.

—No es una niña, tenía diecisiete años. Yo era una niña.

—Pero vuestra causa era justa. Martín y usted se amaban, yo podía verlo y los habría defendido siempre. Aquí no estoy tan seguro. Pero ¿por qué sigue insistiendo? Angelita y su novio ya se casaron, no entiendo por qué está tan furiosa con él. ¿No puede terminar con esto?

—¡No!

—Debo haberme olvidado lo empecinada que era.

—Todavía estoy furiosa con él —dijo refregándose los ojos que le ardían—. ¿Para eso hicimos esta revolución? ¿Para que las mujeres estemos exactamente en el mismo lugar? Revolución incompleta, entonces. Merecemos más, merecemos ser educadas, nuestras hijas merecen ser educadas. Merecemos que nos dejen hacer algo mientras los hombres se pelean entre sí. Odio a Castelli.

—Angelita y su esposo ya viven felices. ¿Por qué no lo entiende?

—Porque no quiero —dijo Mariquita enceguecida—. Hablan de derechos imprescriptibles para todos los hombres. Derechos universales del hombre. ¿Y qué somos nosotras? ¿No hay derechos? ¿No hay derechos universales de la mujer? La causa de la humanidad también es nuestra. ¡Nosotras también somos patriotas!

—¿Por qué se pone así? No puedo verla en este estado. Siéntese.

—¡No quiero!

La puerta se abrió de pronto haciendo mucho ruido. Un hombre, un muchacho, se quedó sin entrar a la habitación donde estaban fray Cayetano y Mariquita. Mariquita lo reconoció enseguida pero no dijo nada. Aún no los habían presentado formalmente, pero Martín se lo había señalado en la calle.

—Ah, don Bernardo —dijo fray Cayetano confundido—. Pase, hombre, pase. A ver si me ayuda a tranquilizar a mi amiga.

—Buenos días, padre. Buenos días, señora.

—¡Ah! —dijo el padre Rodríguez—. ¿No sabe quién es la dama? ¿Es eso posible?

—Aún no he sido presentado ante tan bella señora.

Mariquita frunció el ceño y miró de reojo al muchacho. No era bonita y si bien el embarazo le ponía la cara rosadita, no hacía milagros. No se iba a impresionar con la galantería de un muchacho que se había hecho fama de seductor.

—¿Su nombre, caballero? —preguntó Mariquita.

—El doctor don Bernardo de Monteagudo —lo presentó fray Cayetano—. La señora es María Sánchez de Velazco y Trillo, esposa del capitán Thompson a quien usted bien conoce. Una de nuestras damas más finas y educadas, le puedo asegurar.

—Si tiene tanta educación como belleza, entonces creo que me encuentro ante una verdadera reina.

Mariquita suspiró ruidosamente y movió la cabeza con desdén. Su madre se habría avergonzado de ella por tanto ruido, pero no soportaba las maneras de Monteagudo. Si así se había hecho fama de conquistador, entonces las damas conquistadas no debían ser muy interesantes.

—¿Monteagudo?

—Dígame, padre.

—Déjeme que lo ayude un poco. Mariquita, ¿le habló Martín de la revuelta de Chuquisaca de 1809? Justo un año antes de nuestra revolución, el mismo 25 de mayo.

—Sí, Padre, Martín y usted me hablaron de ella, varias veces.

—Entonces le agradará saber que don Bernardo a los diecinueve años redactó la proclama de la revuelta. Fue en el norte que se hizo amigo de Castelli y vino con él cuando lo apresaron. Patriota americano, nuestro joven Bernardo. Gran escritor y publicista.

Quizá fray Cayetano tuviera un voto de celibato pero sabía conquistar mucho mejor a Mariquita que Bernardo de Monteagudo. El corazón de Mariquita se aflojó de repente. Jamás la convencería un muchacho galante con torpes frases seductoras, pero un revolucionario… un revolucionario era otra cosa.

No le sonrió, pero no pudo seguir sosteniendo la expresión de desdén.

—¿Y usted piensa lo mismo sobre la hija de Castelli? No lo voy a perdonar por encerrar a su hija en la Casa de Ejercicios Espirituales.

—¿Angelita volvió allí? Si ya está casada…

—Yo estuve ahí, ¿sabe, Monteagudo? —dijo Mariquita sin entender razones—. En la Casa de Ejercicios. ¡Yo estuve presa por amar a mi esposo! ¿Cómo un revolucionario le puede hacer eso a su propia hija? Bien encarcelado está.

—Señora Thompson… —murmuró Monteagudo sin comprender los reclamos de Mariquita—. Padre Rodríguez…

Mariquita y el padre esperaron la frase de Monteagudo. El muchacho parecía perturbado por lo que tenía que decir.

—Don Juan José Castelli se está muriendo, padre Cayetano. Un cáncer en la lengua. No sé si se lo dijeron, pero vine a pedirle que me ayude a interceder por él. No puede seguir preso en el Cabildo, no creo que llegue al juicio.

Fray Cayetano se persignó. Mariquita cerró los ojos y tuvo que sentarse.

—No lo sabía —respondió ella en un murmullo.

—Iré esta tarde al Cabildo —dijo fray Cayetano con vehemencia—. No se preocupe.

—Gracias, padre. No me falta más que preguntarle si tiene los libros que le pedí.

—Sí, aquí los tiene —el fraile señaló tres libros sobre la mesa—. Solo una semana, un día más y lo excomulgo. Mariquita, la pongo a usted de testigo.

—Como prefiera, padre —murmuró ella que empezaba a sentirse débil.

—Mariquita, hágame un favor —le pidió el padre Rodríguez sin darse cuenta de su malestar—. Invite a este muchacho a su casa. Enséñele algunas maneras, preséntele alguna muchachita a ver si sienta cabeza. ¿Sabía, Monteagudo, que la señora Thompson, doña Casilda de Rodríguez Peña y otras señoras hicieron las cintas celestes y blancas para los ojales del Ejército del Norte?

—Lo sabía, padre.

—Claro. Y también sabe que la señora, junto con otras, donó fusiles para el ejército de don Manuel Belgrano. Salió en *La Gazeta* una nota, quizá la leyó. La autora no firmaba. Solo los nombres de las donantes.

A muchos hombres les molesta que las señoras piensen en armas.

—¿Usted fue la de la nota? —preguntó Monteagudo sorprendido.

—¿Piensa que no sé escribir algo así? —preguntó ella ofendida pero débil como para pelear.

—Pienso que hace falta mucha educación para escribir algo así. Y amor por la libertad.

—Entonces sí, fui yo.

—Tengo… —Monteagudo dudó un instante, visiblemente tímido—. Tengo un periódico, ¿lo sabe?

—*Mártir o Libre*. Estamos suscriptos, sí.

—Claro, el capitán Thompson está suscripto —respondió nervioso Monteagudo —. La verdad es que esperaba frecuentar a alguna de esas mujeres, pero temía ofender a alguna. Ustedes pidieron que se escribieran sus nombres en los fusiles. Pero los nombres no nos permiten conocer del todo a las personas. Me alegra estar frente a una patriota.

—A mí me alegra conocer a otro revolucionario —dijo ella con sinceridad y tendiéndole la mano desde su asiento, mano que él tomó con fuerza—. Venga a mi casa cuando quiera, Monteagudo. Este mes no. Estamos de luto y no recibimos. Pero no necesita recibir mi invitación para hacer una visita de amigos. Venga cuando quiera así me cuenta de su revolución de Chuquisaca. Martín también debe querer verlo.

—Como usted ordene, doña Mariquita.

Monteagudo dijo algunas palabras más a modo de agradecimientos y saludos y se fue.

Fray Cayetano se sentó junto a Mariquita.

—¿Está bien? —le preguntó mientras le ponía una mano en el brazo.

—Estoy bien. Son muchas emociones juntas. Muchas muertes…

—Castelli aún no ha muerto.

—No… Pero mi madre, sí. La extraño, ¿sabe?

—Por supuesto que lo sé.

—No me había dado cuenta. No hasta ahora. Extraño desafiarla. Molestarla para que se persigne todo el tiempo. ¿Por qué uno hace esas tonterías, padre?

—Porque uno es tonto.

Ella se rio y se secó las lágrimas al mismo tiempo.

—Ella supo que iba a morirse. ¿Uno sabe eso? ¿Sabe que va a morirse en un momento determinado?

—Algunas personas lo presienten, así me lo han dicho. Pero no todos. La muerte es algo que Dios dispone. Saberlo o no, no cambia nada.

—¿La de don Santiago de Liniers también?

—Quiero creer que esa muerte fue parte de una causa justa.

Mariquita le acarició las manos arrugadas y manchadas por el paso del tiempo.

—Yo creo en sus palabras, padre Cayetano.

—Y me honra.

—Mi madre nunca entendió nada de esto. Nunca le gustó. No entendía por qué me interesaba tanto ni por qué quería que Martín estuviera participando. Cuando Martín recibió su baja de la Marina española se asustó mucho. Estaba segura de que iban a fusilarlo. Para ella España no estaba lejos, ¿sabe? Para ella Buenos Aires era España y nunca entendió la necesidad de independencia.

—No piense que está sola. Muchos jóvenes también se pelearon con sus padres y ahora son parte del ejército que pelea con Belgrano contra los realistas.

—Como mi fusil.

Fray Cayetano rio.

—Debí haberme imaginado que la muchachita de catorce años sería una mujer de armas tomar.

—Lo haría si pudiera. Nos ponen a hacer trabajos mujeriles, coser, ¡hacer cintitas, padre! Yo no quiero hacer escarapelas. Yo quisiera ir con ellos y ver de qué se trata. Pelear con ellos, luchar por la patria, defender la tierra americana.

—Martín jamás la dejaría.

—No, ya lo sé. Y no podría dejar a mis bebés. Nunca podría. Juan está enorme. Ayer apenas era un niñito rubio sin dientes y hoy hay que perseguirlo por la casa porque quiere treparse al naranjo. Me pregunta por la abuela…

Mariquita no pudo más y se abrazó al padre Rodríguez. Ella extrañaba tanto a su madre. Creía que la escuchaba a veces, en las habitaciones que ocupaba, ahora cerradas y vestidas de negro; se la imaginaba haciéndose la señal de la cruz cuando Clementina gritaba divertida «¡Viva la Revolución!» en brazos de su padre. Pero su

madre no había entendido por qué, tanto ella como Martín, querían ser parte de los sucesos que llenaban de griterío a la ciudad, peleas familiares, traiciones y muertes. Por eso lloraba desconsolada en brazos de fray Cayetano, susurrando:

—Ay, padre, si ella hubiera entendido…

El maestro Parera no tiene piano

En el salón de música de los Thompson,
primeros días de mayo de 1813.

El espejo de la toaleta le devolvía su imagen orgullosa, la imagen exacta de lo que había querido ser. Ni un bucle fuera de lugar, ni una puntilla de más en su cuello, ni un brillo excesivo en sus ojos oscuros. Ni la unidad ni la comunión de ideas caracterizaba a los porteños. Pero todos coincidían en que ella era el tesoro de Buenos Aires, la dama de la revolución.

Los Thompson, como fray Cayetano, siempre estaban del lado de la independencia. Las ideas los habían llevado hacia el grupo que formaban los recién llegados San Martín, Alvear y Monteagudo. Bernardo de Monteagudo, solo tres años más joven que Mariquita, se había vuelto su amigo y la visitaba cuando los padres de alguna de sus festejadas le cerraban la puerta al enterarse de su fama de conquistador.

¿Qué rumbo debía seguir la revolución? ¿Debía detenerse? ¿Qué camino debía tomarse? ¿Quién decidiría ese camino? ¿Quién tenía la capacidad de imponer una idea sobre otra?

Los comerciantes españoles continuaban viviendo en Buenos Aires y veían sus intereses afectados. Los hacendados y propietarios de tierras se quejaban de que sus peones se iban a los ejércitos que peleaban en el norte. Los que estaban a favor de la independencia y del librecambio veían que ninguna de sus ideas se llevaban a cabo. El gobierno de Buenos Aires, fuera Junta o Triunvirato, seguía siendo sedicioso hasta que no se declarara formalmente la independencia. Los días pasaban y las decisiones no se tomaban.

—No es justo —le decía Monteagudo en el cuartito a la calle—. Así nunca podré casarme con una niña porteña.

Como le había dicho Mariquita a fray Cayetano, la revolución no había afectado a las mujeres. Y por más que dijeran cuánto querían a sus esposas y lo orgullosos que estaban de ellas, ella sabía bien que San Martín no quería a la niña de catorce años con la que se había casado. María de los Remedios Escalada sufrió el destino que Mariquita se había negado a recibir: un hombre veinte años mayor que ella, a quien no conocía, a quien no quería, pero a quien sus padres habían elegido, se casaba con una niña inocente. El comerciante ya no era un monopolista, como había sido don Cecilio Sánchez, sino un librecambista: don Antonio Escalada siempre había estado a favor de la independencia. Pero sus costumbres seguían siendo coloniales. Era lo preciso. Era lo que había que hacer. En nombre de la revolución se continuaba con las antiguas costumbres.

El espejo le devolvía la tristeza de saber que la revolución no iba a llegar tan lejos

como ella quería.

La alianza entre San Martín y los partidarios de la independencia fue positiva y pronto se vieron los resultados. Cuando llegó a Buenos Aires la noticia del triunfo, en Tucumán, del Ejército del Norte al mando del general Manuel Belgrano, los partidarios de la independencia supieron que era el momento. El 8 de octubre de 1812, día en que una asamblea elegiría nuevos triunviros, San Martín y otros jefes militares reunieron sus tropas y ocuparon la plaza frente al Cabildo. Exigieron que ninguno de los elegidos fuese hombre de confianza de quien dirigía, detrás de escena, al Triunvirato: don Bernardino Rivadavia. La presión surtió efecto y dos de los tres elegidos fueron miembros de la Logia Lautaro. Rivadavia, por el momento, había sido derrotado, encarcelado y luego alejado de la ciudad, al igual que Juan Martín de Pueyrredón y otros de sus allegados.

Este nuevo Triunvirato respondía a las órdenes de la Logia Lautaro y, claro, a las ideas de Martín y fray Cayetano. Finalmente se convocó a una Asamblea Constituyente con la orden de dictar una Constitución que organizara el nuevo país.

Mariquita sintió una felicidad similar a la que había sentido el 25 de mayo. No era una felicidad que le estuviera permitida a las mujeres. Ni la Logia ni la Asamblea tenían interés en darle más participación a ese sector de la revolución que no podía pronunciar palabra.

Vivía, sí, la felicidad de Martín. Era la felicidad de ser parte de algo más grande que ellos mismos, algo que incluía a otros y los transformaba en uno solo. La nación, lo llamaba la Asamblea; la patria, la llamaban otros; el pueblo, lo llamaba fray Cayetano. Ella lo llamaba con ese nombre que había leído por primera vez en las páginas del *Telégrafo Mercantil*: los argentinos.

La única felicidad que no era prestada la encontraba en las tertulias. Le encantaba organizarías, asombrar a todos con sus ocurrencias, maravillarlos con las comidas y la buena música. Pero no le alcanzaba. No alcanzaba porque ella no podía tomar decisiones, no podía elegir. Todo seguía igual. Por el momento, se tenía que conformar con tertulias y escarapelas.

Las hizo sin quejarse, reunidas con otras mujeres patriotas, entre ellas su querida Justa y su amiga, Casilda de Rodríguez Peña. Pero ¿cómo coser cuando se celebraban las reuniones de la Asamblea y ella moría por saber de qué se hablaba allí? ¿Cómo bordar cuando de repente se escuchaban tumultos en la plaza o sonaban las campanas de las iglesias a horas extrañas? ¿Cómo dibujar escenas bucólicas cuando contaba los minutos que faltaban para la llegada de fray Cayetano a su visita semanal? El franciscano había sido elegido taquígrafo de la Asamblea. ¡Él lo sabía todo, absolutamente todo y ella era su amiga! A cambio, lo tenían prisionero durante toda la semana. Se retorcía por saber qué tenía para contar.

Lo único que la distraía y le gustaba era la música. Sobre todo el arpa que ejecutaba a solas cuando los niños dormían la siesta, Martín no estaba y las visitas llegaban después del atardecer, para quedarse a cenar y hablar hasta la madrugada. Le

gustaba sentir las cuerdas tensas entre los dedos y que de esa tensión saliera algo distinto, armonioso. El maestro Parera le enseñaba en esos momentos de tranquilidad, cuando no estaba ocupado en la Catedral o en la iglesia San Nicolás de Barí.

La fortuna, o más bien la escasez de ella, le sonrió en mayo de 1813. El maestro Parera no tenía piano propio. Podía ejecutar los instrumentos de la catedral o de las casas en las que enseñaba sin ningún problema, a todos los había afinado él.

Y como era el mejor músico de la ciudad, la Asamblea lo contrató para que compusiera la música para una poesía que don Vicente López había compuesto en conmemoración del glorioso 25 de mayo de 1810. La Asamblea quería usar la canción en actos públicos, enseñársela al ejército e incluso imponerla en las tertulias.

Al principio, Mariquita se sintió mal y hasta ofendida por fray Cayetano.

El padre Rodríguez había compuesto un himno el año anterior, del que estaba muy orgulloso, al que también el maestro Parera le había puesto música por pedido del Triunvirato. Pero la Asamblea había considerado que se necesitaba un himno más enérgico, que inflamara al pueblo, y la poesía de López y Planes había sido la elegida. El 11 de mayo, la Asamblea le pidió a Parera que compusiera la música para la Marcha Patriótica.

Ese mismo 11 de mayo, ya por la noche, aparecieron fray Cayetano y Parera en la casa de Mariquita, quien tenía al matrimonio Alvear, al Rodríguez Peña y a Monteagudo como invitados.

—¿Padre Cayetano? —inquirió Mariquita desde su lugar en la mesa—. ¿Maestro Parera?

—Necesitamos hablar con usted. De inmediato.

—¿Por qué no se sientan los dos y comen algo? Seguramente…

—Mariquita —dijo fray Cayetano con una voz solemne que jamás le había escuchado—. Es de importancia esencial para la soberanía del pueblo que usted hable con nosotros en privado.

La frase resultaba pomposa pero hizo su efecto. El corazoncito de Mariquita latió como un cañón. ¿Qué clase de patriota era si se negaba a acceder a semejante pedido? Ten que pudieran escucharle los latidos, aunque bien sabía que Martín se los imaginaba.

Se puso de pie y les dijo a sus invitados:

—Por favor, sigan sin mí.

—¿La acompaño, Mariquita? —preguntó Monteagudo.

—¡No! —gritó ella un poco exaltada—. No, Bernardo, no hace falta. Disculpen. Seguramente es algo importante.

Llevó a Parera y al padre Rodríguez al cuartito a la calle.

—¿Padre, qué pasa, por qué tanto misterio? —le pregunto ansiosa.

—El maestro Parera tiene un problema.

—Dígame, Parera. ¿Qué pasa?

—Como usted sabe la Asamblea me encargó *hoy mismo* la música de la Marcha

Patriótica.

—Sí, estuvimos hablando de eso. Carmen…

Mariquita no siguió. Fray Cayetano la miraba con los ojos muy abiertos y las cejas alzadas.

—Deje hablar al maestro.

—Dígame.

—En realidad, dígame usted, padre, por qué me trajo.

—Pero, por supuesto. El maestro, como usted bien sabe, Mariquita, no tiene piano. Y lo encontré en el Café de Marcos.

—¿Usted en el Café? Mi madre se persignaría en este momento…

—Quise entrar a ver de qué se trataba.

Mariquita hizo silencio por un instante, mientras le hacía miles de preguntas con los ojos. Después de morderse los labios dijo:

—Bueno, siga.

—Como sabía que el maestro no tiene piano de su propiedad para componer la noble tarea que hoy le encomendaron le pregunté dónde iba a componerla. ¿Comprende?

—Creo…

—El maestro respondió que le preguntaría a la señora Carmen de Alvear… —le explicó el padre Rodríguez.

—¡No! —dijo Mariquita, pero enseguida se corrigió—. No, es decir, ¿por qué a ella, Parera? ¿Por qué no aquí?

—Pensé que con los niños tan pequeños…

—No, no, no… no.

—¿No? —repitió Parera que daba señales de sentirse incómodo entre fray Cayetano y Mariquita.

—No. No hay problema. Es más, no voy a perdonarle nunca si lo hace en otro lugar.

—Claro —afirmó fray Cayetano—. Eso fue lo que dije. Mi Himno Patriótico fue leído aquí por primera vez. Usted debe hacer la música para la Marcha aquí también. Es una tradición.

—Exactamente —dijo Mariquita.

—Bueno, si es así…

—Es así. Mañana mismo se viene con todo lo que necesita. Mejor todavía, me envía una nota con lo que necesita y yo lo compro, lo hago traer de Europa. ¿Necesita a Napoleón? También lo puedo traer si usted lo necesita.

Parera era talentoso pero no tenía el genio burlón de Mariquita o de fray Cayetano, ni tampoco el interés en la revolución que tenían ellos. Al contrario, la revolución no trataba muy bien a los españoles.

—No hace falta Napoleón —dijo muy serio.

—Entonces no lo traemos, no se preocupe —dijo Mariquita rápida—. ¿Empieza

mañana?

—Mañana vendré, señora Thompson. Buenas noches.

El músico se fue tan serio como había llegado. El padre Rodríguez lo acompañó y Mariquita pudo volver a sus invitados. Le preguntaron qué había pasado y ella les dijo algo sobre un acto en recuerdo de la revolución que organizaba el maestro Parera y que el padre Rodríguez dejaba sus saludos.

Los invitados agradecieron y devolvieron el saludo que había dejado el padre Rodríguez y hablaron con alegría del acto público que celebraría la revolución. Solo Monteagudo la miró curioso un par de veces mientras ella hablaba, pero Mariquita no expresó nada. Al único que le sonrió fue a Martín, quien imaginaba que algo estaba tramando.

Se sentía un poco, poquito, culpable hacia Carmen pero no iba a permitir que el maestro Parera compusiese la música en otro lugar que no fuera su propia casa. Menos en la de alguien que no había estado directamente en la revolución.

[A] Y después de todo, ¿no era el músico su protegido? ¿No lo favorecía recomendándolo a todos sus amigos? ¿No le había prestado el arpa en el concierto que habían hecho para celebrar el triunfo de San Martín, en San Lorenzo, en casa de los Alvear? Sí, todo eso había hecho por el maestro Parera y era correcto» que esa misión se llevara a cabo en su hogar. Muy, muy correcto, pero esa noche no pudo volver a mirar de frente a Carmen.

Parera llegó temprano al día siguiente y los demás días también. Prefería componer a la mañana, según le dijo, y sin criados caminando por alrededor. Niños tampoco. Y si le servía agua en un cuenco de barro sería muy agradable por parte de Mariquita.

Ella cumplió los deseos del músico tal cual iban saliendo de su boca. No eran tan complicados. Quizá el menos fácil era mantener a los niños alejados de su mamita, porque Mariquita permanecía todo el tiempo al lado de Parera. Pero Mariquita se acostumbró a salir de la sala de música, el nuevo nombre del gran salón de la casa de la calle Unquera, para ver a los niños y que no la extrañaran.

El que fue más difícil de mantener alejado fue Monteagudo. Bernardo y Mariquita se habían hecho amigos porque los dos eran simpáticos y bromistas. La cercanía de edad también los ayudaba mucho. Que fuera tres años menor lo hacía su cómplice en algunas burlas a señoras muy serias o niñas demasiado coquetas.

Monteagudo tenía muy bien merecida su fama de conquistador. En un comienzo, confundió su simpatía con permiso para seducirla. Ella lo detuvo al primer indicio de seducción haciéndole comprender que no había lugar para otro en su corazón que no fuera Martín. Le explicó que la simpatía que existía entre ellos podía continuar, incluso podían ser amigos, pero que si él intentaba decirle lo mucho que pensaba en ella una vez más, entonces él no podría volver a la casa de los Thompson. Después de calmar su vergüenza, Monteagudo pidió disculpas y le dijo que no volvería a verla. Ella lo retuvo diciéndole que no era necesario, que solo tenía que dejar de hacer

tonterías y q u e podían ser amigos. Él aceptó. Tardo un poco en volver, pero le gustaba la compañía de Thompson y la de Mariquita y luego de ese traspié pudieron continuar la amistad.

La visita de Parera había intrigado a Monteagudo. No visitó la casa ni al día siguiente, ni al día que le siguió a ese, ni al tercer día. Esperó con paciencia mientras publicaba su semanario *Mártir o Libre* y no le había hecho ninguna pregunta sobre el tema. Al sexto día, como si tuviese una premonición, Monteagudo apareció el día en el que Parera estaba por terminar la composición.

Mariquita, celosa de la tranquilidad de Parera, saltó de la silla en cuanto le anunciaron su visita. Lo retuvo en el pasillo de entrada de la casa, sin dejarlo llegar siquiera al patio del naranjo, alzando los brazos para detenerlo.

—¡Bernardo!

—Buen día, Mariquita —le dijo él sonriendo.

—¿Qué hace por acá, Bernardo?

—Estaba buscando a fray Cayetano. Pensé que podía estar aquí.

—¿Aquí? Imposible verlo en estos días. La Asamblea lo tiene apresado, ya ni viene a verme. Las monjitas de la Casa de Ejercicios están por hacer una revolución, ¿debo decir más?

—Me imagino. De vez en cuando escucho los gritos de «¡Revolución! ¡Revolución! ¡Padre Cayetano o revolución!». Lindo nombre para un semanario…

—¿Usted anda cerca de la Casa de Ejercicios?

—Donde haya aires de revolución.

—Sí. Sí. Me imagino. Bueno, ya sabe, el padre no está.

Monteagudo se quedó en silencio frente a ella. Mariquita también, esperando lo próximo que diría.

—¿Martín? —preguntó él.

—En el puerto, como siempre.

—Ah.

Mariquita lo miraba fijo y con una sonrisa que apenas podía disimular. Monteagudo miró por encima de su hombro y ella se hizo la distraída. Clementina y Juan pasaron por detrás de Mariquita corriendo y a los gritos:

—¡Fuera ingleses de Buenos Aires! ¡Viva la revolución!

Monteagudo los señaló.

—Los niños. Quiero saludar a los niños, yo también quiero expulsar ingleses. ¿La pequeña Florencia está bien?

—Hermosísima y durmiendo feliz con su hermanita Magdalena.

—Me alegro mucho. Qué bendición los niños. Voy a tener que casarme como hizo San Martín. La familia sienta bien a los hombres.

—Y a nadie más que a usted le convendría sentar cabeza.

——Es complicado. No me decido, hay tanto para elegir.

Mariquita sonrió.

—Cuando uno se enamora de verdad no hay mucho para elegir —le dijo—. Parece que todavía no le pasó.

—Parece que no. O por ahí sí y ya no puedo elegir nada más. ¿No me va a invitar a entrar, Mariquita? Qué descortés. Espero que no se corra el rumor de que la señora Thompson no dejó que Monteagudo entrara a su hogar. Menos todavía que no lo alimentó, justo cuando el sol está en su cénit.

Bernardo terminó sus palabras con un dramático gesto hacia el cielo. Mariquita cruzó los brazos.

—Ya tengo invitados.

—¿Sí? ¿Quién?

—Usted ya sabe quién.

—No, no. ¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo sabría?

—Porque la Asamblea le encargó la Marcha.

—Por supuesto, pero ¿por qué estaría aquí?

—Porque hace tres meses los Thompson tenemos un piano recién llegado de Francia en nuestro nuevo salón de música. Y el maestro Parera no tiene piano.

—Ah, entonces el maestro Parera está. ¿Puedo verlo?

Mariquita volvió a alzar los brazos para detenerlo.

—No.

—¡Por favor!

—Estamos… está trabajando. Está muy ocupado.

—¿Usted qué hace? —preguntó intrigado Monteagudo.

—Lo acompaño… me ocupo de que esté todo bien…

—¿Y fray Cayetano viene?

—Hace tiempo que no viene, desde que es taquígrafo de la Asamblea está ocupado… las monjitas… ya sabe…

—Sí, ya hablamos de las monjitas. Mariquita, déjeme ver a Parera.

—No.

—Mariquita… —suplicó Monteagudo con sus enormes ojos negros.

—Parera es mío —dijo ella. Tuvo que cerrar bien la boca porque temió que se le notaran los colmillos largos. No quería compartir al maestro Parera con nadie.

—Nadie se lo va a sacar.

—La partitura todavía no la terminamos. No está lista.

—¿Escribe música usted?

—Lo ayudo a copiar. Paso en limpio las notas.

—Déjeme pasar…

—Imposible molestar al maestro en este momento.

Por el patio Clementina pasó corriendo y a los gritos. Lloraba como si se hubiese lastimado muy seriamente. Mariquita se dio vuelta y vio a Juan corriendo detrás de su hermana con dos espadas de madera al grito de:

—¡Viva la patria! ¡Mueran los ingleses!

Como todo Thompson, Juan era revolucionario.

Mariquita se olvidó de Monteagudo y salió corriendo detrás de Juan y Clementina, para ver si ambos estaban bien o si se habían lastimado. Los corrió hasta la habitación que ocupaban en el segundo patio, donde ya los esperaba la criada Mamá Luisa, una de las esclavas que habían liberado y vuelto a contratar después de la libertad de vientres declarada por la Asamblea.

Al ver a la madre, Clementina y Juan se quedaron quietitos en la puerta a la espera del reto.

Mariquita los abrazó con ansiedad mientras les revisaba la mano y la cabeza en busca de heridas.

—¿Están bien? —Les preguntaba mientras los movía de un lado para otro—. ¿Cómo me van a dar este susto?

—Perdón, mamita —dijo Juan avergonzado.

—¿Está bien, Clementina? ¿Le duele algo?

—No me duele nada.

—¿Por qué lloraba?

—Juan me dijo que era una inglesa y que tenía que cortarme la cabeza.

—¡Juan! ¡Asustaste a tu hermana!

—Perdón, mamita —volvió a repetir Juan esta vez al borde del llanto.

—Está bien, está bien —dijo Mariquita abrazando la adorada cabecita rubia de cachetes rojos y salados por las lágrimas—. No asuste a su hermana, Juan. ¿Me escuchó?

—La escuché, mamita.

—No lloren más. Vayan los dos con Mamá Luisa que después voy a darles un beso.

Los dos se tomaron las manos, mientras se limpiaban las lágrimas con la otra. Mariquita sintió que una parte del corazón se iba con ellos. ¿Cómo hacía Martín para estar lejos de sus hijos todo el día? Ella apenas podía soportar la idea de estar pendiente de Parera y dejar de saber si sus hijos estaban bien o se habían lastimado o si la fiebre había vuelto a subir.

Se miró al espejo de su habitación. El reflejo la miraba, estudiándola. Tenía veintiséis años, un marido, cuatro hijos, al maestro Parera en su sala de música y a Monteagudo molestándolo; una casa enorme, amigos y vecinos que la visitaban siempre. Se acomodó el pelo que Juan le había desacomodado en el abrazo e intentó borrar unas lágrimas que había en la tela del vestido, pero no pudo. Igual se secarían. Puso cara de enojada al entrar a la sala de música.

—¡Ah, Mariquita! —la saludó Monteagudo muy tranquilo, sentado junto a Parera, sin hacerle caso a su cara de enojo.

—No moleste al maestro.

—¿Lo molesto, maestro?

—Ya terminé —dijo Parera juntando las partituras y poniéndose de pie.

Mariquita y Monteagudo se quedaron quietos y sin respirar.

—¿Ya terminó? —preguntó ella.

—Pero no escuché casi nada… —protestó Monteagudo.

—Ya está. Mi esposa copiará lo que resta de la partitura. Ella me entiende mejor las notas.

—Ah —dijo desilusionada Mariquita—. Bueno…

Se dio cuenta de que Bernardo la miraba mientras ella acomodaba los papeles de Parera. El músico estaba muy serio y solo prestaba atención al orden que le estaba dando a las partituras. Mariquita hacía que acomodaba pero en realidad no quería que se terminase del todo a pesar de que extrañaba a sus hijos mientras estaba con él.

Monteagudo se levantó del taburete, ofreciéndoselo.

—Cante, Mariquita.

—¿Qué?

—Cante la Marcha. Maestro, por favor acompáñela.

Parera no dijo nada.

—No —dijo Mariquita terminante.

—Por favor —insistió Monteagudo.

—No.

—¿Cómo es que tan buena anfitriona no accede a nuestros deseos? Cante por favor…

—De cumplir con vuestros deseos dejaría de ser buena anfitriona —intentó explicarle ella—. No canto bien…

—¡No puede ser! Maestro Parera, dígame, ¿canta mal la señora Thompson?

Parera no le respondió, solo lo miró con cara de estar esperando que dejaran de hablar para poder irse.

Monteagudo revoleó los ojos.

—¿Maestro Parera? ¿Canta usted la primera estrofa?

El músico se negó, también, de modo terminante.

—La Asamblea me la encomendó para su estreno el 28, para las fiestas públicas. Debo irme lo más pronto posible para preparar al coro de niños.

—¡Maestro!

—No quiero problemas —dijo Parera muy serio.

—El maestro podría verse en problemas, Bernardo —susurró Mariquita.

Los problemas que podía tener Blas Parera siendo español podían llegar a ser serios si desacataba la orden de la Asamblea. Monteagudo comprendió y no dijo nada más. Miró su reloj de bolsillo. Suspiró.

—Tengo que irme o el periódico no sale en dos días.

—Lo espero ansiosa —le dijo Mariquita señalándole el camino de la puerta.

—En cuanto salga lo traigo —le dijo Monteagudo sonriendo otra vez.

—Cuídese, Mariquita.

—Gracias, maestro Parera, lo poco que escuché me pareció simplemente perfecto.

Espero el estreno con ansiedad.

Mariquita no acompañó a Monteagudo. Se quedó con Parera mientras él ordenaba sus papeles y tinteros.

—¿No prefiere que termine de copiarlo yo?

—Mi esposa me entiende mejor —dijo el hombre con voz cansada.

—Claro que sí —dijo ella comprensiva.

Pero no se resignaba.

—Maestro Parera…

—Dígame, señora Thompson.

—Cante una estrofa para mí… Le prometo que nadie va a saberlo.

Parera no la miró durante un buen rato. Ella sabía que no era el más amable de los hombres ni el más sociable pero también sabía que le tenía aprecio y que el piano nuevo, recién traído de Europa, le había resultado mucho más útil que cualquiera de los otros pianos de Buenos Aires que él bien conocía. Le había pedido, incluso, que lo prestara para la fiesta del día 28, pedido al que Mariquita había respondido que sí de inmediato.

—Prométame que jamás va a decir nada, señora. Acompáñeme con el arpa. Solo el primer coro, el resto no está copiado.

—Como usted diga —murmuró ella sentándose al lado del instrumento que mejor ejecutaba junto con una de las copias que ella había hecho.

El músico se sentó al piano con la letra de Vicente López y la partitura borroneada. Antes de comenzar a tocar, Parera se volvió hacia ella con un dedo alzado:

—Nunca se lo va a decir a nadie.

—A nadie, maestro.

Que nadie diga que tuvimos miedo

En el desordenado cuarto a la calle,
enero de 1816.

¿Cuándo peligra una revolución? ¿En el momento en que los revolucionarios empiezan a dudar? ¿En el momento en que el enemigo se hace más fuerte y los revolucionarios comienzan a perder batallas? ¿En el momento en que los revolucionarios se traicionan a sí mismos? ¿Cuándo las ideas se vuelven débiles? ¿Cuándo pierden fuerza las palabras y se convierten en letras que ya no dicen nada? ¿Cuál es el momento en el que un hombre revolucionario deja de mirar hacia adelante?

—Hace tiempo que no estoy en altamar.

—Debe estar como siempre. ¿O cambia? ¿El mar cambia, Martín?

—El mar cambia, sí. Todos los días, todo el tiempo. Nunca se queda quieto y uno nunca se queda quieto tampoco.

—Es agua, nada más —suspiró Mariquita.

—Es cierto. Pero es agua que puede matar.

—¿Qué pasa, Martín?

—No quiero irme —le respondió él sin poder retener las lágrimas.

Se puso la mano sobre el rostro. Ella corrió hacia él después de tirar al piso la caja de madera en la que guardaba los pañuelos. No había imaginado alguna vez que vería a su marido desesperado, menos aún cuando lo que estaba por hacer era tan importante.

Había estado serio, sí, los días anteriores. Lo notaba distante, sobre todo después de una cena, tres días atrás, en la que la Logia lo había despedido. A ella le hubiera gustado hacer una gran fiesta, despedirlo como el héroe que era, el héroe que ella estaba segura que iba a ser. En cambio, habían ido a la casa de la calle Unquera, solo los hombres, sin sus esposas, a una cena sencilla, sin música ni bailes. Hombres serios, de voz grave, que hablaban más de lo que comían y todos tenían la cabeza inclinada hacia abajo.

No era así como había imaginado esta gran oportunidad de Martín, ni era así como imaginaba que él se sentiría. Ella estaba que volaba del contento. Por fin Martín tenía la oportunidad de demostrar lo mucho que defendía la causa patriota.

Lo abrazó tan fuerte como su pequeño cuerpo se lo permitió. Nada había engordado con los embarazos pero sí se había hecho mucho más fuerte. Sentía los brazos y las manos capaces de sostener cualquier cosa, desde una niñita llorando desesperada hasta su hermoso marido, futuro héroe de la independencia. Le palmeó la espalda con cariño.

—Pero Martín… ¿ahora, justo ahora, lloras? La revolución lo necesita. Si San Martín se fue a Mendoza a luchar contra los españoles, ¿por qué Martín Thompson no se va a ir a Estados Unidos? Estuviste desde el primer momento, ¿por qué no aceptar una misión importante, como esta, en nombre de la independencia?

Martín dejó ver su rostro. El corazón de Mariquita se asustó. Los labios ya no tenían color. Todo su rostro estaba blanco, excepto los dos círculos azules de sus ojos rodeados de rojo.

—Bien sabes por qué.

—Martín…

Ella se sentó en el suelo, sobre la alfombra. Detrás de ella los grabados de veleros y buques, el retrato de Martín, el retrato de su madre, el retrato suyo. Allí había agonizado esperándolo hacía seis años y allí quería despedirlo como el héroe triunfante que imaginaba al regreso. Iba a hacer pintar un retrato enorme de su marido, el coronel Martín Jacobo Thompson, retrato que presidiría el gran salón de baile. Iba a costarle una fortuna solo el hecho de traer un pintor francés —porque no iba a aceptar otra cosa que un pintor francés— pero valdría el esfuerzo.

—Martín… —le dijo cariñosa— yo sé qué pasa. Pero no estoy de acuerdo. Y no me gusta estar en desacuerdo. Quiero que estés contento porque te vas.

—Hace años, cuando fui a España, me fui contento. No me gustaba nada Buenos Aires. Estaba solo. En el viaje pensaba «cómo voy a divertirme, qué bien voy a estar». Quería ser marino, me imaginaba recorriendo el mundo en una goleta de guerra, capturando corsarios.

—¡Y los capturaste! —lo animó ella.

—Sí —sonrió él—. Pero ya no soy un niño y no quiero recorrer el mundo. Aquí en Buenos Aires está lo que quiero, ¿para qué ir más lejos?

Mariquita dejó los labios entreabiertos. Trataba de reprimirlo con los dientes, pero el aire que exhalaba tenía gusto a desilusión. Nunca habría imaginado que él, de todos los hombres, se hacía esa pregunta. ¿Para qué ir más lejos? Era la primera vez que sus mentes no coincidían. No podía concebir que Martín no aceptara que había que ir más lejos, hacia el norte para que la revolución no fracasara, para que algún país independiente reconociera como un igual al que estaban construyendo.

—Pensé que lo que querías era la independencia —murmuró ella.

—Usted es lo que quiero, señora Thompson. Y a mis hijos. A mi niña Albina…

Mariquita le acarició la cabeza muy despacito. Cinco meses atrás se había sumado a la familia una nueva niña, a la que llamaron Albina porque era rubia como el padre. Martín adoraba a todos sus hijos pero Albina se estaba transformando en su favorita.

—Quiero estar cuando empiece a hablar…

—Abrázame, Martín.

Él la acunó entre sus brazos, como si fuera una niña. No había cambiado mucho desde ese verano de 1801 en el que se había enamorado de él. Seguía igual de rubio, no había perdido ningún cabello, no se le había agrisado. Se le habían formado líneas

alrededor de los ojos, pero eso era porque sus ojos azules no resistían la luz del sol y arrugaba los ojos cuando estaba a bordo de un barco.

Seguía tímido, mucho más tímido que ella que disfrutaba de las tertulias en su casa y quería hacerlas todos los días. Los bailes, los conciertos con el maestro Parera en el piano y ella en el arpa, las lecturas de poemas, los relojes con fuentes de agua que traían los viajeros ingleses… no divertían a Martín. Se sentía mejor cuando los invitados eran pocos, la comida con acento porteño y los niños podían correr de aquí para allá sin que estuviera mal visto. De hecho, Mariquita bien podía ver que los momentos más felices de Martín tenían lugar cuando estaban solos con los niños en la quinta de San Isidro, frente al río, con dos o tres criados y, quizá, la visita de fray Cayetano.

—¿Ya no te gusta la revolución?

—Por supuesto que sí.

—Pensé que estarías feliz por la comisión. Yo estoy feliz de llamarte coronel Thompson ahora. Y pienso en lo importante de tu misión y lo mucho que te van a festejar cuando vuelvas. ¿Sabías que ya estoy planeando la fiesta de tu regreso?

—¿Eso estabas anotando en el cuaderno?

—Sí. Quiero pensar en tu regreso triunfal, cuando llegues con el reconocimiento de los Estados Unidos de América. ¿Te nombrarán general? ¿O almirante? Nada le gustaría más a la señora del coronel Thompson que ser la esposa del almirante Thompson.

—Voy a extrañar tu alegría.

—¡No, no vas a extrañarla! ¿Cómo vas a extrañarla si mi alegría es tuya? Mi alegría se va con vos, Martín.

—Yo siento que mi alegría se queda en Buenos Aires. Mis niñitas…

—¡Querés tanto a tus niñitas que por eso tenemos cuatro!

—Todas van a ser educadas como la madre. Hablarán de Rousseau y de *El contrato social*.

—¿Todas serán rebeldes como la madre?

—No habrá necesidad. Ellas sabrán decidir bien y nosotros aceptaremos su voluntad.

—¿Y mi niño Juan?

—Educado en Europa, por supuesto —afirmó Martín—. Ahora que la guerra ha terminado podemos pensar en mandarlo.

Mariquita tuvo que morderse los labios. El fin de la guerra europea, el retroceso de Napoleón, era la causa del viaje de Martín. Fernando VII había regresado al trono español y había enviado las tropas disponibles para recuperar el imperio americano que había perdido. Le interesaba, sobre todo, el norte. Recuperar el Alto Perú, el magnífico y plateado cerro de Potosí que había llenado de plata la economía española y la europea.

La revolución corría peligro. La Asamblea General no había declarado la

independencia y algo debía hacerse si se quería mantener lo conseguido. En un intento por mantener algunos logros, la Asamblea designó un poder ejecutivo individual y concentró el poder en una sola mano, el Directorio. Los intentos de un gobierno con muchas personas habían demostrado no ser efectivos a la hora de tomar decisiones. Pero un gobierno unipersonal no trajo la tranquilidad que todos deseaban ni pudo resolver los problemas de las guerras que debía enfrentar la revolución. El Alto Perú y Chile continuaban en estado de guerra.

El problema era el dinero. ¿Cuánto más podría financiar Buenos Aires la guerra? ¿Cuánto tendrían que pagar los que habían hecho la revolución? Los negocios no marchaban bien si constantemente se pedía dinero para financiar un ejército que tenía más derrotas que victorias.

San Martín, el mejor militar que tenía la revolución, se había ido a Mendoza a organizar el ejército. Remedios, su joven esposa, había tenido la fortuna de partir con él. Mariquita la envidiaba. Los sesenta días de viaje hasta Nueva York, los niños tan chiquitos, las condiciones de la misión de Martín, Mariquita no podía emprender un viaje través del océano por más que ella quisiera.

—Sabíamos que no iba a ser fácil. No es el momento de echarse atrás, coronel Thompson.

—No voy a echarme atrás.

Mariquita asintió sonriendo.

—No. Lo sé. Es que por primera vez te veo dudar. No sentí ninguna duda cuando escuché que te enviaban a Washington. Aceptaste enseguida, pensé que estabas seguro. Pero ahora veo que no. Me gustaría saber por qué.

—Voy a estar lejos de mi familia.

—Ya estuvimos lejos una vez. Este viaje no es tan largo y es por la causa patriota. ¿Por qué dudar tanto?

—Todos se han ido lejos. O los desterraron. Entiendo las razones, acepto la misión. Pero todos los que conocí y admiré están lejos. Mis amigos. Ir a Washington, ver al presidente Madison, está bien, es lo necesario. Pero no me quedo tranquilo dejándote acá, sola, con mis niños.

—Te llevas un bucle de todos ellos. Y el mío. Cuando pienses en nosotros, mira el guardapelo.

—Lo voy a hacer.

—¿Es eso, que te vas a sentir solo?

—No, claro que no. Ya estuve de viaje. Es que ustedes van a estar solos.

—¡Pero si fray Cayetano nos cuida!

—Fray Cayetano se va al Congreso de Tucumán. Y cuando regrese, él no puede estar todo el tiempo aquí, sus obligaciones son demasiadas.

—Yo puedo cuidar bien de los niños.

—Nunca lo pondría en duda. No es ese mi temor. ¿Cómo podes pensar que es ese?

—Es que no entiendo cuál es tu miedo.

—Los negocios, el dinero, las casas de alquiler.

—Ya me hablaste de eso. Me dijiste que le pidiera ayuda a la familia Várela y eso voy a hacer.

—Sí, ya lo sé.

—¿Entonces?

—Tengo miedo. No tenés cabeza para el dinero.

En los quince años que llevaban queriéndose, era la primera vez que le escuchaba un reproche. Conociendo otros matrimonios, otros esposos desalmados, sabía que no tenía derecho a quejarse, que Martín era no solo un caballero, sino un hombre bueno, gentil, que la amaba. Nada de eso sirvió para calmar el dolor que le produjo escuchar esas palabras. No era su perfecta esposa.

—No sabía que pensabas así.

—Nunca hizo falta decirlo. No me molesta que no entiendas de dinero.

—Sí que entiendo…

—No, no entendés. No me molesta. Es quien sos, la que siempre fuiste. No serías así si no gastaras. Las casas dan dinero, y cada vez llega más gente; pero si no se gasta con prudencia, el peligro es mucho. Estás acostumbrada a gastar, yo también. Pero son tiempos difíciles. Ni siquiera estamos seguros de qué va a pasar mañana.

—Mañana te vas a Nueva York. En una misión secreta. Vas a dejar a tu mujer triste porque ahora sabe que le reprochas algo —le dijo Mariquita molesta—. La verdad, no es el mejor momento para decírmelo.

—Me preguntaste cuál era mi temor.

—¡Pensé que sería la revolución! ¡La libertad! La distancia. O el mar. Pero no, es tu mujer y sus derroches. —Mi familia y su bienestar— la corrigió Martín. —Bien.

De nuevo el silencio. Silencio inesperado en esa noche de calor espantoso de enero. Los mosquitos se hacían una fiesta con los brazos de Mariquita. Martín estaba cubierto de sudor y cansancio. Los preparativos para el viaje habían sido molestos. Al ser una misión secreta, el Directorio apenas le dio dinero para organizarlo. Le habían pedido que viajara con la mayor discreción posible, diciendo que realizaba el viaje por asuntos privados. Solo lo acompañaba un criado, Joaquín, de confianza, tanto de los Thompson como de la Logia. El grupo se había vuelto precavido, sobre todo después de la expulsión de Alvear y el encarcelamiento y posterior exilio de Monteagudo, quien había salido en su defensa.

—Quizá te encuentres a Bernardo.

—Está en Europa.

—Pero en cuanto sepa que viajas, quizá quiera unirse al viaje. ¿Le dirías tu misión?

—No creo que lo encuentre en Washington.

—¿No se lo dirías?

—Monteagudo es tu amigo.

—¡Martín! Es nuestro amigo.

—Siempre le tuviste más simpatía que yo.

—¿Hoy me decís esto? Justo ahora, esta noche. La última noche en mucho tiempo y me decís estas cosas. No te gusta Monteagudo, derrocho la fortuna de mi familia… ¿algo más?

—No.

—Me alegro.

Quiso levantarse del regazo de su marido pero se enredó con la falda del vestido. Tropezó y se quejó furiosa. Caminó hacia el lado contrario de Martín, hacia la ventana.

—¿Le hablaste a Juan?

—Sí, le hablé.

—Va extrañar a su padre.

—Yo también voy a extrañarlo. Y a las niñas.

—Pero Juan es un muchachito, necesita a su padre. ¿Por qué no te gusta Monteagudo?

—Es demasiado impetuoso. La tontería de defender a Alvear lo demuestra. Alvear cometió muchos errores y quiso hacerse el gran Napoleón. Lo que menos necesitaba Buenos Aires era tanta violencia.

—Ni siquiera pudimos despedirnos. Monteagudo era mi amigo. ¿Y si me escribe?

—¿Ya te escribió?

—¿Qué pregunta es esa? ¿No sabrías si él me escribió? ¿No te muestro todas las cartas?

—Entonces ¿por qué me preguntas si te escribe?

—Quiero saber qué hago si llega a escribirme. ¿Pensás que ya me escribió?

—Conociéndolo, quizá sí.

Mariquita caminó nerviosa por la habitación. Se restregaba las manos, movía los pies rápidos y nerviosos sobre la alfombra traída de Francia. Derroche, derroche puro de su vida extravagante de lujos, espejos, muebles de caoba y vestidos para tropezar.

—Vos no me mostrás todas las cartas —le reprochó ella con voz amarga.

—Eso ya lo sabemos. Pero nunca dije nada. Tampoco me dijiste todas las órdenes que te dieron para ir a Washington. Ni por qué la misión tiene que ser tan secreta. Sé que vas a buscar armas, lo imagino. No dije nada, nunca hubo necesidad de decir nada. ¿Por qué ahora todo esto? Necesito saberlo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que necesitas saber?

—Monteagudo.

Las lágrimas se amontonaron en la garganta de Mariquita como un montón de barro bajo las ruedas de una carreta. Se había empantanado en la pregunta que Martín no le hacía. No se había imaginado que existiera tanto dolor pero sí, existía. Era el dolor inesperado, causado por el ser que la hacía feliz.

—¿De qué estás hablando, Martín?

—De Monteagudo y tu amistad con él.

El calor le subió por los brazos hasta las mejillas. Las palabras salieron de su boca, furiosas:

—No sé si pueda volver a mirarte a la cara después de lo que acabas de decir.

Martín no se conmovió por la furia de sus palabras, lo cual hizo que Mariquita llegara al colmo de su enojo, un enojo que no conocía, que fluía por su cuerpo como los arroyos de Buenos Aires en una tormenta: sucios y violentos.

—No hay ninguna razón, ni siquiera la más ridícula, para dudar de vos —dijo Martín con voz serena—. No es de mi mujer de quien dudo, sino de los hombres que quedan aquí. Vas a estar desprotegida, saben todos que tu marido pertenece a la Logia. Si Monteagudo te escribe, por la razón que fuera, te van a vigilar. Quizá no hagan nada pero, conmigo lejos, vas a ser un blanco fácil. Las casas de alquiler también.

—¿Desconfías de la propia Logia?

—Mucho.

—¡Pero ellos te dieron su confianza!

—Y la quitarán en cuanto no esté con sus intereses.

—Martín… Hemos visto traiciones pero no creo que lleguen a tanto. Lamento decirlo, pero creo que estás pensando demasiado en peligros que quizá no existan.

—Ya hay muy pocos en los que confío —murmuró Martín.

—¿Cuándo termina una revolución, Martín? —le preguntó ella desorientada.

—Fray Cayetano es el experto en estos temas. Quizá puedas pedirle que venga a vivir aquí cuando regrese de Tucumán. —¿Y vos qué pensás?

—Me gustaría que ya hubiese terminado. El mismo 25 de ser posible.

—¿Te gustaría volver atrás?

Martín se quedó en silencio.

—El padre Cayetano me preguntó eso una vez. Hace tanto tiempo. ¿Te diste cuenta cómo pasó el tiempo, no? Mariquita se angustió.

—¿Fueron años de felicidad, no? Yo creo que fueron años de felicidad.

—Los más felices de mi vida —respondió él con amor.

—¿A pesar de mis errores?

—No has tenido errores. Sería un ingrato si dijera algo.

—Yo he sido feliz también… ¡Martín!

—¿Qué?

—Yo no quiero que termine nunca. La revolución. No quiero que termine nunca.

—Quizá no termine por mucho tiempo.

—¿No?

—Hasta que se termine la guerra con España, al menos. Aquí apenas vemos la guerra, pero en el norte es permanente.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! ¿Cómo no lo voy a saber si mi marido se va por la guerra? No quiero que esto termine. Esta emoción de luchar por algo, todo el tiempo. Seguir

siempre así, haciendo revoluciones. Sé que vos sos el que más hace, y ahora el que hace el sacrificio, pero yo me voy con vos en este viaje. Voy a estar acá en Buenos Aires pero una parte se va con vos. Así que voy a conocer Washington, Nueva York, México. Voy a conocer revolucionarios, aventureros… espero que no muchas damas… solo las suficientes para saber que las de Buenos Aires son las mejores. Que no hay otra dama como Mariquita Sánchez de Thompson.

—Ninguna otra en el mundo se le parece.

—¡Por supuesto que no! Ninguna gasta tanto como ella. Pero tiene al mejor marido. Y ella todavía siente que tiene catorce años y lo adora.

—Yo también te adoro.

Se arrodilló frente a su esposo. Martín la abrazó y bajó del sillón hasta ponerse igual que ella. Mariquita le limpió las lágrimas que no dejaban de caer de sus ojos azules. Agua salada, nada más. Agua de tristeza.

—No llores más, Martín. No llores más o yo misma voy a dudar. No te rindas, Martín. Porque tu rendición es la mía. Revolucionarios hasta el final, mi coronel Thompson. Que nadie diga que tuvimos miedo.

El corazón deshecho en el mar

En la habitación de los Thompson,
diciembre de 1819.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

Mariquita miraba su reflejo en el espejo de la toaleta. Estaba fascinada con la imagen que le devolvía. Nunca se había visto así. Los ojos enrojecidos, el cabello revuelto, la ropa arrugada y corrida de tanto refregarse los brazos. ¿Sería esa la imagen que la ciudad tenía de ella misma?

El tesoro de Buenos Aires parecía a punto de volverse loca.

—¿Quiere tomar algo, padre? —dijo, recordando de pronto que era una gran anfitriona.

—No, Mariquita, gracias. Pero voy a sentarme en esta silla, mi espalda me recuerda que no soy joven.

—Haga como quiera, padre. No recuerdo ninguna regla de buena decencia en este momento.

—¿Y dónde han quedado?

—La despedazan los peces en el mar, padre Rodríguez.

El padre Cayetano se sentó en uno de los sillones que había comprado después de la partida de Martín. Los había elegido de terciopelo verde para que los dos pudieran sentarse cómodos a su vuelta.

—¿Cuánto hace que no se asea?

—Dos años, padre Cayetano.

—Mariquita…

—Dígame…

—No va a convencerme de que enloqueció. Si esa es su idea, no pierda tiempo.

—Era mi idea, ¿sabe? Quizá me pudiera encerrar en la Casa de Ejercicios un tiempo.

—No lo voy a hacer.

—¿Por qué no?

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

—Tiene que arrepentirse para que la confiese. —Tuvo que desviar los ojos del espejo. Su imagen le provocó repulsión. Se inclinó sobre la cama y lloró desconsolada—. Tiene razón su amiga Justa.

—La querida Justa… Vino a verme hace unos días. Creo que la asusté, sí. Ella es más fácil de convencer que usted. —¿Cuánto hace que se siente así?

—¿Cuánto hace, padre? Dígamelo usted. —¿Lo sé?

—Dos años. Dos años hace que no estoy bien.

—Sé bien cuánto ha pasado. Paciencia. ¿Se acuerda? Paciencia.

—Se me acaba la paciencia cuando miro a mis hijos. Albina tiene tres años, camina, sonríe, come con un gusto que hace años que no siento. Habla en su propia lengua con sus hermanos. Cuando aprenda nuestra lengua habrá palabras que no podrá pronunciar.

—Usted se las puede enseñar. No hace falta el silencio.

Ella se rio nerviosa.

—Se me ocurrió la idea de enseñar a mujeres. ¿Usted dice que puedo? Sería una locura, ¿no? En esta ciudad tan poco favorable a la educación de las mujeres.

—¿Quiere poner una escuela?

—No, no he llegado a pensar en eso todavía. Apenas puedo con los maestros de mis niños, imagínese con los maestros de niñas ajenas.

—¿Qué tal ese Mendeville?

Mariquita se volvió hacia fray Cayetano. Se puso tan nerviosa que sintió las mejillas hirviéndole. ¿Sabría el padre Cayetano lo que había hecho? Quizá los rumores le habían llegado. En esa ciudad se sabía lo que se soñaba, decía su madre.

—¿Qué pasa con ese Mendeville?

—Es una ciudad pequeña, llegan muchos viajeros, se dicen muchas cosas. Me han comentado que es buen músico, sin embargo.

—¿Qué cosas se dicen, padre? —preguntó con la boca amarga.

—Las cosas que se dicen cuando un muchacho de veintiocho años llega a una ciudad cansada de guerras y peleas políticas.

—¿Alguna le habló de él?

—¿Mujeres? No, solo escucho lo que se dice en alguna casa de familia cuando me invitan. Mendeville tiene éxito entre las niñas. El acento, la gallardía, la música, el pasado militar. El muchacho lo tiene fácil.

—Mis hijos aprenden mucho. Clementina y Magdalena avanzaron mucho con el canto. Y Juan ya habla un francés muy fluido.

Iba a agregar «Martín estaría orgulloso» pero las palabras se le enredaron con la lengua. Fray Cayetano, que sabía que los pensamientos de Mariquita habían ido hacia Martín, respetó su silencio. Mariquita volvió a llorar contra la cama.

Hacía diez días que no llovía. El calor del inicio del verano mostraba la poca compasión que sentía por los porteños. Mariquita suspiraba el agua tormentosa que llenaría las calles y su corazón de barro.

La independencia había sido declarada el 9 de julio de 1816. Fray Cayetano Rodríguez, ese hombre que estaba sentado en el sillón, respetando su silencio, había sido el redactor del Acta de Independencia y había firmado esa misma acta por Buenos Aires. De no haber sido por la ausencia de Martín, Mariquita le habría hecho la más grandiosa tertulia en su honor el día que regresó de Tucumán. En cambio, tuvieron un almuerzo tranquilo, rodeados por los niños, que hacían música torpe pero no por eso menos buena para el espíritu.

La ansiada, querida independencia no había traído paz a nadie. El Congreso reunido en Tucumán se había trasladado a Buenos Aires. Habían redactado una Constitución, y el pueblo de Buenos Aires la había jurado con pasión y alegría.

El resto de las provincias, no.

Los gobiernos de las provincias que habían sido el Virreinato del Río de la Plata la definieron con una palabra que comenzaría a usarse con odio: era una Constitución unitaria.

—No me dijo si quería merendar, padre.

—Le dije que estaba bien así, Mariquita.

—Bueno. ¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Por lo que veo toda la noche.

—Entonces sí va a querer cenar.

—En cuanto termine de hablar con usted, quizá pueda comer algo.

—¿Y qué quiere que le diga? Mis negocios están bien. Juan Cruz, el mayor de los Várela, se ocupa de los cuadernos de los alquileres. Y yo sigo gastando como siempre.

—Justa me dijo que recibió una carta. Desde Montevideo.

—Ah, esa carta.

—Esa carta.

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Qué decía la carta?

—Hablaba de Martín —dijo ella sin poder contener las lágrimas.

—¿Qué decía?

—Confiéseme padre, porque he pecado.

—¡Mariquita! —Se impacientó fray Cayetano. Se levantó del sillón y se sentó junto a ella sobre la cama—. ¡Dígame qué decía la carta! —le exigió.

—¡Ya no tiene sentido hablar de esto, padre Cayetano!

—¿Qué quiere que haga?

—Confiéseme.

—Siempre lo hacemos en San Francisco, prefiero que sea allí. No aquí. —Ella no respondió nada. Apretó la manta que cubría la cama con los dientes. La mordió de rabia y de tristeza.

—¿El lodo es patriota, fray Cayetano?

—¿Qué?

—No me haga caso. Quiero confesarme, Padre.

—Vamos a San Francisco.

—No, tiene que ser aquí.

—¿Por qué aquí?

—Porque un pecado de esta magnitud tiene que ser confesado aquí. En el lugar en que se produjo. Me pregunto si será traición a la patria. Después de todo, Martín era un patriota.

—¿Qué decía la carta? —preguntó fray Cayetano con la voz conmocionada.

—¿Sabía que el Director Supremo, don Martín de Pueyrredón, le quitó la misión?

—¿Qué misión?

—¿No lo sabía? ¿Nadie se lo dijo? Se ocuparon bien de que fuera secreto, entonces. De que nadie supiera nada. Martín me había prohibido decir algo.

—No entiendo nada de lo que dice. Martín se fue a hacer negocios a Nueva York.

—Padre, Martín se fue a ver al presidente de Estados Unidos como enviado del Directorio. Tenía una misión secreta: lograr el apoyo de los norteamericanos y conseguir armas y barcos para la guerra.

—¿Y cuándo se volvió loco?

—Hace un año, o menos. Según Joaquín siempre se sintió mal, desde que se subió al barco.

—¿Qué pasó con Joaquín, él envió la carta?

—Joaquín murió, padre. A los dos días de embarcarse.

Fray Cayetano cerró los ojos. Mariquita deseó que estuviera rezando. Ella ya no podía rezar.

—¿Quién envió la carta?

—Un viajero que también venía a la ciudad. Al parecer había hombres amables en ese barco. Me cuenta todo en la carta. —Debió ser terrible leer todo eso.

—Misia Mariquita lo llamaban, padre Cayetano. Se burlaban de él… pero ellos no entendían. No entendieron que éramos uno solo. Padre Cayetano —gritó Mariquita angustiada otra vez— ¿qué voy a hacer sin él? ¿También me voy a volver loca? ¿También me van a llamar míster Thompson? ¿Qué voy a hacer sin él, padre?

El padre Rodríguez la abrazó:

—Ser fuerte, mi querida amiga, rezar mucho. Dios va a ayudarle a encontrar la fuerza. Sus hijos la necesitan, Mariquita. Si no es por usted misma, trate de calmarse por ellos.

—¡No quiero rezar, no quiero calmarme! ¡Yo voy a volverme loca, también! ¡Estoy decidida! ¡De rabia! Lo que le hicieron a Martín es despreciable. Él quería a Pueyrredón, a Vicente López. Lo traicionaron sus propios amigos. Ni siquiera le enviaron el barco de regreso. No lo mandaron a buscar. ¿Sabe cómo murió, padre? ¿Sabe lo que me dijeron?

—No, Mariquita, no lo sé.

—¡Murió de hambre! ¡Lo dejaron morir de hambre! Le hicieron eso a un patriota de la revolución. Entregamos todo. Ni un instante dudamos. Nunca. Cada día que pasó desde ese veinticinco de mayo, entregamos todo. Y dejan morir de hambre a mi esposo. ¡A mi Martín! Quiero imaginarme cómo se sintió. Yo siento lo mismo que él, quiero volverme loca como él, quiero morirme de hambre como él. Éramos uno. Cuando estuvimos lejos, éramos uno. Nos amábamos tanto. ¿Se puede enloquecer de dolor, padre?

—No lo sé…

—Siento que voy a enloquecer de dolor. ¿Esta era la revolución, padre? ¿Para esto la hicimos? —Sabe bien que no.

—¿Fue feliz en Tucumán? El día que juró el acta de Independencia, ¿fue feliz? —Muy feliz, sí.

—A Martín le hubiera gustado estar ahí, en Tucumán. No quería viajar a Estados Unidos, pero aceptó igual. Todo por esos traidores. Dígame, padre. Si me pongo a gritar en la plaza que son todos unos traidores, ¿me llevarían atada como a una loca?

—Mariquita…

—Me llevarían presa por loca. Quizá por loca, sí, pero no por traidora política. Pero yo podría señalar a los traidores con mi dedo, mirarlos a la cara y decirles: yo estuve en la plaza ese veinticinco de mayo. Yo estuve ahí con mi marido porque él estaba haciendo la revolución, como Castelli, como Saavedra, como Moreno, como Belgrano. Se están yendo de a uno. Los traidores están ganando…

—Por favor, Mariquita. Haga un esfuerzo, trate de calmarse.

—Me calmo, padre, pero usted no me responde. ¿Usted también es un traidor?

—Jamás. Yo también estuve ahí y firmé el acta de independencia. Yo no soy traidor a mayo, pienso tal como pensaba en ese entonces.

—¿Alguna vez se enamoró, padre? ¿Voy a ir al infierno por preguntarle eso?

—No. Me hace acordar a las monjitas, me hacen las mismas preguntas…

—¿Se enamoró?

—Sí, una vez.

—¿Era bella?

—Hermosa.

—¿El corazón le latía cuando la veía?

—Siempre.

—¡Confiéseme, padre, porque he pecado! —le gritó con el dolor moliéndole las entrañas.

—¿Qué es ese pecado tan grande que la tortura?

—Lo traicioné, padre. Él tenía razón. Los traidores estaban por todas partes. Lo traicioné. ¿Entiende? Él, volviéndose loco y la mujer lo traiciona. En el modo en que una mujer puede traicionar a su marido.

Fray Cayetano cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos manchadas y arrugadas.

—No se cubra la cara, padre. Míreme bien, míreme a los ojos, así puedo saber lo mucho que me desprecia. Él tenía razón. No debió irse. Éramos tan felices. No había distancia entre nosotros. Éramos uno solo. Y yo lo traicioné.

Ninguno de los dos dijo nada durante un tiempo. Afuera se escuchaban las voces de los niños y algunos retos de los criados. La buscaban a ella. No podía ver en ese estado a sus hijos. La confesión de su traición tenía que terminar y entonces su alma se vería más tranquila.

—¿Quién fue? —preguntó con voz quebrada el padre Cayetano.

—Padre…

—Quién es, quién es el hombre, Mariquita —exigió con furia el hombre que la había defendido años atrás.

—Mendeville.

Fray Cayetano la miró desconcertado. Ella se sentó en la cama, frente al padre Rodríguez. Ya no podía llorar más. Las lágrimas se le habían confundido con la sangre y todo el cuerpo le lloraba. Debajo de su piel, era un gran charco de agua salada y barro espeso.

—Dígame lo que está pensando, padre Cayetano.

—Estoy desconcertado. No esperaba ese nombre. Recibí una carta de Monteagudo hace unos meses. Me hablaba de usted y su situación. Pensé… quise creer que había sido él.

—Él está en Perú, padre.

—Sí… la traición fue real entonces.

—¿Y qué pensaba?

——Imaginé que… —El padre Cayetano negó con la cabeza y trató de quitarse la confusión de la frente con la mano— imaginé una traición diferente. Que le había enviado secretos a Monteagudo. No esperaba algo tan mundano en usted.

—Me siento peor que si hubiese contado todos los secretos de la Logia.

—La Logia está herida de muerte. Tarde o temprano desaparecerá. Mariquita, esta traición que la vuelve loca, no me es nueva. Usted debe entender. Quizá le resulte extraño, pero la propia naturaleza de la mujer es débil, la soledad la vuelve frágil. Es comprensible su accionar. No es la primera mujer que lo hace. Vivimos unas circunstancias difíciles.

De haber tenido un cuchillo cerca se lo hubiera clavado en las orejas para no escuchar esas palabras de fray Cayetano. Los traidores estaban por todas partes.

Su defensor, su amigo, su protector, su maestro justificaba su traición. Ella era una mujer. Por lo tanto su naturaleza era frágil y débil, dada a las traiciones, a los cambios de opinión. Fray Cayetano no pensaba distinto de otros hombres. Para él, las mujeres seguían siendo seres incompletos.

El corazón de Mariquita se marchitó.

Ella no quería comprensión, ella quería ser culpada por una acción que había cometido contra su marido, sabiendo que estaba enfermo, loco, en Nueva York, una ciudad que no era más que un nombre para ella. Quería ser encontrada culpable, condenada, castigada, no comprendida por la fragilidad propia de las mujeres.

Ella había cometido un acto de traición por su propia voluntad. No era un acto irracional. Era responsable de lo que había hecho. Lo dejó hablar.

Con cada palabra, fray Cayetano y Mariquita se alejaban, cada uno, hacia un lugar diferente. No sabía hacia dónde se dirigía fray Cayetano, pero ella iba hacia una caverna cada vez más profunda y húmeda, caverna donde no llegaban las palabras que había amado escuchar.

—Mariquita —la llamó el fraile desde esa lejana tierra donde se hallaba.

—¿Qué, padre Rodríguez?

—Cásese con Mendeville.

—¿Qué?

—Sea una dama francesa. Sea esa que quiere ser desde que la conozco. Una dama francesa con un salón francés en Buenos Aires. —Padre Cayetano…

—Mariquita, Martín ha muerto. Hace años que estaba loco. Aún si regresaba, la vida entre ustedes dos no habría sido la misma. Usted es joven, es rica, tiene que seguir adelante. Sus hijos necesitan un padre.

——¡Mis hijos tienen un padre!

—Martín ha muerto, Mariquita. Usted no puede seguir sola. Sus negocios necesitan un hombre que los dirija. Usted no tiene cabeza para los números. Ya tuvo que vender una casa en la ausencia de Martín.

—¿Y cómo se supone que respondiese a los gastos que ocasionaron la misión de mi marido? Misión que luego fue rechazada por el Director Pueyrredón. Misión que lo dejó abandonado a su suerte cuando más necesitaba a sus amigos. Tenía razón Martín sobre las traiciones. Ni siquiera enviaron a buscarlo. Se sintieron humillados por su locura y lo dejaron a la deriva.

—Mendeville se ocupará de sus negocios —le dijo fray Cayetano siguiendo con su idea—. ¿Por qué me mira con esa expresión?

—Porque quiero que me condene al Infierno y en cambio me sugiere que me case.

—Está siendo demasiado dramática.

—Sí. Ahora tiene que pensar con la cabeza. No lamentarse por lo que pasó. Soy un cura, ¿recuerda? Conozco las pasiones humanas más que nadie. Las pasiones femeninas son las más sutiles y, sin embargo, se lo toman a la tremenda. Cásese con Mendeville. ¿No es un revolucionario? Mejor, Mendeville le traerá la paz que necesita esta casa. Un hombre que dirija la casa, los niños y a usted misma. El hombre sabrá recompensarla cuando usted tiene tanto para ofrecerle.

El cuerpo se le había enfriado en pleno diciembre. El viento caluroso hacía entrar las voces por la ventana. El aire cálido traía velas, agua y las noticias de los levantamientos en Santa Fe y en Entre Ríos contra el Director Juan Martín de Pueyrredón, amigo personal de Martín Thompson y quien lo había separado de su misión en Estados Unidos junto con Vicente López y Planes, aquel que había compuesto la Marcha Patriótica.

Una corriente de aire seco, caluroso y lleno de polvo entró por una ventana que se abrió de pronto. Varias ventanas de la casa se abrieron con violencia por la correntada y se escuchó que varias puertas se golpeaban. Las voces de los niños, alborotados por el viento, llegaron después. La voz de Juan, cada vez más varonil, lideraba a sus hermanas en una batalla contra el viento caluroso del verano.

El viento le hizo arder las mejillas llenas de sal por las lágrimas.

Estaba ocultando lo que pensaba a fray Cayetano por primera vez. Se puso colorada por la vergüenza. Le ocultó al padre su rubor al cerrar la ventana para que la corriente cesara.

—Usted lo habrá pensando, ¿no es cierto? Si se entregó a él fue por alguna razón. Y según la conozco, esa razón tiene que ver con el amor. Usted es así.

¿Era así? Quizá era así y ella no lo sabía. Mendeville no la había seducido, ella no era una niña como para caer en eso.

Mendeville la había escuchado, dejando al margen el piano, el arpa, las hojas de música, las torpes prácticas de los niños, las noticias de traiciones y violencia que llegaban por todos los caminos, la locura. En lugar de murmurar por lo bajo, de mirarla con compasión, Mendeville había escuchado atento el relato de sus penas.

¿Tan mala sería la vida con Mendeville? Mariquita cerró los ojos frente a la ventana.

Fray Cayetano hablaba. Enumeraba las ventajas de casarse lo más pronto posible con Mendeville. Él mismo iba a ayudarla a conseguir la licencia necesaria si le hacía falta. No era la muerte de Martín lo que iba a volverla loca, decía el padre. Era la falta de un hombre.

Mariquita hizo un pacto con el dolor.

Se olvidaría de él por un tiempo, no sabía cuánto, para vivir tranquila en los brazos comprensivos de Mendeville. Se casaría con él. Aceptaría ser la esposa de un francés y con eso, la posibilidad de vivir tranquila. Por el momento, eso era lo único que deseaba.

La posibilidad de ser feliz la descartaba. Su felicidad había sido arrojada al mar en octubre de ese año después de que su amado Martín, la mitad de su corazón, muriera de hambre y de locura.

La mitad de su corazón era comida de los peces del océano frente al mar del Brasil.

El padre Cayetano terminó de hablar con una pregunta que ella no escuchó. Se dio vuelta para mirarlo. El espejo le mostró quién era en ese momento. Pero ella cerró los ojos a esa verdad. En cambio, los abrió ante fray Cayetano.

No reconoció al que había sido su amigo y su confesor durante tantos años. En cambio había un hombre que la había traicionado a ella. Que la había llamado irracional y que había comprendido la gran traición que había cometido como una parte más de la naturaleza femenina.

Qué poco para hablar les quedaría en los años que estaban por venir.

El hombre de hábito franciscano que había sido su amigo la miraba esperando su respuesta. Ella suspiró.

—Está bien, padre Cayetano. Lo que usted aconseje.

La última traición

En la celda del padre Rodríguez,
Buenos Aires, enero de 1823.

La calle, antes llamada de San José, más tarde del Empedrado y luego Unquera, había vuelto a cambiar de nombre. Como signo de los tiempos tranquilos —tan tranquilos como una tarde de verano espesa y húmeda con el horizonte lleno de nubes negras que avanzan a gran velocidad— la calle llevaba el nuevo y poético nombre de Florida.

La gran casona que había sido de los Trillo, de los Sánchez de Velazco y después de los Thompson, seguía en la misma calle. La habitaba su dueña, que había sido el tesoro de Buenos Aires, y su nuevo marido. Los afortunados dueños de la gran casona eran los Mendeville.

El joven Mendeville tenía tres nombres. Los porteños descartaron el Jean Baptiste porque era difícil de pronunciar y lo llamaron por el tercero: Washington. Mariquita, al principio, se había resistido porque la palabra le traía el recuerdo de la ciudad que había sido el destino de Martín. Aceptó el Washington, sin embargo, como una pena que debía pagar, el recordatorio de que todos, incluso ella, habían traicionado a la revolución. Ella, sin embargo, acostumbraba llamarlo Mendeville.

Con Mendeville, la vida era fácil. Era tan poco afecto a la política que los hechos de la tumultuosa Buenos Aires le pasaban de largo. Los caudillos Estanislao López y Francisco Ramírez habían invadido Buenos Aires junto con sus ejércitos y él se había mantenido tan manso como el tranquilo Riachuelo, arroyo de agua estancada que desembocaba en el Río de la Plata.

Rondeau, el Director Supremo, había sido derrotado en Cepeda y toda esperanza de unidad de las provincias había desaparecido. La ciudad era arrasada de vez en cuando por tropas indisciplinadas que daban vueltas por la plaza frente al Cabildo demostrando el poderío de Santa Fe y Entre Ríos por sobre Buenos Aires. Habían atado los caballos en las rejas de la pirámide que conmemoraba la Revolución de Mayo. Y el mismo nombre de Provincias Unidas era una verdadera farsa que ya nadie se molestaba en sostener.

Pero nada, nada de esto, le importaba a Mendeville. Él sonreía, siempre y cuando el puerto de Buenos Aires siguiera recibiendo barcos mercantes de su tierra natal. La política no le atraía, le interesaban los negocios y en tanto le dejaran las casas tranquilas para cobrar el alquiler y el puerto libre para traer lo que fuera de Francia, él estaría de acuerdo con cualquier gobierno.

Mariquita sonreía de gratitud. La vida, sin la política, se había vuelto fácil. Desde abril del año 1820 ya no sentía que el corazón se le marchitaba cada vez que

escuchaba noticias trágicas: el nombre de un nuevo Director Supremo, una nueva batalla de la guerra entre unitarios y federales, una nueva traición…

¿Qué mejor que abrazar una nueva vida, vacía de política?

Mariquita, tan fértil como siempre, había quedado embarazada. El niño, Julio Mendeville, había nacido en noviembre de 1820, con siete meses de embarazo. El rumor no tardó en correr por las calles embarradas y llenas de bosta de caballo de Buenos Aires. Mariquita se había casado con Mendeville por apuro. Un apuro que la había llevado a pedir una licencia para casarse, otra vez. Pero esta vez no se divirtió llamando a Mendeville «el suplicante» ni a ella «la suplicanta». Ya no eran dos que luchaban por amor.

Su nueva vida le encantó. Mendeville sacó a la luz la Mariquita más frívola, esa que su madre se había empeñado en dominar. El galante francés amaba a la caprichosa, la mundana, la que no tenía reparos en gastar lo que fuera para mejorar el hogar que habitaban.

¿Muebles pintados de laca blanca? ¿Cómo había vivido Mariquita sin ellos toda su vida? ¿Candelabros de un bronce tan brillante que enceguecía? La casona de la calle Florida los necesitaba como Buenos Aires a su río. ¿Qué a los porteños le gustaba la música? Entonces los Mendeville tendrían tantos instrumentos como para formar una orquesta y hasta una Sociedad Filarmónica si era el deseo de *madame* Mendeville.

Madame Mendeville era su nuevo nombre. Lo llevaba con orgullo. Por fin era una dama francesa, con esposo francés y salón digno de París.

La sociedad decente de Buenos Aires mucho no se decidía a visitarlos, no después de un casamiento tan apresurado —como decían las señoras con ese «tan» pronunciado con una a muy nasal—. Pero Mendeville y más todavía Mariquita sabían bien que nadie resiste una casa abierta, buena música, muebles suntuosos y bebida francesa por el módico precio de perdonarles un casamiento tan apresurado.

Mientras esperaba el perdón, Mariquita luchaba contra las últimas penas de esa vida que quería olvidar, resabios de la década anterior en la que había soñado cosas que nunca se cumplirían. Caminaba, una tarde de enero, hacia el sur de la ciudad. Iba a ver a un viejo amigo que estaba muriendo.

Mientras caminaba se entretenía con el cambio de los vestidos. Los vestidos que ella se había animado a usar primero, eran los que todas usaban. A veces quería pararse y gritarles a todas, sobre todo a las más viejas, que ella había sido una de las primeras en usar esos vestidos tan reveladores. Ninguna se acordaba de que muy pocas porteñas, todas ellas esposas de revolucionarios, se habían animado a esos vestidos tan livianos, tan llamativos, tan seductores. Se adivinaban las formas, las piernas, los pechos, con la menor brisa que llegaba desde el río. Octubre y noviembre hacían sonreír a los hombres. La primavera de Buenos Aires, ventosa hasta la exasperación, levantaba la sutil falda de las damas dejando ver las enaguas y los tobillos cubiertos de medias de seda.

Ninguna se acordaba, no. Pero sí se acordaban bien de la fecha del matrimonio con Mendeville y del nacimiento de su Hijato Julio. La ciudad que le había perdonado a la niña mimada que enfrentara a sus padres para casarse con el hombre que amaba, no le perdonaba su nuevo matrimonio. ¿Cómo se había casado tan pronto con ese francés? ¿Cómo?, si todavía estaba de luto. ¿Cómo?, si ella lo había querido tanto a Thompson. ¿Cómo?, si ese francés era siete años menor que ella.

La habían aislado. Si ella no quería llevar adelante el luto, si la iglesia disponía que no había problema, podía hacerlo. Pero la exigente Buenos Aires no iba a perdonarle que no respetara la memoria de Martín, por más demente que estuviera.

Mariquita no discutió con los rumores. Los dejó recorrer las calles, junto con los gritos de las tropas que regresaban de las guerras de independencia y se volvían hacia la guerra civil. Ya no eran solo unas pocas calles las empedradas. El gobernador de Buenos Aires, Martín Rodríguez, y su entusiasta ministro querían empedrarlo todo, hacer de la ciudad un lugar amable y olvidar, de una buena vez por todas, el fatídico año veinte. Había llegado a cerrar las ventanas durante el verano para no escuchar los rumores que hablaban de ella.

Los dejó hablar porque tenía a Mendeville. Su joven, divertido, impetuoso soldado francés, disfrazado de músico y disfrazado de comerciante. Mendeville la embriagaba, vivía en un estado de perpetua dulzura, palabras galantes y amorosa admiración. Mendeville le hablaba en una lengua susurrante, extranjera, frívola. Mariquita lo amaba por su facilidad para tomar decisiones, por su optimismo, por lo mucho que lo divertían sus gastos innecesarios.

Mendeville la había llenado de espejos.

¿Había un límite para los espejos?, se preguntaba Mariquita mientras esperaba que unos pasos indolentes llegaran a abrirle la puerta del convento de San Francisco. No, no había límites para los espejos.

Hacía una semana le había llegado a la quinta un mensaje que le informaba que el padre Cayetano había pedido recibir la Unción y la había llamado a su lado. Mariquita había viajado de inmediato a la ciudad dejando a toda la familia disfrutando del río, de los duraznos de la quinta y de la música que siempre estaba ejecutando Mendeville.

Un franciscano la recibió y otro la condujo a la celda de fray Cayetano Rodríguez. Le abrió la puerta y la dejó pasar sin anunciarla.

—Así que vino… —murmuró débil, fray Cayetano—. Siéntese en esa silla. Un poco de humildad le hará bien.

Los franciscanos le habían permitido estar a solas en su celda porque ella había sido amiga del padre Rodríguez y porque él había sido su confesor. Y en conclusión, la triste verdad era que le habían permitido entrar solo porque el padre Rodríguez se estaba muriendo.

—¿Sí? ¿Las sillas de paja tienen ese efecto? —dijo ella sentándose en la silla de paja, pequeña y ruidosa que le había señalado fray Cayetano—. En la escuela de

Francisca López usábamos esas. Me picaba todo, pero nunca sentí que se me bajara el orgullo.

—No dije que las sillas hicieran milagros —murmuró el padre Cayetano con los ojos cerrados.

Ella sonrió.

—Vine a ver cómo estaba, padre —le dijo con ternura.

—Postrado, así estoy —dijo el hombre alzando levemente las manos mostrando su cuerpo hundido en el camastro.

Hacía dos meses que no se levantaba de su cama y que no salía de la celda del convento de San Francisco, convento que había sido el centro del disgusto que el gobernador Rodríguez y su ministro Rivadavia habían provocado.

—Las niñas le envían sus saludos. Clementina, Juan y Magdalena lo extrañan muchísimo. Todos lo extrañamos.

—A mí no me engañe. A mí no —dijo fray Cayetano seco.

—No, entonces —asintió Mariquita mirándose las manos—. ¿Quiere que le hable de Mendeville?

—¿Cómo está?

—Usted sabe, Mendeville es feliz si el puerto de Buenos Aires está abierto y se hace alguna reforma en la casa. —¿Y usted cómo está?

—Perfeccionando mi música. Si hubiera un arpa podría hacer algo de música. ¿Le gustaría? Todos los días llegan partituras nuevas. Las italianas son las mejores. Mendeville dice que no se puede superar a un maestro italiano.

—Cuénteme algo que valga la pena —le exigió el padre Rodríguez.

—Dos damas lanzaron gemidos de horror cuando vieron mi peinado ayer. Al parecer mi nuca está demasiado a la vista.

Se había reído tanto que le había escrito una carta a Mendeville contándole el asunto.

Al mostrarle a Mendeville el peinado de nuca descubierta y bucles como espuma a los costados de la cabeza, él había aplaudido como un niño, lleno de felicidad. A Mendeville le gustaban las extravagancias tanto como a ella, y cada deseo, por ridículo que fuera, era una orden para él. Le encargó diez espejos a Francia para que se mirara encantada y él pudiera verla así de feliz. Esperaban el embarque de espejos el mes siguiente y el estómago le hormigueaba de ansiedad a los dos.

Fray Cayetano suspiró. El aire le entró como navajas por el pecho. Mariquita sintió que se le oprimía el corazón y quedaba como carozo de durazno, rojo y arrugado.

—¿Necesita algo, padre?

—No, no necesito nada.

—Perdóneme, padre, porque… —empezó a decir sin pensar.

Se detuvo. ¿Por qué quería el perdón del padre Rodríguez? ¿Había llegado a buscar eso? ¿Se arrepentía de lo que había hecho?

—Dígamelo. No sea cobarde.

Mariquita miró la pared.

—El Ministro Rivadavia estuvo visitándome.

El padre Cayetano resopló.

—¿Y Mendeville se lo permite?

—Mendeville ama todo lo que me hace sonreír. Padre, tenemos una cantidad pecaminosa de espejos en la casa.

—A mí también me hace sonreír Rivadavia. Un verdadero malnacido.

—Padre, por favor —murmuró ella comprimiéndose los ojos con los dedos.

Las veía venir. Como una tormenta de verano en el horizonte sur de Buenos Aires. Las palabras que hablaban de política.

—Siga, siga hablando. Ese veneno ya no puede matarme.

—Usted no se va a morir, padre. ¿Por qué dice eso? Solo tiene que alimentarse mejor. Me dijeron que apenas come.

—Porque voy a morirme. Así que no tiene sentido comer.

—¿Usted lo siente, entonces?

—Sí, lo siento.

Mariquita podía ver que en las pestañas de fray Cayetano, que apenas abría los ojos para hablarle, había lágrimas.

—Rivadavia quiso fundar una Sociedad de Beneficencia dirigida por damas porteñas. Al cerrar las cofradías muchas escuelas quedaron sin dirección. El cree que las damas pueden dirigirlo. Las mujeres de familias más decentes de la ciudad, claro —le dijo sin pensar.

—¿La llamó?

—No, a mí no.

Había tenido que mirar desde lejos toda la convocatoria a las damas patricias de Buenos Aires. Al parecer ella no contaba con tales títulos. Bien sabía que no era cierto, pero no le habían perdonado a Mendeville. Todavía no.

—¿Le dijeron por qué?

—Por los niños.

—Qué considerado ese señor Rivadavia. No le importa expropiar a los conventos, pero sí se preocupa por los niños. ¿Ve? Todo canalla tiene un límite.

Mariquita se arrodilló para apoyar los brazos en la cama de fray Cayetano. El corazón se le marchitaba otra vez escuchando las palabras que le decían que nada había sido solucionado en la política de Buenos Aires.

—¿Qué le pasa?

—Me duele la cabeza.

—Pida un poco de vino. Se la escucha cansada.

—No se preocupe, padre. No hace falta.

—Siga contándome, vamos —se agitó fray Cayetano bajo la manta que lo cubría.

Era la mitad del hombre que la había ayudado a conocer la felicidad hacía veinte

años. El cuerpo se le notaba débil y la carne pegada a los huesos. Los ojos, antes vivos y sonrientes, se habían hundidos y solo quedaban dos esferas negras contra la piel pálida. Los párpados eran una fina tela arrugada con tres pelitos como pestañas. Los labios le habían desaparecido, también muchos de los dientes. Tenía la piel marchita, el aliento débil.

—En Europa lo están haciendo. Las damas se reúnen y organizan escuelas. Él está entusiasmado con la idea de educar. Piensa que la educación del pueblo comienza por la educación de las mujeres, que somos nosotras las que tenemos la principal tarea.

—¿Cómo está Martín?

Mariquita sintió el frío en el cuerpo.

—No… ¿qué digo? —se corrigió el padre Cayetano—. Juan, su niño, ¿cómo está?

—Está bien, crecido. Muy parecido a su padre. —¿Lo va a mandar a Francia?

—Sí, claro. Practica su francés todos los días con su papá Mendeville.

—Le dije que sus hijos necesitaban un padre.

Lo había dicho. Lo que no imaginaba, y ella no se lo iba a decir, era que a Juan, ya de once años, no le gustaba Mendeville. Las niñas lo habían aceptado, las más pequeñas se divertían muchísimo cuando su papá Mendeville las hacía bailar y cantar en francés. Disfrutaban de los conciertos de su marido y su extrema paciencia para enseñarles a tocar el piano y el arpa. Incluso Clementina, que recordaba bien a su padre y el cariño que Martín sentía por ella. Pero no Juan, él se mantenía distante, mirándola con los ojos oscuros, iguales a los de ella y a los de su abuela Magdalena.

—¿Qué dijo el niño cuando supo que lo enviaban a Europa?

—Se puso contento. Al menos eso dijo.

—¿No cree que sea así?

—Se volvió silencioso. Lamentaría que dejara de ser el niño cariñoso y noble que es.

—Dios lo protegerá en el camino. Voy a rezar por él. Me habría gustado educarlo…

—Gracias, Padre. Rece por mí, también. Yo me cansé de rezar hace tiempo.

—No se lo voy a perdonar nunca.

—Ya lo sé. Y no me importa.

—Nunca se le pasó lo terca.

—Ni se me va a pasar.

—No se junte con Rivadavia.

Mariquita apoyó de nuevo la cabeza sobre los brazos. Fray Cayetano tenía los ojos cerrados pero seguía hablando. Respiraba muy despacio, pero seguía haciendo ese ruido como de navajas. Toda la habitación olía a humedad y había manchas en las paredes. Fray Cayetano olía a enfermedad, orina y suciedad de días. Transpiraba bajo la manta que lo tapaba, y el olor del sudor se mezclaba con los demás.

El dolor se le juntaba en la garganta y el estómago, y le amargaba la boca. Habían dejado de ser amigos hacía tiempo.

Fray Cayetano se había retirado de la política en 1820, puesto que ya la política no pasaba por hombres pensadores como él. En el año 20, a diez años de la gloriosa fecha que los dos habían vivido con emoción, todo lo deseado había estallado en mil fragmentos. Las Provincias Unidas que habían declarado la Independencia, esa que ese hombre consumido y hediondo había redactado, no habían logrado formar un estado unificado. Que si Buenos Aires quería controlar al resto del territorio, que si las provincias del este querían conservar su autonomía. Todos los vientos de Buenos Aires traían las mismas palabras: unitarios y federales, Caín y Abel, que luchaban a sangre fría y traición tras traición. Ya nadie hablaba de revolución.

Por eso, ella tampoco ya mencionaba la palabra. Le había gustado tanto decirla. Asustaba a su madre diciendo revolución cada media hora, para que ella se persignara. Qué lejos estaban todos esos sueños. Su madre enterrada en La Merced, la revolución hecha pedazos, Martín deshecho por los peces en el mar.

Pero el gobierno de Martín Rodríguez y el ministro Rivadavia habían llevado a la política de nuevo a fray Cayetano. El atropello contra las órdenes conventuales, la expropiación de los conventos, la intervención en las órdenes, las reformas mismas que proponían, lo sublevaba. ¿Cómo iba a quedarse quieto ante tanta maldad? Llegó a publicar un diario para combatir las reformas.

A fines de 1822 su salud se vio afectada y ya no tuvo fuerzas para seguir peleando. Un revolucionario más que debía dejar la vida política.

—No dice nada.

—No sé qué decirle —le respondió ella lamiéndose las lágrimas de las comisuras de los labios.

—Debería decirme que es feliz.

—Soy feliz, padre Cayetano —dijo con un susurro débil.

—Mentirosa. Ya no la reconozco. ¿No es un buen hombre, Mendeville?

—Excelente.

—¿Y entonces por qué se queja? ¿Qué más quiere?

Los sollozos se le desataron del nudo que tenía en el estómago. Lloró triste, pero en silencio. No supo si fray Cayetano se había dado cuenta, el hombre seguía hablando.

—Ese Rivadavia. Tan ilustrado que se hace. Martín Rodríguez tuvo suerte. Su amigo Ortiz de Rozas le salvó el pellejo con sus Colorados del Monte. ¿Ahora se hace llamar Rosas, no es cierto?

—Rosas, sí. Nadie sabe bien por qué se cambió el apellido. Tiene una estancia en el sur. Vive allí con su mujer, Encarnación.

Si Mariquita lo miraba desde el terrible año 1820, el gobierno de don Martín había traído paz a una ciudad que escuchaba todos los días tiros al aire y gritos en las calles. Rodríguez había convocado a Bernardino Rivadavia, secretario del

Triunvirato, después expulsado de Buenos Aires. Rivadavia había pasado mucho tiempo en Europa y había regresado con aires nuevos y nuevas ideas.

—A mí me gusta Rivadavia, padre Cayetano.

—¿Ah, sí? Y dígame, ¿desde cuándo se ha visto tal atrocidad? El estado controlando a la Iglesia. Disolver las órdenes. Confiscar los bienes. ¿Qué es eso sino la obra de un ser impío?

Los oídos estaban por sangrarle. Ya no quería saber nada de política. Por eso la vida con Mendeville era feliz. Las palabras eran dulces, livianas, la hacían sentir viva y feliz. Ella daba gracias por haberse decidido por un hombre que se mantenía alejado de cuanta pólvora se le cruzaba en el camino.

—Mejor que Rivadavia no la llamara. ¿Para qué quiere a ese hombre cerca?

—Pero Rivadavia me llamó, padre Cayetano.

Solo se escuchó la respiración del fraile durante un rato. A veces lo interrumpía el canto de los pájaros del jardín del convento, pero hasta ellos tenían demasiado calor como para cantar. Mariquita respiraba apenas y de a ratos creía que podía escuchar los latidos de su hijo en su vientre.

El padre Rodríguez levantó la mano y la colocó sobre su cabeza. Le abolló la espuma de rulos que tenía sobre las sienes con sus dedos débiles.

—¿Para qué la llamó?

—Todas las mujeres a las que convocó lo rechazaron. El fraile quiso reír pero del pecho solo le salieron leves quejidos.

—No se ría.

—Es que no entiende a las damas porteñas. Ninguna iba a aceptar. La vida pública no es para las damas. —¿Por qué no?

—Porque el honor de una dama está en juego si hace vida pública.

—Lo está también si no la hace —protestó Mariquita.

—¿Qué le dijeron?

—A mí nada. Pero los rumores entran por las ventanas.

—¿Y qué le dicen?

—Que soy mayor que Mendeville.

—Eso no es un rumor.

—Que falseé mi edad en el acta matrimonial.

—Eso es verdad.

Esta vez fue la respiración de Mariquita la que se escuchó con fuerza en la habitación. Eran los gemidos previos a un llanto profundo que la atacaba de vez en cuando, a escondidas del mundo.

—¿Qué le pidió Rivadavia?

—Que lo ayudara a convencer a las mujeres. Que me harían caso si yo aceptaba.

—¿Aceptó? —Se agitó el padre Cayetano levantando la cabeza para mirarla—. Dígamelo, ¿aceptó?

—Por supuesto, padre Rodríguez. Primero le pedí a Justa, pero ella no se

animaba. Le insistí y aceptó. Aunque todavía tiene dudas y la entiendo. Después fui con Casilda, ella sí aceptó sin dudarlo. Después de todo es la mujer de Rodríguez Peña, un revolucionario como Martín. Mi pobre Martín…

Fray Cayetano dejó caer la cabeza sobre la almohada y le quitó la mano del cabello. El hombre, su viejo amigo, su confesor, su educador, exhaló un profundo suspiro. Mariquita comprendió que ese era el sonido de la decepción.

—Después de Casilda aceptaron once más. No es el número malo, padre. Vamos a educar niñas, ¿no es eso bueno? Usted sabe de educar niñas, me educó a mí. Rivadavia es un hombre que aprecia la buena educación. Fundó la Universidad para los muchachos, ¿por qué no fundar escuelas para las niñas? No sabe la ilusión que tengo, ver a Juan en la Universidad… No dice nada, padre Cayetano.

—No tengo nada que decir.

—¿Piensa que lo traicioné?

—Sí, eso creo.

—Tiene razón. Es la última traición a la revolución. Se puso de pie y caminó por la celda rápido y hablando a borbotones:

—Me sentí mal cuando Rivadavia no me llamó enseguida. Fue por Mendeville. Por mi casamiento. Por mi hijito Julio. Todos me miran de costado porque nació en noviembre. ¿Y sabe qué, padre? ¿Sabe qué? Tienen razón. Ya estaba embarazada cuando me casé. Dígalo si quiere, no me importa. Pero, padre, ¿cómo iba a decirle que no cuando vino a buscarme? La educación de las niñas, alguien se tiene que hacer cargo de las niñas. ¿Qué más quiero yo que educar mujeres para la patria? Ya no entiendo lo que piensan los hombres. ¿Dónde quedó la revolución? Habría ido yo misma al norte a pelear con Belgrano. Pero nosotras no podemos. Somos tiernas, inestables, faltas de razón. Debemos quedarnos en casa, tener niños, ser vigiladas. Usted también piensa eso, ¿o no? Todos se traicionaron. Uno tras otro. Belgrano murió. Moreno murió. Monteagudo expulsado. Mi vida se murió por la mitad. Ahora está deshecha en el mar. Todos nos traicionamos. Así que, cuando Rivadavia vino, le dije que sí. Sabía que me había ignorado por Mendeville. Sabía que las otras no querían estar si yo estaba. Le dije que sí igual. ¿Cuándo iban a darnos una oportunidad para hacer algo? Nunca. ¿Qué me importa que me despreciara? ¿Qué me importa que me ignorara cuando soy la mujer más importante de Buenos Aires? Llámeme traidora si quiere. Lo hice porque quise. Porque es mi voluntad. Haga lo que quiera, no me importa. Haga lo que quiera, padre Cayetano. Pero nunca, nunca me perdone.

Segunda Parte

Mujer que tiene sus pasiones tiene mérito y, sea en la clase que sea, tiene corazón y es lo que yo aprecio. De las mujeres impecables tiemblo: son perversas; pero no digas esto, hija, porque me tendrán por una bandolera; pero es que yo entiendo la virtud por otra cosa. La que puede reunirlo todo es un prodigio raro; pero he notado que en mi larga peregrinación que las Castas Susanas son un saco de envidias, las más veces porque nadie las persigue y por vanidad.

Mariquita Sánchez a su hija Florencia Thompson,
Montevideo, 29 de julio de 1554.

Atontada y frívola

En el salón dorado de *madame* Mendeville,
junio de 1826

—Mi querido Mendeville —susurró al oído de su esposo.

—¿Mi querida Marica?

Mendeville tenía problemas para pronunciar Mariquita, así que la llamaba Marica. A ella le gustaba porque la volvía diferente, extranjera, aún en su propia ciudad.

—¿Qué tenía este *champagne* que me está dejando sin aliento?

—Me dijeron que esta caja era especial. Ahora entiendo por qué.

—¿Qué tenía de especial, mi querido Mendeville?

—Me dijeron que era para enamorar a una reina.

Mariquita cerró los ojos y le agradeció con una sonrisa enorme. Mendeville le besó la frente.

—¿Otra copa?

—No, Mendeville, o voy a terminar avergonzándonos. Voy un momento al patio para tomar aire. No me descuides a los invitados.

—Jamás haría eso.

—¿Música? El almirante Brown parece aburrido. Cantale una de tus canciones francesas.

—Como ordene, *madame* Mendeville.

Necesitaba salir y sentir el frío de la noche en la cara, en el pecho y en las manos. Había tantas personas en el salón, tanta música, tantas palabras, que había tenido que escapar o se sofocaría. Tenía las manos heladas así que se las apoyó sobre la frente para aliviar el dolor de cabeza. Tanto *champagne* de Mendeville, la atontaba. Peor todavía, le provocaba una terrible puntada en la sien derecha que tardaba días en irse.

Hacía trece años, en esa misma casona que crecía hacia los lados, se modificaba, se cercenaba, ella había encerrado al maestro Parera en su estudio de música para que compusiera la letra de la Marcha Patriótica. Bernardo de Monteagudo la había vuelto loca para que lo dejara escuchar la música y el primer canto del maestro Parera. Media hora antes habían cantado esa misma Marcha Patriótica, celebrando el triunfo del almirante Guillermo Brown justo frente a la costa del Río de la Plata.

El combate en la línea de los Pozos fue visto por toda la ciudad de Buenos Aires apretada contra la costa del río. Del Retiro se veía mejor y Mariquita junto con sus niños mayores y Mendeville contemplaron el momento en que Brown derrotaba a los brasileros que invadían las aguas porteñas y evitaban la llegada de los barcos mercantes.

La Sociedad de Beneficencia le había entregado una bandera bordada con hilos de oro, al almirante, como recuerdo de su triunfo patriótico. Pero Mariquita quería algo más, algo importante que recordara toda la ciudad. La casa de los Mendeville se abrió para el festejo de la gran victoria.

Los espejos del pasillo le devolvieron sus ojos brillantes por la emoción del recuerdo. Vivir la batalla la había llevado a años que habían quedado sepultados en el agua, junto con Martín. Sacudió la cabeza para olvidarlos: se habían deshecho comidos por los peces frente a las costas de ese país que los atacaba.

Mendeville había prometido alejarla de los malos recuerdos y cumplía al pie de la letra su promesa de matrimonio. Le regalaba las extravagancias más divertidas, las que más iban a escandalizar a la ciudad.

El *champagne*, por ejemplo. La ciudad no lo conocía. Mendeville emborrachó a todos una noche de 1825 para hacerles olvidar que Brasil y las Provincias Unidas —que de unidas no tenían nada— estaban en guerra.

Otra locura de Mendeville había sido el abrigo de piel. Su marido estaba feliz porque la familia se había agrandado. En 1824 había nacido Carlos y un año después, Enrique. Para mimarla por tanta felicidad, Mendeville le regaló un abrigo de piel, el primero que se conocía en la ciudad. Mariquita lo lució orgullosa paseando del brazo de su marido por la Alameda. No hacía mucho frío y transpiró bastante con la caminata, pero valió la pena ver la salida de la luna por el río y las caras azoradas de las señoras más beatas. Esa noche de rieron tanto y tomaron tanto *champagne* que al día siguiente nadie pudo despertarlos hasta las diez de la mañana. Las damas de la Sociedad se enojaron mucho cuando la vieron llegar con resaca.

El gran capricho de Mendeville y, por lo tanto, capricho de Mariquita fue el gran salón. Se habían dedicado a hacer hermosa la gran casona de la calle Florida. Llegaban a la casa viajeros de todas calañas: comerciantes, banqueros, aventureros, científicos. Mendeville se había convertido en Inspector de Comercio de Francia y todos los franceses iban a visitarlo.

A todos los recibían, todos eran interesantes, a todos alojaban. No importaba si eran pobres o ricos, desconocidos o famosos, si Juan —ya de regreso— los miraba serio o si las niñas eran expuestas a hombres de miradas lascivas. Todo era alegría en casa de los Mendeville. Era la ley que gobernaba a la familia y la que debía regir sobre Buenos Aires.

El gran salón no pertenecía a la calle Florida, pertenecía a Francia. Lo habían planificado como dos glotones, hambrientos de todo lo brillante, luminoso y dorado que pudieran encontrar. Habían sido exigentes con los mercaderes pero jamás avaros, estaban dispuestos a pagar por el más pequeño de los caprichos que cada uno tuviera.

Mendeville, por ejemplo, había rechazado dos pedidos de damasco dorado llegados de Francia, porque no le parecían de calidad suficiente. El tercero fue el que estuvo a la altura de sus expectativas. Los espejos de marco dorado, gran orgullo de Mendeville, fueron engarzados de tal manera que se continuaban uno tras otro por

todas las paredes, solo interrumpidos por puertas vidriadas. Llevó un tiempo, pero pudieron lograr el gran sueño de Mendeville: el techo abovedado también fue cubierto de espejos. Si los invitados miraban hacia arriba, podían verse a sí mismos, reproducidos hasta el infinito.

¿Los candelabros? Algunos decían que eran de oro, pero resultó que a Mariquita no le convencieron los modelos que había. Pero sí le gustaron unos bronces relucientes. Ordenó bañarlos en oro dos veces, para que brillaran más. Los encendía a todos, con velas del mejor cebo, ese que no daba olor, para que nadie sufriera de mareos por aires fétidos.

¿Los muebles? Ah, los muebles eran el orgullo de Mariquita. Recordaba el empeño que ponía su madre en escoger los muebles en épocas pasadas y ella los eligió también con igual pasión. Los seleccionó a partir de catálogos traídos de Francia. Los eligió —después de mucho pensarlo— de caoba, con incrustaciones de oro y marfil. Tapizados de damasco y brocado amarillo y dorado.

¿La chimenea? La chimenea hacía suspirar a todo invitado de los Mendeville. Cada habitación de la casa tenía una chimenea. La del salón, era de mármol y oro, estilo Luis XVI, única en Buenos Aires y única en Sudamérica. Mantenía calentitos a todos los invitados de las continuas fiestas en invierno. Y en verano, Mariquita había asombrado a todos poniendo flores rojas, amarillas y blancas en el hueco de la chimenea, arregladas para que parecieran fuego.

El gran salón era suntuoso y ni las recelosas damas de Beneficencia podían encontrarle una falta. Si alguien tenía el dinero, la ambición y la mente para tener un salón así, esa era Mariquita Sánchez de Mendeville. Todos se sentían un poco franceses cuando iban a casa de los Mendeville, sobre todo cuando Washington se sentaba al piano y les cantaba canciones en francés junto con las encantadoras niñas Thompson, Clementina y Magdalena, que ya despertaban suspiros entre los caballeros más jóvenes.

Las luces brillaban, las voces reían, los ojos relataban felicidad. Mariquita podía verlos a través de las puertas vidriadas: eran felices en la tertulia de *madame* de Mendeville. Ella era feliz por ellos, por poder darles un instante de frívola alegría, de luminosa felicidad que, como un sueño, acabaría al amanecer.

Ella se miraba feliz en los espejos del pasillo.

Hacía treinta y nueve años había nacido en esa misma casa, y su padre había plantado ese mismo naranjo que la miraba desde el patio. Nadie comía las naranjas, se las daban a los mendigos o se hacían dulces para el Colegio de Huérfanas y los demás colegios que manejaba la Sociedad. Era un naranjo inútil y Mendeville había amenazado varias veces con tirarlo abajo y hacer un jardín como los de Versalles. No lo había dejado porque quería conservar algo del pasado, aunque fuera simplemente ese inútil naranjo que la espiaba desde el patio.

Un coro de carcajadas la distrajo. ¿Qué chiste habría contado Mendeville para hacerlos olvidar de la guerra con el Brasil? Mendeville tenía genio para la vida fácil y

ella tenía el dinero para llevarla adelante. La gente decente de Buenos Aires necesitaba distraerse y los Mendeville, «esas dulces criaturas» como los llamaban, les ofrecían la mejor música, la mejor bebida, las risas más felices. La fiesta había servido, además, para el nuevo capricho de Mendeville: mostrarle a todo el mundo el nuevo servicio de plata que había llegado de Burdeos hacía una semana.

Volvió el rostro hacia el patio, hacia el naranjo.

No vio el árbol.

En cambio, se encontró con un rostro conocido que la miraba risueño.

—Juan Manuel Ortiz de Rozas —dijo pronunciando los nombres con placentera cadencia.

—*Madame* Mendeville —respondió él con una reverencia.

—¿Qué haces acá? —le preguntó riéndose.

Él dio unos pasos hacia ella, ingresando al pasillo de espejos que conducía al salón. Quedó tan cerca de ella que Mariquita tuvo que retroceder para poder mirarlo a la cara.

—Me dijeron que en casa de los Mendeville se puede ir a una fiesta sin ser invitado.

—Ningún Ortiz de Rozas necesita invitación a esta casa. Siempre fue así en tiempos de mis padres y seguirá siéndolo.

—¿Y qué tal un Rosas? A secas.

—Un amigo de la infancia no necesita invitación, Juan Manuel —le dijo con calidez, apoyando su mano en su brazo.

Le sorprendió la dureza del brazo bajo la tela. Se sonrió y lo rodeó con ambas manos tanteando la fuerza que había en él. Juan Manuel estaba en esa edad en la que todo hombre porteño entraba a la vida pública.

Se había mantenido alejado, en sus estancias del sur, sin intervenir durante la década del diez, pero el año veinte lo había visto entrar al escenario político. Fue él quien había ayudado a Martín Rodríguez a llegar a la gobernación. Se había vuelto un hombre poderoso, un hombre con influencias.

Doña Agustina, de voluntad rígida, tal como había sido su madre Magdalena, se había opuesto al matrimonio con Encarnación. Juan Manuel no la había llevado a un juicio de disenso. Simplemente dieron a conocer que Encarnación estaba embarazada. No fue difícil el casamiento después de eso. Lo curioso fue que las damas de Buenos Aires sabían sumar bien y se dieron cuenta de que Encarnación no parió un hijo después de nueve meses. Cada vez que los veía juntos, Mariquita se preguntaba si esa no habría sido la solución más fácil para casarse con Martín. Inmediatamente recordaba que no, que a su madre no le había importado declarar ante un escribano que no le importaba si Mariquita era virgen o no.

—¿En qué te quedaste soñando?

—En nuestras madres.

—Doña Magdalena era una excelente mujer.

Mariquita asintió sin poder contestar algo. Volvió la mente a los brazos de Juan Manuel.

—¿Desde cuándo tenes estos brazos?

—Las tareas del campo vuelven fuerte a un hombre —dijo Rosas sonriéndole.

—Eso veo —le dijo mirándolo con aprobación de mujer coqueta—. Voy a poner a Mendeville a cultivar algo en San Isidro… ¡Vamos, Juan Manuel! —rio Mariquita tirándole del brazo hacia el patio—. ¡Vamos a jugar alrededor del naranjo!

Él se rio.

—¿Yo me escondo o vos te escondes?

—¡Vos me corres! —lo desafió—. Al fin tenes las piernas largas para alcanzarme.

Juan Manuel no le respondió. Se quedó en silencio, con los ojos sobre ella, viéndola sonreír y coquetear; adivinando, quizá, que el *champagne*, digno de una reina, la afectaba.

—Me enteré de que quieren vender la quinta de Altolaguirre.

Mariquita sacó las manos del brazo de su amigo con violencia. Se miró en uno de los espejos, acomodándose el cabello que estaba en perfecto estado. Era su corazón el que se había agitado al escuchar las palabras de Juan Manuel.

—No quise molestarte —dijo él haciendo una reverencia galante a modo de disculpas al reflejo de su amiga.

—No es molestia —le contestó ella a través del espejo—. No sé por qué hicieron tanto escándalo cuando se enteraron que quería venderla. La quinta estaba alquilada desde hacía tiempo. Es la mejor decisión.

—Los olivares están produciendo aceite.

—¡Sí, y es una molestia! Mendeville tiene cabeza para los negocios, pero no para cultivar. Todavía no me perdonan mi casamiento con Mendeville, menos que quiera vender la quinta de don José. Pero es mía, después de la muerte de Martín, es mía para hacer lo que yo quiera. Necesito el dinero.

—Seguro que sí.

—¿No me crees?

—Te creo, Mariquita.

—El viaje de Juan costó dinero. No iba a mandar a mi pobre niño como si fuese un mendigo a Europa. Tengo una vida que sostener, ropa, lecciones, dinero para la hermana de Mendeville.

—Los negocios de Mendeville van bien por lo que sé. Su sociedad con Eduardo Lorheile recibe grandes beneficios. Y la adición a la familia parece ser el premio para tan buen negocio.

—Clementina está tan feliz. ¿Quién habría dicho que se enamoraría del socio de Mendeville? Todavía no puedo creer que renga una hija enamorada. ¿Te cuento un secreto, Juan Manuel? ¿Algo que solo se cuenta a un amigo de la infancia?

—Por favor.

—Me parece mentira que Clementina se esté casando. ¡Tiene diecinueve años!

Me miro al espejo y pienso, ¿ya tengo una hija casadera? ¿Ya tengo un hijo que marchó a Europa? No puedo creer que pasara tanto tiempo.

—Nadie diría que tenes una hija casadera.

—¿No? —le preguntó Mariquita en el colmo de la felicidad, mirándose contenta al espejo que tenía frente a ella.

—¿Siempre hubo tantos espejos en este pasillo? —preguntó Juan Manuel mirando a su alrededor.

—¡No! —rio Mariquita—. Mi madre no lo habría permitido. ¡No había tantos espejos en todo el virreinato! —dijo riéndose de su propia broma.

—¿Y quién lo permite?

—Mendeville me malcría. Dice que nada le gusta más que verme cuando me miro al espejo. Que no hay una Mariquita más real que la que se mira al espejo.

—Frívola…

—Ah, vos también, Bruto, hijo mío.

—Demasiado viejo para ser tu hijo —rio Juan Manuel.

Un bullicio llegó desde el salón. Por la puerta se veía un grupo de gente rodeando al almirante Brown, a Rivadavia y a Mendeville. Gritos, aplausos y risas, todas doradas por la luz del salón luminoso de la calle Florida.

—Tu amigo Rivadavia parece contento.

—¿No es tu amigo también? Estoy contenta por él. La presidencia es lo que merece un hombre como él. Nunca habíamos tenido a un hombre tan capaz en el gobierno. Estoy contenta de que sea presidente.

—El triunfo de Brown le vino bien. Pero la guerra con Brasil le está carcomiendo las entrañas.

—No hablemos de política, Juan Manuel —renegó Mariquita—. No tengo cabeza para eso, ya no. ¿Cómo está tu madre? La invité, lo sabrás bien, pero a ella no le gustan las fiestas tan llenas de gente. La invito siempre a merendar y viene contenta con tus hermanas. ¿Dónde están Prudencio y Gervasio? ¿Los mandaste al campo?

—Los dos al campo. Gervasio está de capataz en una estancia, pero quiere volverse a Buenos Aires. Le gustan más los negocios que las vacas.

—¿Es bueno con los números?

—Es lo que mejor hace.

—Mándale a decir que en cuanto venga me visite. No. Hace que venga —le exigió—. Necesito que alguien me ayude. La Sociedad de Beneficencia me corre con las cuentas.

—¿No te ayuda Mendeville?

—Está ocupado con sus negocios. Y mi tarea en la Sociedad no incluye a Mendeville. Y quiero que siga así. —Marchan bien las cosas, espero.

—Algunos dolores de cabeza. Son muchas escuelas, y todas pierden tiempo dando razones. Las maestras son un tedio, a ninguna le gusta el sistema que queremos imponer en los colegios. Hace unos meses se sumaron los colegios de campaña y las

maestras son más rebeldes todavía. Me nombraron secretaria, y me dieron la tesorería. Les llevó poco descubrir que no tengo genio para los números, y hacen escándalos, porque les encanta hacer escándalos, nada más. Por eso te pido, escribile a Gervasio, que se dé una vuelta por Buenos Aires a visitar a su amiga Mariquita.

—Le escribo mañana sin falta.

—Gracias, Juan Manuel. ¿Vamos al salón? —dijo dando un paso hacia la puerta—. Hay muchísima gente. El almirante Brown está en su momento de gloria. La batalla fue grandiosa. ¿La viste? Nosotros íbamos a estar en San Isidro pero no nos movimos de Buenos Aires. Quería que los niños vieran esto. Le pedí a Mendeville que nos llevara hasta el Retiro. ¡Desde allí se veía todo tan bien! No podíamos dejar de mirar el río. ¡Los cañonazos, Juan Manuel! Y nosotros que siempre pensamos que Buenos Aires no sería atacada. ¡Desde la invasión de Beresford que no me sentía así!

—¿Sabías que Monteagudo fue muerto?

—¿Qué?

Tuvo que apoyarse contra uno de los espejos. Respiraba con violencia, hundiendo el pecho para alojar más aire del que podían sus pulmones. Se había dejado llevar por una emoción que tenía que reprimir todos los días. El combate contra la escuadra brasilera había sido asombroso. A Martín le habría gustado tanto verlo. Los niños se asustaron mucho, pero Mendeville los animó después comprándoles tantos caramelos del Café Francés como para alimentar a toda la tripulación de Brown.

Ella se había dejado llevar otra vez por la emoción de ser parte de la vida misma de la ciudad. Por suerte, Juan Manuel le recordaba con frías palabras por qué se había alejado de todo eso.

—Lo asesinaron.

Dejó caer los brazos al costado del cuerpo. El espejo detrás de Juan Manuel reflejaba su dolor. No era solo la sien la que le dolía, era el cuerpo entero y el alma. No ocultó sus lágrimas ante él. No podía pronunciar palabras, todas morían en los límites de sus dientes y caían muertas por los costados de su boca.

—Pensé que te habría llegado la noticia. Sé que fue tu amigo.

—Lo quise como a un amigo —dijo ella apenas—. Sé que él también me quiso. Lo último que supe es que se había ido a Perú con Bolívar.

—Lo asesinaron en Perú. Hace un año y medio ya.

—Por eso no escuchaba noticias de él. Pero nadie dijo nada. ¿Todos se olvidaron de Monteagudo? Pobre Bernardo, morir tan lejos. ¿Asesinado? ¿Por qué asesinado?

—Por su carácter.

—¡Su carácter! Bernardo era un encanto.

—No temía mandar a matar, así que todos le temían.

—¿Cuántos más van a morir? ¿Hasta cuándo, Juan Manuel? Yo ya no resisto tantas muertes. Se supone que todos tenemos que morir de viejos, no desangrándonos. El padre Rodríguez lo quería tanto…

El recuerdo del padre Rodríguez le carcomió el corazón. Todos morían, todos

caían alrededor, muertos en lugares distantes o muertos en una ciudad que los desterraba en vida. Era una vil carnicería de traiciones, guerras, hombres armados peleando por una idea, un partido o cualquier excusa que les viniera bien.

—Marica, ¿estás bien? ¿Señor Rosas? No sabía que estaba en Buenos Aires.

La voz de Mendeville fue un bálsamo para las penas de Mariquita. Sabía que el dolor se iría con su esposo. Le tendió la mano, agradecida por su presencia.

—Llegué hace dos días, cuando supe del combate con el Brasil.

—Ah, bien —respondió Mendeville contento—. ¡Bien! Qué mejor que llegar para tan hermosa ocasión. ¿No le parece? Gran victoria la de Brown. Esperemos que se pacifique el puerto pronto y los barcos puedan entrar como siempre. Nada molesta más a un comerciante que ver el puerto bloqueado.

—Que se pacifique el puerto es lo que todos queremos —dijo Juan Manuel solemne.

—Por favor… —murmuró Mariquita mirando a Juan Manuel y a su marido alternativamente—. Basta de guerras, por favor.

—¿Pasó algo?

—Malas noticias, nada más —murmuró Mariquita en el hombro de su esposo—. ¿Hasta cuándo seguirán llegando las malas noticias?

—El orden tiene un precio, Mariquita —dijo Juan Manuel.

—Se paga —contestó Mendeville seguro, acariciando la cabeza de su esposa—. Se paga. Para eso hacemos negocios mi socio Lorheile y yo, para obtener dinero. Si se necesita dinero para mantener el orden, se paga. Ponga el precio, Rosas.

Juan Manuel miró hacia la puerta vidriada. Llegaban risas, aplausos, festejos. Parecía que no había ninguna guerra, que eran felices, felices por los reflejos dorados del *champagne* de los Mendeville.

—¿Y si el precio no es en metálico?

—¿Y si no es dinero, qué otra cosa? —dijo impaciente Mendeville.

—Sangre —le respondió Rosas—. Mucha sangre.

—Preferimos el dinero —dijo Mariquita nerviosa, con la sien latiéndole al ritmo de su corazón—. Y en esta casa preferimos no hablar de sangre. Solo de música y mujeres que me reclaman los recibos de la Sociedad de Beneficencia.

Rosas lanzó una risotada. Mariquita tuvo que reír con él y Mendeville, después de mirarla para cerciorarse de que la risa era verdad, se unió a ellos.

—¿Te parece Juan Manuel que alguna vez hubo una decisión más tonta? ¡Nombrarme a mí tesorera!

—¿Y cómo se llegó a ese milagro?

Mariquita se acercó hasta Juan Manuel y le susurró al oído:

—Renunciaron las dos que habían elegido antes. Ninguna me quiere. Pero no me importa, algún día voy a ser presidenta de la Sociedad y las voy a recibir a todas en mi salón dorado.

Juan Manuel la miró con admiración.

—Quiero ver eso. Mariquita presidenta.

—Es un hecho —le dijo desafiante—. Ahora **pasa** al salón, quiero hablar con Mendeville.

Rosas hizo una reverencia profunda antes de irse. Cuando traspasó la puerta, varias voces lo recibieron con alegría. Mariquita se volvió a su marido.

—¿Por qué me ocultaste la muerte de Monteagudo, Mendeville?

—No quería que estuvieras triste —dijo él sin ocultarle nada—. En esta casa todo debe ser alegría. ¿Eso es lo que queremos, no?

—Nunca escuché a nadie hablar de su muerte…

—Les pedí que no lo dijeran. Mucha gente te quiere, mi dulce niña. Solo te fijas en los que te critican.

—Me lo dijo Juan Manuel, hace unos minutos. ¿Significa que él no me quiere?

—No creo que haya alguien que no pueda querer a mi dulce Marica. Significa que no tuve tiempo de hablar con él.

—¿Hasta cuándo ibas a ocultármelo? —protestó enojada sin caer en las lisonjas de su marido.

—Hasta que terminara la guerra con el Brasil, ¿quizá? Mírate, Marica, mírate.

La había tomado por la cintura y la enfrentaba a un espejo. Su rostro se había desmejorado muchísimo. Ya no era la frívola dama atontada de *champagne* que había salido a tomar aire. Tenía los ojos rojos y los labios hinchados. Las lágrimas le habían abierto surcos en el rubor francés que Mendeville había traído solo para ella. Su esposo le tomó las manos y las colocó en su propio rostro.

—Esa es la misma cara que vi hace siete años. Apenas hablaba español y la dama que me empleaba había recibido una noticia terrible. Era una dama tan fina, la única que se parecía a las damas que dejé en Francia. Con un amor por la música que solo yo entendía. Me desesperé porque ya la amaba. La abracé y le dije que me contara todo. Ese día me juré que no volvería a ver esa cara otra vez.

—No más tristezas, por favor… —murmuró Mariquita.

—Nunca más tristezas…

—Juan Manuel me tentó. Me lo dijo porque sabe que no puedo resistirme. No me sueltes, Mendeville. No me sueltes.

La tranquilidad se disfraza de felicidad

En la reunión de la Sociedad de Beneficencia,
Buenos Aires, octubre de 1828.

—El primer tema de hoy es el de las maestras de Flores. La maestra García no está de acuerdo con el sistema Lancaster.

Una niña, ya educada, le enseñaba a una niña de menor edad las primeras letras y los números para recorrer su camino en el mundo del conocimiento. ¿Por qué cuernos no le gustaba un sistema tan apropiado para la falta de recursos?

Porque a todas les gustaba molestar, por eso.

Mariquita miró por la ventana. La Sociedad funcionaba en una casa de altos y se podía divisar el río desde su asiento. Para distraerse de esas discusiones que no tenían fin, volvía la cabeza hacia la ventana y soñaba.

—Le dijimos que ese era el método elegido por la Sociedad y contestó que a ella no la manda ninguna Sociedad —respondió Justa, su aliada dentro de la Sociedad.

Justa Foguet de Sánchez, su gran amiga desde siempre, la miraba desde el otro lado del salón. Justa era el viento que traía las hablillas, el almohadón donde descargaba las lágrimas de furia después de cada una de las peleas de la Sociedad, la única que entendía sus bromas en medio de esas reuniones tan formales como inútiles. Casilda de Rodríguez Peña era su otra amiga y confidente. Pero las dos no podían contra las envidias y desafíos que había hacia ella.

—¿Puede hablar más lento por favor, inspectora?

Mariquita volvió a mirar por la ventana. Era octubre y los días se habían vuelto cálidos. Las mujeres hablaban sin cesar y se detenían pidiéndose que hablaran más lento. Estaba tentada de hacerlas callar y proponer que la dejaran a ella sola como único miembro de la Sociedad de Beneficencia, así dejaban de discutir de una vez por todas. Se llevaría ella a todas las niñas de las escuelas a su casa y Mendeville les enseñaría a cantar en francés. ¿Qué mejor idea que esa?

Tuvo que reírse de su propia locura. Si se la contaba a Mendeville, seguramente la llevaría a cabo. Su marido era tan proclive a cumplir los caprichos como ella a soñarlos.

—¿La inspectora Mendeville tiene algo que decir?

Mariquita disimuló la sonrisa como si estuviera aún en el colegio de doña Francisca López y apenas le permitieran respirar. Le fastidiaba que en la Sociedad fueran tan formales que se llamaban «secretaria» o «inspectora» cuando la mayoría se llamaba por el nombre, puesto que algunas hasta eran familia y otras, en privado, refirieran a las demás con apodos como «esa que sabes».

—La inspectora Mendeville piensa que la maestra García causa demasiados

problemas —dijo desafiante.

—¿Y qué propone la inspectora Mendeville? —le preguntó la presidenta.

—¡Más lento, por favor, presidenta!

—Propone que se la despida y se contrate una que no cause inconvenientes ni se pelee con el resto de las maestras.

—Pero la inspectora Mendeville sabe bien que las maestras escasean. ¿O habrá olvidado el episodio de San Nicolás?

—No, no lo he olvidado.

—¿Prefiere entonces que las niñas de Flores se queden sin maestra?

—Prefiero echarla, antes de que siga causando más problemas.

Todas se quedaron en silencio. Les encantaba llamarse «secretaria esto», «inspectora lo otro», pero a ninguna le gustaba tomar decisiones.

Cuando ella había sido secretaria, había intentado tomar decisiones por su cuenta, comprar útiles, por ejemplo, y la habían acusado de malgastar dinero del estado. Todavía más: algunas no le habían perdonado los libros desordenados que había llevado durante su secretariado, así que la trataban con desdén.

Habían armado tal escándalo que, furiosa por verse tratada así, había dejado de concurrir a gran parte de las reuniones, argumentando que estaba enferma.

Y si había que resumir —porque Mariquita estaba de un genio muy impaciente— estaba segura de que todo el desdén con el que la trataban era porque no le perdonaban todavía que se casara con un hombre siete años menor, francés y con gusto por el derroche.

—La propuesta de la inspectora será sometida a votación —dijo la presidenta.

«Y un cuerno», pensó Mariquita y al instante tuvo que reprimir la risa otra vez.

Se las había imaginado a todas persignándose como habría hecho su madre al escucharla decir «y un cuerno». Tuvo que serenarse o pronto terminarían echándola a ella y no a la maestra García.

Volvió a mirar por la ventana. El río era su amigo y escuchaba paciente sus pensamientos. Tenía que ponerse muy derecha para poder verlo. Le gustaba la idea de una casa de altos, un mirador sobre alguna de las habitaciones de la casa. Lo tenían en San Isidro pero no en Buenos Aires. Era sencillo, en realidad. Le comentaría la idea a Mendeville y él la pondría en práctica. Ese era el acuerdo que tenían entre los dos.

¿Ese era, verdad?

El río estaba tan tranquilo que parecía una planicie gris y marrón salpicada de barcos de todos los tamaños y todas las banderas. Le gustaba tanto esa tranquilidad del río. Se imaginó la costa de su quinta en San Isidro, con el viento en el rostro, los niños dando vuelta alrededor de ella, sus hijas hablando en susurros y Juan leyendo un libro en francés, de esos de los que nunca se separaba. Mendeville le había dado una vida tranquila.

—La propuesta de la inspectora Mendeville es rechazada por mayoría de votos.

La muchachita, que a los catorce años había revolucionado Buenos Aires, les habría gritado que para qué la hacían ir si no le prestaban atención. Pero los años no habían llegado solos. Y si bien traían arrugas, que todos los espejos le hacían conocer, también había llegado el momento de que las cosas le pesaran menos en el pecho.

Ya no sufría tanto cuando le contaban algún rumor sobre ella y ya no la hacía sentir tan orgullosa cuando la comparaban con cuanta dama francesa hubiese tenido un salón en la Francia revolucionaria. Ya no se enojaba tanto cuando nadie la consultaba en la Sociedad de Beneficencia, ya no reaccionaba feroz cuando algo le parecía injusto.

La vida tranquila, junto a Mendeville, se había disfrazado de felicidad.

Pero ese mismo Mendeville se había encargado de arruinarla.

—Ahora discutiremos la canción que cantará el coro de niñas para los premios de lectura.

¡Ay, si el Río de la Plata pudiera ayudarla! Si pudiera ella estar en ese momento en San Isidro: los veleros a lo lejos; las niñas cantando; Carlos, Julio y Enrique jugando a su alrededor; Mendeville planificando sus caprichos; Juan leyendo algún libro; los criados en sus tareas; el viento suave que no traía ningún rumor; la vida pacífica, sin guerras, sin Consulado…

Sin Consulado, sobre todo.

La elección de la canción que entonaría el coro de niñas para cada acto oficial de la Sociedad era más encarnizada que la lucha entre unitarios y federales. No corría sangre pero sí rumores, no había cuchillos, pero sí miradas asesinas que prometían venganza.

Mariquita cerró los ojos. Una suave brisa llegó por la ventana abierta y movió los papeles que tenía frente a ella. Algo de esa brisa le recordó a fray Cayetano y sus monjitas. Cuando él escuchaba los problemas existenciales de las monjitas se entretenía pensando en la revolución. Ella no se permitía pensar en esos años, así que tuvo que volverse al río.

Sus hijos crecían bien. Clementina ya se había casado con un hombre excelente y había partido hacia Europa. Le escribía cartas todo el tiempo y ella le respondía siempre. Sabía que era feliz y tomaba la distancia como el precio de esa felicidad. Florencia, su hija más cercana, aún no se fijaba en los hombres. Albina les hablaba entusiasmada. Magdalena, la más silenciosa de las Thompson, se mantenía tímida dentro de los límites de la casona Mendeville. Juan había vuelto a Europa, a completar su educación. Estaba contenta por sus hijos y por ella misma. Habían pasado momentos que todos querían olvidar.

Sus tres hijos más pequeños, Julio, Carlos y Enrique, tenían el genio del padre. Por momentos divertidos, por momentos caprichosos, tenían una vitalidad diferente, incluso desde los primeros días de los embarazos. Habían sido mimados por sus hermanas mayores, quienes practicaban ruborosas ser madres con sus hermanitos. Clementina y Magdalena, sobre todo, la perseguían siempre para ayudarle a llevar a

los niños a la cama o darles de comer. Eran alegres, traviesos, no conocían capricho que el padre no les cumpliera o su madre no les prometiera cumplir. Hablaban francés y castellano con igual destreza y solían corregir a sus hermanos mayores quienes no pronunciaban bien la erre gutural francesa.

Con Mendeville… Mendeville siempre le arrancaba un suspiro. El aire que salió de sus labios fue dirigido hacia el río. Después del nacimiento de Enrique habían decidido separar las habitaciones. La idea se le había ocurrido a ella en un invierno, cuando el bebé Enrique se había enfermado de fiebres muy altas y ella quiso llevar un catrecito a su habitación para tenerlo cerca. ¿Qué mejor idea que separar las habitaciones y dejar que Mendeville descansara solo mientras ella y la criada le bajaban la fiebre al bebé?

Él no protestó. Sus nuevas actividades como cónsul francés le llevaban mucho trabajo y necesitaba descansar. En cambio, se puso en marcha para decorar su nueva habitación. Siempre atento a las novedades europeas, Mendeville se hizo traer papel pintado a mano desde Francia para empapelar en lugar de pintar la habitación o cubrir las paredes con telas. Al enterarse de tal extravagancia, todo el que era gente decente de Buenos Aires hizo fila para poder ver la nueva habitación de Mariquita y Washington Mendeville. Mariquita los dejó mirar y comprender que la habitación era solo de su marido.

Se corrieron rumores también sobre las razones por las cuales tenían habitaciones separadas. Justa Foguet se lo contó a Mariquita durante el viaje a Flores que habían hecho para inspeccionar la escuela y a la maestra en cuestión.

«¿Qué clase de matrimonio es el Mendeville?», se preguntaba Buenos Aires. «¿Qué clase de ciudad es Buenos Aires», le respondió Mariquita a su amiga, «que se entromete en mis asuntos privados?».

¿Y qué sería lo peor que iban a decir? ¿Qué Mendeville y ella ya no dormían juntos? Si era así, era un asunto que solo importaba a ellos. Mariquita ya no quería más niños, y al parecer su fertilidad no había caído con el tiempo. ¿Podían culparla por eso? Sí, claro, podían culparla; por eso ni siquiera le había dicho a Mendeville que esa era la verdadera razón del alejamiento.

La razón era el Consulado.

Y que ella ya no lo amaba.

Fray Cayetano había muerto hacía tiempo ya como para seguir sosteniendo esa mentira. Se había convencido de quererlo, habría jurado ante mil santos que lo que sentía por Mendeville era amor, de ese que hacía latir el corazón y hacía que su alma se quebrara en dos cuando él se iba de viaje.

Pero no era amor. Sabía demasiado bien lo que era amar para confundir ese cariño tibio hacia Mendeville con amor.

Cariño que se había enfriado mucho más con el asunto del Consulado.

Había sido capricho de Mendeville. Quería ser cónsul francés a cualquier precio. Mariquita se había negado al principio. No solo era un cargo comercial, era también

un cargo político.

¿No era el acuerdo que tenían el de huir de la política?

Al parecer no. Al parecer la ambición de Mendeville por el dinero lo había hecho probar el gusto de la política.

Volver a San Isidro, dejar de escuchar a esas mujeres que hablaban sin cesar, quería eso más que nunca. Volver a San Isidro, a su quinta, llena de brisas dulces, canciones mal entonadas en francés y caprichos disparatados.

El estómago se le hizo un nudo y esa sensación de vacío que la atacaba desde hacía un tiempo volvió a su cuerpo. Desde la renuncia de Rivadavia, la Sociedad había perdido el rumbo.

Canciones, lo único que discutían eran canciones, no las maestras, no la educación de las niñas, no las huérfanas. No pensaban en eso, sino en los actos públicos, que todo fuera respetable, que las niñas supieran comportarse como gente decente.

—Propongo la canción *Loas a la Patria* —dijo Mariquita con fastidio.

—Pero esa la cantaron en el acto anterior —murmuró una de las mujeres a su lado.

Justa la miró a través de la habitación reprochándole el comentario. Ella le sonrió reconociendo que había hecho una travesura. Después de un momento de silencio, todas empezaron a hablar al mismo tiempo y a hacerse acusaciones. Unitarios y federales, habrían retrocedido al escuchar la saña con la que se peleaban tan respetables damas.

Mariquita aprovechó la pelea para mirar de nuevo al río. Mendeville había regresado de su largo viaje a Francia. Las tareas del consulado eran vitales para el comercio francés así que el viaje era de suma importancia para el futuro de la familia.

Cualquier sentimiento de temor por su viaje, Mariquita lo había reprimido. Imaginó que Mendeville estaba cubierto por un destino que lo había llevado hasta Buenos Aires y lo había hecho progresar al encontrarse con ella. Mendeville era un hombre de suerte y esa creencia a ella le bastaba.

Francia había recuperado su monarquía y los ideales revolucionarios habían quedado atrás, junto con Napoleón. El rey Luis Felipe de Orleáns había recibido muy bien a Mendeville y lo había confirmado en su cargo de cónsul de Francia en Buenos Aires. Le había regalado dos jarrones, muy bellos, que ya estaban instalados en el cuartito a la calle junto con los retratos de los niños y los de Mariquita y Washington.

Mariquita había comprobado varias veces que los jarrones se veían muy bien desde el exterior, después de que los caminantes pasaban por la puerta del Consulado. Era lo único que apenas la consolaba de todo el asunto de Mendeville, cónsul de Francia.

Sin fuerzas para protestar, Mariquita había aceptado la propuesta de su marido de disponer de las habitaciones que habían sido de su madre y transformarlas en el Consulado. No había sido fácil. No había hecho modificación alguna a esa parte de la

casa desde 1812 e incluso aún había ropa de su madre en los baúles de Jacaranda.

Quizá, fue ver toda la ropa de su madre lo que le causó las indisposiciones que la afectaban hacía un tiempo. Desplegadas en sillas y sillones, las telas le habían causado un estremecimiento que la había mareado. Los criados sacaban los vestidos de los baúles, Florencia y Albina revolvían todo con ojos enormes, Magdalena miraba desde un rincón. Ninguna de las tres había conocido a la abuela, ni sus ropas virreinales, sus muebles repletos de fervor católico ni sus cruces constantes ante las locuras de su hija.

Las muchachas se habían divertido mientras se ponían los vestidos de su abuela sobre los propios. Se usaban las mangas enormes y en campana, las sedas claras y bordadas con flores, muy lejanas de los sobrios vestidos negros que doña Magdalena había usado en sus últimos días.

Mariquita había olvidado lo frágil que eran las telas en el virreinato. Mendeville había acostumbrado a la familia a los mejores paños franceses. Se había acercado a Florencia, que sostenía una mantilla negra tan frágil que se le deshacía en las manos. Mariquita la había tocado y hasta ella había llegado el olor de su madre. Tuvo que alejarse hacia la puerta otra vez y ocultar todas las emociones que ese olor le había revuelto.

«No vendas la casa», le decía la mantilla con olor a incienso y a velas de sebo. «No vendas la casa».

«No la estoy vendiendo», le respondió a la mantilla. «Mi casa es Francia ahora. Yo soy francesa. Mi casa es Francia. Mendeville me regaló esa felicidad».

—Si cantan Loas a la Patria, ¿qué cantarán en el próximo final del año? —preguntó una de las damas frente a ella.

—La Marcha Patriótica —sugirió otra.

—¡Pero la Marcha Patriótica es para el veinticinco de mayo, inspectora!

Y vuelta a empezar.

Casi gritaba de la rabia. No era así que se educaban mujeres. Rivadavia lo había entendido pero ya no estaba. Mariquita cerró los ojos otra vez. Cerró los puños, el estómago, la boca. No quería escuchar peleas, ni saber de Rivadavia, ni de la guerra con el Brasil, ni de Dorrego, ni de Lavalle, ni de la Banda Oriental, ni siquiera quería saber del Consulado, ni de las habitaciones de su madre, ni de las mandilas que hablaban y le reprochaban sus derroches.

Lo que quería era su quinta de San Isidro, sus durazneros, sus hermosas hijas, Juan cada vez más educado, sus tres niños corriendo como locos detrás de su padre caprichoso y francés, el río que escuchaba paciente sus pensamientos, la brisa dulce del verano, los barcos que se asomaban a ver la felicidad de los Mendeville, los rumores que llegaban cansados por los caminos llenos de piedras, la tranquilidad que su esposo le había prometido el día en que habían traicionado a Martín.

Pero San Isidro estaba tan lejos.

Habían tenido que venderla el año anterior por asuntos legales que ellos no habían

adquirido, sino Manuel Trillo, el primer esposo de su madre. Mariquita se había enfermado varias veces antes y después de la venta. Y por más que el médico le dijera que era un humor maligno que no terminaba de irse, ella sabía bien que era por el disgusto de tener que vender su hermosa quinta que daba al Río de la Plata.

Habían vendido la quinta y no podían recuperarla. Tampoco podían recuperar las habitaciones de su madre; ni a los niños que crecían; ni a Clementina que ya no vivía con ella; ni la confianza de Juan; ni los caprichos despreocupados de Mendeville, los que ella pagaba gustosa con el dinero que había heredado de su madre, del señor Trillo, de su padre, de sus hermanos muertos, del amor de su vida que se deshacía lejos, en el agua salada, entre los dientes de los tiburones.

Habían perdido la tranquilidad por hacer que su casa fuera una parte de Francia.

La política había vuelto a su vida.

A lo lejos, escuchó la voz de Justa que la llamaba:

—¿Mariquita, estás bien?

—Quiero cerrar los ojos un rato más —dijo antes de desmayarse.

Unos ojos negros

En el cuartito de recibir de la casona de la calle Florida,
abril de 1830.

Mariquita abrió los ojos justo cuando el unitario Juan Lavalle ordenaba el fusilamiento del gobernador federal de Buenos Aires, Manuel Dorrego. Quiso volver a apartar la mirada, hacer de cuenta que todo era un sueño de esos que hacen transpirar por la madrugada. Pero los ojos cerrados no pudieron ocultarle la verdad: el país se había partido en dos.

Volvieron a entrar por la ventana, por los tres patios, por la caballeriza, por el techo a los gritos, las peleas en plena calle y con cuchillos brillando bajo la luz de la luna, las discusiones políticas, las banderas descuartizadas por las batallas, el dolor permanente en el pecho, el olor penetrante de la sangre, la intranquilidad a cualquier hora del día, los suspiros, las manos presionadas, el olor a pólvora y a sudor de tropas sucias que iban de un lado hacia el otro.

Washington, como cónsul de Francia, se vio envuelto en la pelea entre unitarios y federales. Los franceses que vivían en Buenos Aires se volvieron al cónsul cuando Lavalle ordenó mediante un decreto que todos debían enrolarse en el ejército unitario y luchar contra las fuerzas federales que se organizaban para derrocarlo. Los franceses protestaron de inmediato.

¿Por qué ellos debían prestar servicio al ejército cuando los ingleses estaban liberados de ello? La casa del cónsul, la gran casona de Mariquita, fue agredida por franceses furiosos que cantaban la Marsellesa.

Mariquita tuvo que abrir los ojos a una verdad inexorable: jamás podría escapar de la política. La política se abría paso por las ventanas tal como entraban las palabras que circulaban sobre ella. Ingresaba con el barro que traían de la calle, con la sudestada que enfurecía a todos. La política se respiraba en Buenos Aires, el río tenía sabor a política y a sangre.

Mendeville tuvo que tomar decisiones. Mariquita estuvo a su lado, resignada: organizó reuniones para él, escribió cartas para él, sonrió para él cuando no tenía ganas. No era el momento de los reproches por promesas incumplidas. Los dos sabían que cualquier descontento podía provocar más violencia hacia ellos. Tuvieron que mantener la calma, en un momento, porque la violencia que flotaba en el aire se volvería contra ellos con cualquier paso en falso.

Lavalle se enemistó con Francia y eso provocó el terror en la casona de la calle Florida. Mariquita, su esposo y todos sus hijos decidieron emigrar a Montevideo, centro del comercio francés, para ponerse a salvo. En mayo de 1829, la familia preparó sus baúles y emprendió el viaje.

No era tiempo de decirle a su marido que jamás lo perdonaría por hacerle abandonar su casa.

Tampoco fue el momento de avergonzarse cuando los acreedores se agolparon en el puerto para reclamarle a Mendeville el pago de todas sus deudas. Mariquita tuvo que desviar la mirada y apretar los dientes. No era el momento de hablar y aceptar que la fortuna que tenían no era eterna y que los caprichos que habían cumplido en todos esos años se habían llevado gran parte de la riqueza de la familia.

Desde Montevideo, Mariquita vio —sin sorpresa— cómo su amigo Juan Manuel sitió la ciudad de Buenos Aires con la intención de terminar de una vez por todas con la experiencia unitaria. Al tanto de la cercanía que había entre Rosas y su esposa, Mendeville le pidió a Mariquita que le enviara una carta, ofreciéndole el apoyo de la comunidad francesa en Buenos Aires y pidiéndole por ella si entraba en Buenos Aires. Él hizo lo mismo. Y se sentaron a esperar.

No tuvieron que esperar demasiado. Rosas aceptó el ofrecimiento de la buena voluntad del cónsul de Francia y la renovada amistad de Mariquita. Mendeville, muy criticado por haber abandonado su lugar en Buenos Aires empezó a ser visto de otro modo cuando empezó a quedar claro que iba a ser Rosas el que triunfaría en Buenos Aires y no el general Lavalle.

La salud de Mariquita se había vuelto frágil. No estaba enferma, al menos los médicos no le daban ningún nombre a lo que padecía. La vida en Montevideo había sido en un estado de alerta constante: la espera de las cartas, la visita de los comerciantes franceses, los generales franceses que desaprobaban las decisiones del cónsul Mendeville.

La enfermedad aparecía como una presión en los brazos, se iba y volvía a las dos semanas. Por las noches se despertaba con el corazón acelerado y por las tardes las piernas se le hinchaban de una pesadez que no podía explicar. Soñó que Mendeville le encargaba a Francia un vestido de barro de Buenos Aires y sangre para que lo luciera el 25 de mayo de 1829. El primer mayo que había pasado lejos de su casa.

El regreso a Buenos Aires, en septiembre de 1829 le trajo tranquilidad. Se dispuso a olvidar Montevideo, amable ciudad pero no la suya.

Los dolores en las piernas cedieron, aunque no la opresión en el pecho. Su genio terco, indomable le impedía hacer el reposo que los médicos le sugerían. Volvió a su salón, a su cuartito de recibir, a su naranjo, a sus amigas, a los rumores sobre su matrimonio y su fortuna malograda. Volvió a su vida con Mendeville, ya más amigos cercanos que esposos, compañeros en la vida, pero no en las habitaciones.

La maniobra política de Mendeville tuvo consecuencias excelentes para la casona de la calle Florida. Rosas finalmente triunfó. Lavalle y sus compañeros unitarios —y amigos de Mariquita como los hermanos Várela o Rivadavia— tuvieron que migrar a Montevideo. La guerra con el Brasil terminó a través de un tratado propuesto por Gran Bretaña y Francia. Y más importante todavía, en diciembre de 1829, Juan Manuel de Rosas, ese que de pequeño se escondía de Mariquita detrás del naranjo,

fue elegido gobernador de Buenos Aires.

¿Era capaz Juan Manuel de darle a Buenos Aires la tranquilidad que deseaban desde hacía veinte años? ¿Veinte años habían pasado ya? Había noches en las que todavía creía que tenía catorce años y era capaz de pelear contra el mismo Napoleón por el amor de Martín. ¿Habría combatido ella así por el amor de Washington de Mendeville? Más aún, ¿habría peleado así él por su Marica? No era amor lo que los unía ya. Era cariño, amistad, los hijos en común que crecían rodeados del amor de sus hermanos mayores y mimados por sus padres.

Con la llegada de Juan Manuel a la gobernación, la ciudad se había tranquilizado. Mariquita sintió que también su cuerpo se calmaba y la dejaba tranquila. La Sociedad de Beneficencia continuaba reuniéndose, aunque con problemas. El triunfo de los federales sobre los unitarios había provocado el abandono de muchas damas leales a sus maridos unitarios.

—¿Da inicio a la reunión, la señora presidenta?

—Que se inicie la reunión.

La Sociedad de Beneficencia se había reducido a unas pocas damas y su presupuesto se había reducido aún más. El nuevo gobernador argumentaba que el estado de Buenos Aires estaba en crisis y no tenía dinero suficiente como para sostener a la Sociedad. Mariquita, aun así, estaba entusiasmada. En enero de 1830, cuando se renovaron los cargos, había sido elegida presidenta de la Sociedad de Beneficencia.

Fue feliz ese día, pero fue una felicidad que no compartió con nadie. ¿Quién entendería lo mucho que ese lugar significaba para ella? ¿Mendeville? Ya no compartían las mismas ideas, ni siquiera sabía si alguna vez las habían compartido. Había abierto los ojos a Mendeville durante su vida en Montevideo, para descubrir que no solo no lo amaba, sino que no lo conocía en absoluto.

¿Quién era ese hombre que había llegado a Buenos Aires en 1818? ¿Quién era ese hombre a quien le había entregado por entero su vida, sus hijos y su dinero? ¿Qué había ocurrido con el amor en su corazón? ¿Dónde estaba escondido? ¿Existía? ¿O a los cuarenta y tres años ya no había más amor que el amor hacia sus hijos?

Eran seis ese día de abril. La Sociedad de Beneficencia, como organismo del estado de Buenos Aires, tenía su propia sede, pero la presidenta había decidido que se reunirían en la casona de la calle Florida. Iba contra todas las reglas, pero Mariquita decidió que no le importaba.

—¿Qué temas trataremos hoy? —preguntó con solemnidad.

—Marcelina Gómez volvió a escribir —dijo Casilda al iniciar la reunión de la Sociedad.

Las reuniones se hacían en el cuartito de recibir, el que daba a la calle. La pared opuesta a las ventanas habían cambiado otra vez. El empapelado francés daba marco a un cuadro pintado por el maestro Carlos Pellegrini. Estaba ella vestida de negro, muy delgada, rodeada por sus tres niños Mendeville. Enrique sostenía una naranja

entre las manos. El cuadro estaba rodeado por los retratos de sus hijos Thompson y el de Mendeville.

—¿Qué quiere ahora esa mujer?

—Quiere que su nombre quede libre de cualquier habladuría. Dice que va a recurrir a la justicia si es necesario.

—Se tendría que haber ocupado de eso antes. Que haga lo que le parezca, la Sociedad no puede volver a ocuparse de una mujer que comete tales atrocidades contra las niñas.

—Mucha suerte no va a tener —murmuró Casilda—. Es sabido que su familia es unitaria.

—Es una impertinente —dijo Mariquita con fastidio—. Que sea unitaria o federal no tiene nada que ver. Dejar a las niñas de pie durante dos horas es una crueldad. Que las deje afuera de la escuela para dormir la siesta es una afrenta contra esta Sociedad. Si quiere que vaya a la justicia. Nosotras sabremos qué decir.

Todas estuvieron de acuerdo. Mariquita propuso el siguiente tema:

—Hablamos la reunión pasada sobre construir una escuela en San Isidro.

Todas resoplaron. Ella también.

—Si el gobernador Rosas no nos da más presupuesto, ¿cuál es el punto de abrir una escuela? —preguntó Casilda.

—La Presidenta ya le escribió al gobernador pidiéndole protección para la Sociedad —explicó Justa.

—Así lo hice —murmuró Mariquita.

—¿Y qué respondió?

—Que las finanzas del estado de Buenos Aires están en crisis. Lo que ya sabíamos. Que las guerras y la inestabilidad no permiten más fondos para las escuelas.

—Entonces la Sociedad de Beneficencia ya no tiene sentido —dijo Casilda—. Que se cierre la Sociedad y que ya no haya escuelas.

—Aún hay cosas que pueden hacerse —dijo Mariquita con firmeza—. Aún sin dinero nuevo. Creo que algo de dinero se podría conseguir para nuevas maestras.

—¡Mariquita! —exclamó Casilda—. ¿De dónde vas a sacar el dinero?

—De algún lugar, Casilda —dijo ella asustada por esa emoción que hacía tiempo no la envolvía—. Venderé una casa. La Sociedad lo merece, ¿o no? No es posible que se cierre, no mientras yo sea presidenta.

La secretaria había dejado de escribir.

—Las huérfanas de la Casa Cuna se llevan gran parte del dinero —dijo Justa.

—No las vamos a dejar, ¿no? ¿O vamos a dejar a niñas huérfanas sin cuidado? No te preocupes, Casilda, algo haremos. Trabajaremos con lo que tenemos. Si es necesario pondremos dinero. Siempre ha sido así. Me han recriminado varias veces que actúo sola, pero es necesario sacar dinero de algún lado si no hay dinero del gobierno.

Mariquita se puso de pie. Sentía otra vez el mareo en el cuerpo. Se abrazó, aplastando las mangas del vestido. La cintura apretada había vuelto a la ropa y unas mangas infladas como si fueran campanillas. Le gustaban las cosas nuevas pero extrañaba las mangas finas de algodón que habían llegado con la Revolución Francesa. Se habían ido, al igual que la búsqueda de la libertad. ¿Había fracasado la revolución? ¿Había caído por el peso de las innumerables traiciones? ¿Había traicionado Mariquita a la revolución? ¿O solo a fray Cayetano?

Las demás hablaban, ella miraba por la ventana. Todavía tenía miedo de mirar a través de los cristales. En el momento más terrible del conflicto entre Mendeville y los ciudadanos franceses, había sido justo cuando Juan Manuel sitiaba Buenos Aires con su ejército. Los franceses ligados a Lavalle pasaban cantando la Marsellesa frente al Consulado, porque sabían que el cónsul le debía lealtad al rey francés, quien no quería saber nada de la revolución.

Y lo peor de todo era que ella amaba cantar la Marsellesa.

Se había tenido que guardar para sí misma que cada vez que pasaban cantando, ella acompañaba el canto:

Contre nous de la tyrannie,

L'étendard sanglant est levé

Si de Francia habían venido los aires de revolución, ¿cómo no amar la Marsellesa?

—*L'étendard sanglant est levé* —cantó Mariquita sin que las otras la escucharan.

No podía decirle a nadie que el corazón le florecía cada vez que escuchaba las estrofas de la Marsellesa. ¿Cuántos revolucionarios del año diez quedaban en Buenos Aires? Habían pasado veinte años ya, ¡veinte años!, y todos querían olvidarla.

Una mirada la sacó del ensueño. Alguien la observaba desde afuera.

Pestañeó para enfocar su propia mirada. Era un muchacho de ojos negros y nariz respingada. Tenía los labios entreabiertos, la miraba confuso pero no asustado, sorprendido, interesado como si hubiese descubierto algo fascinante.

Ella frunció el ceño ante lo que le pareció una descortesía pero no le salieron palabras de reproche. También se había quedado sorprendida, fascinada por la mirada de placentera atención que le ofrecían esos ojos oscuros. Se escuchó un grito, una voz masculina distrajo al muchacho y lo hizo mirar hacia un lado.

—¿Quién es ese? —preguntó Casilda detrás de ella.

Mariquita se dio vuelta al escuchar la pregunta. Se sonrojó como si la hubiesen encontrado en una travesura.

—No sé… —murmuró y se volvió hacia la ventana.

El muchacho se había ido.

—¡Qué descaro! Mirar así dentro de una casa decente. —¿Quién era Mariquita? Mariquita miró a Casilda:

—No tengo idea. Se quedó mirándome nada más —le respondió cada vez más roja.

Se llevó las manos a las mejillas reprochándose por ser tan tonta.

—¿Estás bien, Mariquita? Pareces afiebrada.

—Estoy bien, sí… estoy bien.

—Por la ropa no parecía de familia decente —murmuró Casilda—. Con el gobernador llegó tanta gente extraña de la campaña. ¿Habrá sido un enemigo de Mendeville?

—No parecía de la campaña. Ni francés… —Mariquita sacudió la cabeza para olvidarse del muchacho de ojos oscuros—. Volvamos a la reunión. Lo más importante es que las niñas de las escuelas y las niñas de la Casa Cuna se vacunen contra la viruela. Aun si no podemos abrir las escuelas de campaña, lo que parece imposible en este momento, hagamos eso. El dinero disponible, entonces, irá a la Casa Cuna y para las vacunas. ¿Están de acuerdo?

Todas asintieron. El escaso número de participantes hacía la votación superflua. Las decisiones se tomaban cuando todas estaban de acuerdo y, en general, obedecían a las propuestas de Mariquita. Al fin se sentía útil en la Sociedad y no discutida o perseguida todo el tiempo.

—¿Con qué seguimos? —preguntó Mariquita.

Pero no pudo seguir. Mamá Luisa se apareció en la puerta del cuartito, refregándose las manos con ansiedad.

—Disculpe la señora.

—¿Qué pasa?

—Llegaron invitados importantes —le dijo la negra mirándola con intención.

—No esperamos a nadie… —empezó a decir pero Mamá Luisa la interrumpió:

—Son muy importantes.

Comprendió que se trataba de algo serio. Les pidió disculpas a sus compañeras y salió detrás de Mamá Luisa.

En medio del patio, justo detrás del naranjo estaban Juan Manuel de Rosas y su madre Agustina.

—¡Juan Manuel! ¡Doña Agustina! ¡Qué placer verlos!

—Hola, Mariquita —la saludó Juan Manuel—. Mi madre insistió en pasar. Espero que no molestemos.

—Por supuesto que no —dijo ella afectuosa—. Pero me encuentran en plena reunión de la Sociedad de Beneficencia. ¿Quiere el Gobernador presenciar la reunión? —le preguntó sonriendo.

—Me interesa mucho esa reunión. Después de todo alguna vez expresé mi deseo de verte presidenta.

—Ya me ves —dijo ella abriendo los brazos para mostrarse—. Hecha toda una presidenta.

—¿Y qué hace una presidenta?

—Hacemos tanto, Juan Manuel. Sobre todo educamos niñas. ¿Usted está de acuerdo conmigo, no, doña Agustina? Que la educación de las niñas es tan

importante. Pero también la Casa Cuna y el Hospital de Enajenadas. Ya sabes cuánto me interesa el hospital.

—Recibí la carta, sí.

—Pero, por favor, pasen al cuarto. Somos tan pocas que nos reunimos en el cuartito donde recibía mi madre.

Mientras los conducía al cuarto de las visitas, vio que su hijo Juan pasaba caminando hacia sus habitaciones, junto con Florencia y el pequeño Enrique de la mano. Los dos la miraban extrañados pero ella les sonrió tranquilizándolos. El corazón se le marchitó al verlos pasar. ¡Veinte años! Sus hijos no conocían otra cosa que el dolor de un país que no se construía.

Entró al cuarto de recibir detrás de Juan Manuel y doña Agustina, con las piernas cansadas y el corazón lleno de barro.

—Estimadas —dijo al entrar— espero que no les moleste la visita del Gobernador. Estábamos en plena reunión, Juan Manuel, doña Agustina, pero creo que mis compañeras están encantadas con su presencia. ¿No es cierto? Hablábamos de usted, precisamente.

Todas asintieron. Mariquita sabía que ninguna se sentía tranquila. Incluso ella, que conocía bien a Juan Manuel, se sentía intranquila por esa visita repentina.

—Voy a pedirle a Mamá Luisa que nos traiga la merienda —dijo de pronto—. Teníamos todo preparado para más tarde, pero lo adelantaremos. No creo que haya problema.

Comer era la mejor solución cuando las visitas eran incómodas. Mariquita llamó a Mamá Luisa y le ordenó que llevara la merienda lo más pronto posible.

—¿Cómo está Encarnación, don Juan Manuel? —preguntó Casilda—. La vi hace dos días. Estaba tan pálida.

—Escucha lo que dicen sobre mí y se desmoraliza —dijo Juan Manuel—. Su salud no es la más fuerte, aunque sí su espíritu. No tengo mejor defensor que mi propia esposa. Es la mejor federal. Pero veo que aquí también se reúnen buenas federales.

Todas sonrieron y bajaron la cabeza para agradecerle.

Era irremediable. La política se metía en la casa aunque ella no quisiera. Solo escuchar la palabra federal le erizaba la piel. Hacía diez años que escuchaba lo mismo: unitarios y federales. La cantidad de sangre que había corrido a partir de esas dos palabras le revolvía el estómago.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Mariquita, incómoda, cortó el silencio con una cortesía que ya habían planeado:

—Sería un honor tener a doña Encarnación en la Sociedad de Beneficencia.

Todas asintieron mirando a Rosas.

—Por algo parecido estamos acá —dijo doña Agustina que se había mantenido en silencio—. Pero no por Encarnación. Queremos que mi hija Agustina sea miembro de la Sociedad.

Todas lanzaron una exclamación, mezcla de alegría, mezcla de alivio. Encarnación Ezcurra no era la mujer más simpática de Buenos Aires. Y si Mariquita tenía que confesarlo, tampoco lo era la madre de Juan Manuel. Pero Agustinita Ortiz de Rozas era un encanto de niña, bellísima, agraciada e inteligente. Mariquita comprendió al instante lo mucho que se beneficiaría la Sociedad al tener a la hermana del gobernador como miembro.

—Nos encantaría proponerla para el año próximo —dijo Mariquita por todas.

—Pronto va a casarse con el general Mansilla —dijo Juan Manuel—. Va a ser un buen casamiento. Héroe de la Independencia. Amigo de San Martín. Excelente federal y un gran amigo mío.

—No digas locuras, Juan Manuel —rio Mariquita como si ninguno de los dos tuviera más de veinte años y ninguno de los dos estuviera encargado de asuntos públicos de la provincia.

Él se volvió para mirarla.

—¿Locuras?

—¿Mansilla no está casado? —preguntó mirando a todas para que le confirmaran la información.

Y todas la miraban a ella abriendo mucho los ojos.

Doña Agustina le explicó con una contrariedad evidente:

—Mansilla hace tiempo que enviudó. Y ya estaba separado de la mujer hacía tiempo. Parece que la muchacha era de esas que comen tierra… —La señora hizo un silencio para ver si la habían entendido—. El casamiento con Agustina será muy bienvenido en la familia.

Felicitaciones —dijo Mariquita en un susurro—. Será un matrimonio muy…

Tardó en encontrar la palabra, porque la palabra no existía. Era un matrimonio arreglado. Mansilla debía llevarle veinticinco años a Agustinita. La revolución no había cambiado nada. Las niñas de quince años se seguían casando con hombres que no querían, mayores que ellas y por motivos que nada tenían que ver con el amor.

—… apropiado.

Todas la imitaron y dieron sus felicitaciones tanto a la madre como al hijo. Mariquita, que sabía que había estado descortés, quiso remediar su error y repitió la felicitación del modo más dulce que pudo:

—Felicitaciones, doña Agustina. Nada más bello que una hija que se casa con un buen hombre. Agustinita será muy feliz. Juan Manuel…

—¿Mariquita?

—La Sociedad necesita dinero para abrir una escuela en San Isidro. ¿Contamos con la licencia del gobernador para hacer tal gasto?

Juan Manuel miró al resto de las mujeres.

—¿La presidenta se ocupa de las finanzas?

—¡No! —Gritaron todas al mismo tiempo.

—Entonces no hay problema —dijo su amigo, un poco malvado, pero amigo al

fin.

Mariquita sonrió satisfecha. Algunas cosas sí habían cambiado. Al menos las niñas de San Isidro tendrían su escuela.

—Gracias, Juan Manuel —le dijo con sinceridad.

La nueva generación

En la romántica Buenos Aires,
noviembre de 1833.

—¿Madre?

Mariquita levantó la cabeza del papel. Escribía en el cuartito a la calle, una carta a Mendeville que estaba en Montevideo. Era el atardecer. Estaba sentada frente a la mesita que alguna vez le había regalado a Martín. La había descubierto mientras descartaba muebles que ya no se usaban. La mesita estaba vieja y nada tenía que ver con los sillones y las mesas del cuarto. Le hizo caso más al recuerdo amoroso que al ansia de que todo quedara con igual estilo. Había sentido amor al regalar esa mesita.

Los vecinos iban y venían por la vereda. Mariquita podía ver, a través de las cortinas, las siluetas de los peinetones que usaban las damas importantes y las no tanto. Los peinetones eran casi obligatorios, tanto como se había impuesto la cinta rojo punzó para los miembros de las instituciones públicas, entre ellas la Sociedad de Beneficencia. Cuanto más grandes, más queridos eran por las porteñas. Las mujeres apenas podían caminar acompañadas por las veredas de Buenos Aires, así que el paseo obligado para lucir los peinetones era La Alameda, que tenía lugar para todos: damas, caballeros y peinetones.

A Mariquita la entristecían los peinetones. O, más bien, la entristecía saber que cinco años atrás le habrían encantado. Que Mendeville le habría comprado cuanto peinetón gigante hubiera en Europa y se lo habría traído a Buenos Aires para que ella luciera uno por día. O mejor dos: uno por la mañana, para la misa y otro por la tarde, para el paseo.

Se preguntaba, en su habitación, a solas, si una mujer de su edad volvía a mirar a un hombre. Sus hijas le mostraban esa maravilla de enamorarse por primera vez. De esa fuerza imposible de ser detenida que se apropiaba del cuerpo y de la mente y no daba respiro.

—¿Juan?

—¿Puedo pasar?

—¿Qué pregunta es esa? Sentate ahí —le dijo señalándole un taburete frente a ella. Su hijo se sentó con las piernas cruzadas y los brazos alrededor de ellas.

Alejó a Mendeville de sus pensamientos y los hizo ir hacia su hijo.

Dejó la pluma en el escritorio y se acomodó en el sillón, frente a él. Había crecido tanto en esos años que le dolía un poco verlo. Si Juan era un hombre, entonces ella ya no era joven. Tenía que mirar alrededor para darse cuenta de que había pasado el tiempo. Su hijo, sobre todo, le recordaba el tiempo que había sido parte de un sueño de libertad.

Mariquita tuvo que desviar la mirada y esconderla entre sus papeles: el parecido entre Juan y Martín la emocionó. El cabello se le había vuelto de un rubio muy oscuro, pero sus facciones seguían iguales a las de Martín. Y a veces ni siquiera se trataba del parecido físico, sino de una mirada, el modo en que le preguntaba algo o el solo gesto de tenderle la mano.

Las ausencia de Mendeville, la disminución de las tertulias y de la cantidad de gente que visitaban a Mariquita, habían logrado que Juan estuviera más tranquilo y mucho más a gusto en la casa.

—¿Tus estudios?

—Marchan dentro de lo esperado.

—No veo la hora de verte en un pleito, argumentando con las leyes en la mano. ¿Hasta cuándo tengo que esperar?

—Un tiempo, mamá, me llevará un tiempo. Me entretienen otras cosas.

—¿Será mi hijo un publicista?

—Eso es lo que espero.

—Nada me gustaría más que verte publicar. ¿Te conté que yo leía el *Telégrafo Mercantil*? Allí escribía fray Cayetano.

—Sí, lo dijo.

—¿Te acordás de fray Cayetano, Juan?

—Algo. Cuando se enojaba con usted porque se ponía terca. Después dejó de venir a casa.

—Cuando se enemistó con Rivadavia —dijo Mariquita con tristeza—. Pero no hablemos de eso. ¿Algún amigo interesante entre tanta publicación?

—De eso quería hablarle.

Mariquita sonrió aliviada. Juan había pasado gran parte de su infancia en Europa. Eso lo había hecho un joven educado, tal como ella y Martín lo habían soñado, pero había tenido como consecuencia que Juan no siempre se sintiera cómodo en Buenos Aires. Los vecinos y las familias patricias, las niñas —más que niñas, mujeres bellas— se conocían bien, pero Juan no los conocía a ellos. A Mariquita le costaba ver esa expresión de soledad permanente en sus ojos.

—Estoy haciendo buenos amigos, madre. Quiero invitarlos a esta casa. Que la conozcan y usted los conozca.

—Los buenos amigos son los únicos que me interesan. Son los buenos los que se conservan, Juan. El resto, no vale la pena.

—¿Cómo doña Casilda y doña Justa?

—Como ellas dos. ¿Y qué tan buenos son esos amigos?

—De los mejores. Son escritores.

El corazón de Mariquita se aceleró.

—¿Gente educada?

—Cada uno es una biblioteca que camina. Y siempre pendientes de traer más libros. Apenas tienen paciencia para esperar los barcos. ¡Apenas yo tengo paciencia!

En París todo estaba al alcance de la mano.

—¿Extrañas París?

—Un poco. París es el lugar donde la literatura nace.

—Aquí también hay escritores…

—Sí, mamá. Pero Víctor Hugo… Los Várela escriben bien, pero Hugo, mamá, Hugo está fuera de este mundo.

—¿Y qué reclamo hay que hacerle a los Várela? —preguntó Mariquita con ternura—. Son amigos nuestros, de los buenos. Juan Cruz recitaba poemas en esta casa cuando era pequeño. ¿No te acordás de él? Manejó un tiempo las casas de alquiler.

Juan rio y se le iluminaron los ojos. Mariquita tuvo que reprimir las lágrimas y siguió escuchando a su hijo.

—Los Várela son tan neoclásicos, madre. El romanticismo ha ganado París, ¿comprende usted? La belleza de las pasiones, el amor sublime. París es el centro de las emociones de la nueva generación. Quiero saber, ¿le parece que ya es el momento de la nueva generación?

El corazón le latió con júbilo. Deseó que su hijo pudiera escucharlo.

—Espero que sí, Juan. Espero que sí. Tengo tanto miedo por esta generación. Han crecido en medio de la violencia, y ya deben estar hartos.

—Por ahora no hablamos de política.

—¿Y de qué hablan?

—Hablamos de arte, literatura sobre todo. Música. Alberdi está decepcionado de las leyes y se dedica a componer —dijo Juan con una risa que hacía evidente que ocultaba algo.

—¿Alberdi es uno de tus amigos?

—Un amigo, sí, de los mejores. Tucumano, hijo de un comerciante amigo de don Manuel Belgrano. Patriotas desde el inicio.

—Amigo nuestro entonces. ¿Músico dijiste?

—Uno de los mejores. Estudia Leyes conmigo, pero le aburren un poco por el momento. Se dedica a la guitarra y a componer canciones.

—¿Un enamorado?

—De una niña diferente cada semana. No sabe la cantidad de canciones que ha escrito.

Se rieron de la frase de Juan. Mariquita se inclinó hacia su hijo con el brazo extendido. Juan le tomó la mano y se la besó.

—No sabes lo mucho que me gusta verte reír, Juan.

—A mí me gustaría verla feliz, mamá.

—Soy feliz… —le respondió enseguida.

Pero sabía que Juan no iba a aceptar esa respuesta.

—No puedo engañar a mis hijos, ¿no? Al menos, no a mi Juan.

—¿Qué la haría feliz, mamá?

A Mariquita se le detuvo el corazón. Muchos años atrás la felicidad de Martín era su felicidad. Había vivido la más absoluta unión entre ella y su esposo, porque no podía ser de otra manera, de ser parte de la vida de Buenos Aires, de la política, de la patria.

—La felicidad de mis hijos —dijo sincera—. Que puedan vivir en paz. Eso es lo que siempre quisimos tu padre y yo.

—¿Y usted quiere que su hijo pelee por esa paz?

Parte de ella quiso gritar que no. Que no quería, que sabía perfectamente de qué se trataba esa lucha y que si él entraba en ella, sería la tercera generación de hombres de bien, hombres que conocía y quería, que peleaban entre hermanos en la construcción de un país de barro y sangre.

Pero no pudo decirle que no. Porque decirle que no era negar ese momento en que ella y Martín lo habían concebido. Juan era esa esperanza, ese amor por la patria y por ser parte de esa historia. No podía decirle que no, así que le dijo:

—Nada me haría más feliz que ver a mi hijo luchar por la paz de su patria.

Juan volvió a besarle la mano.

—¿Enviará las invitaciones, mamá?

—¿Para cuándo?

—Dentro de dos días, así tienen tiempo de preparar la ropa.

—Excelente —dijo ella volviendo hacia él su rostro—. Asumo que tus amigos son de buena familia.

—Familias muy decentes, aunque no de dinero.

—Nadie tiene dinero en estos días, hijo. ¿Conversan bien?

—Nunca dejan de hablar.

—¿Y de qué hablan?

Los ojos de Juan brillaron.

—Literatura. Francesa sobre todo, pero también inglesa. Literatura argentina. O la falta de ella.

Mariquita extendió la mano para acariciarle el cabello. Juan se inclinó hacia ella para dejarse acariciar.

Comprendo. Y bien, ¿no vas a decirme el nombre de estos amigos?

—Juan María Gutiérrez, uno.

—No recuerdo a ninguna familia Gutiérrez.

—No, es de una familia humilde, pero su inteligencia es inmensa. Estudia ingeniería, aunque se apasiona por las letras, las ciencias naturales… Todo lo que se pueda leer, lo lee Gutiérrez.

—Debe ser interesante hablar con él. ¿Quién más?

—Juan Bautista Alberdi. Se llama como yo, así que solo por esa razón debería caerle bien.

—Y así será. ¿Y el tercero?

—Esteban Echeverría, un poeta con un corazón frágil. Siempre estamos

preocupados por su salud. De vez en cuando se va a unos campos cerca de Lujan. Lo cuidamos porque no hay poeta igual que él en Buenos Aires.

—Y lo cuidaremos aquí. Les escribiré la invitación ahora mismo, Juan.

Mariquita envió las invitaciones con placer. Las invitaciones a las correspondientes casas, con letra elegante y papel con el monograma favorito de Mariquita: una mujer escribiendo rodeada de pequeñas flores en dorado. Juan no le había hecho nunca un pedido tan directo o tan entusiasta. Si su hijo quería que conociera a sus amigos, ella lo haría. Simplemente porque quería mantener esa luz encendida en la mirada de él.

Juan le había pedido que la invitación fuera exclusiva, una merienda solo para los cuatro y ella. No quería embajadores, políticos, vecinos, comerciantes, nada de todo eso que era costumbre en casa de Mariquita. No dejó que estuvieran ni siquiera sus hermanas, que le protestaron bastante por no dejarles conocer a sus amigos. Mariquita comprendió que la visita y el pedido de Juan tenían mucha más importancia que la que ella le había dado en un principio. Le había pedido, incluso, que no los recibiera en el comedor grande, sino en la sala pequeña, el cuarto de recibir que daba a la calle.

Se vistió, como siempre, con cuidado. Pero dado que Juan le había pedido el favor, y que ella quería que su hijo cumpliera sus deseos, buscó vestirse bien para los jóvenes estudiantes. Lo cual la puso en una terrible cuestión: ¿cómo esperaba un joven literato que ella se vistiera? Había recibido embajadores, políticos, generales, pero los jóvenes literatos escaseaban en Buenos Aires. Los hermanos Florencio y Juan Cruz Várela habían tenido que emigrar junto con los demás unitarios expulsados por Rosas. Pocos quedaban de los escritores que habían cantado a la Revolución de Mayo o a la guerra revolucionaria. Nadie quería escuchar cantos sobre esos días.

Escuchó que los muchachos dejaban sus caballos en las caballerizas y caminaban hacia el patio del naranjo. Ella estaba en su habitación, sentada en su cama. Escuchó las voces jóvenes, las risas reprimidas. Eran muchachos después de todo, gritaban, se reían, se enamoraban de una joven distinta cada día.

El espejo de la toaleta —que nunca había cambiado a pesar de las insistencias de Mendeville— le devolvió su imagen. Aún era joven, quizá no una jovencita, pero nadie podía decir que era una anciana. Su hijo más pequeño, su frágil Enrique, tenía siete años. No se olvidaba los nombres, no le dolían los huesos, nadie podía decir que ella era una anciana, ¿verdad?

Sus ojos aún eran bonitos y no tenía arrugas. Se había puesto un peinetón grande, aunque no enorme. Estaba hecho de carey y el diseño en filigrana era tan fino que parecía un encaje. El peinetón hacía lucir su cabello, sin hebras grises, arreglado en bucles. El vestido de organza de seda bordada, de flores rosadas y hojas verdes, le daba alegría a un rostro que si mostraba alguna señal era de cansancio de la vida que llevaba. Los hombros al descubierto, como usaban todas las señoras, rodeados de puntilla para hacerlos más delicados. Las mangas en forma de campanilla, que

odiaba, siempre le dificultaban el movimiento. Y lo peor de todo: la cintura apretada otra vez, con el corsé y el cinturón de cuero. En el cuello, una gargantilla de azabache y diamantes, regalo de Mendeville. Estaba bella y sobria. ¿Era eso lo que esperaba un joven estudiante con aspiraciones literarias?

La ansiedad la hizo suspirar. No eran los invitados, claro que no. Estaba acostumbrada a las visitas. Se sentía nerviosa por Juan, porque raras veces pedía llevar a alguien a la casa. Se levantó y salió a recibirlos con una sonrisa enorme, de esas que la habían hecho la famosa anfitriona que era.

Y le hizo falta toda su fama de anfitriona para contener su confusión. Bajo el naranjo, sentados en un banco cubierto de mayólica, estaban los tres jóvenes invitados y su hijo. El primero que la vio fue alguien a quien ya conocía.

El joven entreabrió los labios, se levantó y dio un paso hacia ella. Al mismo tiempo ella pestañeó y dio un paso hacia atrás. Pero él recordó las leyes de la cortesía que impedían hablarle, se volvió a Juan y ella pudo volver a su lugar de anfitriona.

—Le presento, mamá. Primero, don Juan Bautista Alberdi, estudiante de leyes pero amante de la música. Lo llamamos Alberdi, porque hay demasiados Juanes en este grupo.

Alberdi la saludó con una reverencia.

—Encantado de conocerla, señora.

—El siguiente —continuó Juan— nuestro poeta y guitarrista, don Esteban Echeverría. Lo llamamos Esteban o Estebita cuando queremos que nos cante algo y se hace insistir.

Se notaba que Echeverría era unos años más grande que el resto y se notaba también, por la palidez de su rostro, que su salud no era la mejor.

—Y por último —dijo Juan— nuestro publicista, editor, cartógrafo, estudiante de ingeniería, poeta, don Juan María Gutiérrez. Lo llamamos Ñato, por razones evidentes.

Gutiérrez, enrojecido y con los ojos brillantes, se adelantó, le tomó la mano y le dio un beso impulsivo. Mariquita no esperaba el saludo espontáneo, pero le gustó. El misterio, del joven de ojos oscuros y nariz respingada que espiaba por la ventana, se había resuelto.

Los hizo entrar al cuarto de recibir. Gutiérrez fue derecho a la ventana por donde había espiado la reunión de la Sociedad de Beneficencia. La ventana estaba abierta y él rozó uno de los barrotes de la reja con un dedo. Se volvió para mirar hacia el cuarto y se chocó con los ojos de Mariquita que lo estaban observando. Los dos se sonrieron un poco enrojecidos por la casualidad y Mariquita le mostró el lugar donde debía sentarse.

Todos se sentaron. No hacían falta criados en una merienda, y si los hacía entrar iba en contra del espíritu privado, íntimo, de la reunión que había propuesto Juan. Si los muchachos se sentían tímidos al principio, no se notó después. Empezaron a comer enseguida y más pronto a hablar.

Mariquita los estudió uno por uno, con una sonrisa en los labios. No podía dejar de compararlos, había conocido otros jóvenes literatos, publicistas pero podía notar algo que en los otros no había. Los que había conocido de joven, tenían el peso de una sociedad opresiva en sus hombros. Habían sido hombres que luchaban por la libertad, por la independencia, por la igualdad. ¿Lucharían ellos por algo?

Juan y sus amigos no tenían ese peso, tenían, sin embargo, las marcas de la violencia. Eran jóvenes y habían crecido en un país dividido, enemistado, empobrecido por las batallas que no terminaban nunca. No hablaban de eso, pero Mariquita podía verlo en los ojos de los otros jóvenes, tal como lo veía en su propio hijo.

Comían y hablaban al mismo tiempo, dejaban de lado las cortesías en nombre de la satisfacción del estómago.

—Estebita estuvo en París mucho tiempo, mamá —le explicó Juan.

—Debe haber sido una experiencia hermosa —dijo ella sincera.

—¡Pero claro! —Se agitó Juan sin dejarle responder a Echeverría—. El mundo del arte, mamá. La vida en París te hace comprender que el arte es parte de la vida. Allí el arte siempre está primero. En París uno respira y bebe arte. Aquí solo se pelea.

—Yo volví desilusionado de París —murmuró Echeverría—. Quizá Thompson tuvo más fortuna que yo.

—¿Y qué lo desilusionó de París, Esteban? —le preguntó Mariquita interesada.

—Creí que iba a conocer un mundo de libertad. Y me encontré con una nueva tiranía. La monarquía francesa solo conoce la represión.

Solo Mariquita podía quebrar el silencio incómodo que se produjo después de esas palabras. Washington de Mendeville servía a la nueva tiranía francesa.

Pero Mariquita no tenía ganas de defender a Mendeville.

—Hace tiempo también mirábamos a Francia como lugar de libertad. Comprendo su desilusión.

Echeverría se inclinó hacia adelante.

—¿La comprende, no es cierto? Gutiérrez dijo que usted me comprendería.

Ella se volvió hacia el joven.

—¿Eso dijo? ¿Y cómo sabía, Gutiérrez?

Gutiérrez enrojeció de nuevo pero contestó con voz firme:

—¿Piensa que *madame* Mendeville no es conocida en Buenos Aires? Hablábamos con Estebita y Thompson sobre París —le explicó—. Thompson contaba lo mucho que le había gustado, Echeverría lo desilusionado que estaba.

—Y Gutiérrez habló de *madame* Mendeville —lo interrumpió Alberdi riendo— sin tener el privilegio de conocerla. Y dijo que ella también estaría desilusionada. Thompson dijo que no, que era imposible.

—Así que decidimos pedirle una audiencia —le explicó Juan—. Y veo que perdí.

Todos rieron. Mariquita tuvo que disimular —esto es, si es que se notaba— que el corazón le bailaba en el pecho al escucharlos. No quería, no quería entusiasmarse así

con ellos, pero ¿cómo no hacerlo?

—Me gustaría mucho conocer París —le dijo a su hijo—. Por más que sea una desilusión. Allí vivió *madame* de Stael.

—¿Leyó sobre ella? —le preguntó Gutiérrez atento.

—No he leído nada sobre ella. Pero la han nombrado tanto los amigos franceses de mi marido, que a veces siento que ya la conocí. Me dicen que también tenía tertulia en París. Fray Cayetano siempre mencionaba a esas mujeres pero no decía los nombres. Y algunos dicen que Buenos Aires no tiene nada que envidiarle a París, porque tiene a Marica Mendeville y su salón.

—¡Por supuesto que sí! —gritó Juan riendo y golpeando la mesa con la palma de la mano.

Todos estuvieron de acuerdo y golpearon la mesa también. Mariquita rio contenta.

—¿No escribió un libro *madame* de Stael? —preguntó Alberdi a Gutiérrez.

—Creo que lo tuvo Gutiérrez en las manos en la librería de Sastre —comentó Echeverría—. *Corinne o Italia*, un bello libro sobre una mujer que escribe poesía y su amor imposible.

—Los mejores amores son los imposibles —dijo Alberdi.

—Son el alimento de los grandes libros —afirmó Echeverría.

—Me gustaría leerlo —murmuró Mariquita—. Nunca leí a una mujer escritora. ¿En Francia los hombres permiten que sus mujeres escriban libros?

—¿Y por qué no? —preguntó Gutiérrez—. Cuando la dama es de tal fina inteligencia, leer sus palabras es casi obligatorio.

—Quiero leerla —le exigió Mariquita a Gutiérrez, mirándolo a los ojos.

—Gutiérrez, tenes trabajo —señaló Alberdi a su amigo. Juan le tocó el brazo para explicarle:

—El Ñato es nuestro librero personal. Va a la librería de Sastre y nos trae lo que piensa que puede servirnos. Leemos lo que él nos propone. Y además es nuestro mejor crítico literario. En cuanto tenga dinero, lo vemos comprándose una imprenta y editando periódicos sobre literatura.

—Eso espero —dijo Gutiérrez sin cuestionar ninguno de los elogios—. Quiero publicar muchas cosas. Los poemas de Echeverría, sobre todo.

—Veo que Echeverría es el poeta del grupo —dijo Mariquita mirando al joven moreno.

—El mejor —afirmó Gutiérrez, y todos asintieron—. ¿Conoció usted a fray Cayetano, no es cierto?

—Sí, fue un gran amigo —respondió ella con la voz quebrada por el recuerdo—. Hablábamos con Juan sobre él hace unos días.

—Recuerdo que venía a verla y le hacía bromas y la regañaba.

Mariquita rio para liberar el nudo en la garganta.

—Sí, era un gran bromista. Tu padre lo quería mucho.

—Sé que escribía poemas patrióticos —le dijo Gutiérrez.

—Sí, claro. Recitó muchos de esos poemas en esta casa.

—¿Conserva alguno de ellos?

—Algunos… creo que sí. Hace tiempo que no miro papeles de esa época. Pero en algún lugar tienen que estar. ¿Le interesan, Gutiérrez?

—¿Tendrá alguna copia de la primera marcha patriótica?

—Debe estar entre los papeles de… —Mariquita tuvo que lanzar un suspiro antes de seguir—. Tiene que estar entre los papeles de Martín. Seguro que sí. No sé en qué estado estará, eran copias a mano, no había tantas imprentas como ahora.

—Sí, me interesan, aunque sea en mal estado. Es una tarea a largo plazo, pero quiero llevarla adelante. Estoy reuniendo obras de poetas de la revolución mientras Alberdi y Thompson son los que se dedican a estudiar leyes. Ya ve quiénes van a tener más dinero dentro de unos años.

Mariquita rio por la broma.

—Por ahora me dedico más a la música que a las leyes —dijo Alberdi. Y le explicó—: Estoy escribiendo un libro sobre música.

—¡Eso es maravilloso!

—¿Lo cree así?

—Claro que sí, la música es una de mis placeres favoritos. Me libera el alma.

—El maestro Pedro Esnaola siempre habla bien de usted. Sé que lo convoca a sus tertulias.

—Por supuesto. ¿A quién otro llamar? Además es el único que me deja tocar el arpa con él.

—Quizá algún día podamos traer las guitarras, Estebita —propuso Alberdi—. ¿Qué te parece? Echeverría compone las mejores canciones.

—Y los mejores poemas —dijo Juan.

—Bueno, parece que es tan buen poeta que me dan ganas de leerlo. ¿Tiene algo publicado, don Esteban?

—Algo —dijo Echeverría con misterio—. Aquí y allá.

Mariquita supo no insistir ante la reticencia del poeta.

—Espero poder leer algún día su obra. Pero mientras tanto, díganme, ¿cuál es esa tarea que llevan adelante con Gutiérrez?

Echeverría, más serio todavía, le respondió:

—Estudiar la literatura argentina.

Mariquita se sorprendió gratamente. Solo el uso de la palabra argentina la ponía de buen ánimo.

—¡Qué noble tarea! Aquí solemos… solíamos recibir a los hermanos Várela, ellos hacen poesía.

—Demasiado neoclásica —la interrumpió Echeverría casi con violencia.

Mariquita se sorprendió por el grito apasionado del joven.

—¿No le gusta la poesía neoclásica?

—Prefiero a Byron. ¿Ha leído a Víctor Hugo? El Romanticismo domina Europa,

madame Mendeville. Es tiempo de que el Plata adopte sus preceptos.

—Aún no he leído a esos poetas que nombra. Sé que Juan los admira mucho.

—¿Quiere leerlos? —le preguntó Gutiérrez.

—¿Usted me los recomienda?

—Claro. En cuanto me diga le traigo un libro.

—Cuando quiera —lo invitó con cortesía.

—Quizá debas prestarle el poema de nuestro Byron —dijo Alberdi.

—*'Tis said tbat some have died for love* —recitó Juan misterioso.

—¿Escribe nuestro Byron en inglés? —preguntó Mariquita.

—No —dijo Echeverría con molestia evidente—. Es el inicio del poema, un verso de Woodsworth.

—El poema se llama *Elvira o La novia del Plata* —le dijo Alberdi—. Es un folleto de autor anónimo que circula por la ciudad. Un poema, el mejor que se haya publicado en este país. Nadie imaginaba que existiría un autor argentino capaz de llegar a una obra como esa. El amor entre Elvira y Lisardo. Escrito en un lenguaje tal que las emociones se elevan y el espíritu es capaz de contemplar la belleza.

—Quiero leerlo, entonces —le dijo Mariquita—. Creo que debo pedírselo a usted, Gutiérrez, ¿no es verdad?

—¡Ya el Nato tiene dos encargos! —rio Juan—. Es incorregible.

—Soy incorregible —dijo orgulloso Gutiérrez.

—¡El invariable Gutiérrez! —le dijo Echeverría con una sonrisa.

—¡Y avaro! —le recriminó Alberdi—. Tiene cinco hermanitas, una más linda que la otra. No presta a ninguna.

—Terriblemente avaro —rio Juan.

—¿Debería hacer una reunión con las hermanitas Gutiérrez y mis hijas? ¿Qué opinan los señores?

—Que eso sería propio de la fama que la envuelve —dijo Alberdi con solemnidad y una reverencia tan profunda que la nariz casi le roza la taza de té.

—¿Qué opina, Gutiérrez? ¿Me presta a alguna hermanita para una reunión amable entre amigos?

—No sería capaz de negarle nada.

—Entonces no se diga nada más —dijo Mariquita con el corazón bailando como si estuviese en Carnaval—. Señores, mi casa está abierta para cualquiera, sobre todo para los amigos de mi hijo. Si esos amigos son literatos y músicos y aún no habían visitado mi casa, entonces pongo en tela de juicio mi fama como anfitriona. Llenen mi casa de música y palabras. Necesito belleza entre tanta sangre.

Entusiasta de la libertad

Mañana soleada pero fresca
en el patio de *madame* Mendeville,
enero de 1835.

—¡Buen día, Gutiérrez! ¿No está hermosa la mañana?

—Hermosísima.

—¿Qué lo trae por aquí? Si busca a Juan, no está. Acaba de salir, ¿no se lo cruzó?

—No… no lo vi.

—Ah. Dígame entonces.

—La buscaba a usted.

—Y me encontró. Parece que es su día de suerte.

—Siempre lo es cuando la veo… Le había prometido libros.

—Sí, lo recuerdo. Pero debo confesarle, Gutiérrez, no soy tan buena lectora como usted. ¡Todavía no terminé los últimos que me trajo!

—Discúlpeme, no quiero agobiarla.

—¡Pero no me agobia, Gutiérrez! Es que el calor me pone perezosa. Y usted es generoso, además de incansable. Eso es todo.

—Solo le traigo libros que merecen ser leídos por usted. —Gutiérrez, debería ser mi embajador personal. Tiene una buena opinión sobre mí.

—La mejor. El general Guido me recibió con la mejor simpatía. Usted es toda generosidad.

—¿Lo dice porque escribo dos o tres palabras a un amigo? San Martín era mi amigo, el general Guido era su amigo también. Hace tiempo que don Tomás y yo no nos veíamos, pero ahora que está en Buenos Aires es bueno ver caras amigas.

—Eso se llama generosidad.

—No insista, eso no se llama generosidad. Se llama amistad.

—¿Me considera su amigo?

—Claro que sí.

—No tengo manera de devolverle el honor.

—No tiene que devolverlo.

—No quiero sentirme en deuda con usted. Por eso le traje los libros que le prometí. Y más publicaciones.

—¡Más publicaciones!

—¿No las quiere? Puedo llevármelas…

—¡No! No quiero que se las lleve. Venga, Gutiérrez, sentémonos bajo el naranjo. Hace unos años lo habría invitado a San Isidro, pero… en fin, dígame, ¿qué me trajo?

—Dos obras que han causado revuelo. Quiero saber su opinión por una disputa

que se ha presentado.

—¿Entre ustedes? ¿Es por eso que Juan anda serio?

—Juan publicó algunas palabras sobre *Los Consuelos* que no le gustaron a Estebita.

—Sería una pena que ustedes se dividieran, Gutiérrez.

—A eso vine. Quiero que me ayude a saldar la pelea.

—¿Y cómo lo haría yo? No conozco tantos libros como ustedes.

—Aquí estoy yo para solucionar eso. ¿Me permite que le explique?

—Se lo permito.

—Se habrá enterado de que Esteban publicó un libro de poemas en noviembre pasado.

—Magdalena y Albina se lo sacaron de las manos a Juan y todavía no he tenido tiempo de leerlo.

—No habrá necesidad. De parte de Esteban le traigo este ejemplar.

—Según dijo Juan, usted tuvo algo que ver con la edición. —¿Qué clase de amigo es Thompson que no puede guardar un secreto?

—Uno que lo aprecia sinceramente. Y no me cabe duda de que usted algo tuvo que ver, es una edición muy bella. Parece traída de Francia.

—Eso intentamos. Esteban quedó muy marcado por su viaje a Francia. A pesar de la desilusión, sé que admira a esa ciudad.

—¿Usted conoce París?

—Algún día.

—Lo mismo digo yo.

—¡Podríamos ir juntos! Quiero decir, usted, su familia, todos…

—¿Pero no sería un gran viaje? Juan, usted, mis hijos, mi marido. Un gran viaje a París para volver todos civilizados. ¿Qué le parece?

—Nada me haría más feliz.

—Ojalá lleguen tiempos mejores. Mientras tanto, Gutiérrez, volvamos a *Los Consuelos*.

—Se lo envié a Florencio, a Montevideo. Imagino que usted también recibe su correspondencia.

—Y la de su esposa Justa también. ¿Le contó cómo viven? Apretados en una casa con solo dos cuartos. ¿Qué necesidad de tener a un hombre de tanto valor tan lejos? Pero ya no importa el valor, ¿no es cierto? San Martín está en Europa y a nadie se le ocurre la idea de pedirle que vuelva. Bueno, no vayamos a temas tristes. Hoy prohíbo los temas tristes. ¿Qué le pareció a Várela el libro? ¿Se lo dará a Juan Cruz?

—Le gustó muchísimo y se lo dará a su hermano. Dice que Echeverría es un verdadero poeta y me pidió más ejemplares. El problema es que Esteban no le perdona lo que dijo sobre el Romanticismo. Usted sabe que Estebita es un romántico.

—¿Y qué dijo?

—Fue un error mío. Estaba tan contento al recibir la carta de Várela que la leí

frente a Juan y Esteban. A Florencio le parece que el Romanticismo es una enfermedad que azota la literatura francesa. Que Hugo y Lamartine pasarán al olvido pronto. Que los clásicos son los que perviven: Moratín, Moliere, Garcilaso, Ovidio y Horacio.

—Entiendo por qué Esteban se enojó. Ama a Víctor Hugo.

—¿Cómo no amarlo? Nadie ha escrito las pasiones humanas como él. Y ahí vamos al otro libro, pero quiero advertirle algo.

—¿Un libro con una advertencia?

—Así es. *Marie Tudor* de Víctor Hugo. Edición francesa. Todavía no tuve tiempo de traducirla.

—Leer en el idioma del autor es lo más apropiado.

—¿Lo cree así, no es cierto? Yo también, pero no todos pueden leer francés y merecen leer a Hugo.

—¿Y cuál es la advertencia?

—Florencio se escandalizó con la obra.

—¿No es decente?

—No voy a mentirle. La parte que irritó a Florencio fue una declaración de amor. Un muchacho jura cometer delito si así su amada se lo ordena. ¿Le parece indecente? Quiero saber qué piensa usted.

—¿Y qué busca la obra? Si escuchara algo así seguramente lo condenaría, pero el muchacho, ¿comete tal delito?

—¿Ve? Usted y yo pensamos igual. Hugo usa esa frase para hablar de la pasión del muchacho, no de sus límites morales. No va a cometer el delito, solo ama de tal modo que cualquier pedido de su amada es una orden para él. Habla de pasiones extraordinarias, los sentimientos que inflaman el corazón del poeta. No es un ensayo moral, no debería ser juzgado así.

—¿No piensa que un libro debería dejar una enseñanza moral?

—Si ese es el propósito. Pero el romanticismo busca otra cosa. Poner en palabras sentimientos tan fuertes que uno tiene que dejar un pedazo del cuerpo para poder escribirlo.

—¡Pero eso es peligroso!

—¿Peligroso? ¿Para el autor? ¿Para el que lo lee? Dígame. —Para el autor, en cada poema tendría que dejar una parte de su vida.

—Entonces yo tenía razón. Usted nos entiende.

—Me gusta todo lo que sea nuevo. Un poeta que dé su corazón, eso no se había visto hasta ahora.

—Quizá por eso, Estebita siempre está tan frágil del pecho. Es el mejor de nosotros, se lo aseguro.

—¿El viaje al campo no le hizo bien?

—Lo mejoró algo, pero no del todo. Prefiero tenerlo aquí, si se me permite ser egoísta. Ya bastante extrañamos a Alberdi. Le envié un ejemplar a Tucumán.

Veremos qué dice. Y usted lea *Los Consuelos*, Esteban espera ansioso sus comentarios.

—¿Qué enemistó a Juan y a Esteban?

—Juan alaba el libro. Pero sugiere que la poesía no está para cantar tristezas, sino alegrías, cantar a la esperanza y no a la muerte. ¿Usted qué piensa?

—Estoy en desventaja, Gutiérrez, no puedo hablar sin haber leído antes *Los Consuelos*.

—Léalo, entonces. Es necesaria una literatura nacional, ¿lo pensó? Tanta desunión. Creo firmemente en que los poetas crean sus obras en tanto actúan. Fray Cayetano Rodríguez, Vicente López, usted los conoció. Eran revolucionarios y poetas, quizá la nueva generación deba hacer lo mismo.

—No sé si podría hablar de eso, no tengo su preparación.

—No se disfrace. No le hace honor a su fama. ¡Por supuesto que puede! Usted estuvo ahí, los conoció. Usted más que nadie puede reconocer si nosotros, si estos nuevos poetas, somos capaces de continuar con aquello que no está terminado. Terminar con la guerra que nos desangra.

—Lo haría siempre, Gutiérrez. Quisiera que todos fueran amigos. Parece que no hacen otra cosa que pelear.

—Pero las ideas deshacen amistades. Ahí tiene a Echeverría y a Várela, enojados por lo que uno dice del otro cuando deberían ser amigos.

—¿Pudo mediar entre ellos?

—Lo intento. No es fácil.

—¿Ve? Tiene razón que usted y yo somos parecidos. Usted siempre reconoce el valor de cada persona y la aprecia por ello. —¿Lo ha notado, no es cierto?

—Claro que sí. Usted me gustó desde que Juan lo trajo a casa, era su amigo, por supuesto que iba a gustarme. Pero ahora que lo conozco, lo aprecio más. Nunca había conocido a alguien tan apasionado por el saber.

—Me halaga más de lo que merezco.

—¡Jamás! El exceso es imperdonable en una dama. No digo más que lo que veo.

—No soy digno de esas palabras.

—Vamos, Gutiérrez, usted sabe que no es cierto.

—Busco el bienestar de mi país. Escribo lo que siento y estoy convencido de que si no comprendemos qué pasó, no podremos avanzar.

—Ahí tiene la fortuna de los hombres. Nosotras, en cambio, siempre sometidas a los bordados y los encajes.

—¡Los peinetones!

—¡Los peinetones! Hace algunos años habría sucumbido a los peinetones. Hoy ya nada me atrae de las modas. —¿Y qué le atrae?

—Los libros. Ah, sí, siéntase halagado. Usted tiene la culpa. Antes me gustaba escuchar a las personas hablar sobre los libros. Ahora me gusta leerlos. Y es por su culpa.

—Asumo mi culpa con total placer.

—Y además usted escribe. ¡Qué afortunado es! Poder escribir sus sentimientos, sus pesares, sus alegrías. Usar palabras bellas, poner el corazón como usted dice. Hacer algo, poder hacer algo con estas manos y no sentirme una inútil.

—¿Extraña la Sociedad?

—Se me hace un nudo en la garganta si le hablo de eso.

—Entonces no diga nada.

—Preferí dejarla. Eso es todo. Doña Agustina y Agustinita se harán cargo de ella sin problemas.

—¿Continuarán con la educación de las niñas?

—Usted sabe dónde echar sal en la herida, Gutiérrez. Pareciera que las argentinas estamos destinadas a la vida bruta. Nadie quiere mujeres educadas. Cada vez hay menos escuelas.

—¡No diga eso! No es cierto. El progreso de nuestro país depende de la educación de la población. La educación de las mujeres es tan necesaria como la de los hombres. Más, incluso, si se piensa que la primera educación la dan las madres. No diga eso, no diga que nadie quiere la educación de las mujeres.

—¿Usted también lo cree así?

—Por supuesto. Si el país lograra unificarse…

—Claro, la unidad ante todo. ¿Y cree que podrá hacerse?

—Rosas parece el indicado.

—¿Juan Manuel?

—El interior lo respeta y es dueño de la campaña de Buenos Aires. Si lograra unificar voluntades, si se pudiera influir sobre él de algún modo. Usted lo conoce.

—Él se escondía detrás de este mismo naranjo. Yo corría para atraparlo alrededor de ese mismo aljibe. Ha pasado tanto tiempo de eso…

—Su esposo parece tener influencia sobre él.

—No sé si influencia, ha intervenido en los últimos asuntos con los franceses. Pero el gobierno francés ha decidido que se vaya a Quito como cónsul. Estamos intentando lograr que se quede. Y Juan Manuel lo prefiere a él como cónsul, sobre todo después de mediar entre los federales y conseguir que él asumiera la gobernación otra vez.

—¿Usted también influyó en el acuerdo?

—¿Influir? ¿Entre hombres que quieren matarse? No hay nada que influya en eso y menos una mujer.

—Yo creo que las mujeres pueden influir. *Madame* de Stael, *madame* Mendeville…

—¿Por qué tiene tanta fe en mí, Gutiérrez?

—No es fe. Sé de lo que es capaz, nadie tiene que decírmelo. Quiero pedirle un favor personal.

—¿De qué naturaleza?

—De naturaleza intelectual.

—Me intriga, Gutiérrez. A ver, dígame qué quiere.

—Quiero que me deje venir a hablar con usted. Aunque sea una vez al mes. Lo que usted decida.

—¿A hablar?

—Sí. ¿Me haría ese honor? Hablar con usted.

—¿Y usted cree que yo tengo algo para decirle?

—¿Es *madame* Mendeville la que hace esa pregunta? ¿Para qué vienen todos a verla? ¿Para qué hablan de ella como si fuera una dama europea?

—Porque a muchos les gusta hablar pero no escuchar.

—Pero esa es la clase de personas que no valen la molestia de soportar su presencia.

—¿Y de qué gusta hablar un joven como usted? Juan me trajo sus publicaciones. Usted escribe muy bien, temas que yo no manejo para nada. ¿A usted le gustan las matemáticas, verdad?

—Así es, soy ingeniero.

—Ve, ahí tenemos un problema. No he nacido para los números.

—No, usted nació para las letras.

—No diga tonterías, Gutiérrez. Usted es el de pluma favorecida.

—¿Le gusta cómo escribo?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué se sorprende? Vive escribiendo, la costumbre lo hace mejorar con los días.

—Lo tomo como el mejor de los cumplidos. Y es por eso que quiero venir a hablar con usted. Sabe de política, por más que diga que no le gustan esos temas. ¿Siempre tuvo sus ideas propias?

—Se refiere a tener una opinión sobre el mundo.

—Eso mismo.

—A veces quisiera no darme cuenta de nada. Dejar de pensar en eso. Viviría tanto más tranquila. Pero sí, tengo mis ideas sobre el mundo. ¿Y usted quiere saber cuáles son esas ideas?

—Por supuesto.

—¿Y cómo es eso?

—¿Por qué no?

—Porque los hombres hablan mal de nosotras cuando hablamos de política.

—Jamás hablaría mal de usted.

—¿Sabe qué es lo que más me enoja? Que piensen que no tenemos nada para decir. Como si yo no hubiese vivido mayo, como si hubiese sido exclusivo de los hombres. Todas lloramos esos días y los días que siguieron. Y sabemos bien qué hicieron nuestros maridos y tenemos nuestras ideas.

—¿Las tuvo siempre? Me interesa saber eso. Si siempre pensó así o fue cambiando.

—No, no siempre. Me convertí en una entusiasta de la libertad a los catorce años y desde ese momento sigo igual. Cualquiera que hable de libertad tiene mi atención. ¿Y usted? ¿Siempre pensó así?

—Trabajo desde los catorce años haciendo mapas y planos para la Comisión Topográfica de la provincia. Escuchaba lo que mis maestros decían mientras los acompañaba al trabajo de campo. Empecé a pensar por mí mismo antes que muchos.

—Eso es cierto. Usted tiene una mirada, un aire como de alguien mayor. Como si hiciera mucho tiempo que piensa en muchas cosas.

—¿Puede ver eso en mis ojos?

—Claro.

—¿Y qué más ve?

—Que mira todo. Si le preguntara ahora cuántos frutos tiene el naranjo, seguramente me respondería el número exacto. —¡Bueno, no tanto!

—Pero estoy segura de que aproximado, ¿no? No se ría. Algo así debe ser. Viene a esta casa a ver historia. Juan ya me dijo que es un historiador.

—De historiador tengo la afición, nada más. Soy ingeniero y doctor en jurisprudencia.

—¿Ve? También sabe de leyes. Usted es el de pluma afortunada.

—Mi madre, mis hermanas, necesitan que alguien las cuide. Necesitaba varias profesiones.

—¿Y el tiempo para leer, para escribir? ¿De dónde lo saca?

—Robado al sueño. Me quedo sin dormir varias noches, pero no importa.

—¿Por qué no duerme?

—Pensamientos que me desvelan.

—¿Amables? ¿O terribles?

—Sueño despierto.

—Ah, no me quiere decir.

—Sueño con un amor. Solo eso diré.

—¿Y quién es la afortunada? Ah, cierto que no va a decirlo.

—No soy digno de nombrar a mi amada.

—¿Y qué clase de amor es ese?

—La mejor clase de amor: un amor imposible.

—¡Pero qué ocurrencia!

—¿Por qué no? Es un amor que no está marcado por el paso del tiempo, ni de la desilusión, no conoce reproches ni caprichos, ni restricciones sociales.

—¿Y cuánto hace que la ama?

—Empecé a amarla antes de conocerla. Escuché tanto sobre ella que no pude hacer algo más que quererla.

—Y cuando la conoció, ¿no hubo desilusión?

—Al contrario, tan bella como la había imaginado.

—¿Y en esa ocasión le habló?

—No. No pude decir una palabra. ¿Se imagina usted? Habría querido decirle algo. Pero no pude. Encontrarse a alguien tan perfecto…

—Estoy segura de que su amada no es tan perfecta.

—Lo es. No voy a ceder en este punto.

—Está bien, terco como cualquier ser que ama.

—Y terco para seguir preguntándole: ¿me dejará venir? Solo a verla a usted.

—¿Con tan poco se va a conformar?

—Quizá solo sean unas horas para usted, pero para mí serán muy valiosas.

—De acuerdo. Envíeme una nota cuando quiera pasar a hablar conmigo y me haré un ratito para usted. —¿En el cuarto de recibir?

—En el cuarto de recibir si así lo quiere. Yo le pido un favor ahora. —Lo que sea.

—Tráigame libros, publicaciones, lo que piense que puede ayudarme.

—¿Qué quiere leer?

—Cosas bellas, Gutiérrez. Enséñeme cosas bellas.

Liberté, liberté chérie

Buenos Aires en una noche confusa
22 de mayo de 1836.

Revolvía la tacita con el ungüento, distraída, sentada frente al espejo de su toaleta.

La preparación era sencilla. Se batía en una ollita vidriada, sobre las brasas, partes iguales de zumo de limón y claras de huevo. Se revolvía con una cuchara de palo hasta que la pastita parecía una manteca. Y antes de usarlo había que lavarse la cara con agua de arroz.

¿Servirían el limón y el huevo para ocultar que tenía casi cincuenta años? Ni ella creía que los tenía. Se sentía joven, cansada pero joven, joven como si no hubiese pasado ni una sola hora desde el día que había dicho que haría su voluntad.

¿Se llevarían el limón y el huevo las penas, los rastros de lágrimas, las horas en vela con la cara escondida en la almohada, rodeada de muebles y paredes doradas, pero completamente sola?

Mendeville se había ido a Guayaquil.

Primero había tenido que irse a Francia a recibir las órdenes de su rey. Después, había vuelto a Montevideo, donde tenía parte de sus negocios y luego había pasado por Buenos Aires para ver a su familia. El gobierno francés hacía tiempo que quería desplazarlo de su cargo de cónsul y solo la amistad de Mariquita con Juan Manuel había detenido el cambio.

Les llevó mucho tiempo a la familia aceptar que Washington debía irse. Pero por más que intentaron impedir la separación, el marqués De Vins de Payssac llegó con la orden de ocupar el Consulado y ese fue el final de Washington de Mendeville en Buenos Aires. Lo recibieron con una gran, enorme fiesta, de esas que Mariquita sabía dar. El marqués aceptó la tertulia, pero el desdén se le notaba en la mirada, en la boca, en el poco interés que le causaba todo. El marqués sabía bien todo lo que el matrimonio había hecho para evitar su nombramiento en Buenos Aires y se sentía satisfecho por su triunfo. Los Mendeville habían perdido el dorado prestigio francés.

Aun si solo sus hijos la unían a su marido, Mariquita no quería quedarse sola en una ciudad que cada vez era más violenta y que desconfiaba de los franceses. Pero si Mendeville estaba obligado a irse, ella no iba a irse con él. Enrique, su niñito, era débil como para afrontar ese viaje; Julio y Carlos estaban educados en Buenos Aires, tenían sus hermanos y sus amigos allí. ¿Adónde irían lejos de su madre, con un padre que apenas podía cuidarse a sí mismo?

La despedida fue tranquila. Mendeville no se iba a una misión secreta, el destino de la revolución no estaba en sus manos. Había sido, en cambio, humillado por su

propio rey, desplazado de su cargo de cónsul y enviado a Quito, Ecuador, un destino tan lejano como de escasa importancia. Se enviarían cartas, algunas se perderían en el camino, otras llegarían tarde, otras llenas de regalos. Le enviaría un dinero todos los meses, para que continuara con su vida de mujer decente y de buena familia. Las casitas de alquiler servirían para el mantenimiento de los hijos y los criados.

Mendeville la dejó rodeada de espejos que denunciaban a los gritos su soledad y el agobio que le provocaba el clima tenso de la Buenos Aires gobernada por Juan Manuel. Habían estado juntos dieciséis años y ni una lágrima pudo derramar Mariquita a la hora de su partida.

A la soledad se le unió la tristeza. Su querida Florencia se había casado dos años antes con Faustino Lezica, dueño de una casa financiera de la ciudad. En septiembre de 1835 la firma había quebrado a causa de una estafa del cajero. Ningún porteño aceptó las palabras de Lezica declarando su inocencia y los que resultaron afectados reclamaron su prisión inmediata. Y así fue como su queridísima hija tuvo que dejar su casa de señora casada, irse a vivir a la casona de la calle Florida y esperar que se resolviera la situación terrible de su esposo, encarcelado y enfermo. Por fortuna, los médicos que lo atendieron dieron fe de su enfermedad y su decencia y buena familia y se le permitió estar preso en su domicilio. Florencia y su niñito pudieron volver a su casa, pero la triste situación no tenía un final cercano.

Además, la Confederación. El país que no terminaba de unificarse. Un tratado después de otro, todos sin cumplirse. Habían llegado a un acuerdo: una unidad que mantenía la separación, la Confederación Nacional.

Y con la Confederación, el regreso de Juan Manuel al poder. La vuelta había sido violenta, de una violencia que Mariquita no esperaba de personas a las que consideraba su familia. Él, de todos los hombres de Buenos Aires, el niño con el que había jugado en el patio de su casa, había tenido que derramar sangre para regresar a la gobernación. Encarnación lo había ayudado. En 1833, ella misma había provocado una revuelta contra el gobernador Balcarce —general de la Independencia— mientras Juan Manuel estaba en La Pampa tratando con los indios que asolaban las tierras de los ganaderos. La revuelta había triunfado. Gobernó el general Viamonte durante un tiempo, pero la Sociedad Popular Restauradora, dirigida desde la intimidad por Encarnación, propició el regreso de Juan Manuel y su nuevo gobierno, en marzo de 1835.

Determinado a instaurar el orden en la ciudad y la campaña, Juan Manuel decretó que todo el mundo llevara la divisa federal, en todo momento, en toda ocasión, para demostrar que no había disidencias y que gobernaba una Buenos Aires federal. Mariquita la detestaba y solo se la ponía cuando salía a la calle. Tenía que tener cuidado con las ventanas, pues la Mazorca —los miembros más violentos de la Sociedad Popular Restauradora— vigilaban que todo el mundo llevase la cinta roja y delataban a quien no lo hiciera.

Mariquita revolvía el ungüento en la tacita y así se revolvían sus pensamientos en

su cabeza, todos mezclados, todos angustiosos, todos desesperados. El cansancio, la desdicha de vivir un destino tan alocado, la estaba volviendo silenciosa.

Un trueno, que sonó como si el cielo fuera un papel que se estuviera desgarrando, anunció que la tormenta estaba por comenzar. Le pareció escuchar un caballo en las caballerizas pero se dijo que había sido el ruido de la tormenta y quizá algún jinete que pasaba por la calle. Volvió a revolver el ungüento pero no llegó a dar vuelta a la tacita. Se escucharon los cascos de los caballos mucho más cerca, en el patio. Salió corriendo de la habitación, tirando el ungüento al suelo.

Tuvo que pestañear varias veces para aceptar que era Juan Manuel de Rosas, el gobernador de Buenos Aires el que había entrado hasta su patio, en medio de la lluvia que ya empezaba a caer.

—¡Por Dios, Juan Manuel! ¿Qué manera de entrar es esa?

Él bajó del caballo y le tiró las riendas a uno de los criados que se había acercado sin decir palabra. Magdalena y Juan estaban juntos en la entrada a las habitaciones de sus hijos. Vio las caritas de Carlos y Enrique asomándose detrás de ellos.

—Al cuarto de recibir —le ordenó—. Y que todos los demás se vuelvan a las habitaciones —dijo mirando a los criados y al resto de la familia.

Ninguno obedeció. Todos miraban a Mariquita, que a la vez, miraba con ojos furiosos al gobernador.

—Qué fineza, Juan Manuel, visitarme a estas horas en medio de tus ocupaciones —le dijo cortés como una navaja—. ¿A qué debemos el honor de tu visita?

—Tengo que hablar con vos. Y veo que no me obedecen.

—Podes gobernar Buenos Aires. Podes mandar en la Confederación. Pero yo gobierno sobre la casa del Empedrado, tal como mi madre gobernó sobre ella y tal como tu madre gobierna sobre su estancia.

—Hace que se vayan a las habitaciones. Ahora.

Un frío asqueroso y húmedo le invadió el cuerpo. Empezaban a caer gotas gruesas sobre ellos. Miró a sus hijos, sobre todo a Enrique, y los envió a las habitaciones con una mirada y un gesto de la mano. Se acomodó el chai sobre los hombros para intentar sacarse ese frío horroroso que la cubría por entero.

—Vamos.

Los dos entraron al cuarto de recibir. Las ventanas estaban cerradas y apenas llegaban los rumores del paso de los caballos que circulaban por las calles. Se notaba en el aire que pronto la tormenta que flotaba sobre la ciudad iba a explotar, que las gotas eran solo un anuncio de la furia. No se escuchaban risas ni gritos, solo el sereno que pasaba vigilando por la vereda y daba las horas. Nadie era feliz en Buenos Aires.

—¿Sabes cuándo vuelve Mendeville?

—No lo esperamos pronto. ¿Qué pasó, Juan Manuel?

—Murió De Vins de Payssac.

Mariquita tropezó con su vestido en el intento por sentarse. Juan Manuel no la ayudó. Se quedó quieto, mirándola.

—¿Tenes algo de alcohol por acá? —le preguntó—. ¿Licor fino de dama? ¿Caña sucia de gaucho federal? ¿Perfume de Francia?

Mariquita no pudo protestar por las palabras de Juan Manuel. Estaba mareada, confundida, los brazos le temblaban y el corazón le latía sin ritmo.

—Hay Oporto en ese gabinete —le señaló sin fuerzas con la mano.

En el gabinete había un decantador, una botella de Oporto y un juego de seis copas muy pequeñitas de cristal y oro. Mariquita, Justa y Casilda solían compartir la bebida los jueves por las noches, recordando con risas y lágrimas las sesiones de la Sociedad de Beneficencia que las tres habían elegido abandonar después de la nueva elección de Juan Manuel como gobernador.

Rosas tomó una de las copas con la mano y la rompió. Lanzó un insulto grosero y tomó la botella de Oporto, para después cerrar la puerta del gabinete con fuerza. Bebió de la botella para después tendérsela a Mariquita.

—No puedo tomar.

—No te hagas la delicada. Tomate esto.

—No entiendo por qué estás acá. El cónsul…

—El vicecónsul Aimé Roger fue a verme. De Vins de Payssac acaba de morir.

—Es una terrible noticia —dijo desorientada— que podrías haberme comunicado con un billetito amable con rúbrica de la Confederación.

—Nunca le caíste bien a de Payssac.

—Hay mucha gente a la que no le simpatizo, Juan Manuel.

—Le hablaba mal de vos a Encarnación. Se sentaban en un rincón y hablaban durante horas sobre *madame* Mendeville.

Mariquita no podía decir todo lo que le pasaba por la cabeza. Era cierto que Encarnación y ella no eran amigas y que su cercanía con la familia Rosas tenía que ver con los López de Osornio y no con los Ezcurra. Pero no esperaba que alguien como Encarnación fuese capaz de hablar mal de ella.

Juan Manuel, atento, esperaba su reacción.

—Decí lo que pensás.

—No esperaba que alguien de tu familia hablara mal de mí.

—Encarnación tiene sus ideas.

—Siempre pensé que eran las tuyas.

—Lo son.

—Ese fue un insulto muy cruel. Tuvo que reprimir las lágrimas.

—Insisto, Juan Manuel. ¿A qué se debe tu presencia?

—Como dije, Aimé Roger vino a informarme la muerte del cónsul.

—¿Es que ya la gente no escribe mensajes en Buenos Aires?

—Roger cree que de Payssac fue envenenado.

—¿Qué?

—Y cree que la asesina es *madame* Mendeville.

—¡Está loco! —gritó Mariquita lastimándose la garganta.

—Pidió una autopsia lo más pronto posible. Asegura que lo envenenaste y va a denunciarte.

No le hacía falta un espejo sabía que en esos minutos había envejecido veinte años, que el pelo se le había vuelto blanco y los labios se le habían marchitado. No hacía falta que Juan Manuel se lo dijera: Mariquita sentía que la vida se había ido de su cuerpo.

Rosas le acercó la botella a los labios. Ella tomó hasta ahogarse. Se colgó del brazo de Juan Manuel, que la sostuvo mientras el pecho se le convulsionaba. Entre lágrimas y desesperación, dijo:

—Esta familia no puede soportar otra desgracia, Juan Manuel. ¿Qué van a hacerme? Soy una mujer que está sola, sin su esposo. Tengo hijos pequeños, deudas que pagar, mi pobre hija en desgracia, ¿qué van a hacerme?

—No te va a pasar nada.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque lo digo yo.

—¡No puedo creer que esto esté pasando! Jamás le hice daño a nadie, ¿cómo se me puede acusar de semejante cosa?

—¿Lo hiciste?

—¿De qué estás hablando?

—¿Le hiciste probar bocado o no?

—¡No seas vulgar!

—No soy vulgar, necesito saberlo.

—No soy capaz de hacer eso. ¿Cómo se te ocurre? Mi familia, mi hija Florencia está en medio de un escándalo. ¿Cómo se te ocurre que sería capaz de cometer tal atrocidad?

—Venganza.

—¡Venganza! ¿Vengarme de qué, Juan Manuel?

—Perdiste tu lugar en Buenos Aires. Hiciste todo lo posible para retenerlo.

—¡Te escribí para que lo recibieras de una buena vez! A vos tampoco te gustaba de Payssac, por eso no lo recibías. También nos ayudaste a resistir, ¿o no? El hombre pensó que era por mi culpa, porque Mendeville se tenía que ir. ¡Ya sabíamos que se tenía que ir! ¿Por qué no pueden entender que quería que mi marido se quedara en Buenos Aires?

—¿Por qué no te fuiste con él?

—¿En este momento? ¿Acaso no te enteraste de lo que le pasó a mi hija? El esposo de mi hija está preso por una estafa, Juan Manuel. Ya no sé qué hacer. No hay manera de consolar a Florencia, con su hijito en brazos. Mi hijo Enrique empezó a sentirse mal otra vez. Si solo tuviera la quinta de San Isidro para llevarlo allí. Pero no, ya no nos queda ni siquiera ese consuelo.

—¿Cuánto te queda de la fortuna que heredaste?

—Esta casa con sus muebles y cinco casas de alquiler.

—¿Nada más? —gritó Rosas furioso alejándose de ella.

—Nada más.

—Es inconcebible. ¡Inconcebible que hayas hecho eso! Tu madre estaría furiosa.

—No soy una niña. No hace falta que me reproches de ese modo.

—Pero te has comportado como una niña todo este tiempo. Ese Mendeville… ¿Cómo pudiste poner tu fortuna en manos de ese hombre?

—¿Cómo pude, me decís? ¿Cómo pude? ¡Es mi esposo! ¿Qué otra cosa podía hacer? Obedecerlo hasta que alguno de los dos muera. Eso es lo que se manda. ¿No es lo que las mujeres debemos hacer? ¿Pagar por nuestra equivocación el resto de nuestras vidas atadas a un hombre que no amamos?

—¿Por qué lo dejaste vender todo?

—¿Qué iba a hacer? ¿Desobedecerlo?

—¿No es lo que haces siempre?

—¡Vos pusiste en el cepo a Encarnación por no usar tu divisa federal! ¿Me preguntas a mí por qué acepté eso? ¿Qué harías si Encarnación te desobedeciera? ¿Y si de repente se volviera unitaria? ¡Yo sé lo que le harías! Así que no me preguntes por qué le dejé hacer eso a Mendeville. El honor y el deber ordenan y yo obedezco. Fue el dueño de mi fortuna. Hizo lo que quiso. Y ahora se fue.

—¿Sos francesa o americana?

—Mi marido es francés y está al servicio de Francia. El mundo establece que sea francesa.

—¿Y sos amiga o enemiga de la Confederación?

—Eso está en tus manos.

—¿De qué lado estás?

—Está en tus manos decidir de qué lado estoy.

—Mendeville es francés.

—Entonces ya sabes de qué lado estoy.

—Conocí a una Mariquita muy buena federal. A esta que está frente a mí, no la conozco. Una francesita parlanchina, eso es lo que sos.

Mariquita sintió que el cuerpo le hervía de rebelión. Años atrás, en ese mismo lugar, había gritado con todas sus fuerzas. Ante ella había estado su madre, vestida de luto llorando por la muerte de su esposo, pero tan terca como ella. Mariquita había jurado en ese lugar hacer su voluntad por sobre todas las cosas.

Juan Manuel era su amigo, pero los años los había cambiado a los dos. Ya no eran los niños que jugaban a escapar uno del otro. Estaban frente a frente. Ya no los separaba el naranjo ni el aljibe, sino las decisiones mal tomadas y la política.

La tormenta se había desatado. La lluvia golpeaba contra las ventanas, se la escuchaba caer sobre las plantas del jardín y sobre el tejado de las galerías. Los truenos asustaban a toda Buenos Aires, el viento arrastraba las aguas del Río de la Plata hacia las costas, quería trepar hasta los muelles y el Fuerte, hasta llegar a la gran casona de la calle Florida.

Mariquita sintió que el corazón se le deshacía a pedacitos. El cansancio, el dolor, la desazón de estar casada con un hombre que solo le traía problemas, problemas extranjeros, problemas que ella no podía resolver, que implicaban escribir cartas para desagraviarse, para reclamar su inocencia una y otra vez para defender a un hombre que, ya podía pensarlo sin ningún remordimiento, no valía la pena.

¿Y qué sí valía la pena? Sus hijos, claro, por sobre todo, sus hijos.

¿Y más allá, por sobre todo?

La libertad, la libertad querida que la hacía respirar cada día y sentirse joven, como si otra vez tuviera catorce años y gritara que amaba a Martín. Martín ya no estaba, pero el amor a la libertad seguía haciéndole latir el corazón una y otra vez.

«¿De qué lado estás?», le preguntaba Juan Manuel. «¿De qué lado estoy?», se preguntaba ella. «¿De qué lado estoy, Juan Manuel?».

—*Liberté, liberté cherie* —susurró.

—¿Qué?

—*Combats avec tes défenseurs…*

—¿Ni siquiera podes cantar la Marcha Patriótica?

Ella le sonrió.

—¿Tan afrancesada estás? Una unitaria afrancesada, igual que Rivadavia. Una enemiga de la Confederación. —Está en tus manos, Juan Manuel.

—Y tus amiguitos, también afrancesados. Ese Echeverría parece que tuvo una experiencia mística en París.

—Es un gran poeta, uno como nunca tuvo Buenos Aires.

—Un afrancesado como ese Gutiérrez. —Sonrío de solo pensar adónde va a llegar Juan María. Es tan inteligente.

—Y te sigue como perrito para todos lados. Y vos contenta, claro, que alguno te siga, porque a las francesitas parlanchinas les gusta que las sigan por todas partes.

—Y te falta Alberdi.

—A ese le caigo bien, piensa que puede hacer algo conmigo.

—Es cierto, él piensa en eso.

—Y me falta Thompson.

—¿Qué pasa con Thompson?

—Parecido al padre y a la madre. Y afrancesado también, gracias a Mendeville.

—¿Qué pasa con Thompson?

—Le gusta escribir. Escribe mucho y difícil, sueña con una revolución como la de los padres. No es un buen federal, ninguno lo es. Todos afrancesados. Se hacen los tímidos con la política pero les gusta, como a todos. Tarde o temprano van a decir algo.

—Tocas a Thompson y te arranco los ojos con estas manos.

A Mariquita le ardían los ojos por las lágrimas que no se le caían. El alcohol la había hecho sentir un valor que no tenía. Más bien, un valor que había olvidado tener. Juan Manuel volvió a sentarse frente a ella.

—Te gusta la sangre como a Encarnación.

—¿Cómo la dejaste hacer eso a Encarnación?

Fue el turno de Juan Manuel de sonreír. Ella le respondió asintiendo con la cabeza. Se conocían bien, no necesitaban explicaciones entre ellos.

—Tenía que volver, Mariquita. No se puede organizar el país sin que haya orden. Y el orden se consigue sin oposición. Y el que puede hacer eso soy yo. Controlo la campaña y a los gauchos. Esos gauchos que tus amigos afrancesados detestan. Los conozco, trabajan para mí, conozco el modo en que hablan, ese modo que a tus amiguitos no les gusta. Tomo caña con ellos, insulto como ellos, me embarro como ellos. Una palabra mía y se rebelan. Yo solo puedo poner orden o desordenar todo.

—Eso lo entiendo. Pero ¿encarnación? ¿Por qué dejarla tratar con esa gente?

—¿Y qué te hace pensar que no quiere?

Mariquita sonrió y desvió la mirada hacia la pared. El empapelado estaba gastado y el retrato de Mendeville había sido descolgado y en su lugar había una litografía de Buenos Aires enmarcada en dorado. El cuadro era más pequeño que el retrato de Mendeville, así que lo rodeaba una aureola de tierra y tiempo perdido.

—No, no le gusta demasiado. Me escribió varias veces diciéndome que no le gustaban las cosas que hacía esa gente —dijo Juan Manuel.

—¿Y por qué aceptó?

—Porque sí le gusta la Sociedad Restauradora. La armó ella sólita.

—Debes estar orgulloso.

—Muy orgulloso. ¿Vos lo habrías hecho?

—¿Qué?

—Si hubieses sido mi esposa, la revolución de los restauradores, la sociedad, la Mazorca… ¿lo habrías hecho? —No es mi forma.

—Pero sí estuviste con Martín allá por el año diez. —Sí.

—¿Y qué pasó?

—¡El tiempo! ¿Qué va a pasar? En esa época me habría ido con él hasta el fin del mundo.

—¿No es este el fin del mundo?

—Es mi lugar, Juan Manuel. Aunque sea donde el mundo termina.

Juan Manuel se adelantó hacia ella, colocándose los codos sobre las rodillas. Mariquita, irremediablemente ebria, lo imitó. Pero ella apoyó el mentón en una mano y lo miró coqueteando con él, esperando que hablara.

—Francesita parlanchina y coqueta. —Ella revoleó los ojos fastidiada—. No sabes los problemas que me traes. A la mitad de los franceses que viven en esta ciudad no les gustas. Todos tus amiguitos se están poniendo cada vez más unitarios y no puedo hacer nada porque viven pululando por esta casa. Y tu hijo… tu hijo es parte del grupo. Tu marido me salvó de varios problemas pero me causó otros. Y ahora la muerte de este de Payssac. ¿Por qué no fuiste a la fiesta que organizó como hizo todo el mundo?

—Porque no iba a humillarme después de que dijera que era una mujer capaz de maquinaciones diabólicas.

Juan Manuel lanzó una carcajada. Mariquita se echó hacia atrás en el sillón, escondiéndose, como un perro acorralado y desafiante.

—¿Y cómo te enteraste de eso?

—El viento lo trajo por la ventana.

—El muy cerdo te detestaba. ¿Pero qué iba a hacer yo? ¿Qué le iba a decir? No entiende que sos parte de la ciudad. Aimé Rogers anda como desquiciado pidiendo que te ponga presa. Está convencido de que lo envenenaste. Y no entiende porque es francés. ¿Cómo le digo que si te pongo presa mi madre me manda a azotar?

—Explicale que naciste en una de las casas de mi padre.

—¡Que te encargaste de perder una por una con ese imbécil de Mendeville! ¿No había otro para elegir?

—Había dos más —murmuró Mariquita.

Juan Manuel no ocultó su sorpresa.

—¿Dos más?

—Dos más.

—Me dejas sin palabras.

Fue el turno de Juan Manuel de mirar a la pared. Afuera la tormenta continuaba, desatada como la furia de la Mazorca. Él volvió la cabeza con una idea en la mirada.

—Uno fue Monteagudo.

Mariquita se miró las manos.

—¿Y el otro quién fue? —preguntó Juan Manuel.

Ella se mordió los labios tratando de ocultar la sonrisa. Juan Manuel se quedó serio, pensando. De pronto enderezó la espalda.

—No…

Ella, sin dejar de morderse los labios, asintió. —¿Y por qué no lo aceptaste?

—No pude… —respondió alzando los hombros. Pero no pudo sostener la indiferencia y las lágrimas se le cayeron rápidas hasta los labios—. No pude… Tenía que ser con Mendeville. A fray Cayetano le pareció bien, él comprendió a su modo. Las mujeres tienen el corazón frágil, dijo, la voluntad débil. Pensé que, algún día, Mendeville me lo agradecería. Le di todo lo que tenía con la tarea de hacerme olvidar el dolor. Algunos errores no se terminan de pagar nunca, ¿no?

—¿Mataste a de Payssac?

—No.

—Van a hacerle la autopsia. No te preocupes por nada, incluso si sale que fue envenenado, no te va a pasar nada.

—Gracias… —le dijo Mariquita casi sin voz.

—No me lo agradezcas. Me dijiste que me querés como a un hermano y yo comparto el sentimiento. No, no pienso como Encarnación. Al menos no hacia *madame* Mendeville. Nos criamos juntos y somos amigos. Mientras esté en mis

manos no va a pasarte nada. Pero ponete la divisa punzó y úsala siempre. No vaya a ser cuestión de que te tenga que poner en el cepo.

El Oporto había hecho efecto. Mariquita se sentía somnolienta, temblorosa. La amistad con Juan Manuel era como una campana de cristal. La protegía y le permitía vivir sin el temor que se empezaba a sentir por las calles de Buenos Aires. Pero no era ingenua. Juan Manuel no la protegería ni soportaría sus desplantes para siempre.

Él se puso de pie y le indicó que ella también lo hiciera. Ella lo obedeció, ubicándose muy cerca de él, mirándolo con inocencia y al mismo tiempo conociéndolo como se conoce a un hermano. Él la tomó por la cintura y la acercó más todavía. Ella, mareada, se puso en puntas de pie para besarle los labios.

Él no protestó por el beso. Se lo devolvió, le acarició la mejilla y dio un paso hacia atrás.

—¿Quedamos amigos?

—Como siempre, está en tus manos, Juan Manuel.

Mi vulgar nombre es María

En el salón de espejos gastados de *madame* Mendeville,
septiembre de 1837.

—¡Canta, Echeverría! —gritó Alberdi.

—Pensé que iban a cantar las señoritas.

—¡Queremos que cante usted, Esteban!

—Ves, Echeverría, las damitas quieren que cantes.

—¿Y qué opina nuestra anfitriona? ¿Quiere escuchar la triste voz de este poeta?

—Nada me gustaría más, Esteban.

—Ante tal pedido no puedo negarme. ¿Qué canción prefiere la audiencia?

—*La Diamela*, ¡por supuesto! —gritó Juan por todos.

—¿Y quién me acompaña en el arpa? ¿Nadie? ¿Nadie? ¿*Madame* Mendeville no me hará el honor?

—Si la audiencia lo prefiere…

—¡La audiencia lo demanda! —clamó Gutiérrez desde el fondo del salón.

Mariquita y Echeverría se subieron al estrado, cada uno a su instrumento. Agradecieron a todos los aplausos con inclinaciones de cabeza, y a la orden de Esteban, interpretaron una de las canciones más famosas de Echeverría y Pedro Esnaola, el gran músico de la generación de Juan.

La ausencia de Mendeville no implicaba que ya Mariquita no pudiese hacer tertulias. Aunque tampoco tenían sus tertulias el tamaño que habían conocido durante los años de Rivadavia. Las mujeres de la familia Rosas —Encarnación, doña Agustina, Agustinita y María Josefa— la habían suplantado como centro de reunión de la gente decente de Buenos Aires. Mariquita ya no era el tesoro de Buenos Aires, ni la gran anfitriona francesa. Los buenos federales tenían ojos para otras damas.

El salón dorado ya no centelleaba como antes. La escasez de dinero le impedía a Mariquita permitirse pagar tantas velas de cera de abeja para iluminarlo. Parte del salón estaba en la penumbra y solo estaba bien iluminado el estrado donde estaba el piano y el arpa con la que tiempo atrás los porteños aliados de Rivadavia habían celebrado sus triunfos. Los amigos de Juan habían traído una guitarra que se había quedado allí para cuando fuera necesario acompañar las canciones de Esteban.

Los marcos de los espejos se habían gastado y no había dinero para traer un artesano de Francia que los reparara. Mariquita había contratado a uno porteño pero después de ver el desastre que había hecho con los espejos del corredor, prefirió que los del salón permanecieran tal cual estaban. En todo caso, el salón dorado se mantenía cerrado gran parte del año.

Las copas ya no se llenaban con el *champagne* dorado y francés de Mendeville.

Los hombres tomaban vino de Mendoza y agua de aljibe las mujeres. Mariquita extrañaba los días en que podía servir bien a sus invitados. Pero en ese momento, esa noche, su casa, sus escasas velas, era todo lo que tenía para ofrecerles.

La dulce voz de Echeverría era uno de los placeres impagables a los que se había acostumbrado. No tenía la perfección vocal de Esnaola pero su voz, más grave, hacía más íntimas las pequeñas tertulias de la casona del Empedrado.

Volvieron a sonreír a todos cuando los aplaudieron al terminar la canción.

—*¡A unos ojos!* —gritó Juan María desde su rincón—. *¡A unos ojos!* Esteban se volvió hacia ella:

—Parece que si no obedecemos el pedido de Gutiérrez pasará algo grave.

—¿Alguno se opone al pedido del señor Gutiérrez?

—¡No nos atrevemos! —gritó Alberdi riendo a carcajadas.

—Entonces es *A unos ojos*, mi querida amiga.

Mariquita sospechaba que el pedido de Juan María tenía que ver con ella. Era su canción favorita de Esnaola y Esteban y se lo había dicho a Gutiérrez en una de esas conversaciones que disfrutaban al atardecer.

Terminaron la canción y los dos se levantaron para agradecer y dar lugar a otros a que se lucieran sobre el estrado.

Desde su rincón, Gutiérrez caminó solemne, con papeles en las manos.

—Voy a recitar fragmentos de un poema que pronto Buenos Aires conocerá.

Todos manifestaron sorpresa, excepto Echeverría que puso la cara de fastidio que ponía frente a Gutiérrez cuando su amigo lo elogiaba.

—¿Conocemos al poeta? —preguntó una de las hermanas de Juan María que Mariquita había invitado a la fiesta.

—Por supuesto, querida hermana. El mismo de la *Elvira*.

—¿No era anónimo? —preguntó Mariquita confundida.

—Ya no —murmuró Echeverría.

Mariquita sintió un placer enorme en escuchar que el poema que tanto éxito había tenido en Buenos Aires, hacía unos años, era de Esteban Echeverría. Mayor que sus amigos, menos entusiasta a causa de sus dolencias, más reservado y como consecuencia, más reflexivo, Echeverría los lideraba a todos. Mariquita se divertía al verlo hacer caras. El hombre sabía que era buen poeta y sabía que sus amigos lo admiraban y seguían sus palabras, tanto como Rosas sabía que sus gauchos lo seguían. Echeverría gesticulaba cuando escuchaba elogios pero se enojaba, como había hecho con Juan, cuando recibía alguna crítica. Era caprichoso como todo genio. Mariquita lo admiraba, lo quería y tenía grandes esperanzas para él.

Todos los que no sabían que Esteban era el autor de la *Elvira* lo saludaron con cariño. Él agradeció rumiando que *por ser vista o tropezar, una mujer; en la diestra un puñal sangriento muestra, sus largos cabellos flotan desgreñados, y denotan de su ánimo el batallar*.

Ella va. Toda es oídos; sobre salvajes
dormidos va pasando; escucha, mira,
se para, apenas respira,
y vuelve de nuevo a andar.
Ella marcha, y sus miradas
vagan en torno azoradas,
cual si creyesen ilusas
en las tinieblas confusas
mil espectros divisar.

Juan María volvió a hacer una pausa. Esta vez, era él el conmovido. Mariquita alzó las cejas, sin dejar de mirarlo. Él le lanzó una mirada fugaz y tímida. Ella lo animó con la mirada. Juan María continuó con la lectura:

Y el amor y la venganza en su corazón
alianza han hecho, y solo una idea tiene fin
y saborea su ardiente imaginación,
absorta el alma, en delirio
llena de gozo y martirio
queda, hasta que al fin estalla como volcán,
y se explaya la lava del corazón.

Allí está su amante herido, mirando al cielo,
y ceñido el cuerpo con duros lazos,
abiertos en cruz los brazos,
ligadas manos y pies,
cautivo está, pero duerme;
inmoble, sin fuerza, inerme
yace su brazo invencible;
de la pampa el león terrible
presa de los buitres es.

Se escuchó una expresión de horror que llegó desde el rincón donde estaban Justa, Casilda, su hija Magdalena y las cinco hermanas de Gutiérrez. Mariquita no supo decir cuál de las cinco había gemido, o si ella misma lo había hecho. El corazón le latía, le faltaba la respiración. Los muchachos no estaban en mejores condiciones. Juan contenía el aliento, Alberdi tenía los ojos brillosos. Solo Echeverría miraba a Gutiérrez concentrado, con los labios apretados.

Allí está; silenciosa ella,
como tímida doncella,

besa su entreabierta boca,
cual si dudara le toca
por ver si respira aún.

Entonces las ataduras,
que sus carnes roen duras,
corta, corta velozmente
con su puñal obediente,
teñido de sangre común.

Mariquita supo que esta vez había sido ella la que había sollozado por la emoción. Gutiérrez continuó leyendo con más pasión:

Brian despierta; su alma fuerte,
conforme ya con su suerte,
no se conturba, ni azora;
poco a poco se incorpora,
mira sereno,
y cree ver un asesino:
echan fuego sus ojos de ira;
mas luego se siente libre,
y se calma, y dice:
—¿Eres alguna alma que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,
ángel bueno,
o vacilante parto de mi fantasía?
—Mi vulgar nombre es María.
Ángel de tu guarda soy;
y mientras cobra pujanza, ebria
la feroz venganza de los bárbaros,
segura, en aquesta noche oscura,
velando a tu lado estoy.

Al escuchar su propio nombre entre palabras tan bellas, tuvo que llorar. Su corazón todavía estaba partido en dos. Las palabras de Echeverría, la voz de Gutiérrez, la habían llevado a ese año en el que había pactado con el dolor. Ella sabía lo que era querer vengar la muerte de un amor, sabía lo que era sentir tanto valor como para querer matar a quien le hiciera daño. Ella no había podido velar a Martín, no había podido acompañarlo en su locura, no se había vuelto loca. Casi veinte años después, su corazón tenía una herida de la que manaba sangre fresca.

Tú podrás, querida amiga,
Hacer rostro a la fatiga,
Mas yo, llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido,
¿cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
Y del oprobio redime
Tu vivir predestinado;
Deja a Brian infortunado,
Solo, en tormentos morir.

No, no tú vendrás conmigo,
O pereceré contigo.

De la amada patria nuestra
Escudo fuerte es tu diestra,
Y, ¿qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
Yo de la oprobiosa suerte
De los esclavos; propicio
El cielo este beneficio
nos ha querido ofrecer.

No insensatos lo perdamos
Huyamos, mi Brian, huyamos;
Que en el áspero camino
Mi brazo, y poder divino
Te servirán de sostén.
—Tu valor me infunde fuerza
Y de la fortuna adversa,
Amor, gloria o agonía
Participar con María
Yo quiero. Huyamos; ven, ven.

Otra vez sintió el murmullo que provenía desde el fondo. Mariquita ni siquiera movió los ojos de la figura de Juan María. Su corazón, su alma, su cuerpo no tenían más lugar que para las palabras de Esteban. ¿Cómo era alguien capaz de crear tanta belleza de la nada? ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué buscaba inflamar tanto los corazones de los que escuchaban sus poemas? El genio de Echeverría era incomparable.

Juan María se bajó del estrado. Todos lo observaron con los ojos enormes. Dejó los papeles sobre una de las mesitas con bordes de oro desgastado sin decir una

palabra.

—¿Así nos va a dejar, Gutiérrez?

Él apenas ocultó la sonrisa que le provocó la pregunta de Mariquita.

—Hasta aquí seleccionó el poeta para su lectura.

—¡Es tan injusto! ¡No sabemos cómo termina! —exclamó Justa también afectada por el poema.

—Pronto saldrá el poema completo, querida señora Justa.

—¿Qué nombre lleva?

Juan María no quiso responder, así que Mariquita se volvió a Echeverría.

—¡Esteban, díganos al menos el nombre!

—Decilo vos, Gutiérrez, que sos el entusiasta del poema.

—La Cautiva en el libro Rimas de don Esteban Echeverría —dijo Gutiérrez orgulloso.

—¡No puede dejarnos así! —protestó Magdalena, visiblemente alterada por el poema—. Exijo más estrofas.

—Lo lamento, será hasta aquí.

—¡Usted no es tan cruel como para hacernos esto! —le dijo Mariquita tratando de convencerlo.

—Aún no estoy convencido de que ese poema deba ver la luz.

—¡Echeverría! —protestó Mariquita hacia el joven moreno que se escondía en un rincón oscuro—. ¿Así nos va a dejar?

—El libro saldrá pronto y todos podrán leerlo —dijo Echeverría—. Por ahora el recitador merece un aplauso, creo yo.

Todos estuvieron de acuerdo. Aplaudieron a Gutiérrez con generosidad. El muchacho sonreía ruborizado y con los ojos brillantes. Después de los aplausos, la concurrencia se disolvió en dos pequeños grupos. Juan le dio la guitarra a Alberdi, Justa tomó su lugar en el piano y se armaron las parejas para bailar.

Mariquita le indicó a Echeverría que se sentara junto a ella, en los sillones que estaban cerca de la penumbra. Se sentaron uno muy cerca del otro y hablaron en voz baja.

—¿Espera ansioso su libro? —le preguntó entusiasmada.

—Como un niño espera a su madre después de un tiempo de no verla. ¿Me dirá su parecer cuando lo lea? Si decide leerlo, claro.

—¡Claro que quiero leerlo! Pero me asombra que también quiera saber mi parecer. ¿Es un signo de vuestra generación pedir la opinión de simples mujeres?

—Yo no he pedido la opinión de una mujer simple, *madame* Mendeville.

—Solo eso soy —murmuró Mariquita.

—¿Usted? ¿La María que estuvo en mayo junto con los demás patriotas? No está bien discutir cuando uno es invitado a una casa tan honorable como esta. Más siendo uno poco digno de estar en ella. Pero usted es mucho más que una mujer simple. ¿Puedo hablarle con libertad?

—Ese es un pedido difícil de complacer en estos días. Pero sí, hágalo.

—Su inteligencia no hace más que demostrar por qué estamos aquí. Somos los hijos de mayo, *madame* Mendeville.

—No sabe cuánta felicidad y cuánto dolor me causa escuchar esas palabras.

—La verdad es amarga y bella al mismo tiempo.

—Tiene razón, Echeverría.

—La patria, la libertad, son mis musas. ¿Cómo no escribir sobre ellas cuando siento que están en peligro?

—Tenga cuidado, Echeverría. Se está buscando un enemigo que no tiene miedo.

—Yo tampoco temo, *madame* Mendeville.

Mariquita no pudo responder enseguida. Ella sí empezaba a sentir miedo.

—¿Sabe de nuestro Salón Literario, verdad? —le preguntó Echeverría.

—Toda Buenos Aires sabe de él. ¿Qué mejor lugar para un Salón Literario que una librería?

—Leemos hasta quedar ciegos durante el día y hablamos de literatura por la noche. Marcos Sastre nos recibe con cariño. Pero no solo de literatura hablamos. La nación, el país, la revolución de mayo. ¿Qué hacer? ¿Cómo seguir? La miramos a usted. Usted es nuestra guía.

Mariquita sintió que el corazón se le inflamaba de orgullo. Por primera vez en mucho tiempo no sintió que los recuerdos del año diez le pesaban, al contrario, se volvían bellos con las palabras de Echeverría.

—No quiero agitarla, sé que tiene un alma apasionada.

—¡No! —le dijo con la voz débil—. No… Es que hace tanto tiempo que nadie habla así.

—La nueva generación debe hablar así. Usted es nuestra guía, la prueba de que hubo un ideal de libertad. ¿Cómo no admirarla? ¿Cómo no esperar sus palabras? Juan María vive por sus palabras. Si pudiera las bebería. Él la ama.

—¡No diga eso! —le dijo Mariquita mirando hacia el grupo que bailaba.

Gutiérrez tenía los ojos sobre ellos mientras bailaba. Al notar que los dos lo miraban, tropezó con Magdalena. Ella empezó a reír, mientras Juan María, completamente rojo, le pedía disculpas. Esteban y Mariquita dejaron de mirarlos.

—No diga que no se dio cuenta.

—Creí notar algo… pero es imposible…

Se quedó con el imposible entre los labios. Juan María le había hablado de su amada imposible, de su amor perfecto y sin límites. ¿Así que era ella de entre todas las mujeres de Buenos Aires?

—Gutiérrez es un sabio —dijo Echeverría—. Sabe elegir bien a su amada.

—Es una tontería.

—¿Y? ¿Qué importa ser tonto? ¿Qué importa volverse un idiota si uno ha encontrado al ser amado? Gutiérrez está en plena posesión de la felicidad. Déjelo que la ame con locura, hasta el infinito. La vida dura un suspiro, *madame* Mendeville.

Que Gutiérrez la ame si así quiere. No podría haber buscado objeto de afecto más noble.

—Usted es puras lisonjas, Echeverría.

—Jamás. Como poeta digo la verdad o no digo nada. Cada poeta busca algo cuando escribe. Juan María Gutiérrez busca a la mujer. A esa única mujer perfecta que reúna todas las cualidades posibles. Ha tenido suerte en encontrar su inspiración.

—Echeverría, usted es un alma distinta a las demás.

—¡Un alma romántica! —exclamó Echeverría—. Un alma como la suya también. Nos aloja, nos escucha, nos trata como a seres importantes… ¿Cómo no pedirle sus palabras?

—Las tendrá, es una promesa. Ahora, respóndame algo.

—Lo que usted ordene.

—¿Cómo hizo para escribir algo tan bello?

Esteba se recostó contra el respaldo de su sillón.

—Estaba en mi estancia Los Talas, miraba al mundo que me rodeaba. La naturaleza me envolvía, yo debía escuchar sus palabras. Mi espíritu se inflamaba y mi imaginación me pedía que escribiera. ¿Qué otra cosa escribir si no era el desierto? ¿La llanura verde y desesperanzada? La pampa incendiada por el sol, los salvajes corriendo libres y furiosos, los animales dueños del horizonte. Buscaba inspiración. La naturaleza me la ofreció y yo la tomé, agradecido.

—Lo envidio, Echeverría. Escribir palabras tan bellas, una tras otra, que se pliegan y se despliegan como un abanico.

—¿Y usted?

—¿Y yo qué? —preguntó Mariquita con ternura.

—Todos esperamos que usted escriba algo pronto.

—Echeverría…

—Claro que sí. Nuestra *madame* de Stael tiene que escribir su Corinne. Somos admiradores exigentes.

—¡Otra locura suya! No podría escribir nunca. No sería capaz. Solo sé escribir cartas, eso se lo puedo asegurar. ¿Quiere que le escriba cartas, Echeverría?

—Miles de cartas, *madame* Mendeville. A todo el mundo, hasta al emperador de China si es preciso.

Mariquita rio por la ocurrencia. Las lisonjas de Echeverría le hacían bien al corazón. El cansancio, los años que pasaban sin remedio, la política que se metía por cualquier rendija, la distancia de sus hijos, el dolor de los que tenía cerca, todos los pesares se endulzaban con la poesía de Esteban.

——Se lo prometo, Esteban. Escribiré cartas hasta cansarme.

¿Por qué te vas Mariquita?

En una Buenos Aires amarillenta,
diciembre de 1838.

Vestía de negro, no importaban las modas.

Miraba a su alrededor. Buscaba los pedazos de su corazón esparcidos entre los baúles cerrados, listos para enviar al barco. No era la primera vez que se iba pero sí la primera vez que se iba en contra de su voluntad. De tantos baúles dispersos por la casa, habían tenido que ubicar los suyos en el cuartito que daba a la calle. No importaba. La gran casona de la calle Florida no recibiría visitas de amigos íntimos durante mucho tiempo.

El gran salón dorado había sido cubierto de telas blancas para proteger sus tesoros desgastados. Los dormitorios de los señores Mendeville quedaban a la espera del nuevo inquilino, aquel que no sería capaz de reemplazar a su verdadera dueña.

Toda Buenos Aires se había sorprendido por la decisión de partir. Juan, Julio, Carlos también se iban con ella a la casa de Albina y su esposo Treserra, en Montevideo. Solo Magdalena y Florencia quedarían en la ciudad.

«¿Qué vamos a hacer sin Mariquita en Buenos Aires?», había llorado en su hombro su amiga Justa. «¡Buenos Aires no será igual sin usted!», se agitaba el barón de Picolet, cónsul de Cerdeña, uno de los pocos amigos fieles que le quedaba. La verdad era que poco podía hacerse. Al gobernador Rosas no le gustaban las reuniones demasiado grandes excepto las que se hacían en su casa de Palermo. Y hasta esas reuniones se habían detenido después de la muerte de Encarnación, en octubre de ese año.

Muertes y más muertes. Las pérdidas se acumulaban en las almas y en los ojos de los que quedaban vivos. El miedo, la preocupación por decir una palabra que molestara al gobernador y pusiera en alerta a la Mazorca, apaciguaban a la ciudad y la dejaban tan pacífica como un cementerio.

Los jóvenes que años atrás habían revolucionado la ciudad con sus periódicos, sus poemas, sus canciones, habían tenido que llamarse a silencio después de haber sido encontrados sospechosos de ser unitarios. No eran unitarios, eran románticos como les gustaba llamarse, pero Rosas por comodidad los llamaba unitarios al igual que a los demás. Habían fundado un periódico, llamado La Moda, con la intención de acercarse a Rosas, principal intención de Alberdi, pero después de unos meses el gobernador demostró que no había modo posible de acercamiento y cerró toda publicación que no fuera declaradamente federal.

Había comenzado una nueva emigración.

Mariquita apenas podía pensar, las manos se le deshacían de tristeza, los ojos le

ardían, secos, ausentes de lágrimas. Tenía que irse, tenía que dejar parte de su corazón en Buenos Aires. ¿Había un corazón tan grande que fuera capaz de romperse en tantos pedazos? El suyo debía ser enorme para que hubiese estallado en mil pedazos, que estaban por Europa, en Montevideo, en el océano Atlántico, en la Recoleta.

Necesitaba a fray Cayetano. Él sabría cómo resolver las inquietudes terrenales de su alma mientras pensaba en secreto en la revolución. Él seguramente tendría una palabra de consuelo verdadera, distinta a esas palabras que todos le ofrecían y que ella rechazaba con una sonrisa triste y un apretón de manos. Porque, ¿qué consuelo podía existir cuando un hijo había muerto a los trece años?

¿Podía una bóveda en la Recoleta, la más cara, comprar la tranquilidad? ¿Podían mil palabras amigas de consuelo llenar la tristeza de saber que Enrique no llegaría a ser el hombre que ella había soñado? Ella estaba determinada a darle a su pequeñito el lugar que merecía al ser hijo de una familia como la de su madre. Que dijeran lo que quisieran. Si Enrique no iba a tener una vida futura, que tuviera acaso la mejor tumba de Buenos Aires.

¿Habría sentido su pequeñito la muerte acercarse?

Tuvo que sostenerse la cabeza para no derrumbarse sobre la alfombra.

Sus últimos días habían sido tristísimos, inmerso en la fiebre y el delirio. Enrique ya estaba cansado de tanta enfermedad. Hundido en su cama, los últimos días de su vida apenas fue piel y huesos débiles, un cuerpo que respiraba mal, transpiraba y se moría de sed. No alcanzaban a darle agua y Enrique vomitaba. El doctor lo sangraba y Mariquita se desangraba con él.

Su pequeñito había muerto el dieciocho de marzo a las diez y media de la noche. Noche calurosa, del final del verano. Noche de dolor, de tristeza y de alivio. ¿Podría explicarle el padre Cayetano por qué sentía tanto alivio por la muerte de su niño? ¿Podría hacerle entender que no era locura lo que le había llegado a pedir a Dios? ¿Había sido una mala madre por pedir que su pequeñito dejara de sufrir de una vez por todas?

Habían pasado nueve meses de su muerte y el dolor permanecía igual.

Sentada sobre uno de los sillones, miraba la pared. El empapelado de Mendeville empezaba a despegarse. Nada había colgado de la pared en ese momento. Solo quedaban las marcas de los retratos y grabados que alguna vez habían decorado el cuarto. Se los había dado a Florencia para que los cuidara y se los enviara a Montevideo cuando la familia estuviera finalmente instalada.

Tenía una sola ventana abierta, la que daba a la calle. Era muy tarde ya, la medianoche había pasado hacía tiempo. No era seguro estar en penumbras en la habitación, con la ventana abierta, pero Mariquita necesitaba estar esos últimos momentos en su cuartito a la calle.

En el mismo sillón donde ella estaba, su madre le había gritado lo desagradecida que era, Martín le había contado lo que había ocurrido en el Cabildo Abierto del

veintidós de mayo, Mendeville le había regalado el primer espejo, Juan le había pedido que conociera a sus amigos. Extrañaría su cuartito a la calle como si le faltara un brazo.

Desde la ventana abierta entraba una luz tenue, amarilla, de farol.

Por la calle no pasaba nadie. El sereno había gritado con voz acompasada que eran las dos de la mañana. Era una noche de diciembre, silenciosa, triste. El temor se olía en el aire. El gobernador vivía en Palermo pero su presencia se presentía en todas las calles de Buenos Aires y hasta en el río ocupado de naves francesas.

Ay, Juan Manuel.

Por la ventana abierta, los pasos del sereno la distrajeron.

El corazón, su pobre corazón, latió con la fuerza que le daba el miedo. Se aproximó a cerrar las ventanas. Al acercarse, pudo ver de reojo que alguien se apoyaba en las rejas. Sus latidos se detuvieron un momento, pero enseguida respiró. Conocía bien, adivinaba casi, a quien estaba al lado de su ventana.

—¿Gutiérrez?

—¿La asusté?

—No.

Él se aproximó a la ventana. La luz amarilla del farol lo iluminó. La nariz pequeña se le respingó más todavía y le daba un halo de inocencia del que Juan María no se desprendía a pesar de tener ya casi treinta años. Ella se sentó en el borde de la ventana y se sostuvo de uno de los barrotes de la reja. Él la miraba desde afuera, con las manos en los bolsillos.

—Hablar por la ventana a estas horas… ¿no hacen eso las niñas enamoradas? —le dijo Mariquita queriendo hacer una broma pero diciendo, en cambio, y sin querer, la verdad—. Niñas de ojos negros…

—Y jóvenes enamorados de amores imposibles.

—Pensé que había sido el sereno.

—Me pude escapar. Creo que me andaba siguiendo.

—¿Se reunieron hoy?

—Hubo reunión en casa de Marcos Sastre.

—Tengan cuidado, por favor…

—No creo que quede mucho más tiempo de reuniones. Nos vigilan a todos.

—Juan María…

Él reaccionó al escuchar su nombre. Se aferró a la reja, a la misma altura de su mano, pero sin tocarla. Se acercó tanto a ella que los dos quedaron en la penumbra amarillenta. Él no decía nada, pero parecía hablar con el alma en los ojos.

Quizá fuera el calor, quizá fuera que ya no podía sentir más dolor, quizá fuera porque empezaba a comprender que había cosas que ya no le importaban tanto, quizá fuera, después de todo que a los cincuenta y dos años podía enamorarse de nuevo a pesar de la pena que le destrozaba el corazón, Mariquita murmuró:

—El alma se te va a salir por los ojos.

—Para que te la lleves a Montevideo.

—No voy a saber qué hacer con ella.

—Cuidarla. Hasta que volvamos a vernos.

—¿Y vas a quedar desalmado, vagando por las noches de Buenos Aires?

—No queda otra cosa que andar desalmado por Buenos Aires.

—¿Cómo van a vivir? —se lamentó Mariquita por los que se quedaban.

—Vigilados. En silencio. Escribiendo miles de cartas. Esteban piensa irse a su estancia. Yo no puedo. La Comisión Topográfica no puede… —La voz se le quebró —. No puedo irme.

—Lo sé.

—Mi familia…

—Lo sé. Lo sé.

—Esteban dice que irse es inutilizarse para la patria. Pero aquí uno queda inútil también. Puedo escribir a Montevideo. ¿Vas a escribirme?

Mariquita sonrió. Juan María había traspasado la barrera de la formalidad. Lo sentía mucho más cerca a pesar de las rejas y del Restaurador.

—Por supuesto —susurró.

—Pasará mucho tiempo antes de que volvamos a vernos.

—¿Quién es más cruel, Rosas o el tiempo?

—Los dos nos separan. —Mariquita alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Te amo —dijo Juan María.

—Es una locura.

—¡No digas que es una locura! —le dijo reprimiendo un grito—. Te amo. Es amor, amor del grande, amor sagrado.

—Amor imposible.

—¡Es perfecto!

—Amor loco.

—Ves, también lo sentís.

La certeza de Juan María le aceleró el corazón que estaba a punto de desplomarse por el suelo de tantas emociones.

—Vení con nosotros, Juan María —le suplicó—. Alberdi ya está en Montevideo, vas a poder seguir escribiendo con él, publicar libros, poemas, lo que fuera. Vamos a Montevideo. Florencio Várela nos espera.

Él se separó muy serio.

—No puedo.

—¡Tiene que haber un modo!

—Mi madre y mis hermanas me necesitan. Mi vida está en Buenos Aires. Y así seguirá siendo.

Gutiérrez miró hacia atrás, como si hubiese escuchado un ruido.

—Tengo que irme. Escribime, por favor. No me dejes solo.

Ella asintió.

—Es una promesa.

Juan María dio unos pasos sobre la vereda pero volvió hacia la reja. Se acercó hasta los barrotes y besó la mano que los aferraba como si en ese beso se le fuera el alma.

—Adiós —dijo.

Y desapareció en la noche.

¿Debía reprocharse por haber cedido ante la pasión? Ella que era superior a Gutiérrez en familia y posición no debía alentar sentimientos de ese estilo. Pero claro, eso era lo que solía pensar cuando estaba lejos de él. Cuando estaba cerca, se olvidaba de todo y actuaba como una niña enamorada otra vez, sin medir consecuencias, sin prestar atención a las convenciones. La emigración les daría la sensatez que ninguno de los dos parecía tener.

Cerró la ventana. Apoyó la frente en los postigos para descansar un instante y se quedó dormida. Fueron solo unos minutos, pero estaba claro que el cansancio —ya que no el sueño— la encontraría en el cuartito si no se iba a dormir. Tenía que irse a la habitación.

Al pasar por la mesita, el vestido le pegó con fuerza a uno de los floreros del rey Luis Felipe.

Ay, Mendeville.

El jarrón cayó al suelo. Se partió en cinco fragmentos y algunas astillas. Lo miró durante un tiempo. Se arrodilló para juntar los pedazos pero se arrepintió. Alguien lo recogería mañana. Le pediría a Florencia que lo hiciera arreglar.

Rumbo a su habitación, pasó por el patio. Lo iluminaba la luna. En el interior de la casa todo era azul, las tejas, el aljibe, las paredes, las plantas, las flores, incluso el naranjo. Sus pasos se escucharon claros pero inseguros sobre el suelo.

De pronto, se detuvo. Alguien la miraba por detrás del naranjo. Era una figura azulada. Un hombre alto, de hombros anchos, de cabello y piel azul muy claros. Un hombre que podía entrar a su casa cuando quisiera porque ella así lo había dispuesto.

Avanzó hacia la figura azul rodeando el naranjo.

—¿Sos un fantasma? ¿Un espectro?

—Un muerto en vida.

—¿Estás jugando a esconderte detrás del naranjo?

—Vine a preguntarte por qué te vas.

—¿A esta hora?

—Recién cerraste la puerta del cuarto de recibir.

El cuerpo se le congeló. Así que a ella también la espiaba. Soplaba una brisa suave desde el río que hacía que el vestido le rozara el suelo y susurrara palabras tristes.

—En Montevideo están Albina y su marido. Voy a estar mejor allí. El bloqueo trajo nuevo malestar para los franceses.

Juan Manuel salió de su escondite con la mano extendida.

—Vamos —la invitó.

—¿Qué?

Él no le contestó. Llegó hasta ella y la tomó del brazo, deslizando hacia abajo para tomarla de la mano.

—Vamos.

—¿Tenes idea de la hora que es?

—Esta ciudad es mía. Vamos, digo.

Mariquita se dejó llevar, más intrigada que temerosa. No estaba presentable, tenía el cabello suelto, y estaba sin moño federal. Al parecer a Juan Manuel no le molestó su desprolijidad. Salieron por la caballeriza, pasaron por la casa donde había nacido él. Al llegar a la esquina giraron hacia la plaza, pasaron por la Iglesia de la Merced, se persignaron, siguieron caminando. Enseguida llegaron al centro de la ciudad, a la Plaza Mayor. Se detuvieron justo al lado de la Pirámide, rodeada de rejas, una de las pocas sobrevivientes de la revolución, tal como ella.

La plaza estaba vacía. Dos perros iban y venían por los arcos de la Recova. Un sereno se veía caminar a lo lejos, más allá de la Iglesia de San Ignacio, moviendo con lentitud su farol. Nadie pareció notar a esos dos locos que caminaban por la Plaza de la Victoria a esas horas de la madrugada.

Mariquita se volvió hacia el Cabildo. Pocas veces lo había visto de noche, bañado por la luz amarilla de los faroles. La brisa del río soplaba más fuerte que en su casa, le movía la falda del vestido y el cabello suelto. Estaban en el mismo lugar en que veintiocho años atrás.

—¡Veintiocho! —Martín la había sostenido sobre sus pies para que escuchara los nombres de los integrantes de la Junta. Nombres conocidos, nombres de amigos, nombres que habían visitado esa casa suya que iba a dejar por un largo tiempo.

—Tus franceses me están volviendo loco —murmuró Juan Manuel. Mariquita se volvió hacia el este. Por detrás del fuerte, iluminado por la luna, se veía el río. A los lejos, como manchas azuladas, borrosas pero seguras, los barcos franceses bloqueaban el comercio de la Confederación Argentina, liderada por Juan Manuel de Rosas.

—¿Por qué tuviste que obligar a los franceses al servicio militar? —le reprochó —. Mendeville te había ayudado a solucionar ese problema.

—Mendeville no ayudó en nada.

—Que trates a los ingleses de un modo distinto tampoco ayuda.

—Ellos supieron negociar mejor. Mariquita se cubrió la cara con las manos.

—Decilo.

Ella se descubrió los ojos.

—¿Qué?

—Decí que todos estos problemas son por causa de la revolución.

—Ni vos pensás eso. El libre comercio te favoreció tanto como a nosotros. Y si siguiéramos siendo españoles no serías gobernador.

—El desorden en la campaña no me favorece. El lío que hicieron con las tropas no me favorece. Me costó años tratar con los gauchos, calmarlos. Todos querían libertad, igualdad, fraternidad, revolución… Tus amiguitos quieren domesticarlos también. No entienden que un gaucho no se educa, se gobierna.

—Un pueblo incivilizado…

—Un pueblo gobernado por el orden.

—Tú orden.

—El mío.

—Y te enemistaste con los franceses.

—Sí.

—Y les dejaste Montevideo servida, sabiendo que el comercio francés pasa primero por allí.

—¿Y qué?

—Todos los unitarios están en Montevideo.

—¿Por eso te vas?

—Juan Manuel…

—Para estar cerca de tus amigos unitarios. Eso no es posible. Sos una federal, lo sé bien. No podes ser unitaria. ¿Por qué te vas, Mariquita?

Él hablaba nervioso, con el ceño fruncido, casi agresivo.

—Juan Manuel.

—¿Qué?

—¿Qué hacemos acá?

—Quiero pedirte algo.

—¿A mí? Mañana me voy a Montevideo, Juan Manuel. No hay nada que pueda hacer por vos. —Podrías hacer algo…

Rosas se quedó sin palabras. Sus ojos intentaban decirlas por él pero Mariquita no sabía interpretarlas. Dio una vuelta sobre sí mismo, nervioso. Dio unos pasos hacia la Pirámide de Mayo. Se volvió hacia ella.

—Se me murió Encarnación… —le dijo con la voz quebrada.

Sintió piedad por él.

—Juan Manuel…

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer, decime?

Las lágrimas se le cayeron sin poder evitarlo. Lloraba por él, porque ella sabía lo que era perder un amor y porque esa desesperación podía invadirla en cualquier momento de su vida, en cualquier minuto, a cualquier paso.

—¿Qué voy a hacer sin ella? —Le preguntaba Juan Manuel sacudiéndola por los brazos.

—No lo sé…

—No te vayas.

—Me voy, no voy a quedarme. —¡No te vayas! Cásate conmigo.

El frío que sintió le provocó piel de gallina. No respiraba, tenía los labios

entreabiertos. Miraba a Juan Manuel sin poder creer lo que había dicho. Más todavía, lo miraba sin poder creer que parte de su cuerpo y su alma querían aceptar la propuesta.

—Estoy casada —dijo sin fuerza.

—Eso se arregla —dijo él enseguida, muy cerca de ella.

Ay, Juan Manuel. Ay, Mendeville.

Se lo había pedido a Mendeville, le había suplicado que no permitiera que Juan Manuel la tentara porque ella sabía, sabía bien lo mucho que Juan Manuel la conocía.

La brisa volvió a soplar desde el río. Desplazó su falda hacia el oeste y con ella la atención de Mariquita hacia el Cabildo. Ya no era el que había sido. Estaba gastado, con manchas de humedad, con un reloj que daba mal la hora desde hacía años. Pero para ella seguiría siendo ese lugar al que Martín la había llevado, casi descalza, con los pies lastimados, para que presenciara el momento mismo en el que un pueblo decidía hacer su propia voluntad.

Se alejó un paso de Juan Manuel, soltándose de sus brazos ansiosos. Él comprendió sin palabras.

—No puedo. Soy una revolucionaria sin remedio. Y si nada de la fortuna que tuve me queda, al menos me queda la certeza de saber que estuve aquí mismo hace veintiocho años peleando por la libertad. No por federales ni por unitarios.

Los ojos de Juan Manuel decían muchas cosas, pero de su boca no salían palabras. A lo lejos se escuchó que el sereno daba las tres de la mañana. Era el momento de partir.

—¿Volveremos a vernos? —le preguntó él.

—Está en tus manos.

—¿Por qué te vas, Mariquita?

—Ya te lo dije.

—¿Por qué te vas? —insistió Rosas, agresivo.

—Porque adhiero a la causa. —¿Por qué te vas?

—¡Porque te tengo miedo, Juan Manuel! ¡Tengo miedo de que nos mates a todos! Y hasta a vos mismo si seguís con esta locura. Porque no puedo evitarlo. Porque mi corazón se va hacia donde está la libertad.

—¿Y dónde está? ¿En Montevideo con los unitarios? ¿En Francia con Mendeville? ¿Coronada de gloria en tu salón dorado?

—En cualquier lugar en donde haya alguien que jure con gloria morir por ella.

—Dorrego y Quiroga juraron morir con gloria y mira dónde están.

—No hay necesidad de más muertes ni de persecuciones ni de exilios.

—¡Que no hay necesidad! ¿Qué te hace pensar que yo no era el próximo en la lista de Lavalle y los demás unitarios? Que mi cuerpo no era el siguiente que sería fusilado en Navarro. Los tuve que correr a Montevideo o me corrían a mí. Lo poco que quedaba de orden en esta provincia se estaba yendo al cuerno.

—¡No tenes que perseguirlos a todos! Algunos quieren ofrecerte su opinión,

participar…

—Ellos o yo. Cualquiera sabe la respuesta. La guerra civil no puede durar más. Si había que hacer la Mazorca para traer el orden que así fuera. Tu padre habría aprobado mi gobierno. Pero no su hija desobediente. Ella no. No aprueba las muertes.

—¡Vas a matarnos a todos!

—¡Ellos empezaron primero! Tus amigos unitarios aconsejando a Lavalle a hacer la más estúpida de las muertes.

—¿Y por qué seguir? ¿Por qué no dar el ejemplo? Conciliar, hacer una Constitución. ¡Por Dios, Juan Manuel! ¿Hasta cuándo? Llevamos viviendo veinte años de guerras. No tienen fin.

—Ahora tiene su fin. Ya no hay peleas.

—Estás matando gente ilustrada. Educada.

—Ah, sí, tus amiguitos. Ese Gutiérrez…

—Mi hijo.

—Tu hijo debería hacerse de mejores amigos.

—¿Te atreverías a tocarlo? ¿A perseguirlo? Lo conociste a los pocos días de haber nacido. Estuviste en su bautismo, jugaste con él. ¿Te atreverías a matarlo?

—Tu familia está a salvo.

—¿Y mis amigos?

—Tus amigos no. Recomendales que se vayan a Montevideo, Chile, donde quieran. Que se junten con los otros unitarios. Que se junten todos y se envenenen con su rabia. No voy a tolerar más disturbios. Pero vos no, no hace falta que te vayas.

—Me voy igual.

—¿Por qué te vas, Mariquita?

—Porque te tengo miedo, Juan Manuel. Porque decís que estoy a salvo, pero no es cierto. —Nunca voy a hacerte nada.

—No. Pero no vas a dejarme hacer lo que quiero, no me vas a dejar reunir a mis amigos, dejarlos hablar, leer los libros que aman y yo escucharlos hablar de esos libros.

—Fray Cayetano te llenó la cabeza de esos humos franceses.

—Fray Cayetano me ayudó a conseguir lo que muy pocas mujeres consiguen: una voluntad propia.

Rosas dejó caer la cabeza.

—Tenes razón: sos irremediable. Ándate. A Montevideo, adonde quieras, tenes mi permiso. Mientras yo viva en Buenos Aires siempre vas a ser bien recibida.

Mariquita bajó la cabeza aceptando sus palabras. Iba a darse vuelta para volver a su casa, pero el cariño pudo más que el miedo o las sospechas.

—¿Vas a estar bien?

Juan Manuel asintió.

—Anda. No te preocupes por andar sola. Nadie va a molestarte.

A pesar de la advertencia, sintió miedo. Caminó tan rápido como pudo. Pasó tan

de prisa por la iglesia que ni se persignó. Entró ansiosa por las caballerizas, tropezando con las faldas de su vestido negro, asustada por todo lo que había sentido esa noche. El corazón se le deshacía en partes cada vez más finas, astillas, que se iban regando por el suelo del patio, entre las plantas y flores del jardín. Y entre ellas, el naranjo que la miraba teñido de azul y tristeza.

Se acercó al naranjo, cortó una rama que se llevó a los labios para besarla.

—Hasta pronto —dijo con el corazón lleno de heridas.

Al otro lado del espejo.

En Montevideo, a treinta años de la Revolución.

24 de mayo de 1840.

¿Dónde estás, Brian?

Se alejó del balcón para volver a su escritorio.

En Montevideo, los objetos tenían nombres de cosas que no eran. Su escritorio no era un escritorio. Era una mesita de madera gastada, que renqueaba de una pata y que crujía cada vez que se apoyaba en ella. Alguien de más peso que *madame* Mendeville la habría destrozado con solo apoyar una mano.

A su espalda estaba una toaleta que no era una toaleta. Eran tres cajones de vino vacíos, uno encima del otro, cubiertos por una colcha vieja. Sobre los cajones: cepillos, peines y un espejo. Espejo que era espejo, eso sí, pero reflejaba cosas que ella no quería ver.

Los espejos mienten Brian, no les creas.

Montevideo tenía una dorada melancolía que la hacía bella. Era la ciudad de los viajeros. Los jóvenes románticos, sus favoritos, la visitaban esperando noticias que ella daba con placer. Las cartas iban y venían, ocultaban nombres y sentimientos. Los capitanes franceses que la conocían, la agasajaban. Emigrados italianos, enamoraban a todos con la cadencia de su acento. Los viejos unitarios emigrados después del año veintiocho, como Lavalle o el querido Florencio Várela, la habían recibido con los brazos abiertos. Y las señoras. Ah, las señoras de costumbres tan anticuadas como sus vestidos que la habían mirado de reojo en Buenos Aires, la tenían por una gran amiga y hablaban del tiempo con ella. «Es como estar en Buenos Aires otra vez», decían tomándola del brazo y paseándola por los salones.

Dicen que es como estar en Buenos Aires, Brian, pero no les creas.

Montevideo tenía un cerro, bajito, pero cerro al fin que interrumpía el horizonte. Cualquier porteño sabía que el horizonte de Buenos Aires era infinito.

Pero aún más que el cerro, Montevideo no tenía el gran salón dorado de la casa de la calle Florida, ni sus criados, ni el empapelado caprichoso de Mendeville, ni la comida de acento francés, ni las delicadas flores sobre la mesa, ni los licores finos circulando por las copas de cristal, ni la música refinada de su arpa y del piano, ni las risas, ni las conversaciones ilustradas sobre literatura ni filosofía.

Buenos Aires tenía su gran casona de la calle Florida y la gran casona tenía a doña Mariquita Sánchez. Montevideo tenía a *madame* Mendeville y una toaleta hecha

de cajones.

Estaba pobre. Su yerno Faustino le recordaba en cada carta lo poco que podía gastar, lo necesario que era que se abstuviera de gastos superfluos. Faustino se veía en la obligación de echarle en cara su pobreza —*madame* Mendeville era pobre— pero ella se veía obligada en recordarle el lugar que ella tenía en la sociedad —*madame* Mendeville era la sociedad refinada.

¿De dónde voy a sacar el dinero, Brian?

Ahorrar, por supuesto. Ahorrar cuando toda la gente refinada de Buenos Aires estaba en Montevideo y vivían sin poder respirar, a la espera de cartas que llegaban en escondites secretos llenas de nombres falsos. Lo que no ahorraba era en pesares. Los pesares venían de a montones en los barcos que dejaban el Río de la Plata para llegar al Atlántico frente a Montevideo.

La bella y dorada Montevideo era el hogar de los secretos. Estaban del otro lado del espejo, cerca, pero incapaces de volver. Rosas hacía tronar su poder en la ciudad, la campaña y la Confederación. Volver a Buenos Aires era cometer un suicidio.

Las reuniones con la gente fina, la civilidad, era lo único que la distraía. Hablar con otros, conversar, aunque más no fuera sobre el tiempo y otras pequeñeces. Hablar con Alberdi, recordar los tiempos pasados de tertulias, poemas de Esteban, canciones dulces acompañadas de guitarra, libros, charlas literarias, Víctor Hugo, los espíritus románticos.

Qué dura es la vida romántica, Brian querido.

Recuerdos que no alcanzaban para combatir la tristeza, la angustia de la espera de la lucha contra Rosas. Era poco porque no podían vivir del recuerdo. Era poco porque sabían que si hubieran podido estar al otro lado del espejo, esa habría sido la vida que habrían llevado.

Volvió a levantarse para salir al balcón. El río dorado del atardecer, lleno de barcos de todos los colores y tamaños. Ya los conocía de memoria. Los veía ir y venir por el mar. Banderas francesas sobre todo, banderas que bloqueaban el Río de la Plata y los ríos interiores de la Confederación para fastidio de Rosas y empobrecimiento de la población.

Ningún barco, tuviera la bandera que tuviera, traía lo que ella quería ver.

Golpeó con las manos la reja de hierro del balcón.

¿Cuándo? ¿Cuándo llega tu barco, Brian?

Se volvió al escritorio para continuar la carta.

Le escribía a Juan. Su inteligente, su hermoso, su adorado hijo estaba en Corrientes. Escribía un periódico que ayudara a la lucha contra Rosas.

La esperanza iba y venía como los mosquitos que se reunían en los faroles de las calles de la ciudad. A veces se estrellaba contra el vidrio, a veces se incineraba, a veces lograba mantenerse atenta y firme sobrevolando en el alma de los emigrados argentinos.

Fructuoso Rivera gobernaba Uruguay después de haber derrocado a Manuel

Oribe en 1838. Mariquita presentía con dolor lo que vendría. No solo porque conocía, y bien, Montevideo, sino porque al país vecino lo aquejaba la misma enfermedad que al suyo: la división entre hermanos.

Los franceses habían dado su apoyo a Lavalle y los demás unitarios. Muchos se habían unido al ejército para derrotar a Rosas. Protegidos por la flota francesa, se habían instalado en la isla Martín García. Lavalle había tenido dos posibilidades: o se iba hacia el norte y conquistaba Santa Fe —provincia aliada de Rosas— o avanzaba sobre Buenos Aires para derrotarlo.

A fines de 1839, una rebelión se había producido en el sur de la provincia de Buenos Aires. Estancieros muy afectados por el bloqueo francés y la intransigencia de Rosas, se levantaron en Dolores y Chascomús dándose el nombre de Libres del Sur. El querido Gervasio Rosas estaba entre ellos. Los rebeldes, atentos a los movimientos de Lavalle, esperaban con ansias su ingreso a la provincia de Buenos Aires.

Pero Lavalle decidió invadir Entre Ríos y el alzamiento de los Libres del Sur fracasó. Rosas envió a su hermano, el Coronel Prudencio, a reprimir a los hacendados. Los que pudieron escapar lo hicieron por mar, ayudados por los franceses que bloqueaban las costas de la provincia. El querido Gervasio Rosas escapó a Montevideo. Lo tuvieron poco en la ciudad pero Mariquita, amiga fiel, pudo hablar con él varias veces hasta su nueva partida. Triste, taciturno, sin apoyar del todo a los unitarios, Gervasio se fue a Río de Janeiro como muchos otros emigrados.

Lavalle estaba en Corrientes. Y hacia allí había partido su hijo Juan. ¿Cómo detenerlo? Era un hombre de treinta años. ¿Cómo decirle que no, que iba a morirse de dolor si perdía otro hijo? ¿Cómo explicarle que el corazón se le iba a desarmar si entregaba a otro de sus seres amados a la pelea por la construcción de la patria? No podía. Simplemente porque Juan sabía todo eso y aun así se entregaba a la patria. Mariquita se dividía entre el orgullo de saberlo hijo suyo y de Martín —amado, querido, hermoso Martín— y el terror a perderlo.

Mariquita levantó la cabeza de repente. El corazón le latió agitado. Había escuchado un griterío en la calle. Se quedó quieta, con la respiración contenida, el corazón pegándole contra el pecho como un pájaro enjaulado. Volvió a escuchar las voces. Gritaban a favor de Fructuoso Rivera. Hermanos peleándose. Suspiró y siguió escribiendo.

Escribía con dos voces en la cabeza. Una, la que le escribía a Juan la terrible situación de Brian. La otra que le hablaba a su querido Brian, alentándolo, sufriendo por él.

Diez personeros, Brian, diez personeros. Diez personas que ocupen tu lugar en la frontera y te liberen de la cárcel. Diez personas al precio de tres mil pesos cada una. Solo los buenos amigos tienen treinta mil pesos.

Rivera, Oribe. Lavalle, Rosas. Los franceses en el medio bloqueando el Río de la Plata. Como estaban al otro lado del espejo, los aliados de los unitarios argentinos,

eran los colorados.

Hombres que morían lejos de la ciudad que los había visto nacer. Niños que nacían lejos de la ciudad de sus padres. Familias que nunca volverían a reunirse. Emigrados, todos, que soñaban con Buenos Aires.

Paciencia habría dicho fray Cayetano.

Paciencia.

¿Hasta cuándo, Brian?

¿Cuándo sería el momento en que por fin se entregarían las armas y se dejaría de hacer correr sangre? La libertad, la libertad querida se les escapaba de las manos todo el tiempo, como se les había escapado el agua plateada del río que brillaba con el sol del amanecer. Ahora tenían frente a ellos al mismo río que se doraba con el ocaso.

Brian, Brian, ¿dónde estás, Brian? ¿Cuándo llegas? ¿Cuándo te voy a ver?

Carlos también había querido irse con Juan. Pero tenía diecinueve años y como madre todavía podía decirle que no. El muchacho estuvo dos días en cama por la desilusión. Mariquita no estaba dispuesta a entregar a un jovencito infatuado por la bravuconería contra Rosas. Que creciera, que viera los pesares de la guerra en el rostro de su hermano y que luego decidiera si quería ir a la guerra.

Encontró una solución que por el momento dejaría contento a todos: le escribió a Mendeville para que decidiera enviar a sus hijos a Francia. Juan se había educado en Europa, Carlos y Julio también debían hacerlo. Mendeville respondió contento y dispuso que sus hijos fueran a su país natal. Como estaban en Montevideo y vivían del otro lado del espejo, los hijos de Washington de Mendeville se embarcaron al cuidado de Aimé Roger, el vicecónsul que había acusado a *madame* Mendeville de envenenar al marqués De Vins de Payssac.

¡Qué escasos son los buenos amigos, Brian! Los hombres mutan con el pampero, de un lado hacia otro como mosquitos alrededor de la luz. Pero existen. Por fortuna existen. El barón de Picolet es un amigo.

Volvió a levantarse.

Vio por la ventana que una pareja caminaba por la calle. Iban vestidos de negro, con ropas que habían visto mejores días. Eran Florencio Várela y su esposa, Justa Cané, amigos queridísimos de Buenos Aires y, más todavía, de Montevideo. Florencio levantó la cabeza sabiendo que ella estaría allí. Lo saludó con un leve gesto de la mano y una inclinación de cabeza. Su amigo llamó la atención de su esposa y ella también volvió la cabeza para saludarla. Se verían seguramente esa noche, si el maldito barco llegaba.

Florencio era parte de los unitarios que habían emigrado después del año veintiocho. Los que habían tomado la decisión de rebelarse ante Dorrego por la mala resolución que le había dado a la guerra con el Brasil y habían confiado en Lavalle para llevar adelante la tarea.

¿Hasta cuándo, hasta cuándo se seguiría con esas divisiones? Ellos mismos ya reconocían que no se trataba de unitarios o federales, sino que se trataba de derrotar a

Rosas, de sacarlo del poder, olvidar las divisiones, construir un país, terminar la revolución de mayo.

Lavalle era el hombre de las esperanzas, el mesías. A comienzos del año había avanzado sobre Santa Fe. Pero había sido derrotado y había decidido marchar hacia el norte. Esperaban noticias pronto pero la esperanza se había incinerado contra un farol. La desazón ocupaba el alma de Mariquita.

La ciudad amurallada alojaba a los emigrados que recorrían las calles como alma en pena. Si al principio habían llegado con ánimo, esperanzados con Lavalle, sus errores de estrategia y sus derrotas los habían entristecido.

Mariquita había seguido con tanta ansiedad la campaña de Lavalle que podía enumerar lo que día a día había ocurrido, las versiones que habían circulado, las lágrimas que habían derramado sus vecinas al escuchar sobre tantas muertes.

Las consecuencias de la aventura frustrada de los unitarios fueron terribles: la Mazorca comenzó a desangrar Buenos Aires.

La sangre corría, el cuchillo siempre estaba afilado, las casas ya no eran el refugio de las familias. Cualquiera podía ser requisado, expropiado, puesto preso, degollado. No se podía hablar mal de Rosas, cualquier actitud sospechosa contra el Gobernador era castigada.

Brian, Brian, no te desangres.

La Capitanía de Buenos Aires —esa que había ocupado Martín tantos años atrás— requisaba las cartas. No podían confiar en los correos. Ya se habían publicado cartas de unitarios en diarios de Buenos Aires, cartas que revelaban planes y los pensamientos de los emigrados contra Rosas.

El envío de cartas era peligroso pero todos ansiaban noticias. El cuidado era extremo, la necesidad de secreto, imperiosa. Se había acostumbrado a llamar a Brian por su nombre falso, no por el que le correspondía.

Desde febrero, cosía para no volverse loca mientras esperaba noticias. Le hacía ropa a Juan, que seguramente no tendría ropa fina o tela buena para elegir en Corrientes. Le enviaba calzoncillos, chalecos, botas, papeles, lacre, los periódicos que se publicaban en Montevideo, a veces dinero, lo que podía mandarle con los amigos que iban y venían. Sabía que quizá no llegarían, los espías de Rosas estaban por todos lados.

Lo único en que pensaba era que si todo eso caía en las manos equivocadas, las vidas de todos estarían en peligro. Tenían que ocultar nombres, fechas, lugares, tenían que contarse los pesares con muchísimo cuidado hasta que pudieran verse y lloraran todos juntos, aliviados, por el final de la tiranía. Pero por el momento, los seres amados habían perdido su nombre.

En la dorada Montevideo, las personas también tenían nombres falsos.

Escuchó unos pasos rápidos, que creyó reconocer. Se levantó. Casi cae por el balcón, empujada por la fuerza con la que se había levantado. No se equivocaba, era Florencio que pasaba corriendo. La vio aparecer en el balcón y le hizo un gesto con la

mano, señalando hacia adelante. Iba hacia el puerto.

El barco finalmente había llegado.

Un amor imposible.

Un amor loco.

Un amor perfecto.

Brian…

En febrero Rosas había encarcelado a Brian. El corazón se le estrujaba cada vez que pensaba en él. Florencio le había dado la noticia. Le habría gustado ser de esas mujeres que no pasaban de cierta altura, que no se enteraban de las noticias del mundo, mujeres cuyas ideas permanecían cerca del suelo, sin elevarse. Se imaginaba viviendo en una choza abandonada al destino, tan cansada estaba de todo, de la vida, del material del que estaba hecha.

Pero ella no era así. Por más que lo deseara, por más que intentara coser, bordar y hablar del tiempo, su destino la llevaba a la política, a la rebelión, a pelear por la libertad. Era, como le había dicho a Juan Manuel, una revolucionaria sin remedio tal como lo había sido treinta años atrás, con el corazón desbocado por ser libre.

Se dio vuelta. El espejo le devolvió su imagen. Espejo violento y maleducado. ¿No se daba cuenta de que no debía devolver la imagen de una mujer con el cabello tan frágil como el suyo? Los dolores de cabeza, las preocupaciones, la angustia le hacían perder el pelo a mechones. Cruel espejo, espejo rosista, espejo que debía llamarse Mazorca y no espejo, porque estaban en Montevideo y en Montevideo las cosas tenían otro nombre.

No le creas a los espejos, Brian.

Se volvió a la carta.

Le escribió a su hijo que Brian había sido liberado y ya estaba en Montevideo.

Nadie sabía bien por qué lo habían hecho prisionero. Algunos dijeron que había sido por un informe sobre tierras, otros que habían encontrado cartas que lo relacionaban con las publicaciones antiterrosistas de Montevideo. Nadie estaba seguro. Mariquita sospechaba que tenía que ver con ella. Brian era amigo de Juan, casi su hermano, y muy amigo de ella. Era el modo de Juan Manuel de decirle que ya nadie estaba a salvo.

Lo tenían prisionero, atado a la pared, con una cadena en un tobillo, destinado al ejército. El dolor al escuchar la noticia, la humillación de la que Brian era víctima, había transformado a Mariquita. Su hija Albina se había asustado tanto que la obligó a volver a la casa y acostarse. Al día siguiente, el pelo había comenzado a caérsele a mechones.

Los amigos no habían sabido ayudarlo. Él siempre tan generoso, tan gentil con todos, suplicándole que lo ayudara a hacer favores a amigos.

¿Cómo, Dios mío, cómo pueden permanecer tan serenos cuando Brian estaba preso, con grilletes, atado a la pared? ¿Cómo pudieron permanecer inmutables cuando un hombre de su valía estaba preso de los caprichos de un tirano?

El dieciocho de mayo habían liberado a Brian. Se habían conseguido los personeros necesarios, los diez hombres que, a cambio de tres mil pesos cada uno, lo reemplazarían en la frontera y el ejército. Quedaba en libertad condicional y había perdido su empleo en la Comisión Topográfica. Ya nada podía hacer por su familia en Buenos Aires. Su vida misma corría peligro.

Estaba a cuarenta leguas de agua. Mariquita sabía que algunos escapaban de manera clandestina, por la Recoleta o por el Bajo, pero era una tarea riesgosa y, si eran descubiertos, era muerte asegurada. Ella que había hecho tanto por él, estaba inmovilizada, atada a las murallas de Montevideo con cadenas hechas de miedo. De haber podido, ella misma habría ido de puerta en puerta para liberar al querido Brian. No había podido, pero tampoco se había quedado quieta. No había hecho una revolución en vano. Ella había escuchado el ruido de cadenas rotas una vez y haría todo lo posible por salvar a Brian. Claro que no tenía su cuarto a la calle, pero seguía siendo Mariquita Sánchez de Thompson y Mendeville, estuviera a un lado u otro del espejo.

Tenía muchos amigos entre los diplomáticos que vivían en Buenos Aires. Después de todo era la esposa de Mendeville, un cónsul de Francia. Su amigo, el barón de Picolet, cónsul de Cerdeña, le debía favores. Lo obligó a demostrar todas las palabras de devoción que le había prometido. Le hizo conseguir un pasaporte para Brian y le hizo protegerlo bajo bandera hasta que llegara el momento de embarcarse. El barón, hombre gentil que amaba la galantería más que la diplomacia, cumplió tal como ella le había pedido.

Ya estás a salvo, Brian querido.

Una hora después de haber visto a Florencio Várela corriendo hacia el puerto —y morir de locura por la espera— llegó un muchachito con un mensaje. Brian estaba en casa de los Várela e insistía en verla cuanto antes.

En Buenos Aires ella habría esperado tranquilamente, como las buenas costumbres lo mandaban, a que Brian se compusiera y descansara. Sabiendo que estaba ya mejor, lo habría invitado a merendar con Albina, Alberdi, y el matrimonio Várela.

Pero estaban en Montevideo. Así que se puso el abrigo que tenía más cerca y una mantilla sobre la cabeza. Llevaba los zapatos de estar en casa, y tenía las manos manchadas de tinta. Corrió como loca por el empedrado de Montevideo que le lastimó los pies.

Brian, Brian, Brian, Brian, Brian…

Llegó agitada, respirando por la boca a la pequeña casa donde vivían apretados los Várela y sus hijos.

Golpeó con fuerza, al borde del llanto. Florencio le abrió al momento. Ella, temblorosa, quiso poner un pie dentro de la casa pero no pudo y tropezó. Várela la sostuvo con un abrazo apretado, lleno de emoción. Mariquita gimió dos sollozos desesperados, llenos de rabia y angustia.

—Él ya está bien —le murmuró Florencio al oído—. Ya está bien…

Le besó la frente con cariño y se apartó. De la mano, la condujo hasta la pequeña habitación que hacía de comedor. Niños y más niños por todas partes. Niños que habían nacido en Montevideo pero que eran argentinos. En medio de ellos, su querido Brian.

Al verlo casi se desmaya. Era la mitad del muchacho que había conocido. La prisión lo había convertido en un hombre de expresión triste. Las mejillas hundidas, las ojeras profundas y oscuras, visiblemente demacrado por el hambre. Lo único que permanecía igual eran los ojos, más apasionados, más chispeantes que los que había conocido.

Él quiso ponerse de pie para saludarla. Florencio corrió hacia él para sostenerlo por un brazo. Brian intentó dar unos pasos hacia ella pero tropezó y su amigo tuvo que sostenerlo otra vez.

Tenía el pie lastimado por el grillo que lo había atado a la pared durante su cautiverio.

Estaban al otro lado del espejo, así que corrió hasta él con el corazón a punto de partirle el pecho en dos. Lo apretó entre sus brazos para ahogarlo y ahogarse ella y respirar felices porque ya todo había terminado. La emoción la hizo explotar en lágrimas, tanto que apenas podía balbucear su verdadero nombre:

—Juan María… Juan María…

Como una mujer cualquiera.

Hermosa noche de verano en Montevideo, febrero de 1841.

La reunión en casa de Florencio Várela ya terminaba. El lugar era pequeño pero Florencio era querido y a su alrededor se reunía mucha gente. Habían estado reunidos con soldados franceses, ingleses, incluso italianos republicanos refugiados en Montevideo, liderados por el capitán Giuseppe Garibaldi, recién llegado de Italia. Habían cantado un coro de insultos hacia Rosas, habían bebido, habían gritado. Habían deseado volver, habían llorado a Buenos Aires.

Pasada la medianoche, solo quedaban los buenos amigos. Hablaban de Rosas, como siempre. Rosas, Rosas, Rosas. No había otro tema, no había otro sonido en el aire, ni en las calles, ni en la playa ni en el puerto de Montevideo. Las olas del río golpeaban contra las rocas y susurraban la palabra «Rosas».

Alberdi y Florencio escribían sobre una mesa. Anotaban las ideas en cuanto salían de sus bocas y bebían vino para estimularlas. Estaban tan concentrados que apenas prestaban atención a Juan María y Mariquita. Justa, la mujer de Florencio, iba y venía, dividiéndose entre sus hijos y los invitados.

Mariquita y Juan María estaban sentados en un catre al que llamaban sillón. Los emigrados estaban cada vez más empobrecidos y cualquier mueble parecía digno de un rey. Mariquita esperaba cada vez más ansiosa el dinero que le enviaba Mendeville desde Quito. Apenas alcanzaba para cubrir los gastos de su casa en Montevideo y ayudar a Florencia que todavía tenía problemas causados por la quiebra de la casa

financiera de su esposo Faustino.

Pobres en dinero, pero no en ideas o sentimientos, Mariquita y Juan María disfrutaban de un momento de soledad. El afán de la lucha contra Rosas y el vino mantenían alejados a Várela y a Alberdi.

—No me dijo qué le había parecido el poema que leí.

—No tengo palabras para describir lo que me produjo.

—¿Tanto la emocionó?

—Muchísimo. Usted fue tan gentil al hacerme conocer a George Sand. Los libros que me prestó… esa mujer animándose a quebrar las leyes sociales. ¡Una escritora separada de su propio marido! ¿Cuánto valor, cuánto coraje se necesita para hacer algo así?

—La admira, entonces.

—Claro que sí. Ojalá pudiera escribir libros como usted. Como ella. Desahogar mis penas en ellos.

—¿Tantas son sus penas?

—De todos los colores, Juan María.

—Escríbalas entonces.

—¿Yo? —preguntó ella nerviosa como si Gutiérrez le hubiese dicho que tenía los ojos bellos—. No vuelva con esas zonceras, Gutiérrez.

—Usted sería una excelente escritora.

Mariquita se sobresaltó al escuchar su propia respiración junto a la de Gutiérrez. Él se dio cuenta de su agitación y la miró con mayor intensidad. El corazón de Mariquita perdió la razón.

—Yo no podría escribir.

—Sus cartas están muy bien escritas. Sé que versifica muy bien. Si Europa tiene su *madame* de Stael, ¿por qué el Plata no va a tener su propia escritora?

—Me gusta escribir cartas. Hacen que el tiempo pase. Y nada reemplaza la buena conversación, pero son los tiempos que nos han tocado. Hablamos a través de cartas y miramos la costa oeste del Plata, como si nos viéramos frente a un espejo. ¿Le llegó carta de Juan? En la carta que llegó hoy me escribe que le envía a usted una. —No se escape.

Mariquita rio nerviosa. Alberdi y Várela escucharon el sonido alegre y levantaron la cabeza. Ella pudo disimular con una reverencia pero sabía que tenía las mejillas rojas. ¿Le saldrían llamas? Al parecer no, porque enseguida volvieron a sus escritos.

—Gutiérrez, no me escapo —le susurró—. Le digo la verdad, llegó carta de Juan hoy por la mañana.

—La recibí —capituló Gutiérrez—. Me contó varias veces lo mucho que estaba usted preocupada por mí.

—Por supuesto. Muy preocupada. Un hombre como usted y nadie lo ayudaba.

—Hace un tiempo que quiero preguntarle esto pero usted no me deja. Me dicen que le debo mi libertad… No se escape. ¿Es cierto?

—No sé lo que dice, Gutiérrez.

—Me dicen que usted puso dinero para una parte de los personeros. Que se endeudó para pagarlos. Y que luego escribió a doña Agustina para conseguir mi pasaporte por medio del barón Picolet.

—Es lo que haría cualquiera en mi situación.

—Dígame la verdad —le susurró Gutiérrez al oído.

—Doña Agustina… fue muy amiga de mi madre y de mi padre. Mía también. Casi de la familia. Le envié una nota. Fue muy difícil. Muy difícil…

—Me imagino. Voy a pagarle todo el dinero.

—No se atreva —le dijo severa Mariquita.

—Es una deuda de honor.

—No se atreva, ¿me escuchó?

Mariquita se había exaltado. Gutiérrez la hizo volver a apoyar la espalda contra la pared, poniéndole la mano al costado de la cintura. El contacto tan íntimo enfrente de gente conocida casi enloquece a Mariquita. Gutiérrez la estaba seduciendo frente a Alberdi y Várela, frente a ella misma.

—No quiero que devuelva nada. Me haría una gran afrenta si hiciera tal cosa. Ese dinero no es ni una fracción de lo que usted vale.

—¿Por qué pone en ese estado a *madame* Mendeville, Gutiérrez? —dijo Florencio Várela—. ¿Qué le está contando?

—Hablábamos de George Sand, de su Lelia y el poema que escribí sobre ella.

—Ah, excelente poema. Demasiado romántico —rio Várela— pero qué le vamos a hacer. La joven generación argentina está enferma de romanticismo.

—Y no queremos curarnos —sonrió Alberdi a su lado, esperando que se secara la tinta.

Todos rieron ante la afirmación de Juan Bautista. Florencio apartó los papeles por un momento.

—¿Logró convencer a Echeverría, Juan María?

—Todavía no.

—¿Pero es que ese Esteban nos quiere hacer sufrir?

—Se siente mejor en Colonia que en Montevideo.

—¡Pero aquí hace tanta falta!

—Lo sé, Florencio, pero Estebita es así.

—Escríbale, Alberdi. Vamos.

—Si hay alguien capaz de convencer a Echeverría, ese es el amigo Gutiérrez. Me temo que nada puede hacerse.

—Convénzalo usted, querida señora —le dijo Várela.

—Es el mismo río —murmuró Mariquita como si la mano de Juan María hubiese sido un ensueño del que todavía no despertaba.

—¿Disculpe?

—Es el mismo río pero nosotros no somos los mismos, ¿verdad?

—De tanto hablar con los románticos, *madame* Mendeville se volvió una poeta —dijo Várela.

—No creo que Echeverría quiera alejarse tanto de su patria, eso quería decir. Colonia está tan cerca de Buenos Aires. Ya saben lo poco que le gustaba la idea de emigrar.

—Precisamente —dijo Juan María apretándole la mano.

—No es justo tener a tan querida señora de su parte, Gutiérrez —protestó Várela riendo.

Por la risa, el pecho se le agitó y tuvo que toser. Todos se arremolinaron junto a él. Quedaron en silencio, a la espera de que la horrible tos de Florencio terminara. Su mujer Justa apareció de pronto para ofrecerle un vaso con vino. El hombre dejó de toser y lanzó un suspiro profundo.

La miró a Mariquita, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, más que a Gutiérrez y Alberdi que se habían hecho sus amigos en Montevideo. Ella le sonrió, con los ojos y la boca, pero con tristeza. Hacía tiempo que soportaban las peripecias de la lucha por la libertad.

—Ya estoy bien —dijo Florencio besándole la mano a Justa y tomando un poco de vino—. Mala suerte la mía venir a enfermarme justo en este momento. Pero ya estoy mejor, ya me estoy reponiendo.

—A veces no puede levantar el brazo por el dolor en el pulmón —dijo Justa a su lado. La mujer había hablado sin mirar a nadie. Era joven, mucho más joven que Mariquita pero ella también llevaba en los ojos las marcas del exilio y del dolor por no estar en su propia ciudad.

—Quizá un viaje a Río de Janeiro le haga recuperar la salud —dijo Alberdi con cariño.

—¿Con qué dinero?

—No lo sé… nadie tiene dinero en estos días.

Gutiérrez asintió. —Estebita está pensando en vender su biblioteca.

—¿Qué locura es esa? —Se agitó otra vez Várela en su silla—. ¿Poner en venta semejante biblioteca? ¡Es un despropósito!

—Lo es —aceptó Gutiérrez—. Pero sin dinero, sin empleo, sin publicaciones, ¿qué va a comer? ¿Con qué va a pagar la casa donde vive?

—Y sin la guitarra… —dijo Alberdi que con los ojos revelaba añorar los días de amores fugaces, guitarras y canciones.

—¿Qué pasó con la guitarra? —preguntó Mariquita distraída por los ojos atentos de Juan María que la miraban cada vez que ella hablaba.

—Confiscada por agentes de Rosas, después de que se sublevaran en Lujan contra él —le explicó Juan María—. Tuvo suerte de escapar con vida. Rosas no se la habría perdonado.

—Es inadmisible que no esté en Montevideo. La prensa contra Rosas se beneficiaría tanto de él.

Florencio no adoraba a Echeverría como hacían Alberdi y Gutiérrez. Lo admiraba, sí, pero también lo criticaba y le exigía. Al no compartir el modo de vida romántico, volátil y apasionado, Florencio no le perdonaba a Esteban que permaneciera inactivo cuando tanto podía ayudar su pluma poética al tiempo que incisiva.

Florencio era un gran poeta, más todavía un publicista incansable. Desde que había llegado a Montevideo en 1829, no había dejado de publicar diarios, organizar reuniones literarias, influir en los escritores montevideanos y dejarse influir por ellos. Era entendible por qué no le perdonaba a Echeverría su ausencia de Montevideo cuando más necesario era.

—Estebita no está bien de salud —explicó Juan María.

—¿Y yo lo estoy? ¿Usted mismo, Juan María, no estuvo mal de la pierna tanto tiempo? No, amigo mío, no es el momento de justificar ausencias. Las derrotas, los errores de Lavalle, nos han hecho perder tiempo. Los franceses pactaron con Rosas y ya no bloquean el puerto. ¿Quiénes serán nuestros aliados ahora? ¿Qué ejército invadirá Buenos Aires?

—No te agites, Florencio —murmuró Justa con ternura.

—No. Ya lo sé. Ya lo sé. Doña Mariquita me mira con esos ojos que lo saben todo. ¿Me censura por criticar a Echeverría? Sé que usted y él son buenos amigos.

Mariquita le sonrió otra vez. Se veían a menudo en la pequeña casa de Várela. Nada elegante, nada de gente fina, de esos almirantes, generales, que solían visitarla en su casa montevideana. Las visitas a la casa de Várela tenían un gusto clandestino, de almas que se congregaban soñando con una libertad que parecía disolverse entre las manos con cada derrota de Lavalle. Tan clandestinas como esas reuniones a las que había ido Martín, solo él, a planear la revolución.

—Entiendo lo que dice, querido Florencio. Entiendo la lucha y la necesidad de publicar. Pero conozco a Esteban, compartimos una amistad que ha sobrevivido muchos pesares. Sé que sus razones son buenas para no estar en Montevideo.

—Ah, qué buena amiga es usted —dijo Florencio—. Ahí tiene Alberdi, aprenda de *madame* Mendeville para sus leyes.

Acaba de hablar de dos amigos y bien por igual. ¿Se ha visto mayor generosidad?

—¡Nunca! —se apresuró a decir Juan María, riendo.

—¡Nunca! —afirmó Alberdi golpeando la mesa y haciendo volar los papeles que estaban escribiendo.

Mariquita rio contenta al escuchar la devoción de sus amigos. Con tristeza, se puso de pie.

—Bien, amigos —dijo colocándose sobre los hombros la mantilla liviana que había traído—. Es un gusto saber que confían en mis palabras para cuando tengan que estar ante un juez. Sin embargo, debo irme. Otros jueces menos fáciles de convencer criticarían que camine por las calles a estas horas.

—¿No hay manera de llamar a un coche? —preguntó Alberdi.

—Mandaré a un muchachito a buscarlo —dijo enseguida Várela.

—No hace falta —dijo Mariquita con tranquilidad—. Gutiérrez va a acompañarme, ¿no es cierto?

Juan María se quedó mirándola con una media sonrisa, como víctima de un hechizo que solo le permitía sonreír con la boca y los ojos. Su pedido seguramente lo había sorprendido, pero Mariquita tenía ganas de hablar con él, a solas, como habían llegado a hacerlo en Buenos Aires.

—Bien, si Gutiérrez la acompaña —dijo Várela—. Alberdi y yo seguimos trabajando.

Mariquita y Juan María dejaron saludos para Justa y se retiraron.

En la casa vivía su hija Magdalena, quien había llegado para pasar unos meses con ella. Mariquita adoraba la presencia de su hija y hacía todo lo posible para poder extender el plazo del permiso para visitar Montevideo. Sin embargo, las charlas con Gutiérrez requerían una soledad que solo podían darles las calles de Montevideo, el ruido de las olas del río golpeando en la playa y la luna redonda.

Era una noche cálida, pero apacible. Soplaba desde el río un viento amable que invitaba a dar paseos, incluso a la luz de la luna. Montevideo estaba tranquila. Porteños y montevideanos tenían una historia en común y también una historia de desencuentros. Eran como esos vecinos que viven siempre en la misma cuadra, sin mudarse. Se conocían de memoria. Sabían qué cocinaba uno, qué cocinaba el otro, conocían los hijos, los nietos, los primos, los parientes que venían de lejos e inclusa, en las fiestas religiosas, a veces hasta compartían la mesa.

—No dijo nada sobre mi poema —insistió Gutiérrez.

—¿Cómo explicar un estremecimiento?

Gutiérrez miró hacia adelante. Él caminaba con las manos tomadas en la espalda, ella con los brazos ligeramente apoyados sobre la falda. Los vestidos habían cambiado otra vez. Las mangas se habían desinflado, la cintura había bajado un poco más, los hombros al descubierto. Quedaban lejos los años de libertad y de los vestidos ceñidos bajo el busto. El cabello se ordenaba lacio otra vez, los peinetones habían desaparecido y las mantillas habían vuelto con gracia, flores y flecos muy alargados. Los abanicos y guantes seguían siendo necesarios. Para las que vivían en Buenos Aires, hasta se vendían guantes con el rostro del Gobernador bordado. Los que Mariquita llevaba en ese momento, solo tenían bordadas florcitas celestes.

La noche cálida le daba una paz que la ponía contenta. Había compartido el palco de la Casa de Comedias con generales uruguayos, había comido con marinos franceses que la comparaban con *madame* Recamier o con *madame* de Stael —a ella no le gustaba la primera, así que solo sonreía cuando le mencionaban la segunda— y había enviado cartas a embajadores pidiendo favores para amigos. Pero caminar con Gutiérrez a la luz de 1 a luna, la devolvía a un mundo que hacía tiempo no vivía. Era un hombre sencillo que vivía para escribir, pensar y publicar libros. Había recuperado el peso que había perdido en la cárcel de Rosas y se había dejado la barba en forma

de U.

—Dígame qué piensa en este momento —exigió Juan María.

Ella obedeció.

—En mi primer marido.

Un leve sonido, muy parecido a una queja, salió de los labios de Gutiérrez. Mariquita sonrió y continuó hablando.

—Lo envidiaba. Recién hoy puedo decirle a alguien eso. Martín no era merecedor de un sentimiento así. Pero lo envidiaba. Él se reunía en secreto para planear la revolución. Y yo tenía que esperarlo en mi casa, teniendo miedo por él.

—¿Y por qué lo envidiaba?

—¡Porque yo quería estar ahí! Escuchar lo que decían. Oírlos hablar de libertad, de igualdad, de las ideas francesas. —Ahora nos escucha a nosotros.

—Sí. Y no sabe la gratitud que siente mi corazón por eso. —¿Cómo se enamoró de él?

Se puso tan colorada como la cinta federal. Habló con la voz atenuada por el recuerdo.

—Él llegó de pronto un día. Desde España. Andaba orgulloso con su traje de marino. Yo tenía catorce años y miraba a todos los hombres. Pero con él, con él fue distinto. Era como si una mirada de Martín me elevara un escalón desde el suelo. Una mirada tímida que nunca se le fue del todo. Ni siquiera cuando estuvo el veintidós de mayo en el cabildo abierto, ni con la Logia, ni cuando lo ascendieron a teniente coronel. Él me amaba y yo lo amaba a él. Hay algo tan bello, Juan María, en amar y ser amado. Hace olvidar todas las penas.

Él no dijo nada. Mariquita dejó de caminar. Se había dado cuenta de que Gutiérrez ya no la seguía. Se volvió para mirarlo. Le tendió la mano.

—Vamos, Juan María.

—Debió amar mucho a su primer marido.

—Muchísimo.

—Peleó por él.

—Contra todos.

—¿Y por Mendeville?

Ella bajó la cabeza.

Qué interesante era el empedrado de Montevideo. Todas las piedras parejitas, un poco alisadas por el paso de los carruajes. ¿Dónde estaban los carruajes? ¿No pasaba nadie a esa hora de la noche?

—Mendeville está en Quito.

—¿Por qué no va con él?

—Mi vida está en Buenos Aires.

—Esto es Montevideo.

La dorada Montevideo que a la luz de la luna llena parecía plateada. Y si no fuera por el cerro y la fortaleza iluminada podía decir que parecía Buenos Aires, con algún

tambor escuchándose a lo lejos, con alguna señora que criticaba a otra, con los problemas políticos que enfermaban la cabeza.

—Con Mendeville estamos mejor así.

—¿Lo amó?

—Alguna vez. Sí, alguna vez lo quise.

—¿Él le envía dinero?

—¿Qué es esa pregunta?

—Lo siento.

Ninguno de los dos se movía. Seguramente ya serían las dos de la mañana. Solo se escuchaba el ruido de las olas en la playa. Mariquita escuchaba su propio corazón, latiendo como si estuviera de Carnaval.

Otra vez catorce años, otra vez enamorada. Se sentía igual que en esos días, liviana, feliz. Pensar en Juan María, tenerlo en la misma ciudad, le provocaba una sonrisa. Estaba enamorada y no se sentía ni ridícula ni avergonzada. La vida le había dado demasiadas tristezas como para sentirse culpable de un amor que hacía ya años que sentía.

—Qué feliz es usted al poder poner por escrito sus sentimientos. Escribir poemas, influir en las personas a través de las palabras…

—¿Me va a decir que usted no influye en nadie? —¿Lo hago?

—Claro que sí. *Si je suis aimable, ce n'estpas une jante, c'est la faute de madame de Mendeville*.

Mariquita rio. Le encantó escucharse reír de ese modo en Montevideo. Hacía años ya que no se reía con tantas ganas o tanto placer.

—Usted es la culpable de que yo sea así. Todo lo que hago es para ganar su admiración, su respeto. No quiero otra cosa que ser considerado digno de su amistad. Usted ha sido tan generosa conmigo en este último año. Le estoy obligado de por vida.

—¿Y cómo va a pagarme?

Juan María dio dos pasos y eliminó la distancia entre ellos.

—Con mi vida si es necesario.

—¡No! Con su vida no. No quiero más muertes.

—¿Con qué entonces?

—Cartas —dijo ella.

—Todas las que quieras.

—Voy a querer muchas.

—Yo solo obedezco.

—¿Por qué…? —Mariquita se angustió.

Él la tomó entre sus brazos para sostenerla. Era un abrazo fuerte, de esos que hacía años no vivía, de esos que extrañaba como si le faltara alguna parte de su cuerpo. Apoyó la frente en su hombro, se refugió en él como si él pudiera protegerla de todo lo que estaba más allá de ese abrazo. Tan fuerte la abrazó que pudo sentir su

excitación a través del vestido y las enaguas.

¡Qué locuras provocaba Montevideo! No se sentía avergonzada. Se sentía, más bien, orgullosa de que un hombre como Juan María se sintiera así por ella. Se había ruborizado, el corazón le latía en todos los rincones del cuerpo, la noche cálida se había transformado en un calor que le hacía hervir la sangre y de sus labios ya no salían palabras sino suspiros.

Al oírla suspirar, Juan María le besó la frente. El contacto con sus labios la hizo temblar. ¿Dónde habían quedado esos temblores? Hacía tanto que no se sentía así. Era deseada. No admirada, elogiada, no como hacían todos los que iban a verla y le llenaban la cabeza de monerías. Era deseada de verdad.

—Por favor… —suplicó Gutiérrez—. Por favor…

Ella entendía bien lo que Juan María le suplicaba y aceptó.

Se unió a él como una mujer cualquiera. No como Mariquita Sánchez, la de la Marcha Patriótica, la del salón dorado, la que hablaba francés, la que todos miraban, la que todos criticaban por extravagante, la que se había casado con el francés equivocado, la que había visto en primera fila la revolución de mayo, la que había sido la más rica de Buenos Aires y ahora mendigaba dinero. Se unió con él como una mujer que amaba, que desafiaba todo en hacer realidad un amor que solo sería un instante, una noche en la plateada Montevideo, arrullados por las olas del río, ocultos por el silencio de la noche.

Lo amó con locura, sin edad, sin lugar social, sin obligación. Lo amó como una mujer cualquiera, y él la amó como un hombre cualquiera. Se entregaron el uno al otro en una calle oscura de Montevideo, vacía, preparada para ellos dos por el destino.

Se sostuvieron el uno al otro cuando la pasión fue cediendo. Se separaron, se acomodaron la ropa entre ellos. Algo había quedado, sin embargo. Una fuerza que los unía y que no se rompería nunca, por más que el tiempo pasara.

—¿Qué se dice después de un momento así?

—No lo sé, nunca había vivido algo así.

—¿Qué se hace con un amor así, Juan María?

Él se limpió las lágrimas antes de contestar.

—Se lo escribe. Es el material del que están hechos los grandes libros.

Ella empezó a reír y a llorar al mismo tiempo. Juan María volvió a abrazarla y la alzó contra él, llorando también. Mariquita comprendió la perfección del amor que vivían. Era tan imposible que podían querer sin límites. Era un amor infinito, que no pertenecía a la tierra sino al cielo, donde se mezclaba con las estrellas y la luna.

—Es hora de partir —dijo él con sencillez.

Ella no protestó. Era la verdad, era tiempo de partir.

Caminaron tomados del brazo, sonrientes, con los ojos húmedos y todavía ruborizados. Al llegar a la puerta de la casa de *madame* Mendeville, Juan María exhaló un suspiro profundo.

—No te olvides de escribirme —le pidió—. Quiero saber qué pensás de George Sand.

—No creo que pueda dormir esta noche. Así que voy a escribirte la carta prometida.

—Cuanto antes.

—Te lo prometo.

—Entra ya. Magdalena debe estar preocupada. —Sí…

Ninguno de los dos se movía. No podían tocarse pero no les hacía falta, un hilo invisible los unía. Se miraban a los ojos y se buscaban en el reflejo del otro. Ella amaba ser eso que él miraba y él amaba ser ese que ella miraba. Cerrar los ojos, desviar la mirada, era una crueldad.

—Vivimos un extraño destino —murmuró Juan María.

—Sí…

—Dos viajeros que dan la vuelta al mundo. Y de vez en cuando se encuentran en una calle para luego separarse.

—Pero que nunca van a dejar de escribirse.

—Nunca… Me voy a caminar… Tampoco voy a dormir esta noche.

—Buenas noches, Juan María.

El amor no pide permiso

En Montevideo,
en el día del tormento,
1 de noviembre de 1841.

Era el día de su cumpleaños, el día de su tormento y, por ese día, quería olvidar las penas.

Cumplía cincuenta y cinco años. ¿O eran cien?

Había cambiado tanto que ya no disfrutaba de las enormes y doradas tertulias llenas de espejos. Las pequeñas reuniones, las risas sinceras, las miradas cómplices, la buena música ejecutada por manos amigas, eso era lo que quería. Mariquita, que había disfrutado de conciertos, de teatros, de gobernadores y embajadores aplaudiendo en salones cubiertos de oro, se contentaba con escuchar voces amigas.

La luz del atardecer entraba por la ventana. El frío ya se había ido, el clima se había vuelto más dulce. No paraba de agradecer a Dios por el buen clima porque entre la política y sus negocios cada vez peores, el cuerpo se le iba consumiendo. La política se filtraba por las paredes de su casa de Montevideo, al igual que el agua se filtraba por los techos de su casa de Buenos Aires. Las noticias eran cada vez más desalentadoras.

Sus amigas de Montevideo la mimaban. Junto a su hija Albina, habían preparado té, dulces y pan fresco para la merienda. No conformes con agasajarla, hicieron llevar un piano y un arpa para ofrecerle un concierto compuesto de canciones de Esteban Echeverría. El autor de las canciones estaba en un rincón del saloncito, junto a Alberdi. Por la cara que tenía no parecía muy feliz con las versiones de las mujeres.

La casa, la gran casona de la calle Florida, no se le iba de la cabeza. No tenía dinero. Era tan orgullosa que no se lo podía decir a nadie excepto a algunos seres muy cercanos que comprenderían por qué debía callar. ¿Cómo explicarles que Mendeville había perdido todo? ¿Cómo explicarles que había sido la más rica de Buenos Aires y ahora era poco más que una mendiga en la amable Montevideo?

El dinero no se multiplicaba solo. No tenía con qué mantenerse. No podía decirle a todos que el dinero de Mendeville apenas alcanzaba para el alquiler de la casa y ropa como para lucir de manera decente en la buena sociedad.

—¿Qué le pareció nuestra versión de La diamela, Echeverría? —Le preguntaron ansiosas las amigas que festejaban el cumpleaños.

—Encantadora —respondió Esteban con una sonrisa.

Gutiérrez la codeó divertido. El mejor poeta argentino, realmente lo era, sabía también mentir muy bien.

Juan María tenía un asiento de honor a su lado pero iba y venía entre los

invitados. Mariquita sospechaba que él también había intervenido en la organización de la amigable reunión.

Él, el amor, era de las pocas buenas noticias que había recibido esos años. Por fortuna el amor no pedía permiso. Se había instalado en su corazón, tranquilo, pacífico, para curar las heridas y alegrar la tristeza de la emigración.

Las otras buenas noticias eran los niños. Florencia y Clementina seguían teniendo niños, por suerte, porque los hombres se empeñaban en desperdiciar sangre en batallas eternas. Magdalena se había casado con Chiron de Brossay, un militar francés, y estaba rumbo a Francia con su nuevo marido. Con ellos, se había ido Juan. Florencia, preocupada por la soledad de su madre, había enviado a Mamá Luisa para que la atendiera. La criada había traído un aire familiar que Mariquita había agradecido.

El viaje de Juan había sido visto con malos ojos por muchos. ¿Por qué irse cuando había que luchar contra Rosas?

Había que seguir escribiendo, educando, luchando por un país sin tiranía. Pero ella no lo vio así. Pidió dinero prestado para ayudar a su hijo a irse a Francia. Lo quería sano y salvo. Así de egoísta era.

Mariquita, en cambio, seguía en Montevideo. Echeverría había llegado de Colonia para vivir, y finalmente, formar parte de los emigrados que planeaban la caída de Rosas. Había sido recibido con muchísimo cariño y necesidad: la salud de Florencio Várela lo había obligado a viajar a zonas más templadas para sanar sus pulmones.

El día había comenzado con un concierto. Alberdi, Echeverría y Gutiérrez habían asustado a la calle —y quizá hasta Montevideo entero— con tres guitarras prestadas por quién sabe quién. Los tres cantaban A unos ojos, del mismísimo autor en persona y se reían al mismo tiempo, sabedores de que todo el barrio los estaba considerando locos y hasta, quizá, mazorqueros perdidos de Rosas.

Obligada por las circunstancias, Mariquita desapareció del balcón dejando a los concertistas expectantes. Volvió con aire regio, ese que alguna vez había iluminado el salón dorado de la gran casona de la calle Florida. Los tres aplaudieron a rabiar al verla aparecer. Ella les arrojó tres pañuelos después de darle a cada uno un leve beso, casi un suspiro.

¿Eran tontos? ¡Claro que sí! Pero ¿qué más hacer si no tonterías cuando estaban lejos de casa, empobrecidos, temiendo por la vida de los que habían quedado?

—¿Dulces, *madame* Mendeville? —le ofreció Gutiérrez con mirada picara.

Juan María estaba de un humor excelente. Pobre como cualquier argentino en Montevideo, pero la alegría siempre le brillaba en los ojos. ¿Por qué el destino no había decidido que tuvieran edades similares? Su destino bizarro la llevaba por los caminos más difíciles. Pero ya había aceptado que era el precio que tenía que pagar una mujer de ideas como ella.

Después del mediodía había comenzado la reunión. El traslado del piano y del

arpa fue todo un escándalo que fascinó a Montevideo. Las mujeres ruborizadas, divertidas por haberse atrevido a semejante tarea llegaron a los gritos. Mariquita agradeció el honor que le hacían. En esos días sentía que el corazón apenas le latía.

—No piense en la casa —le pidió Gutiérrez a su lado—. No piense en la casa. Ya todo va a solucionarse. Gervasio Rosas va a encargarse de todo como el buen amigo que es. Disfrute su día.

—El día de mis tormentos —murmuró ella al borde de las lágrimas.

—El día en que nació la luz de mis ojos.

Ella le reprochó la galantería con la mirada. Él sabía que ella no podía quejarse. Mariquita estaba obligada a recibir las lisonjas porque era el día de su cumpleaños. Cualquier protesta suya iba a provocar que Gutiérrez la hiciera sonrojar frente a todos. Como una niña de catorce años, así se sentía al lado de Juan María.

—¿Cómo dice, querida amiga? ¿Que quiere bailar un minué? Estimadas señoras, ¿escucharon el pedido de la dama?

Albina la alentó.

—Vamos, mamá, que hoy es un día para festejar.

Gutiérrez la tiraba del brazo izquierdo con delicadeza. Solo un hombre romántico como él podía encontrar un modo tan sutil de acariciarla delante de todo el mundo.

La cicatriz estaba todavía fresca a pesar del tiempo que había pasado. Junto con la noticia de que su gran casona de la calle Florida se desmoronaba, le había salido un nacido en el brazo izquierdo. El pequeño bulto, rojo y caliente la torturó de dolor durante dos meses hasta que el doctor decidió que era tiempo de abrirlo y drenar la sangre. Hizo falta toda la paciencia de Albina para que Mariquita pudiera calmarse por la pena.

Gracias al nacido, pudo llorar su dolor de saber que su casa estaba en manos de otros. Se escondía detrás del nacido para dejar que la consolaran, para fingir que estaba bien alquilar su casa, que muchos lo hacían, que el nuevo cónsul de Francia era un digno ocupante la casa de *madame* Mendeville.

La verdad era que necesitaba el dinero con desesperación. La casa se derrumbaba.

Con el propósito de resolver los problemas de dinero, Florencia y Faustino le propusieron que vendiera parte del terreno, la huerta del fondo, la del tercer patio. La idea le daba dolor de cabeza a Mariquita. ¿Vender la casa? Aunque solo fuera una parte, ¿venderla? ¿Cómo había hecho Mendeville con todas las propiedades? ¿Cómo la quinta de la Recoleta, como la de San Isidro, como las casitas de alquiler?

¿Vender la casa que la había visto nacer?

Con suavidad, Juan María la condujo hasta el centro del saloncito. El sol iluminaba todavía la habitación y por las ventanas abiertas entraba la brisa del río y el ruido susurrante del viento. Se había hecho traer algunos muebles. Eso la tranquilizaba un poco, la hacía sentir rodeada de sus objetos cotidianos, esos que definían su hogar. Las mesitas de arrimo, sobre todo, el gesto natural de apoyar algo sobre ellas y pensar en otra cosa.

Habían corrido la mesa hacia un rincón y las sillas contra la pared. Formaron cuatro parejas que no podían moverse mucho, pero que se divirtieron como si estuvieran en el salón dorado de Mariquita. Y era mejor que no estuvieran en su salón porque los invitados, ella misma, habrían tenido que ver el triste espectáculo: el empapelado se había despegado por completo.

Allí habían bailado San Martín y Remedios. Monteagudo y sus amores semanales. Belgrano y su amor prohibido, el señor Rivadavia y su esposa, hija de un virrey, Juan Manuel y Encarnación.

Mariquita y Martín.

Mariquita y Mendeville.

Mariquita y Gutiérrez.

—Mire mamá, las paredes están doradas —le dijo Albina—. Es como estar en casa…

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

No era cierto. ¡Pero no quería discutir el día de su tormento! Quería reír como una tonta, feliz tomada de la mano de ese a quien quería tanto que se había endeudado para hacerlo liberar y poder tenerlo con ella. La vida la había vuelto egoísta.

Él le apretó la mano.

¿No podría haber sido así con Mendeville? Inútil volver a aquellos días y preguntarse por qué había tomado la más tonta de las decisiones. Inútil pensar en fray Cayetano, en las traiciones que habían hecho a las ideas de mayo. Inútil pensar en algo que no fuera Gutiérrez, su sonrisa, su mano delicada.

Dio la vuelta. Él le tomó la mano otra vez, con gentileza. Sabía que su piel era rara, de esas que no toleraban un rasguño y que se marcaban durante meses antes de sanar. El nacido del brazo había cicatrizado pero la piel alrededor de la herida tiraba mucho. Cualquier movimiento brusco la hacía gemir de impotencia.

—Despacio… —le dijo Juan María con cariño—. ¿Le gustaría bailar el minué?

—Me gustaría mucho —le respondió ella sonriendo.

—Sé que Montevideo no es Buenos Aires —dijo él como si adivinara sus pensamientos.

—No, no lo es.

—Tampoco Buenos Aires es Buenos Aires sin *madame* Mendeville —dijo Alberdi que había escuchado la frase.

Todos aplaudieron la frase de Juan Bautista. La sonrisa de Mariquita fue la más grande y la que más dientes mostró desde su llegada a Montevideo. Fue tan jubilosa que lloró de la felicidad. Juan María tuvo que contenerse y hacerse a un lado cuando Albina y los demás corrieron para abrazarla y sostenerla.

—No llore, mamá, no llore. Es su cumpleaños, hoy tiene que ser feliz. Se secó las lágrimas con el pañuelo que le daba su hija. —Son todos tan buenos amigos. No sé cómo agradecerles esta noche.

—No llore más —dijo Alberdi.

—Voy a intentarlo. Se los prometo.

—Hagamos cantar a Echeverría —propuso Juan María, incapaz de mantenerse lejos por mucho tiempo. No le hacía falta mirarlo, ella sabía que tenía en los ojos una mirada triste y ansiosa, como cada vez que la veía ceder a la tristeza de la emigración.

—¡Vamos Echeverría! —lo alentó Albina—. Usted sabe lo mucho que le gustan a mamá sus canciones.

Esteban la miraba desde lejos, retirado como siempre de la escena principal, observando todo con sus ojos de poeta.

—¿Quiere que cante, querida amiga?

—Por supuesto que sí, Esteban.

—Hoy usted es nuestra dueña. Solo queda obedecer. Juan Bautista y Esteban se acomodaron junto al piano.

—A unos ojos, si no me equivoco, es la favorita de mi querida amiga.

—No se equivoca, Esteban.

—Debe ser porque sus ojos negros llegan hasta el alma.

Todos aplaudieron el elogio del poeta que empezó a cantar. Una tras otra, las canciones que hacía diez años se cantaban en el Río de la Plata y que ni siquiera el Gobernador había podido hacer callar, alegraron el pequeño salón dorado y montevideano de *madame* Mendeville.

Los ojos negros de Gutiérrez estaban fijos sobre ella. Era su modo de decirle que cada canción hablaba de lo que sentía. Mariquita se agitó y derramó de nuevo lágrimas, esta vez de la emoción.

No le molestaba ocultar su amor. Era un amor imposible, de esos que tienen por naturaleza ser ocultados. Era esa naturaleza la que lo hacía más fuerte. Era esa naturaleza la que la hacía sobrevivir la terrible emigración.

Pero emigrar era morir, había dicho Echeverría.

Y ella, sin su casa, se estaba muriendo.

Florencia le pedía que vendiera una parte, una partecita. No entendía que una partecita era como cortarse un brazo para ella, que esa casa era todo lo que tenía. Era su casa, su lugar en ese mundo tan enorme que solo conocía a través de palabras. La casa era su vida. No había nada más fuera de esos límites.

La reunión continuó con más sonrisas, bromas, música y canciones. Se retiraron todos después de la medianoche. Albina y Treserra se quedaron un rato más, pero ambos estaban cansados. Se habían quedado porque Albina sabía que Mariquita deseaba quedarse con ellos la mayor parte del tiempo posible. En unos meses más partirían hacia Barcelona. En unos meses más se quedaría sola de toda familia en Montevideo.

¿Los volvería a tener juntos otra vez? A todos sus hijos, sus amados hijos, dispersos por el mundo, tratando de vivir una vida tranquila, de bienestar. Conocían Europa, vivían allí, habían tenido la mejor educación. Así lo habían soñado con Martín en esa casa que estaba ocupada por un completo extraño.

Dejó que Mamá Luisa pusiera orden en el saloncito. Se fue a su habitación, donde podía lagrimear tranquila frente a su toaleta, sin que le pidieran que no llorara. Había sido, después de todo, un día alegre.

Escuchó un golpecito en la ventana. Levantó la cabeza. El espejo no le devolvió a la mujer que había cumplido cincuenta y cinco años. Tonto espejo. Le mostraba una niña enamorada por lisonjas como había descubierto fray Cayetano solo con mirarla.

La juventud de Juan María, y el deseo de verla, le habían permitido descubrir que si trepaba por un muro muy bajo a tres casas de la suya, podía llegar hasta la azotea de su casa y de allí bajar hasta el balcón. Era el arrojo del que hablaban las novelas, los poemas, ese coraje irrefrenable que solo tenían los amantes.

Se levantó para abrirle. Apenas abrió las ventanas, Juan María entró a la habitación. La abrazó, la llenó de besos por todas partes, partes de su cuerpo que había olvidado que tenía, fragmentos de su piel que se volvían lozanos con el roce de sus labios y su lengua.

Hermoso y joven Juan María que la amaba como si ella fuese la jovencita virginal de los poemas de Esteban. Inteligente, generoso muchacho que se había convertido en hombre, un hombre que no la dejaba dormir hasta que empezaban a cantar los pájaros, malditos pájaros, que anunciaban el amanecer.

Hay unos ojos negros Cuyo
mirar va al alma,
y en aparente calma
ponen al corazón.

Juan María canturreaba como si estuviera ebrio. Ella también se sentía así. Estaban abrazados y de a ratos se daban besos cansados de puro glotones.

—George Sand…

—La querida George Sand —la corrigió Juan María—. Ella está divorciada de su marido.

—¿De verdad?

—Sí… las leyes francesas lo permiten.

—Aquí nunca se permitiría eso.

—No.

—No debería ser así. No creo que Dios haya querido algo así. Estar atada a un hombre que una no quiere, que no la respeta, que apenas recuerda su existencia, que ha sido su ruina. Las mujeres pagamos precios más altos por nuestros errores.

—Entonces sí fue un error.

—Lo único hermoso que me dio fueron mis hijos. El resto son dolores de cabeza y un apellido francés.

—Quisiera que pudieras llamarte Gutiérrez.

—No será posible nunca. Eso terminaría con nuestro amor imposible.

—Ah… ya pensás como un poeta.

—Me has enseñado bien.

Gutiérrez se revolvió en la cama.

—Odio el amanecer. Amo a las estrellas y a la luna. Ellas son mi compañía. Pero al sol, lo detesto. Le declaro la guerra al sol.

—A mí me gusta el sol. Me hace acordar cuando nos conocimos en la ventana.

—Entonces también me gusta.

Le acarició el pecho. Le gustaba tanto refugiarse allí, protegerse de todos los males, escucharle el ritmo del corazón y acompasarlo con su propia respiración.

—Esa tarde estábamos reunidas con las mujeres de la Sociedad. Éramos pocas ya. La querida Justa, siempre fiel. Intentábamos seguir con la Sociedad a pesar de todo. Casilda, una de las primeras en decir que sí. Ni sé si sigue funcionando la Sociedad ahora. Quizá Rosas la cerró para siempre. ¿Qué será de esas niñas? ¿Quién las educará?

—La Universidad apenas funciona. Rosas le quitó el sueldo a los profesores.

—Eso es terrible.

—Es la política del Gobernador.

—Juan Manuel no es un bruto. Pero no le molesta embrutecerse y aquí estamos. Podría haber hecho tanto bien, pero hace tanto mal.

—No perdamos tiempo en eso.

—No. Decime mejor lo bellos que son mis ojos.

¡Quién de esos ojos negros Fuese
imán poderoso! Quién pudiera
orgulloso sus miradas atraer.

Mariquita sollozó escondida en el pecho de Juan María. Él la abrazó con fuerza, con la seguridad de que le dejaría marcas en la espalda y los brazos que ella apenas podría explicar. La apretaba contra su pecho. Ella podía escucharle le corazón latiendo. Era un corazón tan joven, tan generoso, tan inteligente. Sintió orgullo al saber que ese corazón le pertenecía.

Quedaron abrazados durante un rato hasta que el cielo cambió de color y se hizo necesario que se separaran. Eran felices en esos ratos robados a la emigración, porque no podían ser felices si eran emigrados. No había felicidad fuera de Buenos Aires. Ella no sería feliz hasta que pudiera volver a su ciudad y a su casa, donde fuera Mariquita Sánchez y nada más.

Apretándose contra él con más fuerza todavía, dijo con voz débil:

—Tengo que volver a mi casa, Juan María.

Una amable llovizna

En el salón dorado y montevideano
de *Madame* de Mendeville,
3 de abril de 1843.

Los soldados golpearon con fuerza.

—¡Abran! ¡Abran!

—¿Quién es? —gritó Mariquita con voz delicada y graciosa.

—¡Soldados! ¡Abra señora! —¿Buscan a alguien?

—¡Sospechosos de querer evadir el servicio! ¡Órdenes del presidente Rivera!

—Mamá Luisa, abrí la puerta a los señores soldados, por favor.

La puerta de la casa se abrió. Los soldados entraron como una tormenta de polvo, brusca y gris, dispuestos a arrasar con todo aquel que se negara a cumplir el servicio del ejército uruguayo. Pero los hombres no pasaron del vano de la puerta.

El salón estaba tan dorado que les lastimó los ojos. Las paredes eran iluminadas por candeleros de bronce y velas de cera de abeja. Los enormes espejos reflejaban los candeleros y los invitados de un lado a otro haciéndolos infinitos. Sobre mesitas negras, juegos de café, cucharitas de plata, platitos de porcelana repletos de pimpollos, copas de un cristal tan fino que parecía hecho de gotas de agua.

Infinitos soldados franceses, repletos de garbo, con un acento de elegante distinción y rebosantes de aplomo. Las damas también eran infinitas, mujeres elegantes de todas las edades adornadas con puntillas y festones, sus cabezas llenas de bucles, sus hombros descubiertos, sus voces delicadas. Una música dulce provenía de un rincón, acordes suaves del arpa que se detuvieron al entrar los soldados.

En el centro del salón, regia y asombrada, *madame* de Mendeville.

—Bienvenidos, caballeros a mi salón. Estábamos en una tertulia privada para los marinos franceses y en honor a nuestro querido don Giuseppe Garibaldi.

Los soldados la miraban sin decir nada. Mariquita continuó.

—Me temo que en esta humilde soirée ya no hay lugar para invitados. Qué terrible anfitriona soy.

—¡No diga eso, doña Mariquita! —le pidió una de las damas a su espalda.

Mariquita se volvió ligeramente hacia el lugar de donde venía la voz, pero sin dejar de mirar a los soldados.

—¿Pero qué hago con estos buenos señores? No puedo dejarlos ir. Algo deben beber, comer. ¿Están cansados? Mamá Luisa, por favor, trae unos vasos para los señores.

Los soldados se miraban entre ellos, alzando las cejas.

Apareció la criada con una bandeja de plata para ofrecerles bebidas.

—¿Vino? ¿*Cognac*? ¿Agua de goma?

La habitación dorada se llenó del grato sonido de las carcajadas reprimidas.

—Quizá alguno se sienta mal del estómago —explicó Mariquita mirando hacia atrás—. El sitio nos tiene a todos preocupados. El cólera es una terrible enfermedad. ¿No es cierto, don Giuseppe?

Garibaldi se levantó del asiento donde hablaba con el cónsul francés y su esposa.

—¿Qué me dijo, querida amiga? Me distraje con el amable sonido de su voz.

—Les decía a los soldados que el sitio nos tiene a todos preocupados.

—Muy preocupados.

—Por eso estamos aquí —dijo uno de los soldados—. Estamos registrando casas sospechosas de esconder malvivientes.

—Esa es una grave acusación para la casa de tan amable señora —dijo Garibaldi con un español embellecido por su acento italiano.

Mariquita le puso la mano en el brazo.

—Gracias, don Giuseppe.

Él le puso una mano sobre la suya.

—Por nada, querida señora.

Los dos miraron a los soldados. Ninguno de los hombres hablaba y algunos hasta miraban con interés la bandeja que Mamá Luisa les ofrecía.

—¿Y bien, señores, qué piensan hacer? —dijo Mariquita con voz amable aunque exigente.

—Vamos a registrar la casa —dijo el único que hablaba alzando un brazo y ordenándole al resto que ingresara a la casa.

—Como gusten —dijo Mariquita. Se hizo a un lado y los hombres entraron por completo al salón.

Mariquita se sentó en una de las sillas negras, con la espalda derecha y las manos cruzadas sobre el regazo. Ninguno de los invitados habló durante el tiempo que duró el registro de la casa.

Favorecidos por los errores de los unitarios, Rosas y Oribe avanzaron hasta Montevideo y la sitiaron. La guerra, que hasta entonces se había librado en territorio argentino, había cruzado el río Uruguay. Lavalle había muerto en la guerra y con él la esperanza de triunfar en el norte argentino. Los ojos de los emigrados se habían vuelto al Litoral junto con el general Paz y su ejército. Las peleas entre Paz, el presidente Rivera y el gobernador de Corrientes, Ferré, no ayudaban a los objetivos de la lucha contra Rosas. Los uruguayos habían entrado en guerra y los argentinos emigrados en Montevideo fueron obligados a formar parte del ejército que combatía en las murallas de la ciudad. Quien intentaba huir de la ciudad para no cumplir con la obligación, era atado de manos, encarcelado y luego destinado al ejército.

Las esperanzas de los emigrados se iban debilitando. Continuaban publicando periódicos y libros, pero la escasez de dinero y la tensa situación del bloqueo no les permitía hacer todo lo que querían. Esteban luchaba entre su mala salud y el genio.

Aportaba grandes escritos a la lucha contra Rosas y al mismo tiempo pasaba días enteros en cama con el corazón luchando contra la muerte.

Participar o no de la guerra fue una decisión difícil para muchos. Algunos, con formación militar, aprovecharon la posibilidad de hacer experiencia en el ejército. Pero los amigos más queridos de Mariquita no eran militares y tarde o temprano se verían obligados a responder a la exigencia del presidente Rivera de cumplir con el ejército.

Mariquita, asustada, cansada, enferma ya de toda política y violencia, había querido irse con su hija Albina y su esposo el año anterior a Barcelona. De allí fácilmente podía pasar a Francia a encontrarse con sus hijas Magdalena y Clementina. Tenía todo preparado, los baúles, el barco, el pasaporte, pero una enfermedad, otra más de las que acumulaba su cuerpo, se lo impidió.

Estaba sujeta a Montevideo. Había tenido que mudarse a una casa más barata, que ya no era de altos, pero que seguía siendo frecuentada por sus amigos argentinos y montevideanos. Lo único que la hacía sentir un poco mejor eran las amistades que la mimaban como si fuera un verdadero tesoro. Por fortuna, pudo descubrir que también eran amistades en las que podía confiar.

Los amigos fueron necesarios porque vivía muy cerca de varios cuarteles y todo el tiempo se escuchaban tiros, gritos, heridos que pasaban buscando auxilio y la pelea en las murallas. La música que ejecutaban con el arpa, la suya, que había hecho traer de Buenos Aires era un consuelo para el alma. Estaban sin leche, sin fruta. Los correos tardaban en llegar. La violencia recorría las calles de Montevideo y los gritos y tiros de combates en las murallas se volvían pesadillas por las noches.

Había vivido un año en el bloqueo y la idea de que al menos Buenos Aires era su tierra crecía cada vez más en su corazón. La permanencia en Montevideo le estaba costando un dinero que no tenía. Las casitas que alquilaba apenas le daban dinero para mantener su vida en la decencia. La casa grande, la de la calle Florida, apenas se sostenía en pie gracias a las mejoras que había hecho. Pero esas reparaciones eran pagadas por el mismo alquiler de la casa. La vida de Florencia y Faustino seguía siendo muy complicada. Los niños seguían llegando, las finanzas continuaban apretadas y parte del dinero que Mariquita obtenía por los alquileres iba hacia ellos.

¿Qué iba a hacer en Montevideo? La situación era igual que en Buenos Aires. Al menos en la ciudad de sus desgracias podría comer duraznitos y hacer algún dulce con azúcar, que tan cara estaba en Montevideo. Tomó la decisión final cuando Alberdi y Gutiérrez recurrieron a ella para poder evadir los controles y escapar de Montevideo sin licencia.

Sentada en su silla negra, rodeada de verdaderos amigos, Mariquita esperaba que los soldados terminaran de registrar la casa de tres habitaciones que alquilaba.

Se había hecho traer todo lo que fue posible sacar de la casa sin hacer que el cónsul francés que la alquilaba estallara en protestas. Había sido una gran idea, por un tiempo, al menos. Todos recordaban los muebles y se sentían felices, como si

realmente estuvieran en el salón de la gran casona de la calle Florida.

Cuando Florencia le escribió diciéndole que el cónsul había protestado, alzó los hombros y no respondió nada. Que protestara. Ella tenía derecho a vivir de manera decente con los objetos que había comprado, que eran su fortuna y lo único que no la volvía loca en esa guerra sin fin que era su vida. Su casa, su tierra, su lugar para llorar, para pensar. Su lugar para morir.

Aparecieron los soldados con expresión desilusionada. Mariquita se puso de pie de inmediato.

—¿Encontraron algo, los señores?

—Ningún sospechoso, señora.

—Me alegra tanto. No habría sabido qué hacer.

—Si ve algo sospechoso, señora, llame a los soldados. El cuartel de argentinos está cerca.

—Por supuesto, señor. En cuanto sepa algo iré a avisarle. Si no necesitan nada más, el capitán Garibaldi los acompañará a la puerta.

Así se fueron, después de mirar con cariño una vez más los vasos que Mamá Luisa había dejado sobre una mesita de arrimo de las que habían llegado de Buenos Aires. Garibaldi acompañó a los soldados a la puerta. Con una pierna en la vereda y otra en el escalón de la entrada a la casa, los observó alejarse hasta que desaparecieron en el cuartel de los argentinos. Nadie hablaba en la reunión. Todos esperaban atentos a que el marino italiano les avisara que podían, por fin, respirar.

—Ya está —dijo Garibaldi y cerró tras de sí la puerta.

Mariquita sintió que el corazón volvía a latirle.

Esteban salió del grupo que estaba en un rincón, seguido por dos marinos franceses. Uno de ellos, le ganó al llegar hasta Mariquita y le tomó la mano para que se sentara.

—¿Está bien?

—No, Gutiérrez. Creo que dentro de unos años me voy a sentir mejor.

—No haga bromas —protestó Alberdi, también vestido de marino francés.

Mariquita aceptó el reproche con una inclinación de cabeza y una sonrisa a modo de disculpa.

—¿Sabría alguien que estábamos aquí? Parece raro que vinieran justo hoy —preguntó Alberdi.

—Triste lugar el del traidor —murmuró Echeverría.

—¿Le molesta si seguimos con la música, querida señora? —le dijo Garibaldi—. No conviene quedarnos en silencio.

—Sigan por favor, sigan —les dijo a todos—. No sé cómo les pagaré este favor alguna vez, pero al menos esta noche podrán disfrutar de la bella música.

Todos le agradecieron con una reverencia y se dispusieron a continuar el concierto.

Mariquita habló a sus amigos.

—Don Giuseppe y yo queremos darles cartas de recomendación. ¿Vamos a la cocina, capitán? —Como desee, señora.

Del brazo de Juan María y con el corazón acelerado por el miedo y la pena, Mariquita llegó a la cocina. De inmediato, buscó en el cajón de un mueblecito que hacía de alacena, las cartas que había preparado.

—Primero usted, capitán.

—La mía es para mi gran amigo Giuseppe Mazzini —dijo Garibaldi que no perdía oportunidad para luchar por la unificación italiana—. La joven Italia se puede beneficiar de hombres como ustedes que saben luchar por la independencia de un país.

En cuanto suban al Edén van a recibirlos bien. Nombren a Mazzini entre los oficiales más jóvenes y estarán como en familia. Les deseo un buen viaje y buenos vientos.

Alberdi agradeció por los dos. Juan María estaba pálido. Se miraba las manos, miraba las cartas y de a ratos a Garibaldi, a Echeverría o a su compañero de viaje.

—Mis cartas son para el general San Martín —dijo Mariquita con una voz que no reconoció—. Es un hombre generoso y me quiere mucho. Voy a escribirle anunciándole que van a ir a verlo. Él va a recibirlos bien y cualquier cosa que le pidan hará lo posible por ayudarlos. Cómo quisiera que estuviera aquí…

Mariquita tuvo que cerrar los ojos para no marearse.

Los recuerdos sobre la partida de Martín le estaban marchitando el corazón. Apenas había mirado a los ojos a Juan María desde que había llegado vestido de marino francés junto con los hombres a cargo del capitán Deville.

Los cuatro hombres la hicieron sentar. El cuerpo se le había puesto frío, las piernas le temblaban y el pecho se le había agitado. Echeverría buscó y trajo del salón una copa con *cognac*, que le llevó a los labios. Juan María le sostenía la mano y se bebió el resto de líquido que quedaba en la copa. Alberdi y Garibaldi le hacían viento con las cartas de recomendación.

—¿Ya está mejor? —le preguntó con cariño Esteban.

—Qué bien hizo en llamar a su cautiva María, Esteban… Las Marías sufrimos tantos pesares.

—Y son las más valientes —dijo Juan María.

Ella se rio a pesar de la debilidad. Apretó la mano de Juan María y se la llevó a la frente. Empezó a llorar en silencio como si de sus ojos cayera una amable llovizna.

—Vamos a preparar todo —dijo Esteban—. Juan María, quédate cuidando a nuestra amiga. En cuanto esté todo listo, Alberdi vendrá a avisarte. Será el único aviso. Tienen que irse a la medianoche, así se les avisó a los del Edén.

Los dos entendieron las palabras de Esteban. Esperaron que los tres hombres se fueran para mirarse, pero el intento fracasó. Ninguno de los dos podía mirarse a la cara sin que las decisiones que habían tomado tambalearan.

Juan María se arrodilló en el piso, con los brazos apoyados en la falda de

Mariquita.

—Vení conmigo —le susurró.

—El cognac del capitán Deville te hizo mal.

—Nada de eso. Vamos a París, vamos a conocer Francia. La libertad.

—Huyamos, mi Brian, huyamos… —dijo ella soñadora.

—Huyamos, María… —dijo él soñador. El corazón se le hizo una sonrisa.

Viajar con Juan María a Europa, esa Europa de la que le hablaban desde hacía años, que era el centro del mundo, de donde habían llegado las ideas que más amaba: la libertad, la independencia, la revolución.

Por un instante lo imaginó todo: la vida en Italia, primero, los viajes a París después, los escritores románticos que maravillaban al mundo, revolucionarios que querían construir una Italia libre, ver a Juan María convertirse en el escritor que quería ser. Ella misma, como George Sand, escribiendo un libro sobre la triste vida de las mujeres solas. Y ella, por sobre todo, recibiendo a todos con encanto, mientras la llamaban la Mariquita de Buenos Aires.

Ay, Buenos Aires.

¿Existía una Mariquita Sánchez sin Buenos Aires? No, no era posible. La ciudad no era ciudad si Mariquita Sánchez de Thompson y Mendeville no estaba allí. La gran casona de la calle San José, luego del Empedrado, luego Unquera, luego Florida reclamaba a su dueña.

—No puedo, Juan María. No puedo…

—No quiero que te quedes sola acá. Aunque sea a Francia. Con Mendeville, allá…

—No. No con él. No para mendigar cuando él se llevó mi fortuna.

—¡A Colonia entonces! ¡Algún lugar lejos de aquí! Mariquita le tomó la cara entre las manos. Hizo que la mirara a los ojos.

—Me voy a Buenos Aires.

Ya lo había decidido. Volvía con sus muebles, candeleros, mesitas, espejos, su querida toaleta, sus cepillos, sus puntillas, sus festones. Volvería con sus baúles llenos de ropa transformada en hilachas como su propia fortuna y su propio corazón.

—No.

—Ya tengo listo el pasaporte y los baúles. El presidente Rivera me autorizó a salir cuando quiera. Me voy dentro de cuatro días.

—No, por favor, no…

—Ya no puedo quedarme más tiempo.

—Él te va a perseguir.

—No lo va a hacer.

—¿Cómo sabes?

—Doña Agustina no lo permitiría. ¿No pudo volver Gervasio a Buenos Aires? Juan Manuel no se atreve a tocar a miembros de su familia. Al menos respeta eso.

—Es una locura. Voy a escribirle a Juan cuanto antes, él no va a aceptar esta

decisión.

—Doña Agustina todavía me recuerda con cariño. No podría ser de otra manera. Y Gervasio fue nuestro amigo en Montevideo y lo seguirá siendo en Buenos Aires. Tengo amigos que irán a visitarme. Justa hace años que llora por verme y mi alma también ansia su compañía. No habrá salones, ni pianos. Pero si no me voy a mi casa, mi querido Juan María, si no me voy a Buenos Aires aunque sea a un rancho, voy a volverme loca.

—Rosas te va a perseguir tarde o temprano. Como hizo antes, lo va a hacer ahora.

—No voy a abrir tertulia. No quiero saber nada de política.

—¡No es cierto! —dijo él con emoción—. No vas a poder evitarlo, tarde o temprano vas a querer saber y leer y… ¡es una locura, no voy a dejarte! No me iré a Italia. Ya está. Si te vas a Buenos Aires, yo también voy.

—¿A estar preso otra vez?

—No me importa. Ya estuve allí una vez. ¡Qué me importan unos meses más!

—Una vez me dijiste que harías lo que yo quisiera. —Y así será.

—Quiero, exijo, que vayas a Europa. Quiero que seas el hombre que podes llegar a ser. Aquí ya no podemos quedarnos. Tenemos que separarnos.

—No quiero.

—Este tiempo en Montevideo, Juan María, fueron días robados a lo imposible. El destino fue generoso con nosotros. Es tiempo de pagar.

Le secó las lágrimas con los dedos. Ella misma lloraba, pero cómo evitarlo. Estaba rodeada de amigos en los que podía confiar y que seguramente, al menos dos, sabían de sus amores con Juan María Gutiérrez.

La ensombrecida figura de Alberdi apareció en la puerta de la cocina.

—Ya es hora, Juan María.

Él no se movió, ni siquiera volvió la cabeza para mirar a su amigo.

—Es el momento, Juan —le dijo ella.

Juan María apartó las manos de su rostro. Se escuchaba en el salón los pasos de los soldados franceses reuniéndose en la puerta para salir todos juntos. Esperaban a Gutiérrez y a Alberdi para marcharse.

Mariquita se puso de pie aunque fue un milagro que pudiera hacerlo. Gutiérrez la sostuvo con un abrazo fuerte de esos que dos años atrás los había convertido en una pareja de amantes clandestinos, felices por poder disfrutar del amor imposible.

Se besaron por última vez y volvieron al salón.

Los dos vestidos de marinos franceses la hicieron reír en medio de una noche difícil. Ninguno de los dos estaba preparado para una vida militar. Hombres de fina inteligencia, no tenían otro destino que la escritura. Ella los había visto crecer y no los iba a ver morir.

Tanto Alberdi como Juan María se habían puesto pálidos. Era una estratagema peligrosa pero una feliz ocurrencia después de todo. Vestidos de franceses, y sabiendo hablar la lengua bien, no presentarían sospechas ante los que vigilaban el puerto.

Juan María era el segundo amor que se le iba vestido de marino. Al momento de la partida, tuvo que reprimir las lágrimas a tal punto que casi le explotan en la garganta. Pero si Juan María la veía llorar no se iría. La situación de Montevideo era muy desdichada para todos. Tanto los que se quedaban como los que se iban vivirían ansiosos por los amigos que querían a la distancia. Vivirían deseándose paciencia para continuar esperando y luchando por la expulsión de Rosas de Buenos Aires y de la Confederación.

Los soldados se fueron al mismo tiempo que los invitados civiles. Era mejor crear varias distracciones por si había algún espía dando vuelta. Solo Echeverría se quedó junto a ella. Un viento frío y húmedo llegaba desde el río. A Mariquita no le molestó. Pronto volvería a sentir ese frío y esa humedad en Buenos Aires, y si no en su propia casa, en la tierra que la había visto nacer.

Esteban la protegía con el cariño de siempre. Había pasado un brazo sobre sus hombros y miraba en silencio al grupo de marinos franceses que incluía a dos de sus amigos más queridos.

Los vieron alejarse hacia el puerto, caminando con firmeza pero cabizbajos. Juan María dio vuelta la cabeza de pronto, para mirar hacia atrás. Dejó de caminar y se quedó quieto, mirando hacia ella. Alberdi notó enseguida que su amigo se había detenido y se volvió hacia él. No le dijo nada, solo le puso una mano en el brazo.

Juan María miró hacia un costado, volvió a bajar la cabeza y se volvió con el grupo.

—De ese amor están hechos los grandes libros —le dijo Echeverría al oído.

Ella no pudo decir nada. Entró a la casa caminando despacio. Alzó la cabeza y se vio en los espejos. Terribles, malditos espejos que multiplicaban hasta el infinito su derrota. Juan María le había ofrecido hacer una revolución y ella había rechazado la propuesta.

Epílogo Corazón de catorce años

En la República Argentina,
en la gran casona de la calle Florida,
20 de junio de 1868.

El tiempo es tan cruel como inapelable. Mariquita no podía hacerle un juicio de disenso al tiempo. No había virrey que se pusiera de su lado. Estaba en su cuartito a la calle, el de recibir. La ventana cerrada la protegía del frío y la entretenía. Después de mucho penar y mucha pobreza, los vestidos volvían a ser bellos y coloridos. Le encantaba mirar a las muchachitas pasear al lado de sus madres, sonrosadas por las miradas masculinas.

En las paredes pintadas de blanco, un retrato suyo, y alrededor, los retratos de sus hijos y sus nietos. Había sido rica en dinero en su juventud. Era rica en descendencia en la vejez.

El frío le había traído una sensación que le llevó un tiempo comprender pero que luego aceptó con tranquilidad. Había llegado el momento de emprender un nuevo viaje.

Atrás quedaba la historia del país. Era una de los pocos habitantes de Buenos Aires que podía decir con seguridad que había visto y conocido a los principales actores de ese drama que había sido la construcción de la República Argentina. El país había cambiado de nombre tantas veces como su propia calle. Había llegado incluso a vivir en un lugar que se llamaba a sí mismo «Estado de Buenos Aires» y que había rechazado una Constitución Nacional que uno de sus queridísimos amigos, Juan María Gutiérrez, había contribuido a redactar.

Atrás habían quedado sus días en Brasil. Se había ido a Río de Janeiro para hacer una quijotada. Ya no tenía fuerzas para esas aventuras. El calor, la distancia, la ausencia de su familia la entristecieron en pocos meses. Un insecto de nombre portugués decidió el regreso a su ciudad. Vivió entre una y otra orilla del Plata. Cuando Buenos Aires se volvía asfixiante, iba a Montevideo a buscar paz. Cuando no podía vivir sin su casa, volvía a Buenos Aires.

Atrás quedaban las guerras, las batallas, la sangre desperdiciada de tantos buenos patriotas. Hacía seis años que vivía en un país unificado. Las peleas continuaban, pero al menos era uno solo.

Atrás había quedado Juan Manuel. Atrás y muy lejos, en Inglaterra. Como muchos otros, como San Martín, como Monteagudo, como su Martín, habían muerto lejos de Buenos Aires, lejos del país que a su modo, habían intentado construir.

Atrás había quedado Mendeville, muerto hacía cuatro años, sin que volvieran a reunirse. No le pesaba morir sin verlo. Mendeville no había sido un buen marido y

solo los hijos que había tenido con él preservaban su buen recuerdo.

Atrás habían quedado sus grandes, talentosos, brillantes amigos, Florencio Várela y Esteban Echeverría. La política los había separado pero la muerte los encontró en el mismo lugar, Montevideo, antes de que Rosas cayera. A uno el corazón no le resistió más. Al otro, la muerte lo sorprendió en forma de puñaladas en la espalda.

Morir lejos de Buenos Aires, ¿qué clase de muerte era esa?

Atrás quedaban sus amigas de la Sociedad de Beneficencia. A pesar de las protestas, había abandonado la Sociedad el año anterior. Amaba ese lugar, pero a los ochenta años ya no tenía fuerzas para seguir. Su querida Casilda había muerto años atrás pero a ella le parecía que siempre estaba a su lado, como el primer día, cuando Rivadavia les había pedido que fundaran una sociedad. También había muerto Justa y hasta el pobre don Bernardino. Muchos hablaban mal de él en esos tiempos, pero ella lo defendería siempre por haber sido el único que había pensado en las mujeres como capaces de formar parte del gobierno de Buenos Aires.

Lo único que no quedaba atrás era el amor.

Sus hijos estaban bien. Todos con niños menos Juan, él no se había casado aún y ya había perdido la esperanza de verlo con mujer. Algunos vivían en Europa, otros en Montevideo, otros en Buenos Aires. Se sentía orgullosa de haber echado sus semillas al mundo. Confiaba en que ellos continuarían siendo personas de vida decente y convicciones firmes. No les deseaba felicidad, la felicidad era como el agua, se escapaba de las manos. Les deseaba ese bien tan preciado que había sabido desear gran parte de su vida: una vida tranquila.

Su pena más grande era que la herencia que les dejaba era escasa. La casa grande, tres casitas para alquilar, los muebles, los cuadros, la platería, la vajilla, no mucho más. Poco para siete hijos que tendrían que repartirse las migajas de una madre con poca cabeza para el dinero.

Los grandes amigos jamás quedarían atrás: Juan Bautista Alberdi demostró ser un gran hombre y no se cansaba de demostrarle su admiración. Él se había ocupado de sus asuntos en Francia a la hora de morir Mendeville. A él le había confesado su infelicidad con ese francés al que había encumbrado y que le había devuelto tan poco. Permanecieron en contacto a través de cartas. Alberdi aún no había regresado a Buenos Aires.

La vida se le apagaba despacito. No estaba triste, había vivido tanto, había sufrido tanto, había llorado tanto que estaba agradecida. No muchos habían podido vivir tantas batallas, conocido tantos hombres ilustres, ser parte de una revolución. Ella lo había visto todo, había cosido con sus propias manos —esas que odiaban las labores femeninas— la revolución y la independencia. Había entregado al amor de su vida a la causa de la libertad y después de cincuenta años el corazón todavía se le estremecía al imaginar el cuerpo de su Martín despedazado en el mar.

Una sola cosa la retenía en el mundo.

Se sentía frívola, a su edad, con el cuerpo dolorido de solo caminar, pensar en eso

como si tuviera catorce años y el corazón se le agitara como si fuera Carnaval. ¿Tan tonta podía ser? Ella que había vivido los pesares de los primeros años de la revolución, que había sobrevivido al doloroso exilio, al ridículo viaje a Río de Janeiro, a la vida empobrecida, ella que sabía de dolores y pérdidas… seguía enamorada.

Al llegar el atardecer, Florencia entró con una criada. Encendieron las luces y la chimenea y le dejaron una merienda en la mesita de arrimo. Aceptó con ganas el té y los dos pastelitos. El hambre todavía no se le había ido. Además, necesitaba fuerza para emprender la tarea que se había propuesto ese día.

Un cofre de madera guardaba un tesoro del que debía ocuparse.

Lo que había ocurrido entre sus cuerpos en Montevideo no había vuelto a suceder. Tardaron años en volver a verse. Juan María pasó poco tiempo en Europa. Viajó a Río de Janeiro para ver si podía establecerse en la ciudad y luego se fue a Santiago de Chile, donde pudo hacer una gran carrera como periodista, educador y editor.

Al enterarse de la caída de Rosas en 1852 emprendió el camino de regreso. Las diferencias entre Buenos Aires y la Confederación lo amargaron. Pero tomó partido y se fue a Entre Ríos y fue parte de aquellos que redactaron la Constitución. También fue uno de los que la juró en 1853. Y allí también conoció a su esposa, Jerónima Callen.

Fueron dos viajeros destinados a no encontrarse. Cuando volvieron a residir en la misma ciudad, ni Juan María ni ella se permitirían un romance como el montevideano. El amor, sin embargo, se abría paso siempre entre ellos dos. Y si eran dos viajeros que se encontraban de a ratos, el amor en forma de palabra los unía sin remedio y sin tregua.

El cofre reunía todas las cartas de Juan María.

Las quitó con cuidado, con las manos temblorosas, no por la edad, sino por la emoción. Las leyó una por una, desde el amor inocente e impetuoso de los primeros años a las peleas apasionadas del exilio, donde cada reproche dolía como si le cortara una parte del cuerpo. El exilio, los regalos, la tristeza de saber que no podía seguirlo, que no podía seguir esa vida de errante hasta que su amigo Juan Manuel de Rosas se fuera de Buenos Aires. Los libros, las palabras, las confesiones en francés, la carta en la que le anunciaba su casamiento, toda borroneada por las lágrimas de amargura al saberlo de otra.

Juntó todas las cartas que él le había escrito, enorme cantidad de papel lleno de amor, de frustración y de libros. Se sentó frente a la chimenea para llevar adelante su tarea.

Las fue destruyendo de a una.

Los papeles queridos que la habían mantenido viva en años difíciles se retorcían y ardían al contacto con el fuego. Su propia carne, tan rara y frágil que se marcaba con un suspiro, le dolía como si se desangrara.

Tomó pluma y papel para escribir una carta más. La pluma temblaba mientras ella

escribía. Si era el temblor de las manos que la edad traía consigo o los latidos de su corazón, no importaban. La letra le salió movida, desprolija, temblorosa.

No quería irse. No quería dejarlo.

Corazón tonto de catorce años que todavía latía por un amor imposible.

Apoyó la frente contra el brazo. Tuvo que llorar. Sabía que se estaba muriendo pero su corazón de catorce años protestaba: todavía estaba enamorado.

**********VER SALTO DE HOJA**********

Parece que hubiera un hilo eléctrico entre nosotros. Yo he pensado mucho en usted estos días, y veo, con gusto, que también usted ha pensado en mí. Estaba ayer en mi cuarto cuando me trajeron su libro. Mandé corriendo a buscar el emisario para darle la carta adjunta que desde el domingo duerme en mi cartera. Hace días que pienso mucho en mi último viaje y en los momentos que puedo arreglo papeles. No se puede imaginar las cartas de usted que he quemado. Creo que a nadie ha escrito más que a mí. Algo separo para que usted mismo queme. Mi espíritu y mi cuerpo están muy abatidos… Con respecto al pobre San Martín, cuando nos veamos, le diré a usted algo para la historia. Usted, que recoge cenizas, aprovechará.

Mariquita Sánchez a Juan María Gutiérrez,
20 de junio de 1868

Palabras finales

Hace muchos años que quería escribir esta novela. Y muchos años significan diecisiete, es decir, el momento en el que entro en contacto con Mariquita Sánchez como fuente de la historia argentina en el inicio de mi carrera de Historia. Muchos años, de verdad.

Quienes hayan leído mis libros anteriores habrán notado que Mariquita no solo pertenece al mismo universo de las novelas. Ella también fue, en parte, su inspiración y su inicio. En cierto modo, durante este tiempo de escritura —mayo y noviembre de 2013— me sentía como la taquígrafa de una novela que hacía tiempo tenía escrita en la cabeza. Novela construida a dos voces, una mía, una del pasado, que no siempre estaban de acuerdo, pero que iba por el mismo camino.

En el proceso de investigación y escritura de esta novela hubo cuatro libros imprescindibles: Dos patricias ilustres, de Antonio Dellepiane, Cartas de Mariquita Sánchez. Biografía de una época, de Clara Vilaseca, el Archivo del doctor Juan María Gutiérrez, edición de Raúl Moglia y Miguel García y, por supuesto, Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental, la biografía —aún no superada— de María Sáenz Quesada. Hubo muchos libros más pero sin esos cuatro, no habría podido escribir esta novela. Los fragmentos de cartas de Mariquita que he citado en esta novela pertenecen al libro de Clara Vilaseca. Los fragmentos del poema La Cautiva pertenecen a una edición de Editorial Kapelusz de 1965. Los versos que canta Gutiérrez en el capítulo 23 son de la canción A unos ojos de Esteban Echeverría y fueron tomados de las Obras completas de D. Esteban Echeverría compiladas por el propio Gutiérrez (edición de 1972 de Ediciones Antonio Zamora).

Del panteón de próceres y héroes nacionales argentinos, creo que Mariquita es la más mitificada y la menos conocida. Poco queda de ella hoy en la ciudad de Buenos Aires. Algunos de sus muebles están en el Museo Histórico Nacional, junto con algunos retratos. La casa, la gran casona, estaba en la actual calle Florida al 300, entre las calles Sarmiento y Tte. Gral. Juan D. Perón. En el solar de la casa hoy existen dos casas de comidas rápidas, ninguna de acento francés, y una placa señala el lugar. A la vuelta, en Perón al 500, se encuentra otra placa que señala el lugar de nacimiento de Juan Manuel de Rosas.

Sorprenderá al lector algunas variaciones sobre el mito de Mariquita Sánchez que hay en esta novela. Invito a recorrer los libros mencionados más arriba para comprobar que Mariquita fue mucho más que la gran anfitriona de Buenos Aires.

Un mito, sobre todo, presenta una variación notoria. ¿Se cantó el Himno Nacional en la casa de Mariquita por primera vez? La Marcha Patriótica, así llamaban al Himno, sufrió muchísimas modificaciones a lo largo de la historia argentina. Más aún, Pedro Esnaola, músico amigo de Mariquita, tuvo que reescribir la música en

base a lo que había escuchado de pequeño porque la partitura de Blas Parera se había perdido. Más probable es, y esa es la versión que reflejé en esta novela, es que el maestro Parera haya compuesto la música original en casa de Mariquita para su estreno el 28 de mayo de 1813.

¿Hice algún cambio en un hecho histórico? Algunos, menores pero que en nada cambiaban la vida de Mariquita. Algunos hechos de su vida —como los episodios del cónsul De Vins de Payssac y el escape de Alberdi y de Gutiérrez por medio de Garibaldi— parecen ficción pero fueron reales.

Si me tomé alguna licencia eso fue en cuanto a las cartas, sobre todo en la segunda parte de la novela. Algunas cartas de Mariquita Sánchez parecían verdaderos diálogos con sus destinatarios y los convertí en tales en esta novela. En especial los capítulos de la década del ‘30 con Juan Manuel de Rosas tuvieron esa característica. Eran cartas tan vitales, tan llenas de palabras no dichas que no podía hacer otra cosa que escribirlas en forma de diálogo.

Conocido es el romance de Mariquita Sánchez con su primer marido, Martín Thompson. Sorprenderá a muchos el triste destino de Martín quien enloqueció en Nueva York y murió en altamar. La historia de amor feliz que inicia el camino de la revolución de mayo tiene un final triste. Sorprenderá a algunos que Mariquita iniciara un romance con Washington de Mendeville cuando su marido aún vivía. Según la propia Mariquita, fue un error que tuvo que pagar toda su vida.

Mención aparte merece Juan María Gutiérrez. Gran parte de los biógrafos de Mariquita dan por sentado que ella y Esteban Echeverría tuvieron un romance. En este libro propongo otra versión. No es tarea de un escritor justificar sus hipótesis pero los diálogos entre Mariquita y Gutiérrez que están en esta novela están escritos en base a sus cartas. Las cartas, las pocas que existen, son maravillosas. Aun si no fueron amantes en algún momento, la relación que unía a Mariquita y a Gutiérrez era de una naturaleza diferente. La última carta citada es la última que se conoce de Mariquita y es para Gutiérrez. Fue el lenguaje de esa carta, de un amor sobrio pero incontenible la que inspira la segunda parte de esta novela. ¿Qué dirían esos papeles quemados? Lamentablemente no lo sabremos nunca.

Escribir una novela sobre Mariquita Sánchez implicaba resistir una gran tentación, la de caer en el manual de historia. Gran tentación, creo, que siempre es el peligro de la novela histórica. En Mariquita la cuestión era aún más compleja. ¿Cómo escribir una novela sobre ella? ¿Cómo contar que ella no había presenciado la historia argentina sino que la había construido? ¿Cómo olvidar la didáctica, concentrarse en las palabras, en un modo de escribir que estuviera relacionado con la belleza y no con esa solemnidad que suele sobrevolar la narrativa histórica?

Me suelen preguntar qué me inspira. Durante mucho tiempo dije que la inspiración podía venir de cualquier lugar: una frase, un lugar, un objeto, una persona. Lo cierto es que una frase con historia, un lugar con historia, un objeto con historia, una persona con historia, es lo que me inspira. La que me inspira, la que me

impulsa a escribir es la Historia misma. ¿Cómo no escribir sobre Mariquita Sanchez cuando ella misma la había hecho con sus manos y sus palabras? ¿Cómo escribir sin olvidarme de ella, sin dejarme aturdir por el peso de los acontecimientos históricos que protagonizaba?

Qué Mariquita escribir, en definitiva, fue la pregunta que inició mi escritura. La Mariquita que yo imaginaba, fue la respuesta. Esa Mariquita Sanchez es la que habita esta novela.

Gabriela Margall (La Matanza, 1977). Escritora, historiadora, docente. Nació en el mes de noviembre del año 1977 en la ciudad de Rafael Castillo en el partido de La Matanza. Cursó sus estudios primarios y secundarios en la ciudad de Morón. En el año 1996 ingresó a la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En el año 2005, se recibió de profesora de Historia y comenzó a ejercer como docente de la Facultad de Filosofía y Letras, actividad que desarrolló hasta el año 2013.

Escritora autodidacta, realizó estudios de dramaturgia con Enrique Papatino en el año 2007, estudios de Historia del Arte con Gabriela Francone en el año 2008 y un seminario intensivo de dramaturgia con Mauricio Kartun en el Teatro Colón.

Desde el año 2006 sus libros ya son publicados y partir del año 2012 empieza a publicar por Ediciones B, bajo el sello Vergara. En ese año sale La princesa de las pampas, libro que estuvo durante un mes entre los más vendidos del país y lleva varias ediciones. En abril del 2013 publica La hija del tirano, la continuación de La princesa de las pampas. En abril del 2014 publica su tercera novela bajo el sello Vergara, La Dama de los Espejos, novela histórica sobre Mariquita Sánchez de Thompson y Mendeville.

Desde el 2010 se dedica también a dictar talleres sobre escritura creativa y narrativa histórica dentro de la Secretaría de Extensión y Bienestar Estudiantil de la Universidad de Buenos Aires.

También es Maquilladora Social. Hizo sus estudios en el Perkes Gandini Makeup

Studio donde continúa sus estudios y perfeccionamientos.